Antología
Relatos de Amor

MR 2011

Introducción

La Antología "Relatos de Amor" de Mundo Romance es un libro escrito con mucha dedicación por un grupo de amigas que inician su camino en la escritura de novelas románticas, gracias a una idea nacida dentro de nuestro foro.

Llevamos dos años juntas y queríamos festejar nuestro aniversario de una manera muy especial. Pensamos que el mejor homenaje era plasmar apasionados relatos en palabras.

Al recorrer las páginas de nuestro primer libro, querida lectora, entrarás a un mundo muy especial, te llevaremos de la mano a recorrer historias fantásticas plagadas de acción, pasión y erotismo. Te enamorarás de nuestros protagonistas y querrás ser la heroína de cada historia, te encontrarás en un castillo medieval y de pronto vivirás un sueño más allá de la imaginación, pero también descubrirás personajes de nuestro tiempo con vivencias que pueden ser tuyas.

Algunas de nuestras autoras se han reunido en grupos para crear con entusiasmo cada relato, otras lo han hecho de forma independiente, también tenemos autoras publicadas que poseen más experiencia, pero pueden estar seguras que cada una de ellas realizó esta tarea titánica con entusiasmo, alegría y dedicación para que este libro llegue a sus manos.

Esperamos desde lo más profundo de nuestro corazón romántico que la lectura para ustedes sea tan agradable como lo fue para nosotras realizar nuestro primer libro dedicado al amor.

Agradecimientos

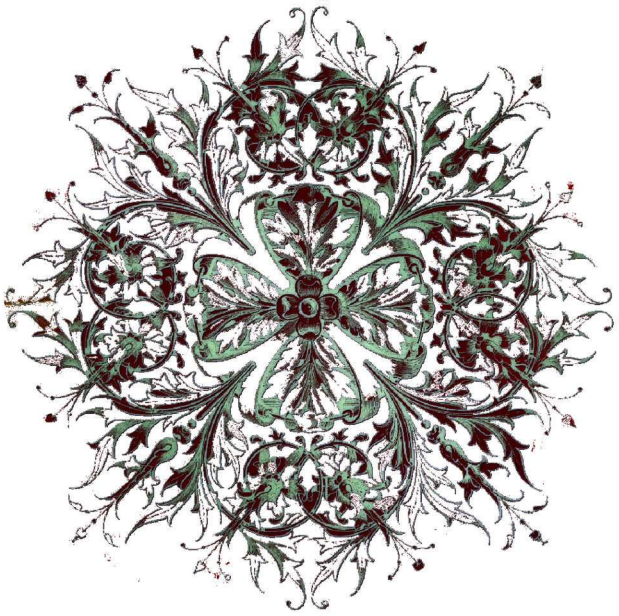
A Mara Adilén, editora de esta obra, a Noelia por la gran idea, su apoyo constante y la introducción, a Grace Lloper por ayudarnos con las correcciones y el diseño, a Castalia Cabott por sumarse a nuestra propuesta y a cada una de las integrantes de MR que dieron el "sí" para que este libro fuera posible.

MR

Índice

Relatos Grupales 4
Grupo Acherón - Compañero Destinado (Paranormal) 5
Grupo Amigas de MR - Amor Inesperado (Contemporáneo) 9
Grupo Cuidando a Mundo - Nuevo Comienzo (Contemporáneo) 14
Grupo Dama De Los Vampiros - Atracción Fatal (Contemporáneo) 18
Grupo De Todo Un poco - La Última Batalla (Histórico-Fantástico) 24
Grupo Escaneadoras - Traicionada (Erótico) 33
Grupo Escocesas Divinas 1 - Mi Hombre Perfecto (Contemporáneo) 38
Grupo Escocesas Divinas 2 - Encuentro Predestinado (Contemporáneo) 45
Grupo Flores de Acero 1 - Tan Largo el Olvido (Contemporáneo) 53
Grupo Flores de Acero 2 - El Mundo en tus Manos (Sentimental) 63
Grupo Flores de Acero 3 - Veneno para Mujeres (Histórico) 69
Grupo Flores de Acero 6 - Siénteme (Paranormal) 78
Grupo Flores de Acero 7 - Un Buen Comienzo (Contemporáneo) 87
Grupo Jade - Las Huellas del Amor (Contemporáneo) 93
Grupo Julián de Macedonia 1 - De Vuelta en mi Vida (Histórico) 98
Grupo Julián de Macedonia 2 - Un Nuevo Amanecer (Histórico) 107
Grupo Las Desacatadas - El Baile (Histórico) 119
Grupo Las Diosas Were - Amor Bajo la Luna (Paranormal) 126
Grupo Lectorasunidas - Mi Primer Amor (Sentimental) 134
Grupo MásLibrosMenosBragas - Danza para Dos (Contemporáneo) 137
Grupo ParadisoMR - Por Siempre en mi Corazón (Contemporáneo) 142
Grupo Portalromance - Decisión Apresudada (Contemporáneo) 149
Grupo Siempre Románticas - Siempre a tu lado (Contemporáneo) 155
Grupo Unión de Romanticas - Mágica Seducción (Histórico-Paranormal) 159
Relatos independientes 168
Alex River - La Muerte Enamorada (Paranormal) 169
Ariana Di Leoni - Almas Gemelas (Viajes en el Tiempo) 174
Beatriz Villen - Deseo Improbable en San Juan (Viajes en el Tiempo) 179
Isabel Luna - La Iniciativa del Amor (Contemporáneo) 185
Karina Khar - Ojos Azules (paranormal) 195
McIntyre - Lujuria, 5 amantes, 5 reflexiones (Erótico) 199
Relatos de nuestras Mimadas 206
Atenea - Mía (Contemporáneo) 207
Grace Lloper - Fantasías en un elevador (Erótico) 211
Iris Martinaya - Fuego (Contemporáneo) 216
J. Alvarez - Chocolates a la luz de la luna (Sentimental) 223
Leah Abraham - Amor en el infierno (Ménage) 232
Rosalinda - La Brisa del Mar (Sentimental) 239
Solange Álvaz - Dulce Tentación (Homoerótico) 247
Un Regalo Especial 254
Castalia Cabott - Eme Erre, Mi Romance (Contemporáneo) 255

Relatos Grupales



Grupo Acherón

Ariana, Constanza Maricela, Estefaní Mejía, Girlene Pimenta, Grial, Jana Greenwich, Mar Díaz Camargo, Marian, Morgana Camelot, Rutja, Sandra Moreno Garcia, Solange García, Susana Torres, Tigana e Ybeth.

Compañero Destinado

(Paranormal)

No iba a ceder pero, ¡joder! ¿Por qué tenía que oler tan bien?

—He dicho que no.

—Vamos Brand, será divertido.

—He dicho que no, Susan, no insistas. Pídeselo a Thomas.

—No quiero ir con Thomas. Quiero ir contigo.

—Él es mejor compañía que yo. Sabes que no me gustan las fiestas. Deberías ir tras él y dejarme a mí en paz.

—Eso no va a pasar. Por más que lo niegues estamos destinados a ser compañeros. Y hasta que no lo aceptes no voy a parar.

Dicho esto, Susan giró sobre sus talones y se marchó.

Brand la observó alejarse, su mirada fija en el balanceo de sus caderas. ¡Dios, era tan hermosa! Con ese pelo largo y oscuro y esos ojos verdes. Se merecía lo mejor, alguien que estuviera a su altura, no a un tullido hombre lobo que sólo era bueno para los negocios.

Desde que había alcanzado la mayoría de edad, ella no había dejado de perseguirlo, de asegurarle que lo amaba y que era su compañero, de tentarlo con esa cara y ese cuerpo de infarto. Y cada vez le resultaba más difícil resistírsele. Pero

debía hacerlo. Debía alejarla. Susan se merecía a un macho saludable. Alguien que no tuviera que quedarse atrás cuando la manada salía a correr. Alguien que fuera capaz de protegerla de cualquier peligro.

Él no era ese alguien. Desde que había sufrido aquel accidente a los 17 años, dejándole una pierna tullida, había muerto toda posibilidad de hacerla su compañera. Cierto que le era útil a la manada. Gracias a su olfato para los negocios, había conseguido crear un imperio que les proporcionaba riqueza y estabilidad a los miembros de su familia. Pero ya no era un lobo completo y Susan se merecía tener una vida junto a alguien completo.

Alguien como Thomas. Él era el líder de la manada. Fuerte, duro, guapo. Por más que le doliera verlos juntos, hacían muy buena pareja. Estaba seguro que cuando Susan dejara de sentirse encaprichada con él y entendiera que no podían llevar una vida juntos, vería lo perfecto que eran el uno para el otro y terminarían uniéndose... y esperaba estar muy lejos de allí para verlo. Sí, a la larga, ella se lo agradecería.

¡Hombres! ¿Por qué tenían que ser tan testarudos?

Llevaba años intentando convencer a Brand de que no había nadie más con quien quisiera compartir su vida. Que lo amaba con locura y que no le importaba su cojera. ¡Pero no! Su orgullo masculino no le dejaba ver más allá de sus tontas ideas. Ella no quería a nadie perfecto. Le daba lo mismo pasarse las noches en casa con él, en vez de salir a correr con la manada por el bosque.

Es más, prefería quedarse en la cama junto a él, haciendo el amor hora tras hora. ¡Peo ya estaba harta! Situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas. Si no era capaz de aceptarla por las buenas, lo haría por las malas. Se acabó la tontería de mostrarse dulce y femenina. Se acabó lo de intentar convencerlo. Había llegado la hora de tomar al toro por los cuernos. De hacerse cargo de la situación. Había llegado la hora de la seducción...

Brand abrió lentamente lo ojos.

¿Dónde estaba? ¿Por qué sentía la cabeza tan espesa? ¡¿Y por qué coño tenía las manos atadas a la cama?! Ese conocimiento hizo que abriera sus azules ojos de golpe. Estaba tumbado en su cama, desnudo, y con las manos encadenadas a los postes de su cama por unos grilletes.

¿Quién diablos se había atrevido a...? Espera. Susan. Lo último que recordaba era a ella dándole una taza de café y sonriéndole de forma astuta. ¡Lo había drogado! Pero, *¿dónde estaba ella ahora?* Sintió un movimiento en un rincón de la habitación

y giró la cabeza.

Allí estaba.

—¡Oh! Te has despertado. Esperaba que tardaras un poco más. Aún no me ha dado tiempo a prepararme —dijo Susan.

—¿Prepararte para qué? —Ladró él— ¡Y haz el favor de soltarme ahora mismo! No sé lo que te traes entre manos, pero no te dará resultado.

—Claro que sí. Hoy es noche de luna llena y tengo toda la intención de seducirte y unirme a ti. Esta noche recitaré mis votos sagrados.

—No, Susan. No lo hagas. Yo no pienso repetirlos y si tú los dices no podrás unirte a nadie más en el futuro.

—¿Es que todavía no lo entiendes? No quiero a nadie más. Si no comparto la vida contigo, no lo haré con ningún otro macho. Y si dejarás de ser tan cabezota verías lo mágico que es lo nuestro. Pero ya no importa, porque hoy voy a hacer que abras los ojos —y mientras decía esto, fue dejando caer su bata de seda y caminó sensualmente hacía la cama, tan desnuda como él estaba bajo las sábanas.

Brand contuvo el aliento. *¡Qué hermosa era!*

Sus pechos eran plenos, coronados por unos rosados y endurecidos pezones. Su cintura era estrecha, sus caderas anchas y sus piernas kilométricas. Sintió a su pene endurecerse y reprimió un gemido. *¡Dios, como la deseaba!*

Susan se paró al borde de la cama, sonriendo al contemplar la tienda de campaña que se formaba en su entrepierna. Su compañero era un hombre magnífico. Todo músculo y tendones, sin un gramo de grasa. Cedió a la tentación y deslizó la yema de sus dedos por su pecho, bajando hasta su cintura y retirando la sábana. *¡Oh, Dios mío, era enorme!* Con mano inestable, rodeó su longitud y apretó. Él soltó un jadeo y alzó las caderas.

—Susan... para. Te mereces algo...

—No. No lo digas. Te merezco a ti. Tú eres lo mejor para mí.

Brand observó la resolución en sus ojos. Lo determinada que estaba en acabar aquello y se rindió. Esa maravillosa mujer prefería pasar una vida en soledad antes de aceptar a ningún otro macho. Y de ninguna manera iba a permitir que eso sucediera. Él podía no tener las mejores condiciones físicas, pero se lo compensaría dándole todo su amor, cuidando de ella en cuerpo y alma. Jamás le faltaría de nada.

—Desátame, cariño. Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien.

Susan lo miró con ojos llenos de sorpresa y una lágrima rodó por su mejilla. Con mano vacilante, cogió una llave de la mesita y abrió los grilletes.

En el momento que Brand estuvo libre, la cogió por la cintura y la tumbó en la cama, colocándose encima. La besó larga y profundamente, poniendo toda su alma en el beso. Todo su amor.

Poco a poco fue bajando más y más, lamiendo su garganta y mordisqueando sus pechos. Cuando introdujo un pezón en la boca, ella soltó un gritito y el sonrió. Siguió chupando y lamiendo mientras deslizaba una mano hasta su pubis. Estaba mojada y dispuesta, él introdujo y sacó un dedo, acompañando el movimiento con la succión de sus pezones. Susan se retorcía y gemía, empujando las caderas contra su mano hasta que sintió estallar la tensión y un poderoso orgasmo la atravesó.

—Otra vez, nena —dijo Brand mientras se deslizaba hacía abajo y hundía la cabeza entre sus piernas. Chupó, lamió y succionó, introduciendo la lengua todo lo que podía en su vagina. Saboreando su adictivo sabor hasta que ella alcanzó de nuevo el clímax. Luego se puso sobre ella e introdujo lentamente su pene en su interior, sintiendo su apretado agarre.

—Me uno a ti, mi compañera sagrada. Te ofrezco mi vida y mi alma. A partir de ahora somos uno — dijo él, mirándola a los ojos, adorándola con la mirada, mientras se mecía suavemente contra ella, llevándola más y más alto.

—Me uno a ti, mi compañero sagrado. Te ofrezco mi vida y mi alma. A partir de ahora somos uno —Cuando Susan terminó de decir las palabras, un lazo invisible conectó sus almas y una dicha sin par inundó sus cuerpos. Con una última embestida, ambos llegaron al clímax, completando la unión.

Mientras Susan yacía a su lado, con la cabeza apoya en su pecho, dijo:

—No creas que vas a librarte tan fácilmente. Me debes muchos años perdidos y pienso hacer que los pagues —soltó mientras deslizaba la mano por su musculosos estómago hasta llegar a su pene.

—¡Que Dios se apiade de mí! —jadeó Brand con una enorme sonrisa en la cara. Y procedió a pagar su deuda, de forma larga y prolongada...

Fin

Grupo Amigas de MR

Lizzy ros, Anna Ruiz, Ma Alejandra de Armas, Bianca Borquez,
Manuela Giménez, Laura Deli, Popi4, Birmayo, Ely Ceballos,
Jazce, Lourdes, Desi y Ma. de los Ángeles Rangel Soto.

Amor Inesperado

(Contemporáneo)

Uy, ahora si va a arder Troya, pensó Holly haciendo una mueca mientras se dirigía al escritorio que ocupaba su amiga Susy, quien era asistente personal de Robert Duncan, dueño de la empresa donde ambas trabajaban. Había eliminado por error varios documentos importantes que estaban en su computadora, y le había pedido ayuda para que tratara de recuperarlos antes de que llegara su jefe.

—Qué bueno que llegas Holly, estoy metida en un problema enorme —dijo angustiada Susy.

—Relájate, ahorita lo solucionamos. No te preocupes —dijo Holly, mientras tomaba un sorbo de su café.

—Cómo me pides que me relaje —dijo alteradísima, mientras se retorcía las manos debido a la desesperación que la invadía— esos documentos son importantísimos. En cuanto llegue mi jefe me los va a pedir y si le digo que los eliminé me va a despedir.

Holly trató de decirle que estaba exagerando, pero no pudo. Porque si había algo que el gran jefe no toleraba eran los errores. No era nada paciente. Y era más que capaz de despedir en el acto a Susy, sin importarle que ya llevara tres años trabajando con él. No por nada le decían el gran ogro, se había ganado a pulso ese apodo.

—Bien, veamos. Vamos a utilizar un programita para tratar de recuperar los documentos. Pero esto probablemente nos lleve un buen rato. ¿A qué hora va a volver el gran ogro? —preguntó, mientras procedía a empezar el procedimiento para recuperar los documentos.

—Dijo que llegaba a las tres y ya son las dos y cuarto. Tienes que recuperarlos antes de que llegue. No debe darse cuenta de lo que hice.

No tenía que hacerle esa advertencia. Todos le huían al gran ogro y ella no era una excepción. Personalmente opinaba que el hecho de que tuviera un carácter de perros opacaba con creces el que fuera guapísimo. Ojazos verdes, 1,80 de altura, un cuerpo de infarto y una voz de barítono que hacía agua en la boca. Había fantaseado con él más noches de las que quería admitir. Hubiera podido ser su hombre ideal si no fuera por un pequeño inconveniente… el encanto se perdía cuando el gran jefe abría la boca. Parecía que siempre estaba de mal humor. Con su eterno ceño fruncido. Así que no, gracias pero no. Prefería perderse el dudoso placer de verlo. No necesitaba que le arruinara el día con su mal humor.

Susy tuvo que salir a sacar copias a unos documentos, así que Holly se quedó sola en el despacho, pasados unos minutos por fin pudo recuperar los documentos y justo acaba de restaurarlos cuando se abrió la puerta de la oficina. Creyendo que era Susy la que había regresado, no se molestó en quitar la vista de la computadora y en cambio dijo con una sonrisa en los labios:

—Tienes suerte Susy, te acabo de salvar de la regañina que te iba dar tu jefe el gran ogro. Ya restauré los archivos. Me debes un almuerzo, que conste.

—¿Sería tan amable señorita O´Brien de explicarle al gran ogro qué diablos está haciendo en mi oficina y sobre todo porque está utilizando mi computadora? Si la respuesta me satisface tal vez sea yo el que le pague su almuerzo.

Al oír la voz indignada de su jefe, Holly se sobresaltó y lo miró horrorizada. Su primer instinto fue levantarse rápidamente de la silla, con tan mala suerte que en su prisa, en vez de pararse terminó tirada en el piso.

Al entrar a su oficina lo que menos esperaba Robert era encontrarse a la señorita Holly O´Brien, secretaria del vicepresidente de la empresa y la mujer que invadía sus sueños por las noches, sentada en su escritorio utilizando su computadora.

Claro que ella tampoco esperaba verlo si tomaba en cuenta el comentario que hizo, creyendo que era su asistente personal la que entraba y no el. *¿Cómo se había referido a él? Ah, sí... el gran ogro*. Él ya sabía que sus empleados lo apodaban así a sus espaldas, y era algo que lo tenía sin cuidado. No había llegado hasta donde estaba siendo amable y tolerando errores, pero curiosamente que Holly se refiriera así le dolió. Mucho. Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Él ya sabía que ella le huía. Trataba siempre de hablar lo menos posible con él y cuando era imprescindible que se dirigiera directamente a él lo hacía en tiempo

record, tal y como lo hacían sus demás empleados. Pero a diferencia de ellos, ella jamás se mostró nerviosa en su presencia, siempre se mantenía impasible. Al parecer no le temía, simplemente no le agradaba. Y eso no le gustaba.

Por ese motivo le encantó ver el horror que se reflejó en su bello rostro cuando se percató de que había metido la pata. Acababa de insultar al gran Jefe, por primera vez la vio perder el control y se sintió fascinado. Bueno, menos cuando ella se cayó de la silla.

Rápidamente se dirigió a ella, y la ayudó a levantarse. No sin antes percatarse que por efecto de la caída su falda se le había subido y dejaba ver unas maravillosas piernas. Ella todavía estaba aturdida por el golpe, así que tomándola en brazos se dirigió al sofá.

¿La acostaba en el sofá para que se recuperara de la impresión o mejor se sentaba con ella en sus piernas? Mmm, mejor la sentaba en sus piernas. Ansiaba sentirla entre sus brazos y dudaba que se le presentara otra oportunidad. Así que se dirigió resueltamente al sofá y se sentó con ella en su regazo.

Aprovechando que aún seguía un poco aturdida, la estrecho más entre sus brazos, y puso la barbilla encima de su cabeza. Ella encajaba a la perfección en ellos, como no lo había hecho ninguna otra mujer. Si tan solo le correspondiera, si tan solo ella sintiera lo mismo que él sentía por ella. Durante unos segundos podía soñar que ella estaba entre sus brazos porque así lo quería y no porque aun estuviera atontada por la caída que acaba de tener.

Holly poco a poco iba saliendo de su aturdimiento y su rostro empezaba a ser víctima de un rubor intenso. No había que ser un genio para deducir que ella estaba tomando conciencia que había llamado por su apodo a su jefe, que había estado hurgando en su computadora personal y encima se había avergonzado así misma cayéndose.

Definitivamente el panorama no pintaba muy bien para Holly.

Empezó a removerse en el regazo de Robert y trató de levantarse pero él no se lo permitió. La estrechó más entre sus brazos. Eso la confundió. Su guapísimo jefe la estaba abrazando. A estas alturas él debería de estarle gritando, enfadado. Cuando se enojaba sus gritos se oían por todo el edificio y no es que hiciera falta mucho para ponerlo así.

Y dios sabía bien que ella había hecho más que suficiente para enfadarlo. ¿Se estaría preparando para gritarle? ¿La estaba abrazando para evitar que ella huyera en cuanto la empezara a regañar? Trató de soltarse nuevamente, pero fue inútil. ¿Y ahora que hacia?

No podía permanecer todo el día en su regazo, aunque la idea era tentadora... muy tentadora. Reuniendo todo el valor del que era capaz en ese momento se decidió a mirarlo, si la iba a regañar que lo hiciera de una vez. Porque los nervios la

estaban matando y si no le gritaba él era más que seguro que ella sería quien terminaría gritando.

Por fin alzó la cabeza y lo miró. Esperaba que él la estuviera mirando con enojo, por eso la sorprendió el verlo contemplándola con una especie de ternura.

Era la primera vez que lo veía relajado con una sonrisa en el rostro, y eso lo hacía aún más guapo. Sin pretenderlo se quedó mirando embobada sus maravillosos ojos verdes.

—¿Te gusta lo que ves? —inquirió Robert en tono divertido.

Poniéndose más roja de lo que ya estaba, sintió que la cara le ardía de vergüenza. Cual si fuera una colegiala se había quedado mirando embelesada al jefe. Trató de mirar hacia otro lado pero él le tomó el rostro entre sus manos y le dijo tiernamente:

—Porque a mí me encanta lo que veo… —y entonces hizo algo que nunca pensó que haría. La besó.

¡Y qué beso! Jamás en sus veinticuatro años de vida la habían besado así. Fue un beso maravilloso. El sentir su boca contra la suya fue electrizante y no puedo evitar gemir cuando su lengua tocó la suya. Le devolvió el beso como si su vida dependiera de ello. Enredó sus manos en su maravilloso pelo negro como tantas veces había soñado hacer mientras se besaban como si no tuvieran suficiente del otro y sólo se separaron cuando tuvieron que tomar aire.

Entonces él empezó a llenarle el rostro de besos y a murmurarle lo bella que era, lo mucho que había deseado que llegara ese momento…

Fue en ese momento que regresó la cordura. Por dios ¿qué estaba haciendo?

¡Estaba besando a su jefe!

Era lo más estúpido que alguna vez había hecho, pero también lo más maravilloso.

Justo cuando iba abrir la boca para hablar, la volvió a besar brevemente.

—Sabes deliciosa, llevo meses queriendo hacer esto —dijo con la voz ronca de deseo, mientras frotaba cariñosamente su espalda.

—Y entonces ¿por qué no lo hiciste antes? —preguntó Holly antes de poder contenerse. Ella y su gran boca— Olvida lo que acabo de decir —dijo mortificada, tapándose la boca

Soltando una carcajada él contestó:

—Tú jamás me diste ni siquiera una pista que deseabas esto, siempre me rehuiste. Creí que no te gustaba, así que me contuve y me contenté con mirarte de lejos.

—Hasta hoy —inquirió ella.

—Hasta hoy —coincidió él.

—Siempre me gustaste pero parecías tan serio, tan inaccesible. Jamás pensé que te fijarías en mí.

—¿Cómo podría no fijarme en ti? Eres la mujer de mis sueños, mi alma gemela —dijo mientras frotaba juguetonamente su nariz con la de ella.

Jamás ni en sus sueños más locos imaginó que Robert sentiría eso por ella. Si alguien le hubiera dicho esa misma mañana que a esa hora estaría besándose con su jefe, se hubiera reído en su cara.

Si esto era un sueño desde luego que no quería despertar.

Robert la miraba fascinado, jamás pensó que ella le podría corresponder. Tanto tiempo perdido… si sólo hubiera sabido que también se sentía atraída por él. Pero con lamentarse no ganaría nada. Mejor mirar hacia el futuro. Tenían toda una vida por delante para compensar los meses perdidos.

—Bésame —pidió ella.

¿Quién era él para negarse cuando la chica de sus sueños le pedía que la besara? Riendo de felicidad, procedió a hacerlo.

—Espera… Susy no debe de tardar en regresar y nos va a encontrar así —dijo separándose renuente de él y mirando de reojo la puerta.

—¿Acaso te apena que te vean besuqueándote con un gran ogro en vez de con un reluciente príncipe azul? —inquirió medio en broma, medio en serio.

—Me encanta que me vean besuqueándome con un ogro, siempre he creído que los príncipes azules están muy sobrevalorados y pasados de moda —dijo aún avergonzada porque la hubiera escuchado llamarlo así.

—Entonces demuéstramelo, cariño mío. Ven y besa a este ogro que se muere por ti —murmuró contra sus labios.

—Cómo tú digas mi amor.

—¿Soy tu amor? —preguntó Robert emocionado.

—Siempre —declaró Holly antes de volver a besarlo.

Fin

Grupo Cuidando a Mundo

Autora: Ana María Piñeiro Atienza
Colaboradora: Patri.

Nuevo Comienzo

(Contemporáneo)

Había sido un día infernal.

Después de la reunión que había tenido, a la que se suponía que tendría que asistir mi jefe para cerrar un trato, me tocó volver corriendo sin dormir ni comer para empezar un nuevo proyecto urgente. Creo que mi vida necesita un cambio. Lo único bueno es que mi marido no me espera y quiero darle una sorpresa, ya que hace casi una semana que no coincidimos.

Al abrir la puerta escucho un ruido de gemidos y al entrar me encuentro con ropa que no era de mi casa. Esto no me gustaba ni un pelo. Espero que no sea lo que me estoy imaginando, porque si no, hoy acabare en la cárcel por asesinato.

Sigo andando por el pasillo del piso hasta llegar al salón, nuestro salón, con su toque clásico y sus muebles que tanto me gustaron cuando los elegimos, una esperanza de un futuro para los dos. Giro a la derecha y avanzo por el pasillo pasando por enfrente del estudio, del baño y de otra habitación llena de trastos que tenemos. A medida que me acerco se escuchan los gemidos más altos. En la puerta me paro para tomar aire y darme fuerza para afrontar lo que sé que me espera, la empujo sigilosamente y me encuentro con que dos bultos se mueven bajo las mantas.

Debieron escuchar mi jadeo, porque en ese momento las dos personas que había allí se volvieron como una y se quedaron helados. En esa cama se encontraba mi

marido, con el que llevaba dos años casada y su mejor amigo, del que yo me había enamorado la primera vez que lo vi y del que solo al enterarme que era gay perdí las esperanzas de que pudiera suceder algo entre nosotros.

Allí estaba yo, como una palurda, mirándolos con la boca abierta y ellos con la cara blanca del susto de verme en casa cuando no se lo esperaban.

—Ana —dijo mi marido David— no es lo que estás pensando…

Muy típico de los hombres negar lo obvio.

—David —dije yo en tono teatral— sí que es lo que estoy pensando.

Los dos se intentaron levantar a la vez.

—Por favor —les dije— no os levantéis, creo que no podría con el espectáculo —dije echándome a reír a carcajada limpia.

Me miraron como si me hubiera vuelto loca, y quizá lo estaba, pero en ese momento me di cuenta de algo: el por qué mi matrimonio no funcionaba en la cama al cien por cien.

En fin… dicen que no te acostaras sin saber algo más, pues yo hoy he aprendido que las apariencias engañan.

Me reí a carcajadas. No podía parar, es que era muy divertido… una esposa engañada con un hombre, eso es para partirse.

—Ana, por dios, te estás poniendo histérica, para… —dijo Pablo, el amante y mejor amigo de mi marido.

—No puedo… ¡es divertidísimo!—dije.

—Esto no es una situación para tomársela a risa —espetó David.

—Quizá no, pero dime sino es irónico… yo la esposa engañada con otro hombre… ¿no debería ser ese tu papel David?

—¡Ana, por dios, no lo pongas más difícil!

—Si no lo hago… vestiros mientras me sirvo un trago en el salón, os espero allí.

Me dirigí al salón y abrí el mueble de las bebidas. Teníamos varias botellas, pero la que yo buscaba estaba en el fondo cogiendo polvo. Era un tequila mejicano que me había regalado una amiga de allí, cuando vino de vacaciones a ver a su familia. Me llené un vaso con dos dedos y me lo bebí de un trago. Volví a llenarlo y en ese momento aparecieron los dos con un pijama de David cada uno. Debo admitir que a Pablo ese pijama le quedaba como si fuera un salchichón embutido.

—Bien —dije— ¿cuánto tiempo lleva sucediendo esto de mis cuernos?

—Por favor —dijo David— deja ese tono para otro momento…

—¿Quién de los dos va a ser el valiente que me va contestar? —pregunté ya un poco más enfadada de lo que me había imaginado.

—Yo te lo diré —dijo Pablo— nosotros llevamos siendo amantes desde que

teníamos dieciséis años.

—Entonces ¿por qué te casaste conmigo, David?

—Porque estaba enamorado de ti… pero también lo estoy de Pablo, y como yo no quería salir del armario me vi obligado a escoger entre hacerlo o casarme con la mujer de la que me había enamorado… aunque nosotros lo dejamos por un tiempo, al final, después de dos meses de casados, una noche en la que ibas a llegar tarde, él vino a verme y sin poderlo remediar nos volvimos a acostar.

—Sabes… ahora sé por qué no funcionaba entre nosotros en la cama: porque realmente no te gustaba lo que hacíamos… el problema es cómo no se os cae la cara de vergüenza al mirarme a la cara…

—Por favor —dijo Pablo— compréndenos… no queríamos hacerte daño.

—¡Pero me lo habéis hecho!... además, de haberlo sabido, quizá hubiéramos podido hacer un trío…

Los dos se quedaron con la boca abierta.

—Ana, ¿porque nunca me dijiste que te gustaría hacer un trío? —pregunto David.

—Por qué no surgió la conversación, en fin… siento decirte David que quiero el divorcio y que te voy a sacar los ojos… dado que el contrato matrimonial me va a dar un pedazo de tus millones.

Me di la vuelta cogí la maleta y les dije:

—Chicos… siento de veras que esto haya sucedido pero en fin… así es la vida y ¡voy a disfrutar de ella! ¡Adiós!

Y sin más me di la vuelta y los dejé con la boca abierta.

Siete meses después…

—¡Que rico que esta el sol, Manuel!

—Sí, y todo gracias al tonto de tu ex marido y su fiel amante, —contestó Manuel, muerto de risa.

—Si, en el fondo me dan pena… pero se lo merecía por esconder lo que es, ahora tú y yo podremos disfrutar la vida gracias a sus millones y todo, por una conciencia culpable.

—¡Brindemos!

—Por cierto… ¿sabes que al final han salido del armario los dos y se van a casar? —le dije a Manuel.

—Sí, me alegro por ellos y por la vida que nos vamos a tomar.

—Tengo una noticia que contarte… dentro de siete meses vas a ser papa.

Me miró y se le fue abriendo una sonrisa en los labios.

—¡Dios, es la mejor noticia que podrías darme! ¡Al fin nos estableceremos, después de todo lo que hemos pasado y con dinero de sobra para vivir bien! —levantó la mano y dijo—: ¡Por la vida y el dinero!

—¡Brindemos!

¡Qué dulce es la felicidad!

Fin

Grupo Dama de los Vampiros

Autora: Grazia Alvarado.
Colaboradoras: María Gabriela de Monte, Tania, María,
Fairuza, Ardaid y Paola.

Atracción Fatal

(Contemporáneo)

La calle que subía la montaña parecía salida de un film de horror de mala calidad, estaba muy asustada. Mientras buscaba tener bajo control mi ansiedad, comenzó a llover. Pero no podía volver atrás, estaba desesperada por conseguir dinero. Por eso había aceptado hacer la guardia médica en aquel pueblo olvidado de Dios y de las cartas geográficas.

Después de estacionar delante del edificio que albergaba el consultorio, me arrojé contra la puerta.

Desequilibrada por la carrera, aferré el picaporte y me encontré catapultada contra un cuerpo sólido, que no obstante ser duro como una pared, era cálido y acogedor. Tuve de pronto el rostro sobre la tela de una camisa que olía a limpio, a hombre y que me provocó un temblor. Me dejé rodear por sus brazos como si fuese la cosa más natural.

Por un instante estuve envuelta en una sensación de absoluto bienestar, como si finalmente hubiese encontrado aquello que buscaba.

El punto era que antes de este momento no era consciente de buscar alguna cosa o a alguien.

—¿Te has hecho daño? —la voz era profunda y ligeramente ronca. Me tomó

mucho esfuerzo encontrar un atisbo de lucidez.

Levanté la cabeza bruscamente. A pocos centímetros de mis labios estaba un hombre con ojos grandes y penetrantes, recién rasurado, de líneas marcadas y boca generosa.

—No, estoy bien. Pensé que la puerta estaba cerrada. No imaginé que hubiese alguien —murmuré.

—Hay un guardia a toda hora en cada centro médico, siempre.

Hablaba tranquilamente mientras mi corazón seguía latiendo a un ritmo acelerado. Y no daba señales de calmarse. Dudaba que alguien se aventurase a salir afuera con un tiempo semejante pero si lo hiciera vería a un hombre en uniforme, junto a una mujer medio desmayada.

—Mmm..... soy Manuela, la doctora Franchi —expliqué mientras continuaba teniendo su camisa entre mis dedos. Si él no parecía querer soltarme, ¿por qué iba a hacerlo yo? En aquel momento era como si para nosotros, dos perfectos desconocidos, las reglas que gobernaban el resto del mundo no existieran.

Estábamos suspendidos en una dimensión única que comenzaba y terminaba con nosotros.

Mi mano estaba apoyada en su pecho, y en mi palma penetraba el calor y el latido de su corazón.

No acertaba a separar mi mirada de la suya, no quería interrumpir aquel contacto, ni él parecía tener esa intención.

Fue entonces que un zumbido agudo rompió el hechizo.

—Discúlpame —le dije soltándolo. Como si aquella fuese una señal, una suerte de velo que se levantaba llevándose toda la magia con él, me dirigí hacia el teléfono.

—Guardia médica —respondí con el tono más profesional que logré reunir—. Sí, naturalmente. Llego enseguida. Colóquele hielo sobre la cabeza.

Levanté la vista hacia el hombre. Sentí extenderse un calor en el centro del pecho e imaginé que tenía el aspecto de una vagabunda con el rostro encendido. Pero aquello que experimentaba no era vergüenza, como debería haber sido. No, era algo muy diferente.

—Me tengo que ir —murmuré, en ese momento me di cuenta de lo ridículo de la situación—. Lo siento, ni siquiera sé tu nombre. —Las personas primero se presentan, después en alguna rara ocasión se gustan, e incluso después se besan. En nuestro caso, en cambio el orden cronológico de los sucesos fue completamente alterado.

—Giorgio Zanardi.

No era un tipo locuaz. Estaba allí mirándome en silencio mientras yo sentía el loco deseo de retomar donde fuimos interrumpidos.

Suspiré y después de escoger algunas medicinas de la vitrina, me volví hacia la puerta.

—Bien, voy y vuelvo. El número de mi localizador está sobre la mesa —dije mientras me preparaba para hacer la visita.

—Te acompaño.

No era una pregunta, ni una concesión. Viendo que no era necesaria mi respuesta, me limité a asentir con la cabeza. Giorgio cerró la puerta detrás de él, después agarró mi mano arrastrándome hacia un todo terreno estacionado afuera.

El aguacero creaba un estruendo tal que cubría nuestras voces. Me descubrí sentada con el cinturón puesto, sin haber oído una sola palabra. Mientras la lluvia me caía sobre la cara, continuaba sintiendo aquella suerte de necesidad de tocarlo. Él finalmente subió junto a mí, puso la marcha y partimos.

—La dirección —murmuró.

—Cierto que eres un gran conversador —se me escapó antes de lograr frenar mi lengua.

Se volvió y una lenta sonrisa apareció en aquellos labios que me hacían pensar en cosas del todo fuera de lugar en aquel momento. Debía recuperar el autocontrol y cumplir con mi deber. Inspiré una vez y le comuniqué la calle y el número. Él asintió y luego se introdujo por una serie de senderos para cabras, que no sería nunca capaz de encontrar ni siquiera en pleno día, menos aún a aquella hora de la noche y bajo una tormenta.

—La casa es aquella —me dijo después de diez minutos.

—Bien, ¿vienes conmigo? —pero él ya había descendido, me abrió la puerta y después retornó al auto.

El niño que había visitado tenía una inflamación de garganta. Después de suministrarle un antibiótico y el paracetamol, me quedé con él hasta que la fiebre comenzó a bajar. Los padres eran apenas dos jovencitos, pálidos y agitados, que parecían sostenerse mutuamente.

—Bien, ahora está mucho mejor —después de guardar el termómetro, sonreí a la muchacha. Estaba tan asustada que temblaba como una hoja.

—No sé como agradecerle, doctora —dijo su marido estrechándome la mano. Les sonreí, porqué eran buenas personas, y porqué ser útil me recordaba el motivo por el cual había decidido estudiar medicina.

—No lo abrigue demasiado, que beba agua, pero nada de leche, dele un poco de jugo y de caldo caliente.

Acaricié la cabecita del niño, que ahora me miraba tranquilo con sus ojos vivaces.

—Adiós campeón, ¿serás bueno, sí? —tomé su murmullo como una respuesta afirmativa, luego lo acaricié nuevamente.

Estaba saliendo cuando me di cuenta que Giorgio estaba parado junto a la puerta. Me miraba con su mirada penetrante, en silencio. Yo no había notado su presencia. Cuando vi al pequeño sobre el lecho, cada pensamiento se disipó de mi mente.

—Ven —me dijo.

—¿Los conoces? —Giorgio asintió, pero no agregó nada. Comenzaba a sentirme irritada con él, estaba cansada, mojada y moría de las ganas de besarlo. Todas cosas normales, excepto la última.

—¿Hace mucho que trabajas como guardia de seguridad?

Giorgio sacudió la cabeza.

—No, solo hace unos meses.

Esperaba que añadiera alguna otra cosa, pero se quedó en silencio, concentrado totalmente en conducir. Probé entonces entablar una conversación, pero no tuve mejor suerte. Cuando finalmente llegamos a la proximidad del centro médico, suspiré de alivio. Tenía el estómago cerrado de ridículo deseo, y el corazón que me latía en el pecho como si acabara de hacer la maratón de Nueva York.

—Gracias a Dios… —murmuré para mí.

Estaba por descender cuando él aferró mi brazo.

—Conversar no es precisamente lo que tengo intención de hacer contigo.

Cuando la comprensión de lo que me había dicho alcanzó aquella parte de mi cerebro que ahora comenzaba a funcionar, pensé que me sentiría como mínimo enojada.

Si debía decir la verdad, la única cosa que logré hacer fue amoldarme a él, y dejarme besar. Más bien cuando la oleada de deseo me atravesó desgarrando cada atisbo de decencia que haya poseído jamás, enredé los dedos en su cabello y lo atraje con toda la intención de infringir cada regla de la física.

Su boca era cálida, con sabor a lluvia y a alguna cosa indefinible que me empujaba hacia ese hombre, casi queriendo entrar en él. Y sus manos, sus caricias... me parecían no tener nunca suficiente. No había sentido nunca aquel torbellino emocional que amenazaba estallar dentro de mí.

Me molesta decir que fue Giorgio el primero en separarse. Lo miré mientras se alejaba, inspiraba agitado y después se volvió nuevamente.

—No sé qué cosa diabólica se apoderó de mí, pero no tengo intención de disculparme —dijo.

Sí, y cuando contara todo a Giulia, mi amiga del alma, no me creería, o quizás me envidiaría hasta la locura.

"¿Recuerdas la última guardia que hice? Bien, debes saber que la pasé entre los brazos de un hombre llamado Giorgio, y no me preguntes más porqué aparte de su nombre y su trabajo, necesito decir, que no sé siquiera quien es".

Pensé sobre ello un momento, luego decidí que era mejor dejarlo pasar.

—Tranquilo, si aquí alguien debe disculparse, imagino que soy yo. De cualquier modo creo que hay una explicación científica para todo lo ocurrido —murmuré intentando razonar.

—No, no la hay —respondió con su acostumbrado tono plano.

—Pero sí. Estoy segura.

No tenía ninguna intención de ridiculizarme esgrimiendo teorías como aquellas del golpe de un rayo, o de la atracción animal, ese tipo de cosas, pero era aquello en lo que estaba pensando y también él. ¡Lo habría apostado!

A pesar de que había comenzado a razonar, no era precisamente la comunicación mi primer interés, al menos no la verbal. Después de entrar en el edificio, lo sentí cerrar la puerta con llave, sabía muy bien que aquello era lo habitual, sin embargo sentí un largo escalofrío recorrerme de la cabeza a los pies. Me volví. Giorgio estaba apoyado en la puerta con los brazos cruzados, y me miraba como si tuviese mucha hambre.

—Yo voy allá —murmuré poco convencida señalando mi consultorio— si necesitas algo...

Antes de ver o escuchar su respuesta, huí. Sentía la necesidad de esconderme en algún abismo muy profundo y lejano.

¿Si necesita algo?... Solo yo podía decir alguna tontería semejante a un hombre que estaría casi a punto de llevarme a la cama.

Levanté la bolsa y comencé a ordenar las medicinas en el armario, luego me acerqué a la estufa y me dejé caer sobre una silla. Estaba mojada, los cabellos pegados a mi rostro y sentía escalofríos por todo el cuerpo.

—¡Quítate la ropa!

Me puse en pie con ímpetu como un resorte, con los ojos abiertos de par en par y el insensato deseo de hacer aquello que me ordenaba.

—Estás toda mojada, agarrarás un resfrío —continuó Giorgio— deberías saberlo mejor que yo. Y si tienes miedo de que pueda propasarme contigo, tranquila, no lo haré a menos que tú....

Dejó el discurso a la mitad, el maldito.

—He dejado la valija en el auto —respondí con un hilo de voz, apenas logré recuperar el uso de la palabra. Él alargo una mano hacia mí y le entregué la llave.

—Date una ducha caliente, vuelvo enseguida.

Lo seguí con la mirada, incapaz de respirar, luego decidí hacer lo que me había dicho. Cuando volvió, estaba bajo el agua caliente. Había dejado la puerta entornada y él estaba allí, mirándome.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —murmuró mientras estiraba la mano para cerrar el grifo.

—Te lo dije antes —respondí saliendo fuera. Luego me envolví con una toalla apenas más grande que una estampilla.

—¿Estás casado?

Giorgio me arrancó la toalla.

—Si lo estuviese, no te haría esto... y esto.

Estaba complacida. La fidelidad decía mucho de un hombre. Continuó acariciándome, luego terminó de secarme con sus labios.

Como sé que es un hombre de pocas palabras.

—Bésame como hiciste antes —le supliqué. Pero él lo hizo mucho, pero mucho mejor.

Han pasado dos semanas de aquella que fue la primera de tres noches inolvidables.

Giorgio continúa siendo un tipo lacónico, un par de llamadas, ningún mensaje. Pero sus besos... ¡esos dicen tanto!

Hoy vendrá a buscarme, tengo muchas esperanzas en este encuentro.

Abro la puerta y lo veo. El corazón me está explotando mientras me sonríe. En vez de sorprenderme con un ramo de flores, tiene sus manos ocupadas con dos enormes bolsas de compras.

—Cocino yo, tú piensa el postre —y mientras me miraba sabíamos que no era a un pastel que se estaba refiriendo— a propósito… creo que es el momento de decirte que tengo una hermana, dos hermanos, y que... —lo besé allí, sobre el umbral.

El resto me lo diría más tarde.

Fin

Grupo de Todo un Poco

Autora: Gladys E. Pinacca
Colaboradoras: Ana Venacio, Sara de Albuquerque, Citu,
Chiquita Costanzo, Laq Ua, Carla y Kara

La última batalla

(Histórico-Fantástico)

Ser un guerrero era relativamente sencillo, había sido criado para ser guerrero. Enfrentarse al enemigo, cortar carne, diezmar contendientes… era su forma de vida hasta que la paz llegó a su reino y con ella, obligaciones.

Miró por la ventana a la causa de sus problemas mentales, la locura no estaba en sus planes.

Danielle Van Hall era el peor rival que había enfrentado. Su esposa era callada, bellísima y lo miraba con cierta pena que lo desazonaba.

Parecía juzgarlo y al hacerlo, perdonarle que no fuera tan bello, ni tan perfecto, ni tan culto como lo era ella. Danielle Van Hall era un grano en su trasero perfecto. Bueno, las mozas del pueblo decían que su trasero era perfecto y más de un mozo, también, pero no, a esto siempre fue indiferente, aunque comprensivo....

¿Pero quién vería su trasero cuando una cicatriz en forma de medialuna cruzaba su mejilla izquierda, desde la ceja a la punta de la barbilla? ¿Tal vez alguien que no mirara su cara?

—Alteza, la princesa está pasando frío allí afuera.

—¿Te animas tú a decirle que no es momento para pasear por el jardín en el invierno de Ambrosiam? Porque yo estoy harto de sus caprichos y sus tonterías.

¡Qué se congele y manden su cuerpo a Trapasia! Al menos el frío parece ser su elemento. — Agregó malhumorado y lleno de profundas vetas de autocompasión.

—¿Debo suponer que todavía no han consumado su matrimonio?— Gregorio no suponía nada, creía como todos en Ambrosiam que no se había consumado. Que la mujer que jugaba con los niños a la guerra de bolas de nieve, que la condenada que se reía como si fuera una criatura más, que esa abominable sirena de ojos azules y cuerpo elástico y delicado; no lo había aceptado en su cama, ni en su sofá ni en su diván y que toda la gente malhumorada padecía de deficiencias sexuales, en éste caso, el jefe. Pero a él no le importaban los comentarios, le dolía el alma y muchas veces le dolía su cuerpo en las partes más pudendas, por lo que no podía negar el conocimiento de los padecimientos humanos, que tenía Gregorio. O al menos ése pálpito maldito. Alec se mesó el cabello

—Príncipe Alec, ella no puede ni debe negarle su consentimiento.

—No la voy a obligar Gregorio, no a ella, es mi esposa, es buena y es gentil. No voy a actuar como lo que todo su pueblo supone que soy: un bárbaro. No soy un bárbaro, solo he actuado como tal durante años para salvar a Ambrosiam, pero no soy un maldito bárbaro —dijo con voz dolida, ya se imaginan por qué, y se sirvió una ración del licor de oro.

Gregorio Turnot, el mayordomo real y hombre de confianza del príncipe Alec, un burgués sin título ni honores, al que había elegido para acompañar sus pensamientos más íntimos frunció el ceño. Alec Taramidos, el temible príncipe de Ambrosiam se sentía terriblemente disminuido frente a la criatura de los largos cabellos dorados. Bueno, Gregorio también se sentía intimidado ante tanta belleza e inteligencia pero, odiaba ver a su señor herido por alguien tan diminuto.

—Ella no se ha negado a nada Gregorio —musitó Alec en tono bajo, sentándose en su sillón frente al fuego. Eso sí sorprendió a su mayordomo.

—Soy yo quien no quiere forzarla, nos casamos por todos los motivos equivocados. Unir las castas, reiniciar la paz sobre esta tierra tan castigada por las guerras de clanes, hacernos fuertes, tener hijos y una dinastía que gobierne sobre ambos principados. El emperador lo ordenó y ambos obedecimos pero ella estaba enamorada de su primo Alfeizan y no creo que después a un mes de la boda, se le haya olvidado el amor, es una mujer de principios. Y yo soy un hombre no una bestia.

—Pues será difícil que inicien descendencia sin consumar el matrimonio mi señor. —Alec lo miró y súbitamente ambos comenzaron a reír.

—Soy patético.

—Sí, lo es, porque se ha enamorado de ella, sólo por eso no se le impone. Alec Ud. Adora a esa mujer y haría cualquier cosa por ella, menos lo que hace falta para conseguir todo lo otro, especialmente la dinastía.

—No se lo digas a nadie, ya tengo suficiente con andar rumiando a solas mi pena para que el resto de Ambrosiam me tenga lástima, además si ella se enterara sería la primera en venir a consolarme. Tiene esa mirada de conmiseración propia de las madres. Al decir eso se planteó que él no recordaba mucho de su madre, salvo sus últimos momentos viva.

—Señor, las mujeres consuelan de la forma más placentera y bonita, sea un mendicante, por favor, lo demás se le dará por añadidura. Lo dicen las Escrituras…

Danielle Van Hall se limpió de nieve el abrigo de pieles, los niños parecían tan exhaustos como ella; los mandó con sus padres, a las cocinas del gran palacio de Ambrosiam. Ella misma se dirigió hacia allí donde el olor a guiso de cordero le perforó el estómago y le destapó la nariz. Odiaba el cordero pero no podía decirles a esas mujeres tan esmeradas y dedicadas a consentirla que ella detestaba hasta el balido de cordero, que lo suyo eran los pescados hechos en camas de zanahorias, cebollinas y hojas de aromático fringo salvaje. No, hacía un mes que comía el indeseable cordero, y estaba comenzando a soñar que en lugar de su voz, naturalmente armoniosa, surgía un meeee disonante que le hería sus sensibles tímpanos. Dio un respingo al ser cubierta con otra capa. Se volvió. Su marido, el hombre de la cicatriz sexy y de la mirada que parecía taladrarla. Tenía el ceño adusto y los ojos verdes entrecerrados.

—Si quieres tener una pulmonía que no sea en Ambrosiam, me costó mucho trabajo lograr la paz con Sidonia para comenzar otra guerra con Trapasia.

—Sidonia no diría que se esforzó más de lo que significó derrumbar sus muros, ahorcar su rey e imponerles un pariente como príncipe.

—Bah…detalles, te fijas demasiado en los detalles, trapasiana y poco en la ligera ropa que llevas con diez grados bajo cero.

—¿Detalles? —susurró ella incrédula, ante semejante afirmación. El detalle le había causado a todo el mundo en Anion muchos problemas, hasta que el príncipe Alec había terminado con el detalle de un sablazo.

Luego de quince años de combates y enfrentamientos, un hombre había decidido acabar con toda beligerancia yendo de frente, con un ejército imponente, contra el príncipe Durhan de Sidonia. El loco y asesino Durhan siempre había sido temido, perdonado, comprendido y hasta defendido en las cortes del emperador por una camarilla de nobles temerosos de ser el próximo bocado en viaje hasta su estómago sin fondo... Alec de Ambrosiam había perdido más que el resto de los siete principados que conformaban la sólida Anion, una nación gobernada por un emperador elegido en concilio.

Su familia había sido asesinada. Padres y tres hermanos mayores. Su pueblo diezmado, sometido y esclavizado por años. Hasta que Alec de Ambrosiam dejó la corte del emperador, seguido por varios nobles de su edad, por los vasallos de ellos

y por las dispersas tropas de su propio principado. Había luchado encarnizadamente durante los últimos seis años, haciendo uso de la misma violencia que enfrentaban y finalmente, Alec había entrado al palacio de Sidon, con su caballo Cuccuzza, subiendo hasta las escaleras que llevaban a la terraza donde Durhan se escondía. Los testigos comentaban que el arrogante Durhan se había arrodillado pidiendo piedad pero no lo había pedido dos veces. Su cabeza voló sobre el balcón y cayó dentro de la *Fuente de los Siete Principados*, llamada desde entonces, *Fuente de los Siete Principados y una Cabeza*.

—Sí un tonto detalle… —susurró Danielle y curiosamente sonrió casi divertida. Alec abrió la boca sorprendido. Luego hizo algo que la confundió, sujetó los bordes de la capa y la atrajo hacia él. Y simplemente la besó con una increíble ternura. Danielle no podía moverse, alzar los brazos o retroceder. Estaba maniatada dentro de una capa de terciopelo negro. Alec en cambio parecía encantado, de hecho, lo estaba. Al fin tenía a la mujer de sus sueños, a la bella trapasiana, en sus brazos. La separó con un aire de profunda satisfacción masculina.

—Eso no estuvo nada mal —dijo con arrogancia. Danielle abrió los ojos y lo miró con cierta indulgencia.

—¿Comparado con qué?

Alec se quedo viéndola y luego frunció el ceño.

—¡Comparado con qué! —Medio gritó— Tú, mujer, no tienes que tener puntos de comparación, soy tu marido y se supone que llegaste pura y casta. Eres una trapasiana, una princesa amazona virgen, que le rinde culto a la diosa de la caza y de la luna.

—¡Oh!…bueno, También muchas de mi tribu se cortan una teta para llevar cómodamente el arco y a mí jamás se me ocurrió. —Danielle tenía ganas de reírse a mandíbula batiente, de pura felicidad, su hombre al fin la había besado y era una delicia, sin embargo adoraba verlo enfurecerse y cobrar la forma que muchas veces había observado en su amado padre, un guerrero domado por su madre, la princesa regente de Trapasia, la única sociedad matriarcal de Aniom. Alec, tenía el ceño fruncido y aún la sostenía de la capa, la miró directamente a los azules ojos risueños.

—¿Estás de broma conmigo?

—¿Cuándo consumaremos el matrimonio esposo? Contesta eso y te diré si es broma —respondió ella con suavidad y un leve coqueteo. Alec sintió que sus ingles aumentaban notablemente en un punto central. Estaban afuera, en las puertas que llevaban a las cocinas reales, pasando un frió oprobioso, y determinando que pasaría en su futuro conyugal inmediato.

—Soy un bárbaro, un guerrero sin piedad, un maldito que lo perdió todo y se vengó quitando vidas. Todos me temen, todos me señalan y…

—Yo no. Mi madre jamás hubiera aceptado un matrimonio arreglado por el

emperador que pudiera hacerme infeliz, yo sólo reclame mi destino que estaba a tu lado. —Alec parpadeó confuso. ¿Su destino?

Danielle lo besó y no fue ni tierna ni gentil. Fue decididamente una amazona en busca de una presa, una cazadora que dejó sin resuello a su marido. Alec la alzó en brazos con una maldición en los labios. Ella en cambio se rió divertida cuando la puso sobre su hombro y saludó a las cocineras que miraban como rebotaba contra la espalda del príncipe de Ambrosiam, saludó a los sirvientes que quitaban el polvo de los muebles y estatuas, saludó a las doncellas que pulían el piso de mármol, a Gregorio que se quedó de una pieza junto a la puerta de la gran biblioteca central del palacio. Su propia doncella se sonrió con ella, al verla cruzar sobre el hombro de su esposo, directo a las habitaciones de éste. Camila Van Hall, su prima bajó las escaleras silbando divertida.

Alec la arrojó a la cama.

—En Trapasia usamos camas redondas mi señor.

Alec la miró ceñudo, se paseó por el cuarto. Un cuarto muy masculino, muy simple. Un armario, una cama y dos baúles, ese hombre no parecía que se hubiera instalado, sino que estaba de paso. Danielle, sopesó que faltaban cortinas, que el lujoso mármol negro que cubría los pisos necesitaban alfombras, que un espejo no vendría nada mal, que biombos de seda se verían increíbles cerca de la puerta ventana que daba a una terraza oval.

—Trapasiana…

—Me llamo Danielle, Alec y mi origen no es mi nombre. —Él la miró a los ojos y respiró hondo. Estaba haciendo acopio de paciencia. Miles de preguntas bullían en su mente.

—¿Danielle, tú me conocías antes de casarnos? Dices que tu destino está a mi lado pero estabas prometida con tu primo Alfeizan. Danielle al fin cobró seriedad. Se sentó en la cama, gigantesca, que solo tenía sábanas de algodón y una manta de lana finamente trabajada en telar. Miró en derredor. El cuarto era bello, pero no tenía nada que indicara la presencia de Alec.

—No crees en la permanencia. Este dormitorio parece una barraca, un sitio de paso. Yo no te dejaré ir así de fácil Alec. Me costó mucho que el emperador recordara nuestra alianza. Quiero lo que tienen mis padres. Quiero fidelidad, hijos y un hogar. No un campamento. Soy una amazona, no una gitana.

Alec volvió a inspirar, miró el techo en busca de ayuda divina. No creía en ningún dios, no creía en el futuro, tenía miedo de amar y además seguía sin entender a esa mujer que vestida con pantalones de cuero, una camisa y botas lucía mejor que muchas otras vestidas con lujosas ropas femeninas. Las dos capas yacían en algún lugar entre las cocinas y su dormitorio. Danielle llevaba el cabello trenzado, y su cutis marfileño tenía un leve tinte rosa, los ojos azules rasgados, las densas pestañas

y sus cejas negras le daban un aire exótico. Le recordaba a una clase de gato siones.

—Mujer tú me conocías antes de casarnos. —Fue una afirmación. Ella se cruzó los brazos sobre los hermosos senos y giró un poco la cabeza, mirándolo de soslayo. Dudaba en hablar, algo escondía. Al fin tomó un sorbo de aire y pareció rendirse ante la necesidad de explicarse.

—Alec, tú y yo fuimos comprometidos desde la cuna, claro que te conozco, estuviste en mi bautizo, tus padres fueron mis padrinos. Nos vimos por última vez en tu cumpleaños décimo cuarto. Dos meses antes que tus padres y tus hermanos murieran. ¿No puedes recordar nada de eso Alec?

Alec se sentó y la atrajo. La puso sobre su regazo. La miró largamente. Parecía que se estaba ahogando al contemplar esos ojos azules que por primera vez lo miraban con cierto temor. Muy poco en realidad.

Tenía el ceño fruncido, los ojos cargados de lágrimas, un terror muy profundo se había extendido por su cuerpo.

Danielle le acarició la cicatriz con la punta de un dedo. Alec apoyo su frente en la curva del cuello femenino y dejó que la memoria lo inundara de imágenes que había dejado que se perdieran durante los últimos 15 años.

Durante quince años sólo se había limitado a recordar una noche espantosa. Los cuerpos de sus hermanos despedazados, los gritos agónicos de su madre violada, los sollozos de su padre obligado a contemplar todo el horror de la traición. Gregorio lo había sacado del palacio junto con sus dos guardaespaldas, lo habían tenido que arrastrar por pasajes ocultos en los muros del palacio.

Todos sus buenos recuerdos habían desaparecido y sus amigos y sirvientes no osaban traerlos al presente. Alec había bloqueado toda puerta a su corazón. Su mente se había asociado a su espíritu devastado. Danielle era un recuerdo relegado como tantos otros de su juventud. Criado en el palacio imperial hasta que cumplió los veintitrés años y fue ordenado caballero, jamás nadie, ni siquiera Gregorio, habían hecho mención a su vida anterior a aquella noche. El emperador y su médico habían ordenado que no se le forzara a recordar nada. Danielle había roto esa orden.

—¿Dany? —susurró recordando la pecosa amazona de ocho años que se lanzaba desde su potro al galope directo a sus brazos. Levantó sus ojos y miró el rostro precioso y comenzó a delinearlo con su boca. Danielle respondía a sus besos con igual suavidad. Alec había regresado.

—Pecosa…

—Tesoro.

Danielle fue desnudada entre besos ardientes y lágrimas de reconocimiento. Alec había regresado a alguien. Alguien lo había esperado. Había atravesado el infierno y

ahora unos brazos amorosos lo atraían a su cuerpo con dulzura y pasión. Ser uno era natural, era como volver a casa. Danielle no se quejó de dolor, su duro entrenamiento la había preparado para ser asaltada. Su cuerpo se adaptó a la invasión y a su vez se apoderó de Alec. Se miraron y besaron cada largo segundo. Alec gimió su nombre y en cada penetración una imagen de ella lo arrastraba hacia la superficie, sacándolo del profundo pantano en el que había estado sumergido por tanto tiempo.

—Trapasiana ahora jamás voy a olvidarte, ni dejarte ir, ni dejar de poseerte. Tú eres mía Dany…

—Amorcito, creo que soy yo la que te está teniendo dentro, por lo tanto, etimológicamente, tú eres quien es mío.

Alec alzó la cabeza y lamió los labios hinchados de besos y siguió su movimiento con una fuerza cada vez mayor, Danielle comenzó a sollozar y Alec sonrió.

—Mi vida no tengo idea de que es "etimológicamente" pero si eso te hace feliz, "etimológicamente" me tienes.

Ambos se tensaron juntos, alcanzaron el clímax, juntos, atravesaron desde el pasado al futuro en uno segundos de esplendor y quedaron laxos dándose besos y haciéndose arrumacos con tiernas palabras.

Finalmente, luego de horas de hacer el amor y no decir nada más que ternezas, Alec la llevó al baño. Danielle gozó del lujo del agua caliente, de la espuma, las caricias y el silencio. Alec tenía que digerir mucho. Y no era su fuerte.

Luego la llevó de regreso al dormitorio envuelta en una toalla, gozando de su propia desnudez. Alec se sentó frente al fuego del hogar y la secó suavemente.

—¿Por qué no me lo dijiste todo antes?

—Está prohibido mi amor. Dicen que te podría volver más loco…de lo que ya estás. —Ella sonrió. No le importaba nada ni nadie más que Alec, se había aguantado por años de ir a buscarlo ante la orden dura y directa de su propia madre. Decisión que había sido causa de muchas peleas en su hogar. Incluso que Camila, su prima y guardaespaldas estuvieran con ella era una forma de cuidarla, de Alec. Era la segunda hija mujer de una princesa amazona. Una heredera.

Alec la miró a los ojos durante largos segundos.

—Te amo. No hablo de nuestra infancia, hablo de que me enamoré de ti, de que hace un mes que… ¿Alfeizan?

—Vacilabas en hacerme el amor —interrumpió ella—, lo sé, soy muy inteligente Alec. Mucho más que mi hermana Ligeia, mucho más que el emperador y mucho más que mi madre sobre protectora. Lo aclaro para que no te sientas inferior. Soy mucho más inteligente que mucha gente además de ti.

Alec alzó una ceja, pensando en que no era nada humilde. No tuvo tiempo de

responder, por la terraza entraron cuatro hombres armados con espadas, Danielle saltó de sus rodillas como un gato. Alec alcanzó a tomar su espada. Su mujer en cambio pego dos silbidos mientras sacaba su arco y le ponía velozmente una flecha. Alec se tuvo que enfrentar con dos hombres, su mujer se hizo cargo de los otros dos con una velocidad espeluznante. Las flechas habían atravesado carótidas.

Los silbidos atrajeron a Camila y a la guardia. Alec no tuvo piedad, los asesinos mercenarios yacían sobre el piso, sin cabeza.

Los guardias se hicieron cargo, mientras Camila revisaba la terraza con su espada en mano.

—Son rebeldes de Sion… —dijo Gregorio, desviando la mirada de la desnuda Danielle y mirando a la cara de su desnudo príncipe.

—Resabios. Limpia esto —ordenó tomando la mano de su mujer y traspasando la puerta de su dormitorio que llevaba al de Danielle. Cerró la puerta y luego, la miró enojado.

—Te metiste en el medio de una pelea que es mía. Tú eres mi hembra, yo debo protegerte —El enojo era propio del loco príncipe de Ambrosiam. Ella le golpeó el pecho con un dedito, reiteradas veces.

—Amor, lo tuyo, etimológicamente hablando, es mío.

Alec la miró ceñudo. Su mujer, su amazona. Su tortura y su grano en el culo en un solo cuerpo adorable. Resignación.

—Me alegro que no te cortaras una teta, pero no te exhibas tan indecentemente frente a mis soldados. Media docena te ha visto desnuda.

—Alec, Camilla te ha visto desnudo a ti, eso es imperdonable. —Retrucó ella muy seria y muy celosa. Una amazona celosa es una amazona enamorada. Una amazona celosa era muy peligrosa y la mujer de Alec era además letal con ese arco. No quería arriesgarse a pensar de qué era capaz con una espada. Desvió la conversación.

Alec miró el dormitorio. Había volantes, encajes, pinturas, alhajeros, cepillos, espejos.

—Eres muy femenina para ser amazona.

—Salí a mi padre querido. Espero que mis hijas salgan a mí y nuestros hijos a ti, pero no amaré menos a un hijo varón que adore la cocina como mi papi.

—¿Alfeizan?

—Bueno a él además de la cocina y los volantes, le gusta tú más que yo, amor mío. Antes de la boda me amenazó con que si yo no hacía nada para resolver nuestro olvidado compromiso… lo haría él, se ofrecería en mi lugar. ¿Entiendes?

Alec comenzó a reír, y rió durante varios minutos antes de meterla en su femenina cama redonda.

—Puedes salvarme cuando quieras Dany.

—Ya lo hice. Creo que acabamos de librar nuestra última batalla.

Sin embargo durante muchos años, las peleas de Alec de Ambrosiam y su deliciosa amazona amenizaron las veladas de las tabernas de Ambrosiam y Trapasia. Aunque las versiones eran muy diferentes en ambos principados, había una versión que era similar: se amaban y eran unidos como si hubieran crecido juntos desde la cuna.

Grupo Escaneadoras

Adriana, Alevilla, Conso, Gema, lady1234, Magali, Mamen, Maria, Marijo, Maroca, Olga, Paci, Paloma, Teres y Vero

Traicionada

(Erótico)

Estaba escondida en las sombras y esperaba que cayera la noche para poder salir, con la seguridad que me proporcionaría la oscuridad.

Llevaba escapando más de veinticuatro horas y creía que lo había conseguido cuando una mano grande y callosa se cerró sobre mi boca con fuerza. Intenté gritar pero fue inútil y empecé a patear con furia al hombre que me sujetaba, porque si algo tenía claro es que era un hombre, y bastante grande.

—Shhhh… no grites, no quiero hacerte daño.

Mi capacidad de pensar se perdió cuando escuché esa profunda voz que parecía terciopelo junto a mi oído y automáticamente deje de forcejear.

—¿Si quito mi mano prometes no gritar, preciosa?

Moví mi cabeza con un asentimiento casi imperceptible esperando que me soltara y con el presentimiento de que conocía de algo al tipo que me tenía sujeta.

Despacio, retiró la mano y más despacio aun me fui volviendo para poder verle la cara al desconocido…

—¡Mierda!

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que aquel bastardo lo había enviado para matarme pero igual de rápido me di cuenta que algo fallaba, su postura no era amenazadora. Por el contrario parecía relajado y protector, mi cuerpo así lo sabía y reaccionó a él instintivamente, en contra de mi voluntad, como siempre que

estábamos cerca el uno del otro y el debió de notarlo porque me atrajo entre sus brazos y sin dejarme reaccionar me besó.

Su beso era eléctrico y a la vez sus labios eran suaves contra los míos, mi cuerpo se curvó para fundirse con el suyo y mi cerebro dejó de funcionar.

¿Cuántas veces me había imaginado esto? Y ahora en la peor ocasión posible realmente estaba sucediendo.

—Preciosa creo que ya sabes que no estoy aquí para hacerte daño —dijo mientras se retiraba de mi boca—. Tenemos que movernos antes de que nos encuentre.

—Pe-pero ¿qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Seguro que no estás de su parte? Por favor, no juegues conmigo no podría soportarlo de tu parte, Izan.

—Mírame, Sarah —me cogió de la barbilla y me hizo mirarlo a los ojos— estoy aquí para ayudarte, mas tarde lo aclararemos todo, ahora tenemos que movernos si no queremos que nos encuentre.

Me tomó de la mano y empezamos a correr calle abajo hasta que paramos delante de un automóvil, vi como lo abría y me metí dentro sin pensarlo, agradeciendo dejar el frio de la noche y una fina llovizna que había comenzado a caer, en ese momento me sentía segura después de mucho tiempo, dejaría mi vida en manos de Izan y presentía que lo estaba haciendo en ese momento.

Mientras recorríamos las calles a toda velocidad –con el vehículo que supuse acabábamos de robar– me volví a mirarlo a placer, se lo veía cansado, pero aun así seguía siendo el hombre más atractivo que había visto en mi vida, con el pelo más largo por arriba, de un color arena que siempre me había encantado y que se rizaba en las puntas dando la sensación de acabar de levantarse de la cama, me picaban los dedos por tocarlo y retirarlo de la frente. En ese momento se volvió y esos ojos verdes me dejaron atrapada. Seguidamente sonrió dándome la fuerza que poco a poco se me escapaba de las manos, el lo sabía ya que me conocía mejor que nadie.

—Me gustaría que todo esto acabara y poder verte sonreír, siempre me ha encantado tu sonrisa.

En ese momento llegamos a su casa, se abrió la puerta del garaje y entramos, nunca había estado allí y me recorrió un escalofrío por la columna vertebral. Puso su mano en el bajo de mi espalda y me empujó suavemente hacia una salita muy masculina.

—¿Quieres algo de beber? ¿De comer? Debes estar hambrienta.

—No gracias. Me gustaría saber que está pasando.

—Muy bien, así que quieres ir al grano… mmmm… bueno, tu hermano nos engañó a todos y realmente nos hizo pensar que tú eras la culpable de la muerte de tu padre, tengo que decir en mi favor que siempre dudé y que por eso investigué hasta que di con la verdad, jamás estuve de acuerdo con hacerte daño.

Para ese momento las lágrimas rodaban por mis mejillas y ya no podía detenerlas,

no solo había fallecido mi padre, sino que mi hermano me quería fuera del mapa y no sabía por qué. Izan con su pulgar me acaricio los pómulos para secar mis lagrimas.

—Tranquila, preciosa no dejaré que te haga daño.

—Lo sé. ¿Pero por qué? ¿Qué le he hecho yo?

—¿Realmente no lo sabes, verdad?

—No.

El suspiro que escapo de sus labios me dijo que la respuesta no me iba a gustar.

—Tu padre, Sarah, te dejó toda su fortuna. Debía presentir la avaricia de Gabriel y no quiso que pasara a sus manos. Cuando se enteró que no le había dejado nada enfureció y creo que perdió la cabeza, tu padre siempre fue un viejo muy listo.

Me pitaban los oídos y no podía creer lo que estaba oyendo. En ese momento se me nubló la vista y todo se volvió negro.

Cuando desperté lo primero que noté fue que estaba en una cama, lo segundo que un cuerpo duro y caliente me tenía arropada desde la cabeza hasta las puntas de los pies y de repente recordé toda la conversación y sin poder evitarlo comencé a sollozar otra vez. Sentí su mano cepillando mi melena relajando mis nervios.

—Preciosa, por favor deja de llorar.

Me apretujé más contra él y me armé de todo el valor del que hasta ahora había carecido y le pedí lo que llevaba mucho tiempo deseando, total si tenía que morir quería llevarme ese recuerdo conmigo.

—Izan hazme olvidar, quiero estar contigo aunque solo pueda ser por una vez.

—No sabes lo que me estas pidiendo, si damos este paso nunca te dejaré ir. Tenlo claro, Sarah porque luego será tarde para dejarme.

Lo sentí ponerse tenso contra mi espalda pero también pude sentir el comienzo de una erección que antes no había estado allí, me di la vuelta y sin pensarlo comencé a besarlo con desesperación esperando que me correspondiera y no me decepcionó.

Me oí gemir a la vez que me daba cuenta de que estaba desnuda. Sin perder tiempo, deslicé mis manos por su pecho y fui bajando por sus prietos abdominales hasta llegar a su pene, él soltó todo el aire y me di cuenta en ese preciso momento que se había rendido y yo no iba a desperdiciar la ocasión. Cerré mis dedos alrededor de su miembro y comencé a acariciarlo, él se había abierto paso por mis pliegues ya húmedos y había encontrado mi centro de placer, comenzó a acariciarlo a la vez que lamía mis pechos con su lengua, haciéndome perder el ritmo de las caricias que le estaba dando.

—Basta, si no, me voy a correr .Me cogió las dos manos y me las puso por encima de la cabeza impidiéndome tocarlo.

—Por favor… no juegues conmigo, dame más.

—Despacio, si voy a caer en tu hechizo… quiero hacerlo bien.

Introdujo un dedo dentro de mí con tal suavidad que sabía que me iba a robar la cordura y siguió así hasta…

—Estas tan mojada y preparada para mi, preciosa.

—Por favor… haz algo.

En ese momento se colocó entre mis muslos y pude notar la punta de su pene acariciando mis pliegues, y sin dejarme pensar se metió hasta el fondo de un solo golpe.

—Aaahhhh… más Izan, más.

Empezó a moverse con largas estocadas hasta que pensé que no podría llenar de aire mis pulmones, estaba a punto de estallar.

—Eres tan estrecha preciosa, me robas la cordura, déjate ir, córrete para mí Sarah.

Solo hicieron falta esas palabras y exploté en montones de pedacitos y aun así él no paró. Sus acometidas alargaron mi orgasmo hasta más de lo soportable, él se puso rígido y se corrió con una última y poderosa estocada.

—Te amo, cariño.

Me quede rígida por qué no sabía si había oído bien.

—Dímelo otra vez.

—Te amo.

—Yo también te amo, Izan por favor no me falles, eres lo único bueno que queda en mi vida.

Y con esas palabras me fui deslizando en el sueño que tanto me había rehuido en los últimos días. Noté que un brazo musculoso me abrazaba y en la nebulosa del sueño me pareció oír:

—Nunca te fallaré…

Me desperté sobresaltada por un portazo y salté por mi lado de la cama sin siquiera pensar que estaba desnuda.

—Bueno, bueno, bueno… Izan, ya veo que conseguimos lo que queríamos, yo darle caza y tú acostarte con ella, pequeña idiota. Te doy las gracias, amigo mío, por retenerla aquí hasta que he llegado.

Mis ojos no podían creer lo que estaba viendo. Mi hermano me apuntaba con una pistola, mientras Izan se ponía tranquilamente sus pantalones vaqueros sin mirarme ni una sola vez. No podía ser cierto, mi corazón se estaba rompiendo en mil pedazos aunque mi cerebro se negaba a aceptar lo que estaba ocurriendo.

—Izan, dime que no es verdad, me lo prometiste ¡maldita sea!

Levantó la vista y me miró. Me pareció ver algo parecido al dolor en sus ojos que duró solo un segundo, pero que fue suficiente para fortalecer mi corazón, aunque

sus siguientes palabras fueron como una losa muy pesada para mí.

—¿De verdad pensaste que te quería preciosa? Jamás dejaría pasar la oportunidad de repartir tu maravillosa herencia con tu hermano.

—Sí, bueno sobre eso tenemos que hablar…

Cuando mi hermano dijo esas palabras supe que algo iba a pasar. Lo vi todo a cámara lenta, mi hermano dejó de apuntar hacia mí para apuntar a Izan. Sabía que no habría más palabras, así que ni lo pensé, no sé que se apoderó de mí. Salté encima de Izan a la vez que oí el disparo y sentí un calor enorme en mi costado y pensé que ahí acababa todo, oí otro disparo simultáneo pero no sabía a quién había dado. Mi último pensamiento antes de desmayarme por segunda vez en menos de un día, fue para Izan, esperaba que mi muerte por lo menos sirviera para salvarlo a él.

Por supuesto, supe que me había desmayado y no muerto en el momento que noté que me mecía adelante y atrás y me decía palabras tiernas al oído una voz que hubiera reconocido en cualquier sitio.

—Cariño despierta, lo siento tanto, tenía que hacerlo para intentar salvarte. Por favor despierta, te quiero tanto.

Su voz sonaba cascada y realmente preocupada. Cuando abrí los ojos vi que mi hermano estaba en el suelo rodeado de un charco de sangre, había corrido peor suerte que yo y pese a todo me entristecí. Pero también supe que era la única manera de poder vivir, ya que había perdido la cabeza y nunca me hubiese dejado seguir adelante. En ese momento entró un policía seguido de un paramédico que revisó mi herida y dijo que no era grave pero que había que trasladarme al hospital.

—Voy con ella.

Y no había nadie en la sala que se atreviera a contradecirlo ya que parecía un tigre enfurecido, en ese momento hubiera matado a todo aquel que hubiese intentado hacerme daño, ahí empezó mi relación con Izan, hasta el día de hoy.

En estos momentos que escribo mi historia de amor, unos brazos se cierran alrededor de mi cintura y es en el único sitio en el que quiero estar, cierro mis ojos y me dejo llevar cuando susurra junto a mi oído.

—Preciosa…

Fin

Grupo Escocesas Divinas 1

Adri, Eva, Miri, Mer, Rosa María y Betty

Mi Hombre Perfecto

(Contemporáneo)

Hannah levantó la vista del informe que le entregaba su secretaria cuando escuchó el ascensor abrirse a las nueve de la mañana, sabía perfectamente quien era… dos años trabajando para él, primero como su secretaria y después como su asesora y asistente personal. Marc, el presidente de la compañía, el hombre con el que había tenido sueños húmedos todas las noches desde hacía dos años. Pero él solo tenía ojos para los negocios y las inversiones, además de sus amiguitas de fin de semana. Aunque ya no llevaba su agenda personal, ella sabía que todos los viernes salía de la ciudad y se imaginaba que no precisamente solo.

Hoy venía acompañado, del ascensor salieron dos hombres con los rostros casi como dos gotas de agua, solo que el otro debía tener al menos cinco años menos que Marc, que tenía treinta. Debía ser Brian su hermano menor, que empezaba a trabajar en la empresa después de realizar una especialización en mercado internacional.

Ella había estudiado contabilidad y administración de empresas en horarios nocturnos mientras trabajaba como secretaria y así fue ascendiendo en la empresa, hasta ser su asistente personal. Matc era un genio en los negocios, pero nada llegaba a él sin antes ser revisado por ella, confiaba mucho en Hannah lo cual hacia que ella le amara mas, pero Marc no tenia los mismos sentimientos hacia ella.

—Buenos días Hannah, te presento a mi hermano Brian, hoy es su primer día y estará empapándose de los negocios de la familia.

—Buenos días Marc, mucho gusto señor Stuart.

—Buenos días Hannah, por favor llámame Brian —Tomó la mano de ella y le besó el dorso a la vez que le lanzaba un guiño *¿Estaba coqueteando con ella?* Seguro que era igual con todas las mujeres y esperaba que todas cayeran rendidas a sus pies como pasaba con su hermano.

Marc lanzó un gruñido y continuó hacia la oficina pidiéndole a Hannah los informes para la reunión de esa tarde.

Después de cerrar la fusión con una empresa, Hannah y Marc se sentaron en el sofá de la oficina de él, estaban muy contentos y a la vez cansados, ella se puso cómoda y empezó a estirar el cuello que sentía agarrotado. Marc al darse cuenta de eso automáticamente se levantó y se puso detrás de ella, le bajó la blusa un poco por la espalda y empezó a hacerle un masaje desde el cuello a los hombros. Hannah al principio se quedo rígida por la sorpresa, pero él le dijo que se relajara que esto la ayudaría a sentirse mejor.

Ella sintió como sus manos, grandes y cálidas le daban un masaje tan bueno que se derretía por dentro, cerró los ojos y sin querer de su garganta salió un gemido de placer. *Dios que bien se sentía*, parecía mantequilla fundiéndose en sus manos, se dejó llevar por las sensaciones y la mente se le llenó de imágenes de Marc acariciándola por todo el cuerpo con esas enormes manos. Sentía como se concentraba toda la humedad allí donde quería que Marc la tocara, pero… todo acabó al sonar el móvil de Marc.

Hannah se enderezo rápidamente y empezó a colocarse bien la blusa mientras Marc tomaba su móvil y leía un mensaje de texto, ella trato de recomponerse pero sabía que su cara debía estar roja por dejarse ir de esa forma con su jefe.

—Lo siento pero tengo una cita que había olvidado —Marc carraspeó las palabras, ella no se atrevía a mirarlo y bajo los ojos mientras se colocaba los zapatos de tacón.

—Está bien, mañana hablaremos con los jefes de departamento para informarles de la fusión.

—No, mañana no —dijo él— déjalo para el lunes, mañana tengo un compromiso.

—Ok, buenas noches Marc —Hannah casi salió corriendo hacia su oficina mientras retenía las lagrimas que se le anegaban en los ojos, ella derritiéndose con una caricia y él ya tenía un compromiso para todo el fin de semana. Era una tonta por seguir pensando en él, pero su corazón y su cerebro no estaban de acuerdo.

A la mañana siguiente Hannah no estaba de muy buen humor, no había dormido mucho por llorar toda la noche y seguirse llamando tonta por amar a su jefe y

haberse excitado con un simple masaje en los hombros. Además de todo eso, hoy era su cumpleaños número veintiséis, y seguía sola, según su madre.

Al entrar en la oficina se encontró con el ramo de flores más grande y hermoso que había visto, con toda una variedad de ellas, parecía un pequeño jardín. Su secretaria estaba muy emocionada y quería saber quien se las había enviado. Se acercó al ramo y leyó la tarjeta.

Feliz cumpleaños Hannah, tomate el día libre y cena esta noche conmigo.

Pasare a recogerte a las ocho.

M.

Su corazón se aceleró emocionado, pero su cerebro le pedía que se tranquilizara, era solo un jefe siendo amable con su asistente el día de su cumpleaños, no tenía que hacerse ilusiones.

Como no sabía a dónde la llevaría a cenar, pero imaginando que sería un sitio elegante se puso un vestido negro ajustado que realzaba su figura, no llevaba sujetador y solo una tanga diminuta para que no se le marcara a través del vestido. Completaba el atuendo unas sandalias altas, un maquillaje sencillo, el cabello recogido y como broche se puso el juego de gargantilla, brazalete y aros que le había regalado Marc para navidad y que aun no había tenido ocasión de estrenar.

Marc llegó puntual a recogerla, se quedó mirándola fijamente en cuanto abrió la puerta. La miró desde su peinado hasta sus sandalias sin dejar ningún detalle de lado. Su mirada la recorrió como si de una caricia se tratara, ella sintió un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Estás muy hermosa Hannah, sabía que esas joyas realzarían tu belleza —levantó una mano y con un dedo le tocó la gargantilla y el cuello, fue solo un roce pero su cuerpo vibró—. ¿Nos vamos? —preguntó, tomándola del codo y ayudándola a subir al coche.

—Gracias —fue lo único que Hannah pudo decir.

Cuando el coche se detuvo y Marc la ayudó a bajar, ella se llevó una sorpresa al darse cuenta de que estaban en su casa. Iban a cenar los dos solos. Cuando entró vio una pequeña mesa para dos rodeada de luces tenues y sintió una suave música instrumental de fondo. Hannah no podía salir de su asombro, ¿qué significaba todo esto? ¿Por qué él había hecho esto, si siempre la había ignorado como mujer? La emoción pudo con ella y las lágrimas se derramaron por sus ojos sin poder evitarlo.

—Hannah, ¿por qué lloras? ¿No te gusta la sorpresa?

—No es eso… es… ¿por qué? —fue lo único que pudo decir entre lagrimas.

—Hannah, yo no sabía que regalarte para tú cumpleaños, además quería verte

fuera de la oficina, yo… bueno nos conocemos hace dos años, trabajamos bien juntos, pero nunca hemos salido como… amigos.

—Ya somos amigos Marc —dijo Hannah, mientras su corazón se rompía por dentro. *Tonta y más que tonta. ¿Qué esperabas, una declaración de amor? Él te aprecia, te admira, te tiene cariño… pero no veas más que eso.*

Mac, no sabía qué hacer, no esperaba que ella reaccionara de esa manera y eso lo dejó descolocado. Estaba tan hermosa y sexy… él quería saltarse la comida y comérsela a ella, pero tenía miedo de que pensara que solo quería aprovecharse, que solo la quería como una más de sus amantes. No sabía cómo llegar a ella… pero empezar por la amistad fuera del trabajo era un buen comienzo, ¿o no?

Hannah, se tranquilizó y le pidió que le dijera dónde estaba el servicio. Una vez allí se retocó el maquillaje y respirando hondo un par de veces para darse ánimos, salió a intentar disfrutar de la velada lo mejor posible. Marc era un encanto y de verdad que lo consideraba su mejor amigo aparte de su jefe, además él no tenía la culpa de que ella lo amara.

—Marc, perdona por la escena, la verdad es que me emocioné, todo es tan bello, la mesa, la música… todo, muchas gracias.

Él se le acercó con una copa de vino, la miró fijamente mientras se la tendía y dijo:

—Brindemos por tu cumpleaños y por nuestra amistad… que dure para siempre.

Ella levantó la copa y brindó con él, por dentro temblaba y lloraba al pensar que solo podía esperar una amistad de su parte.

Se sentaron, y disfrutaron de una comida exquisita, buena música y un ambiente agradable. Charlaron animadamente de muchos temas, hasta que de repente él le pregunto.

—Hannah, por curiosidad… ya que estamos conociéndonos como amigos, dime ¿tienes novio o pareja? Lo digo porque nunca te he visto con nadie, en ninguna de las cenas de la empresa has venido acompañada y sinceramente tengo curiosidad.

—No Marc, yo esto… bueno mi corazón tiene dueño pero lamentablemente él no siente lo mismo por mí. Y aunque he salido con otros hombres ninguno ha llegado a interesarme, porque solo puedo pensar en él. Creo que soy una ilusa pero no puedo evitar lo que mi corazón siente.

Marc, se quedó sorprendido. No esperaba esa respuesta, demonios entonces tenía un rival, pero no podía ser, ella era suya… solo que aun no lo sabía.

—Pues ese hombre es tonto y no merece que sufras por él —Hannah se le quedó mirando con la boca abierta y tuvo que hacer un esfuerzo por no echarse a reír. *Si él supiera que se acaba de insultar a sí mismo*, que ironías tiene la vida.

—Puede que tengas razón, quizá es verdad y él no merezca mi amor.

Se levantaron de la mesa, él fue a cambiar la música y de pronto empezó a sonar

una melodía lenta y sensual. Marc se le acercó lentamente a ella y tendiéndole la mano, le dijo:

—Bailemos.

—Sí, —aceptó ella, dejándose envolver por sus brazos. Estaba en el cielo, se dejó llevar por el ritmo lento de la música, él se acerco a su cuerpo hasta que nada los separaba. Ella sentía todo su duro cuerpo contra ella. Su olor, su calor. Quería hundirse en el, penetrar en su piel y ser parte de él para siempre.

Marc, estaba sudando. Dios, esto era una delicia y una tortura al mismo tiempo, la deseaba con locura, pero por primera vez no sabía cómo actuar. Ella era diferente a las demás mujeres, las otras eran solo ligues del momento, nada serio. Sabían lo que él quería y estaban de acuerdo, pero con Hannah era otra cosa.

Se dio cuenta esta mañana cuando su hermano estuvo coqueteando con ella, porque sintió unos celos como nunca los había sentido y en ese momento se dio cuenta de que la atracción que sentía por ella era más, mucho más, era un sentimiento profundo que lo hacía sentirse posesivo. Ahora comprendía porque a pesar de sentirse atraído por ella desde la primera vez que la vio, no hizo nada porque pasara algo entre ellos, porque para él no era solo una mas… ella era la definitiva, la única.

Qué bien se sentía entre sus brazos, su cuerpo encajaba perfectamente con el de él, era como si fueran dos piezas de un rompecabezas. Él quería ir despacio, pero no sabía si podría, la deseaba tanto, necesitaba probarla, besar esos labios tentadores.

De repente la música término, ellos se detuvieron en medio del salón, pero Marc no la soltó. Ella alzó la mirada y se encontró con sus ojos, y se perdió en ellos. Lentamente él bajo su cabeza y atrapó su boca en un beso caliente y sensual que la dejó temblando de necesidad.

Dios, si es un sueño no quiero despertarme. Es el beso perfecto, el momento perfecto y el hombre perfecto.

—Hannah, eres tan dulce… —dijo Marc, y siguió besándola por el cuello, hacia la oreja que mordisqueó, haciéndola temblar de placer. Ella se aferraba a él entregada. Quería seguir eternamente entre sus brazos.

Él le acariciaba todo el cuerpo y lentamente la llevaba hacia el sofá, la tumbó suavemente y se colocó encima de ella, acariciándola por todas partes, y besándola con una pasión salvaje. Ella se entregó al momento, no quería pensar, no quería preguntar… solo quería vivir este momento aunque fuera él único, sería un recuerdo dulce. Por una noche sería suya y él sería de ella, y sería una noche perfecta.

La pasión se desató entre ellos como una hoguera, él no podía controlarse, y empezó a quitarle el vestido, ella le quitaba la camisa desesperadamente. Los dos estaban perdidos en el fuego de la pasión y nada, ni nadie podría detenerlos.

Cuando Hannah sintió sus cuerpos desnudos tocarse, fue como un relámpago, fue electrizante… y se tocaron, se besaron, acariciaron y amaron locamente durante toda la noche. En el momento del orgasmo ella no pudo evitarlo, y gritó.

—Te amo Marc, te amo.

Él se quedo paralizado, y la miró fijamente a los ojos… y con una pasión renovada siguió moviéndose dentro de ella hasta que explotó en un placer tan agudo como jamás lo había sentido en su vida. En ese momento desaparecieron todas las mujeres con las que se había acostado. Solo estaba ella, solo Hannah, su Hannah.

Cuando sus cuerpos se relajaron y sus respiraciones volvieron a ser normales, de repente Hannah fue consciente de lo que había dicho en el calor de la pasión. Y quería morirse en ese momento. No podía mirarlo a la cara, lo sentía encima de ella… era tan intimo, pero no podía mirarlo. Que le iba a decir.

—Hannah, Hannah… por favor, dime algo. Estas bien, no te he hecho daño verdad. Yo no me lo perdonaría si te hice daño. Además, estoy un poco aturdido y confundido ¿De verdad me amas? Pero antes me has dicho que tu corazón pertenece a otro, y que él no te corresponde… ¿entonces?

Hannah decidió decirle la verdad.

—Entonces, tú eres el tonto Marc —ella lo miró con todo el amor que llevaba escondido dentro.

Él la miraba perplejo porque nunca se había dado cuenta de que ella estuviera enamorada de él. Por el contrario, pensaba que tenía que conquistarla lentamente. Dios que tiempo habían desperdiciado.

De repente él se incorporó, y la ayudo a sentarse en el sofá junto a él, el fuego de la chimenea calentaba sus cuerpos. Marc, empezó a reír con una alegría que no podía controlar. Hannah lo miraba como si él se hubiese vuelto loco.

—¿Marc, qué es lo que te hace tanta gracia? Yo no la veo —Él tomo su rostro entre sus manos y la miro a los ojos, sus ojos aun conservaban la risa.

—Hannah, soy un tonto afortunado. He querido desde hace tiempo que me miraras como a un hombre y tú estabas enamorada de mí. Y yo pensando en ir despacio, cortejarte, enamorarte. Dios, que ciego y tonto he sido.

—¿Pero, qué dices? Que tú… a mi… yo, yo…. —se le hizo un nudo en la garganta y las lagrimas resbalaban sin control por sus ojos. No podía estar diciendo lo que ella creía, era imposible, era un sueño…

Él la abrazo fuerte, y le dijo suavemente:

—No llores mi amor, Dios Hannah te amo cielo, te amo como jamás imagine que podría amar. Eres mía, mi amor.

Ella se abrazó fuerte a él, temblando y llorando de felicidad. Esto era su sueño hecho realidad, no podía creerlo. Levantó la cabeza y lo miró a los ojos,

maravillándose con todo el amor que veía en ellos.

—Marc, te amo. Eres mi amado tonto, mi hombre perfecto. Y el mejor regalo de cumpleaños que has podido darme es tu amor.

Marc empezó a besarla suavemente, pero el teléfono móvil los interrumpió.

El contestó:

—Diga… ¿qué quieres Brian?... ¿Un plan para esta noche? Lo siento hermano pero yo ya tengo plan… ¿Que con quien? —Marc, la abrazaba y mientras la miraba con todo el amor del mundo, le dijo a su hermano—: Con la futura madre de tus sobrinos, y el plan espero que me dure unos cincuenta años como mínimo, siempre y cuando ella me acepte… Si Brian, es la mujer más hermosa del mundo. Adiós hermanito.

Hannah estaba mirándolo con los ojos brillantes de emoción. Él desconecto el teléfono y la miró a los ojos.

—Bueno mi amor ¿qué dices, te apuntas al plan? ¿Quieres estar conmigo como mínimo unos cincuenta años, dime cariño quieres casarte conmigo, Hannah?

Ella lo besó suavemente y con todo el amor que sentía dentro de ella, le dijo:

—Si mi amor, los primeros cincuenta años te recordaré lo tonto que fuiste.

—¿Y los siguientes? —preguntó Marc acercándose a ella.

—Te demostrare lo perfectamente tonto que eres para mí. Te quiero.

—Te quiero Hannah.

Fin

Grupo Escocesas Divinas 2

Autora: Rosa Ma.
Colaboradoras: Anita, Lely y An.

Encuentro Predestinado

(Contemporáneo)

Mara miraba la pantalla del ordenador con la boca abierta.

¿Pero es que ese hombre no tenía que escribir ninguna novela? Jolines, le estaba saturando el correo con tanto e-mail. Seguro que era el típico hombre pequeño, medio calvo y barrigón con gafitas, que además siempre llevaba un protector para los bolígrafos en el bolsillo de la camisa como *Steve Urkel*[1], y por eso no salía su foto en las portadas de sus libros. Bueno por lo menos había cambiado el texto, ya estaba cansada de leer siempre lo mismo, con ese tonillo pedante, aunque en este había pasado de pedante a conciso y maleducado. Los primeros mensajes habían sido en cierta manera correctos.

> *Estimada señora:*
>
> *Ha llegado a mis oídos que tiene usted en su blog algunas de mis novelas. No sé si usted es consciente de que ese material va sujeto a los derechos de autor, puede que usted no entienda lo que eso quiere decir, así que paso a explicarle que no puede divulgar ese material sin mi consentimiento.*

[1] Steve Urkel (interpretado por Jaleel White) era un personaje ficticio de la comedia estadounidense "Cosas de casa". Era el principal modelo de "empollón" de la época del '70. Llevaba gafas de una considerable graduación, ropa un tanto ridícula y un carácter considerado por la sociedad bastante extraño.

Agradecería que tuviera en cuenta mis palabras.

Atentamente, Lucas Gordon

Normalmente habría retirado sus libros del blog, pero llevaba un mes con un virus extraño y no había tenido fuerzas ni para encender el portátil. Era el primer día que se sentaba frente a la pantalla sin que le lloraran los ojos. Y ahora se encontraba en la bandeja de entrada con veintiocho mensajes iguales, ya se sabía las palabras de memoria, por lo menos en esos le habían llamado tonta sutilmente, en el número veintinueve ya no había tenido tantas contemplaciones.

Hola,

Después de dos semanas he llegado a la conclusión de que en realidad o usted es tonta o se lo hace.

¿Cuándo se va a dignar a retirar mi material de su blog?

Lucas Gordon

Piensa antes de escribir, tampoco hace falta llamarle cerdo pedante ni mucho menos lo que se te está pasando ahora mismo por la cabeza, no quedaría fino para una señorita de tu condición, y a tu madre le daría un ataque ver donde ha quedado tu educación

Estimado señor Gordon:

Después de recibir su amable email, he notado que puede que usted esté un poco molesto, pero con mi limitado entendimiento no puede asegurarlo. Perdone por no tener su nivel intelectual para haber entendido su petición desde un principio, pero el común de los mortales no podemos llegar a su despliegue de sabiduría.

Atentamente, Su estimada señora.

Después de darle al botón de enviar se arrepintió, debería haberle mandado una disculpa explicando su punto de vista, pero le había molestado que la tomara por tonta.

Esto es como buscar una aguja en un pajar, condenada lentilla.

—Crrrr… condenada lentilla… Crrrrr… cerdo pomposo… Crrrrrr… pedante maleducado…

—Deja ya la cancioncita *Pichi*, así no ayudas nada.

Mara fue hacia su escritorio a buscar sus gafas viejas. Se tenía que haber comprado otras después de que se le rompieran, así no tendría que ponerse esas gafas tan anticuadas y grandes cuando le ocurría un accidente de este tipo. ¡Qué

pintas! Ahora la que se parecía a Urkel era ella.

¿Quién narices llama ahora a la puerta?

Mara abrió de golpe.

—No compro nada.

Al ver quien llamaba se quedó con la boca abierta mirándolo fijamente, puede que esta vez se hubiera precipitado, si esa persona quería venderle algo ella estaba dispuesta a escuchar su oferta. *¿De dónde había salido ese hombre?* Iba a proponer que le hicieran un monumento al que había inventado el turismo rural. Jolines, antes no aparecían por el pueblo semejantes especímenes, aunque pensándolo bien, tampoco se veían muchos así en la ciudad, debían de estar escondidos en reservas naturales debido a que estaban en peligro de extinción. Y eso que no veía bien sin la lentilla.

Pelo negro, no muy corto y ligeramente ondulado, 1,90 de estatura, un cuerpo de infarto, lástima que con las gafas de sol no podía verle el color de los ojos. Hacía tiempo que no veía a un hombre que le sentara tan bien unos vaqueros y ¡que espalda! Con esos hombros y esos bíceps la camiseta negra de manga corta era mejor que un traje de Armani.

—No sé por qué, pero no me extraña oír eso de usted, antes de comprar usted prefiere robar ¿no?

—¿Cómo?

—No se haga usted la tonta, mi estimada señora, ahora no va a poder usted ignorarme. ¿Cómo va su blog?

Los ojos de Mara se abrieron de par en par, lo que significaba que debía parecer un búho con esas gafas viejas.

—¿Usted es Lucas Gordon?

Lucas empujó un poco más la puerta y entró en la habitación. Mara se quedó mirando su espalda cada vez mas sorprendida.

—Pase, pase, no se quede en la puerta. —Y resulta que de espalda era tan apetecible como de frente.

—No se preocupe, mi máxima es "donde fueres haz lo que vieres" —dijo riendo a carcajadas—, y como usted es de las que hacen las cosas sin pedir permiso, he decidido actuar igual.

Mara cerró de un portazo, estaba empezando a hartarse de tanta indirecta.

—Bien, como veo que usted no es de los que se andan por las ramas. ¿Por qué no terminamos pronto con la charla?

—¡Uyyy! Cuanta formalidad, pensé que entre nosotros ya había más confianza, ¡si usted utiliza mi material como si fuera suyo! Así que creo que en vez de mi estimada señora, prefiero llamarte Mara. Y supongo que no necesitas mi permiso para

llamarme Lucas, si no lo necesitas para otras cosas.

—*Crrrrrrrrrr… Lucas lameculos, Crrrrrrrrrr… Lucas pedante.*

Mara se pasó la mano por el pelo, lo que faltaba para calmar las cosas.

—Supongo que eso se lo has enseñado tú. No sabía que pudieras utilizar tanto vocabulario.

Mara estaba a punto de echar humo por las orejas. De pronto, empezó a sentir un ligero mareo. Todavía no estaba totalmente recuperada y esta situación no era la mejor en estos momentos. Comenzó a andar tambaleante hasta el sofá para sentarse.

—No me puedo creer que encima estés borracha a estas horas, ¿o es que estas simulando caer enferma para despertar mi lástima?

—¿Borracha? ¿Me ha llamado borracha? Mire, yo no acostumbro a beber a estas horas y se puede usted meter su lastima donde le quepa, porque… —En ese momento, ya no pudo decir nada más, porque se desplomó en el suelo.

Mara no sabía dónde estaba, se sentía desorientada. Cuando sintió un paño frio en la frente abrió los ojos. *¿De quién son esos fantásticos ojos verdes?* En el momento que vio el ceño que los acompañaba recordó toda la escena y se incorporó rápidamente, lo que hizo que volviera a marearse.

—No haga esos movimientos tan bruscos o volverá a desplomarse como un árbol.

—Que comparación más bonita, seguro que es lo mejor que ha podido conseguir con su brillante mente de escritor.

—Si ya puedes dar esas respuestas seguro te encuentras mejor.

—¿Cómo he llegado al sofá? —Preguntó mientras se incorporaba.

—El pájaro loco ese que tienes te arrastró por el pico… ¿Tú qué crees?

—*Pichi* es muy listo y seguro que podría arrastrarme si se lo propusiera —contestó Mara para no pensar en ella en los brazos de Lucas. No le gustaba el cosquilleo que sentía por todo el cuerpo.

—*Crrr… Pichi bonito, Crrrrr… Condenado Lucas…*

—Muy oportuno el pajarito, ¡a la mierda el buen ambiente!

—Le voy a enseñar algo nuevo. Mara ladrona.

—¡Yo no soy una ladrona!

—Eso es cuestión de opiniones.

Mara dio un suspiro e intentó calmarse un poco. Tenía que solucionar este embrollo y no le iba a servir de nada ponerse intransigente.

—Mire señor Gordon, siento mucho todo este malentendido. Yo no pretendía hacerle daño a nadie. Estos días no me he encontrado muy bien y por eso no he

podido retirar los libros del blog, pero en cuanto usted se vaya le prometo que me pongo a ello.

—Eso explica su aspecto.

—¿Qué pasa con mi aspecto? Y no cambie de tema, estoy intentando ser razonable.

—¿Razonable? No tendrías que quitar solo mis libros del blog, deberías quitar todos los que tienes.

—Usted no entiende nada, si me escuchara un momento entendería mi punto de vista.

—Llevo escuchándola y a usted y a su pájaro un buen rato y hasta ahora solo he oído insultos.

—Aggggg… usted es muy obtuso cuando quiere.

—¿Ves? Otro insulto y espera a que lo escuche su pájaro.

Mara podía apreciar en los ojos de Lucas la sonrisa que intentaba ocultar *¿Encima se reía de ella?*

—Lucas, de verdad no me encuentro muy bien… escúchame un momento y después dices lo que quieras.

—Venga, habla.

Mara se puso a jugar con el borde de su chaleco para no mirar a Lucas mientras hablaba, su cercanía la ponía nerviosa.

—Mira, ya sé que un escritor tiene derecho a reclamar su obra, y lo entiendo, pero yo no le robo a nadie, no es esa mi intención. Veras, el blog es un sitio donde se reúne gente a la que le encanta leer, y no por tener esos libros ahí quiere decir que no los compren, créeme, lo hacen. Lo que ocurre es que como tú comprenderás, la gente no puede comprar todos los libros que quieren. No suelen arriesgarse a comprar libros de los que no han oído antes, y menos al precio que los venden. El blog da a conocer a muchos escritores que de otra forma no tendrían publicidad. La mayoría de los libros que se venden son porque se han ido recomendando de unas personas a otras. En el blog siempre puedes encontrar gente con gustos muy diversos y pueden hablarte de libros de los que no habrías tenido noticias de otro modo. Además créeme si a alguien le gusta mucho un escritor, termina comprando sus libros aunque estén aquí.

Después de su discurso, no se atrevía a mirar a Lucas por temor a ver lo que podía estar pensando de ella. Entre todas esas puyas se podía apreciar que Lucas era una persona inteligente, y no era tan pedante como había pensado en un principio. Un poco irónico sí, pero en lugar de denunciarla había venido al pueblo a intentar aclarar las cosas.

—Guau, no serás abogada defensora ¿no?

Mara levantó la cara y se tranquilizó un poco al ver que le estaba sonriendo. Esa sonrisa la dejo embobada, mirándolo fijamente. —¿Se estaba acercando? No podía decirlo con seguridad sin las gafas.

De pronto Lucas comenzó a reírse.

—Te estás poniendo bizca. Y es una pena, porque tienes unos ojos preciosos.

¿Estaba flirteando con ella? Seguro que eran imaginaciones suyas.

—Te está vibrando algo.

¿A qué se refería? No podía haberse dado cuenta de que sentía un cosquilleo por todo el cuerpo desde que había entrado por la puerta.

—¿Después de ese discurso te has quedado muda? Mira, si no quieres contestar allá tú, pero creo que te está vibrando el móvil.

Mara se ruborizó de la cabeza a los pies. *¿Pero en que estaba pensando? ¿Es que ese hombre le había licuado el cerebro?* Sacó el móvil del bolsillo y contestó rápidamente. Cuando colgó Lucas la miraba fijamente.

—Parece que ahora estás ocupada. Mira, voy a pensar sobre lo que me has dicho y volveré para que sigamos hablando.

Antes de que pudiera reaccionar ya había salido por la puerta.

Mara se encontraba tumbada en el borde de su piscina pensando en Lucas. Se había llevado todo el día anterior dándole vueltas al asunto, no había vuelto a verlo desde que había salido de su casa. Y por si eso fuera poco, no había podido pegar ojo pensando en él, la verdad es que no era como lo esperaba.

Se dio la vuelta y empezó a quedarse dormida poco a poco. De pronto sintió un peso en la espalda y como algo tiraba de las cintas de su bikini. *¿Eso era un gruñido?*

Del susto se incorporó de golpe, perdió el equilibrio y cayó a la piscina. Cuando sacó la cabeza del agua, vio a un cachorro con la parte de arriba de su bikini entre los dientes y detrás de él, muerto de risa, se encontraba Lucas.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Y yo que pensaba que eras una persona inteligente ¿Tú qué crees?

—Pues yo no le veo la gracia.

—Si estuvieras en mi lugar se la verías. Ya sabes "quién roba a un ladrón, tiene cien años de perdón" así que no le eches la culpa al perro.

—¿Otra vez volvemos a lo mismo?

—No te alteres, que era una broma. Vaya, hoy tienes mucho mejor aspecto que ayer. —En ese momento Mara se dio cuenta de que Lucas podía ver su cuerpo a través del agua. Comenzó a nadar hasta el borde y se apoyó en el.

—Podías ser una persona educada y darme una toalla.

—Podría, pero resulta que me gusta la vista que tengo en este momento. Además así me aseguro de que me escuchas.

—Te prometo que te escucharé de todos modos.

Lucas se acercó al borde de la piscina con la toalla extendida.

—¿No pretenderás que salga así del agua contigo ahí?

—Pues mira, esa era mi idea, pero se ve que eres una aguafiestas. Venga, sal antes que te arrugues como una pasa, ya me doy la vuelta.

Mara salió de la piscina y al levantar la vista vio como se acercaba Lucas y la envolvía en la toalla.

—Me has mentido.

—No puedes culparme, la tentación era fuerte. Llevo buscando desde ayer la excusa perfecta para abrazarte.

Mara no sabía que pensar ¿Sería posible que él se sintiera tan atraído por ella como ella por él?

—Vamos dentro antes de que cojas frio o vuelvas a marearte, quiero hablar contigo.

Mara no sabía cómo decirle que el mareo no tenía nada que ver con su enfermedad y si mucho con sus cercanía. No podía creer lo que le estaba pasando.

Otra vez estaban de vuelta en el sofá de Mara, pero ahora con ella envuelta en una toalla y el pelo empapado y con un cachorro hiperactivo en medio del salón que no paraba de saltar de un sitio a otro y que miraba a pichi como si fuera un trozo de carne fresca.

—¿Seguro que tu perro no se comerá a mi pájaro?

—No se atrevería, conociéndolo seguro que se le indigestaría.

—Muy gracioso. Bueno, ¿Qué querías decirme?

—Veras, he estado pensando en lo que me dijiste ayer. Y creo que puedo llegar a entender un poco tu punto de vista. Ya sé que no fui muy amable en mi e-mail.

—¿Querrás decir en tus treinta correos?

—No, solo en el último. Los primeros los escribió mi editora en mi nombre. Y tengo que admitir que ni siquiera le he echado un vistazo a tu blog. Lo que ocurrió es que mi editora me tenía harto con la cancioncilla de que tenía que denunciarte, así que como no me dejaba tranquilo le quité el ordenador, escribí el email en ese momento y le dije que yo me ocuparía del tema. Pero después de la charla de ayer, o más bien, tu monólogo, creo que debería quedarme aquí un tiempo y estudiar el caso detenidamente. No prometo cambiar de opinión de un día para otro, pero me gustaría ver qué haces en tu blog para poder apreciar otro punto de vista. Si todo va bien, hasta podríamos trabajar juntos y llegar a un acuerdo que nos agrade a los

dos.

—¡Ahhhhhhhhh!

—¿No vas a decir nada?

—Pues… es que no sé qué decir.

—Mira, lo que intento decirte, es que no eres como me esperaba, y lo digo como un cumplido, créeme. Me pareces una persona creativa y muy inteligente y me gustaría conocerte mejor.

Mara no podía creer lo que estaba oyendo.

—No sé qué decir.

—¿Qué te parece que a ti también te encantaría conocerme mejor, que no soy tan pedante como creías y que tienes tantas ganas de besarme que no puedes contenerte?

Mara levantó la cara y vio a Lucas que la miraba expectante. *¿Por qué no dejarse llevar?* Entonces, se acerco, le echó los brazos al cuello y comenzó a besarlo lentamente.

—*Crrrrr… Lucas pomposo pedante.*

Mara se separó y comenzó a reírse a carcajadas.

—Otra cosa, si me voy a quedar por aquí, podrías enseñarle otras palabritas a tu pájaro ¿no?

—Ya veremos, según te comportes.

—Y en cuanto a lo de trabajar juntos, pues verás, después de verte en la piscina se me han ocurrido unas ideas para un nuevo libro.

—¿Sí? ¿Voy a aparecer como protagonista en un libro tuyo?

—Eso todavía tendremos que negociarlo. Yo pensaba más bien, que como en el libro aparece una pareja apasionada, tendré que documentarme sobre ciertas escenas y me vendría muy bien tu ayuda.

Mara cogió el cojín y comenzó a golpearlo con él mientras los dos se reían.

Fin

Grupo Flores de Acero 1

Co-autoras: Carito, Ivana Agrelo y Anita.
Colaboradoras: Ana Isabel, Nellfer, María H y Jocy Tamez.

Tan Largo el Olvido

(Contemporáneo)

Alguien me ha dicho que cada siete años se renueva nuestro cuerpo. Yo había esperado con ansias esa transmutación de mi ser a un cuerpo renovado, pero en vano. Ya han pasado casi diez años —supongo que voy por el segundo cambio— y cada rebelde célula de mi cuerpo guarda su memoria.

Suspiro y apoyo la frente en la ventana. Está fría. El viaje se me está haciendo eterno. Demasiadas horas en las que recordar el olvido.

No soy totalmente patética. He intentado sacudirme su recuerdo.

Cuando ya en la capital recibí su primera carta, la abrí con el corazón golpeándome en el pecho. No sé qué esperaba —reí, para qué mentirme a mí misma, necesitaba desesperadamente sus palabras de amor, que rogara por mi retorno, un gesto apasionado— pero ciertamente no más de lo mismo: que yo era la hermanita de su mejor amigo, que la diferencia de edad, que tenía toda la vida por delante, que ya lo olvidaría... un lugar común al lado del otro... y sin embargo lograron partirme el corazón. El motivo por el cual se esforzó en encontrar todas esas excusas nunca lo entenderé; hubiera bastado con decirme simplemente que no me amaba. Parecía estar felicitándose a sí mismo de lo correcto de sus acciones. Rompí con contenida violencia esa carta en pedacitos que entregué al viento.

Me removí incómoda en mi asiento. El volumen de la película está demasiado alto

y no permite perderme en el sueño. Mi mente despierta vuelve una y otra vez al pasado.

El despecho me llevó a la cama del primero que me requirió —oh, qué evento para nada memorable— y aún hoy me avergüenzo cuando me acuerdo de la carta incoherente y despechada que le escribí diciéndole que me había entregado a otro, que ya lo estaba olvidando...

Me respondió. Nunca sabré el contenido, envié de regreso su carta como "destinatario desconocido". Recibí una nota preocupada de mi hermano, aparentemente Diego le había pedido mi nueva dirección... y ahí se había enterado de que seguía viviendo en la misma pensión. No me volvió a escribir y yo traté de convencerme de que me sentía aliviada.

Mi mirada se pierde en la noche. Observo un momento mis ojos fijos, y debo correr la vista. Todavía tan vulnerables... me siento nuevamente una adolescente enamorada, como si no hubieran pasado años, como si no hubieran pasado otros cuerpos por mi cama, como si él... no se hubiera casado...

Yo sabía que no era para él más que la hermanita del amigo, entonces… ¿por qué me sentí traicionada por la noticia de su casamiento? ¿Y aliviada años después por la de su divorcio? Le mandé el regalo más horrible que encontré, una enorme monstruosidad decorativa, sin ninguna posible utilidad, y sentí una amarga satisfacción.

Nunca regresé... hasta ahora. Mi querido hermano me sentenció a acudir sí o sí a su casamiento. No se dio por enterado de mi pequeña desavenencia con su mejor amigo, siempre creyó en todas mis excusas: exámenes, novios, viajes, trabajo. De alguna manera esa miopía me facilitó las cosas, y al recordarla no puedo evitar que una tierna sonrisa se apodere de mis labios. Cierro los ojos y recuesto la cabeza en el respaldo. Por otro lado, esa miopía le permitió todos estos años mandarnos noticias el uno del otro. Bueno, no sé si Diego habría estado interesado en las mías, pero yo me bebía con los ojos cada pequeño dato que Raúl me deslizaba en sus cartas y llamados.

Para afrontar este retorno me pertreché. Soborné a un compañero de trabajo para sacarnos una foto juntos, compré un anillo escandalosamente llamativo... inventé anécdotas. Sí, a sus ojos estaría a punto de casarme, él completamente olvidado. Sus ojos... ¡ay, ya basta de recuerdos!

Cierro los ojos con firmeza, obligándome a dormir.

Ni bien el autobús se estacionó en la dársena, él se acercó al sector de descenso de pasajeros, mi corazón se aceleró y busqué nerviosa que apareciera en el andén... estaba allí, destacaban sus ropas elegantes y de buen corte, su figura seguía siendo

grácil y cuando su mirada se cruzó con la mía me cohibí un poco, no obstante se aproximó a mí y me sonrió:

—Carla que gusto me da verte aquí nuevamente —él me ofrecía la mano, de momento quedé envarada. Después no, traté de recomponer mi imagen para que mi cara no reflejara las emociones que fluían en mi interior, miles de momentos, felices, amargos, tristes y más. Alargué mi mano para estrechar la suya.

—¿Qué tal Diego? No te esperaba justamente a ti para recibirme.

Diego se desconcertó un poco, no se imaginó que yo lo saludara así, bueno quizás esperaba verme un poco... ¿resentida? En cierto modo lo pensaba así, pero no contaba con esa actitud un tanto condescendiente y esa postura algo distante, la que yo adoptaba cuando las cosas no me interesaban demasiado.

—Supongo que Raúl o mi cuñada no pudieron acercarse a la estación y te pidieron hacerlo en su lugar, ¿acaso has aprovechado la ocasión para saludarme? —Pregunté sin esperar respuesta

—He venido a verte.

—Ah —dije mientras me dirigía hacia el lugar donde bajaban mi equipaje— Laura me está esperando para que le lleve su vestido, sabes que lo traigo desde la ciudad y debe estar como toda novia ansiosa por tener este traje ya en su poder, la casa de sus padres está un tanto alejada y todavía demoraremos un rato para llegar.

—Es que prefería hablar contigo primero antes de que te instales en lo de tu hermano. Vamos, deja que cargue las cosas en la camioneta y partimos de inmediato.

Enfilé muy resuelta hacia el estacionamiento, él me abrió la puerta del acompañante y luego dio la vuelta para sentarse al volante. Levanté el abrigo y lo acomodé sobre la falda.

—¿Qué tal tus cosas, Diego? —Y rápidamente agregué—: Sentí lo de tu divorcio.

—Gracias, pero no tienes porqué sentirlo, son cosas que pasan a veces.

—Según mi hermano te has refugiado en tu trabajo.

—De cierta manera sí, fue duro asumir tal fracaso, ya sabes...

Lo noté cortado, hizo como una pausa.

—Te entiendo.

—Mira Carla, yo...

Claro, era de suponer que aprovecharía esta oportunidad para decirme algo.

—Oye Diego yo no he venido aquí para visitarte, ya lo sabes, lo hago porque no me perdería por nada del mundo el casamiento de Raúl y Laura.

—Pero es que no quisiera imponerte mi presencia.

Los ojos de Carla reflejaban su curiosidad.

—¿Imponer? ¿Por qué? Son tus amigos, entiendo que tu presencia en la ceremonia es tan importante como la mía siendo como somos la única familia del novio.

—Pero...

—Ahora habla, hombre, no te quedes callado, dime lo que piensas.

—Creo que en una ocasión te hice daño...

Mucho. Ni él ni nadie se imaginaban cuanto, no tenía experiencia y él lo era todo para mí. Cerré mis ojos un momento y dejé de pensar. Traté de darle a mi voz una entonación amena, aunque por dentro me estuviera retorciendo no iba a permitir que Diego me viera como resentida, resignada o víctima de nada.

—¿Daño? Por favor hombre —me reí y por lo visto le pareció muy sincera mi risa porque me miró sorprendido— Si han pasado más de diez años Diego, te casaste, te divorciaste, has seguido tu vida y avanzado en ella como es lógico. No me digas que te ha quedado algún cargo de conciencia.

—¿Y tú?

¿Y a él que le importaba? ¿A qué venía ahora esa pregunta? ¿Acaso me preguntó algo antes de casarse?

—Yo también he tenido mi historia por supuesto, que no tiene que ver con la tuya, aunque también me gusta mi profesión y me he consagrado a ella. Me mantengo ocupada y trato de hacer las cosas con la mayor responsabilidad posible. Lo que no entiendo es que salgas con este tema tras todo este tiempo transcurrido, yo solo puedo decirte que aquello fue un episodio del pasado que ya carece de importancia, sigues contando con mi amistad si acaso es lo que te preocupa.

—Pensé que te había dolido...

Lo miré fijamente en ese momento, tratando de distinguir si lo decía con cinismo o solo era un tonto, quizás se regodeó en lo sucedido, el muy vanidoso.

—Me quitas entonces un gran peso de encima, Carla. No me diste tiempo de explicarte todo aquello, te fuiste casi enseguida del pueblo y luego me casé. Intenté escribirte para aclarar las cosas, pero ya no pude verte ni me respondiste y pasó el tiempo…

—Pues no me debías explicación alguna.

—Eras mi amiga, ¿no?

—Lo sigo siendo si eso es lo que prefieres —le sonreí con calidez y tomé valor— Vamos, dejemos de lado ya ese asunto que estamos llegando a casa de Laura. Seguramente cenaremos todos juntos en la noche.

Diego dudó ante el pedido de Laura, la novia de Raúl, para que fuera a cenar, después de todo ella era la mejor amiga de Carla y debía saber que entre ellos las cosas no terminaron muy bien, pero luego de darle vueltas al asunto creyó mejor poder hablar con ella antes de que se instalara en casa de su hermano. Aunque ahora no estaba seguro de que hubiera sido una buena idea. Quizás sus esperanzas fueran vanas, pero confiaba en que se encontraría con una mujer madura, capaz de escuchar sus argumentos, mantener un diálogo y porqué no, si así lo querían, darse tal vez una nueva oportunidad...

Estaba llegando a casa de Laura, respiró hondo y absorbió parte del fresco aire del campo, poco le reconforta pese a ser de las cosas que más le gustaban de vivir en ese lugar, cientos de veces estuvo tentado de ir a la Capital para saber de ella y otras tantas se convenció de que no era conveniente, prefirió apostar a salvar su matrimonio, por lo visto no había sido ni sería nunca buen jugador.

Entré en la casa con la llave de repuesto que me había dado mi hermano. Me sentía en una nube, ¡Qué dulce es la venganza! Hay que ver la cara que puso Diego durante la cena en la casa de mi cuñada cuando les di la noticia de mi falso compromiso. Si sólo sintió una mínima parte de lo que sentí yo cuando él se casó, estaría satisfecha.

Dejé las llaves en la mesita ratonera de la entrada, y subí las escaleras hacia las habitaciones. Como hoy estaría sola, ya que mi hermano había decidido quedarse en la casa de su novia, me apropiaría temporalmente de su dormitorio. Es mejor que el de huéspedes, y además tiene baño en suite.

Luego de estar largo rato en remojo en el jacuzzi, tomé una ducha rápida, pero cuando empecé a buscar las toallas para secarme me di cuenta que las había dejado en la cama. Solo tenía la toalla de mano. Bah, como si alguien fuera a verme desnuda, estaba sola en la casa. Me sequé el pelo un poco con ella, la volví a dejar en el toallero y abrí la puerta del baño...

—¡Ah!

—Pero qué mierda… —El extraño en la habitación no acabó de decir las palabras mientras se daba la vuelta, porque una mujer muy mojada y muy desnuda se le arrojó encima intentando arrancarle los ojos. La tomó de las muñecas, la hizo dar media vuelta y la envolvió con sus propios brazos, inmovilizándola. Bajó la mirada hacia la cabeza que le llegaba apenas a los hombros y pudo distinguir el brillo de un hermoso cabello pelirrojo.

—¿Carla? ¿Pero qué mierda haces, te has vuelto loca?

—¿Diego? ¿Qué haces aquí a estas horas? ¡Me diste un susto de muerte, idiota! Estabas de espaldas, pensé que eras un ladrón o algo así...

—Así que ves un ladrón y lo primero que haces es arrojártele encima, sin ningún arma para defenderte, e intentas reducirlo con tus pequeñas garras. Peor aún, ¡lo intentas desnuda! No piensas que él es mucho más fuerte que tú y te puede vencer con facilidad ni que…

—¡Cállate! Lo hice por impulso, sin pensar. De todas formas, ¿Qué haces aquí tan tarde? ¡Pero si es más de medianoche!

—Tu hermano me pidió que buscara unos papeles de su mesa de luz, así él podría pasar a buscarlos mañana por mi consultorio, que le queda de paso al trabajo. Como a mí me quedaba de camino a mi casa, pues no me molestaba.

Pasado el sobresalto inicial, el traicionero cuerpo de Diego comenzó a reaccionar al hecho de que tenía a Carla desnuda pegada por completo a él. Al parecer ella lo notó porque enseguida empezó a revolverse y refregarse contra su cuerpo, lo que no ayudaba para nada a que la maldita erección bajara.

—¡Suéltame, bruto! —de mala gana la soltó. Ella se apartó enseguida y le miró de frente. ¡Seguía siendo preciosa! Y la había extrañado tanto... aunque ni loco lo admitiría ante ella. Pero era muy difícil parecer indiferente ante Carla cuando la amaba tanto. Siempre la había amado en secreto, pero sentía que era demasiado mayor para ella, le llevaba diez años y pensaba que merecía alguien mejor a su lado, alguien más acorde con su edad.

En el pasado había caído en la tentación, una noche en la que casi hicieron el amor cuando la acompañó a su casa. Más bien la trajo a rastras desde la casa de un amigo que festejaba su cumpleaños. Ella estaba ligeramente borracha y el idiota con el que se besuqueaba se la quería llevar de allí, seguramente para aprovecharse de ella. Se sintió furioso y muy celoso, por lo que intervino, y como ella se resistió a marcharse, la cargó al hombro y la sacó de allí. Al llegar a la casa ya se le había pasado la borrachera, y los dos estábamos muy enojados, por lo que discutimos y nos gritamos, y sin saber cómo, casi terminaron haciendo el amor. Ella siempre conseguía hacerle perder el control...

Finalmente reaccionó y pareció recordar que estaba desnuda, por lo que corrió a la cama y se envolvió con una toalla. Se dio la vuelta y le miró lanzándole dardos desde sus preciosos ojos color chocolate. Diego sintió la necesidad de defenderse:

—Tampoco fue para tanto, no es la primera vez que te veo desnuda…

—Para tu información, la vez que tenía cinco años en la piscina, no cuenta.

Deliberadamente se hacía la obtusa. Desde que llegó no hacía otra cosa más que ignorarlo y tratarlo como si fuera un desconocido. Eso le dolía y le ponía furioso a la vez, lo cual le recordó su compromiso, que había anunciado alegremente en la mesa durante la cena. Sintió celos, y se puso aún más furioso, por lo que perdió el control.

Se acercó a ella con dos zancadas, la tomó del brazo y la pegó a él.

—No es de aquella vez de la cual hablo, pero como al parecer tienes mala memoria, te lo recordaré —murmuró pegado a sus labios. Y acto seguido la besó.

¡Dios mío! ¡Qué bien besaba este hombre! Hacía tanto tiempo que casi me había olvidado. No pude evitarlo y me dejé llevar.

Uno de sus brazos me rodeaba la cintura mientras con la otra mano me mantenía inmóvil, sosteniéndome la cara pegada a la suya. Sus labios acariciaban suavemente, su lengua entraba y salía de mi boca, imitando el ritmo del sexo. Con sus dientes me mordisqueaba los labios, haciéndome estremecer, sabía a menta y era el mejor beso que me daban en mucho, mucho tiempo.

Mientras yo le acariciaba el pelo y la espalda, la mano que tenía en mi cintura subió hasta mis pechos y desató el nudo de la toalla, que cayó a mis pies. Luego tomó uno de mis pechos en su mano y me acarició el pezón con el pulgar, endureciéndolo, mientras que con la otra me tomaba del trasero, pegándome a su erección.

Me puse de puntillas y yo también lo agarré del trasero, refregando mi pubis contra su erección. Cuando sentí su mano acariciándome la entrepierna y casi llevándome al orgasmo, reaccioné empujándolo por el pecho para separarlo de mí y recogiendo la toalla del suelo para envolverme en ella.

Los dos nos miramos de frente, con las respiraciones jadeantes... sus preciosos ojos azules estaban casi negros de pasión. Entonces la ira me inundó, ¡cómo se atrevía a hacerme esto de nuevo! Y, sin pensar, le di un puñetazo en el ojo. Yo no soy de las que dan cachetadas débiles en la mejilla.

Con el golpe, trastabilló hacia atrás, y apoyando una mano en su ojo me miró con la mandíbula apretada, claramente furioso.

—Nunca más vuelvas a besarme, perdiste ese derecho hace diez años —dije todo lo tranquila que pude— Además, ahora estoy prometida —agregué, en un momento de inspiración.

Él apretó tanto los dientes que pensé que iba a rompérselos, y se acercó. Me mantuve firme en mi lugar, mirándolo a los ojos. Extendió su brazo, como para envolverme la cintura, mirándome fijamente. Pero solo tomó los papeles de Raúl, que estaban en la mesita de luz, detrás de mí. Entonces dio un paso atrás, y sin decir nada se marchó dando un portazo.

Entonces mis rodillas cedieron, caí sentada en la cama y me puse a llorar desconsoladamente.

Sentado en una silla frente a su cama la observó despertar. A la luz rosácea del amanecer se veía encantadora. Llevaba bastante rato solo contemplándola dormir.

No había dormido en toda la noche, se había pasado dando vueltas en la cama de la habitación de huéspedes, al lado de la suya, mientras la escuchaba llorar, pues ella tampoco había dormido mucho. Cada una de sus lágrimas las sentía como una daga en su corazón, manteniéndolo despierto e incitándolo a reflexionar sobre lo sucedido.

Esa noche comprendió que a pesar de todo lo que dijera aún le importaba, y si así era, no tenía la fuerza de voluntad necesaria para dejarla ir por segunda vez. Por lo menos, no sin confesarle sus verdaderos sentimientos.

Vio como se estiraba, para finalmente abrir los ojos. Le miró fijamente unos segundos y luego dejó caer la cabeza sobre la almohada tapándose la cara con la otra y emitiendo un gemido bajo.

—Dios, por favor, que esto sea una pesadilla... ¿Tú otra vez aquí? ¿Es que ni en sueños piensas dejarme en paz?

—Nunca me marché, dormí en la habitación de huéspedes. Tenemos que hablar —le respondió serio, sin hacer caso de sus burlas.

—Bueno, pues yo no creo que tengamos nada que decirnos, así que márchate de una buena vez y ¡Déjame descansar tranquila! —dije, casi gritando, mientras le arrojaba una almohada a la cabeza, que esquivó fácilmente.

—Mira, no estoy de humor para tus berrinches. Tenemos que hablar, quieras o no, tú decides si por las buenas o por las malas. Así que quédate quieta y escúchame si no quieres que te ate a la cama —La amenazó, perdiendo la paciencia. Sabía que esa no era la mejor manera de tratarla, pero es que ella siempre conseguía que perdiera el control. No podía evitarlo.

—¡Cómo no! ¿Tú y cuántos más? —Grité a la vez que empecé a arrojarle más almohadones— ¡No tienes ningún derecho! —continué, sin parar de arrojarle proyectiles. Cuando tomé un adorno de la mesa de luz decidió que era suficiente.

—Tú lo has querido —Y sin más, se arrojó sobre mí.

Sentí su enorme peso aplastándome contra la cama y dejándome sin aire. Al instante empecé a forcejear con él, intentando morderlo y arañarlo.

—Quédate... quieta... de una vez... fiera —dijo entre jadeos, intentando dominarme. Finalmente lo consiguió, sujetándome las manos por encima de la cabeza e inmovilizando mis piernas con las suyas.

—Ahora sí vas a escucharme. Verás, lo que pasó anoche...

—¡¡La-la-la-la-la-la!!— Empecé a gritar para no escucharlo, cerrando los ojos.

—¿Pero qué haces? —Yo seguía gritando— Basta ya, no seas infantil.

—¿Yo, infantil? Pues tú eres un viejo cascarrabias y aguafiestas —grité, abriendo los ojos para encararlo.

—¡Yo un viejo casca...! —Se detuvo, cuando reanudé mis gritos— Termina ya con

eso... ¡Para de una vez! —Al ver que no me detenía, me soltó las muñecas y comenzó a zamarrearme —¡¡TE AMO, ME OYES!! Te amo...

Me quedé helada de la impresión. Al ver que al fin había conseguido callarme continuó con su discurso.

—Siempre te he amado. No te lo quería decir así pero es que tú...

—¿Pero qué dices? ¿Cómo te atreves a decirme eso? —Lo interrumpí furiosa— ¿Cómo te atreves a jugar así con mis sentimientos? ¡Eres un mentiroso! —grité, y comencé a golpearlo con los puños en el pecho, mientras los ojos se me llenaban de lagrimas.

En vez de inmovilizarme, él me dejó golpearlo hasta hartarme. Luego me limpió las lágrimas de las mejillas, mirándome con ternura.

—No te estoy mintiendo, cariño.

—¿Ah, no? ¿Y por qué me rechazaste hace tantos años entonces? ¡Si hasta te casaste con otra no mucho tiempo después!

—Para que sepas, me casé con otra por tu culpa, para olvidarme de ti. Especialmente luego de la carta que me enviaste contándome que te habías acostado con otro. Sinceramente lo hice por despecho, y reconozco que fue un error, y ella ya es parte de mi pasado. En cuanto a por qué te rechacé, ya sabes la razón, te llevo muchos años…

—¿Otra vez la excusa de los años? Si de verdad me amaras, la diferencia de edad no te importaría.

—Es porque de verdad te amo que sí me importa. Quiero lo mejor para ti, tendrías que estar con alguien de tu edad... pero soy demasiado débil y egoísta para dejarte ir una segunda vez —confesó, decaído y con ojos tristes. No podía creer que en serio le importara tanto la diferencia de edad, pero mirándolo a los ojos, no podía más que aceptarlo. Me estaba diciendo la verdad. ¡Los hombres son tan tontos a veces!

—Pero es que a mí eso no me importa. Te amo y quiero estar contigo.

—¿Realmente me amas? —Dijo, con los ojos brillándole de ilusión— ¿Me perdonas, entonces? —susurró, mimoso, dando besitos en mi cuello.

Entonces lo noté contra mi vientre, duro y caliente. Se ve que todo el forcejeo no lo había dejado impasible.

—No sé, no sé —dije haciéndome la dura. Él comenzó a hacerme cosquillas.

—¡Está bien, ya basta! —Dije riendo a carcajadas. Se detuvo y nos miramos a los ojos— Pero aun tenemos mucho de qué hablar —le advertí seria.

—Ni que lo digas, empezando por las explicaciones sobre ese prometido tuyo, que no creas que me he olvidado, eh…

—Sí, sí, pero primero hazme el amor, ya hablaremos después —dije seductora,

arqueándome contra él. Aun no quería contarle sobre mi mentirita, me daba un poco de vergüenza. Ahora solo quería pasar el resto del día haciendo el amor con Diego.

Teníamos toda la vida por delante para hablar ¿no?

Fin

Grupo Flores de Acero 2

Erika Lizeth, Rosa Maria, Ángela María Aldana Díaz, PaTiTo,
Daisy, Melocotón y Mar*

El Mundo en tus Manos

(Sentimental)

De todas las personas del mundo, de todas, me tenía que enamorar de la única que nunca me verá como su amor. Eso pensaba un día, sentada frente a Gabriel, viéndolo mientras me hablaba y yo me elevaba en una nube, como ya era costumbre, y una que se había vuelto muy común últimamente cuando estaba con él. Y es que no era para menos, ¿cómo podría imaginarse que yo lo amaba cuando conocía a cabalidad mis desastrosas relaciones anteriores?

Me había dicho en más de una ocasión que me gustaba el sufrimiento y el drama, que mis parejas, sobre todo las últimas, eran el prototipo del chico malo, que tenía la costumbre de involucrarme en relaciones de las cuales salía muy mal parada y con el corazón hecho añicos, aunque también me había dicho en más de una ocasión que era una eterna optimista, a pesar de haberlo pagado con altas cuotas de sufrimiento, y que seguía buscando el verdadero amor…

Lo malo era que no lo buscaba bien, me perdía en el camino y siempre tomaba malas decisiones, por lo que… ¿cómo decirle que estaba enamorada de él?

Me he dado cuenta que a mis treinta y dos años, luego de muchos amores dolorosos, he empezado a madurar. Al principio pensaba que el amor era un sólo momento iridiscente y que, aunque sufrieras y pasaras por un martirio, todo aquello se justificaba por experimentar esa pequeña pero intensa sensación de plenitud. Luego notaba que se iba imponiendo la rutina, que las cosas se volvían monótonas y

se perdía la magia de la relación…

Sin embargo, empecé a notar las fallas de esas premisas en las que basaba mi vida emocional y tomé la decisión de buscar una relación permanente y sólida; mirando las cosas desde otra perspectiva, creciendo y aceptando que todo en lo que creía no eran otra cosa que las ideas de una mente romántica, preñada de un sinfín de historias fantásticas de amor de las cuales soy fanática, pero que no eran más que eso, historias fantásticas…

El amor no es como la fantasía o los sueños, es mucho más complejo y resulta mucho más satisfactorio si lo ayudamos a crecer, si permitimos que florezca y no consentimos que muera como si fuera una estrella fugaz.

—¿Elena? —Gabriel preguntó, mientras me veía con una sonrisa en su cara—. Por favor, vuelve a la tierra. ¿No me dirás otra vez que encontraste el amor y que esta vez es para siempre? —me dijo, con una sonrisa pícara iluminando su expresión. ¿En mis circunstancias qué puede uno contestar a eso?

—No. Ehhh… sólo estaba soñando despierta —dije, tratando de salir del dilema. Pude haber dicho: «Sí, Gabriel, me he dado cuenta que estoy enamorada de ti y creo que eres mi amor verdadero». No fui capaz, no me sentía tan valiente y el amor, en esta nueva concepción que tengo de él, requiere valor infinito. Lo miré con una expresión culpable, él me contempló de manera suspicaz; esperaba que creyera que había otro hombre, pero no que pensara que justamente él era ese hombre.

Bien merecido me lo tenía, por haberlo tenido frente a mí toda mi vida y no haberme dado cuenta a tiempo que él era la persona con la que quería compartir muchas más cosas que una amistad. Y me sentía muy triste, fatal, porque si Gabriel nunca me había dado a entender que yo fuera mínimamente atractiva para él y que me quería de una manera diferente después de tantos años de conocernos, entonces no lo iba a hacer nunca y ahora estaba condenada a pasarme la vida enamorada de alguien que nunca me iba a amar.

De todas las personas del mundo, de todas, me tenía que enamorar de la única que nunca me verá como su amor. Eso pensaba, un día sentado frente a Elena viéndola abstraída, mientras yo le hablaba intrascendencias y reflexionaba acerca de mi vida emocional. Había pasado la mayor parte de mi vida adulta desperdiciando el tiempo en cuerpos y rostros anónimos que nada decían a mi espíritu. «El desgaste del espíritu en un baldío de vergüenza es la lujuria en acción»[2]. Cuánta razón tiene en ese soneto; era propio de mí tener intercambios sexuales con variadas compañeras, explorar mundos distintos e investigar, buscando siempre a alguien adecuado con quien entablar unas relaciones duraderas. Pero la búsqueda perdió

[2] Soneto 129 de W. Shakespeare.

sentido y se convirtió en rutina adictiva, en algo que no me satisfacía pero de la cual ya no podía escapar.

Mi relación con Elena era diferente; llevamos años de amistad, de compartir miles de tazas de café, copas de vino, cenas y largas caminatas, intercambiando confidencias, opiniones y maneras de ver la vida. Nunca vi la necesidad de arruinar nuestro vínculo con sexo. Creo que mantuve esa amistad en un compartimento especial, aislada del resto de mi vida como un lugar de solaz a las presiones cotidianas. Ahora, quiero incorporarla totalmente a mi vida, hacerla propia y profundizarla, darle brillo con el sexo, no menoscabarla con él. Hacer crecer hasta lo sublime esa amistad y convertirla en el pivote de mi existencia.

No le temo a la rutina; luego de todo lo vivido, la tranquilidad es un don precioso que no tiene porqué ser aburrido. A mis años y después de todo lo que he vivido, mi mayor deseo es el calor del hogar y la respetabilidad de una familia. Rutina no es aburrimiento, sé que hay que trabajar duro para no caer en la monotonía y así lo asumo.

Mi mayor problema para lograr mi meta es Elena. ¿Cómo llegar a ella? ¿Cómo hacerla entender que podemos tener el mundo en la mano, si aún sigue con la mente imbuida en sus romances de novela —ah, sí, ella no sabe que yo sé que los lee— y deja de perder el tiempo con idiotas presumidos y arrogantes que dejan de hacerle daño? ¿No se da cuenta que sus sueños pueden ser realidad si alza la cabeza y mira con coraje y determinación la realidad de lo que nos une?

Coraje. Yo mismo no sé si tendré la valentía suficiente para lanzarme en la aventura de alcanzar lo que tanto he llegado a anhelar y estrellarme con el muro de una negativa.

Por la mirada abstraída que Elena tenía en ese momento, supe que estaba pensando en un hombre, en una nueva relación que se traía entre manos. Por eso puse en mi expresión una sonrisa socarrona cuando aquella tarde le pregunté si había encontrado nuevamente el amor para siempre. Su respuesta evasiva y su mirada un poco asustada me pusieron alerta. Esta vez había algo diferente… No sabía muy bien cómo, pero notaba algo suave y profundo en el fondo de sus grandes ojos castaños que hizo que la piel se me pusiera de gallina. Allí había algo importante, sentí sorpresa, miedo, angustia y por un momento fugaz… entusiasmo. ¿Sería posible…?

La pregunta era si yo tendría el valor de iniciar la búsqueda de lo que tanto ansiaba y si ella lo tendría para encontrarme a la mitad del camino.

Fue una tarde lluviosa varias semanas más tarde cuando Elena y Gabriel dieron el paso que cambiaría sus vidas de manera definitiva. Fue algo natural, que llegó de

manera inopinada, sin gestos dramáticos, pero con muchísima alegría. Como lo fue el mutuo descubrimiento de su sexualidad. Elena se preguntaba cómo una experiencia por la que había pasado en diversas ocasiones podría ser algo tan novedoso y familiar a la vez: recorrer con las manos un cuerpo que no conocía y verse reflejada en unos ojos que se habían convertido en su mundo habitual. Era extraño y reconfortante.

Para Gabriel fue como haber encontrado la ruta de regreso y haber llegado a casa. Sintió que lo abandonaba la nostalgia de lo que nunca había tenido y lo reconfortaba la calidez de los sueños cumplidos que no sabía que se habían arraigado de manera tan profunda en su corazón.

Por esos días Gabriel no hizo otra cosa que cantar esa vieja canción que hizo famosa Sinatra y que sentía que tan bien reflejaba la euforia que lo inundaba:

I've got the world on a string
I'm sitting on a rainbow
Got that string around my finger
What a world, what a life… I'm in love[3]

A Elena le disgustaba, nunca se había llevado bien con la música de los *crooners*[4]. Ella prefería aires latinos tropicales más festivos con los que pudiera expresar la pasión que sentía por el baile, mientras que Gabriel tenía la expresión corporal de un armario para estas lides.

—No comprendo cómo es posible que te gusten tanto las novelas románticas y detestes la música de Sinatra, Dean Martin o Perry Como, si hablan prácticamente de lo mismo: amores y desamores —solía decirle Gabriel con una expresión entre guasona y exasperada.

—No es lo mismo… puede que coincidan en el tema, pero la expresión es totalmente diferente; tus cantantes son tan… dulces que empalagan.

Gabriel reía a carcajadas ante ese razonamiento y Elena le reprochaba que nunca hubiera querido aprender a bailar con ella los ritmos latinos que tanto le gustaban, a lo que él respondía:

—Mi genética carece del componente "caribe" necesario para siquiera arriesgarme en ese tipo de actividades. Eso sí, puedo ejercitarme en otro tipo de baile más intimo, privado y… placentero —luego la tomaba en brazos y la discusión acababa.

[3] Tengo el mundo en una cuerda, estoy sentado en una arco iris, tengo esa cuerda alrededor de mi dedo, qué mundo, qué vida… Estoy enamorado. La expresión I´ve got the world on a string puede traducirse también como Tengo el mundo en un puño o Tengo el mundo controlado.

[4] Palabra de origen americano que designa a cierto tipo de cantante masculino que interpreta baladas, usualmente de carácter romántico, acompañado por una orquesta o una Big Band. Sinatra es quizá el crooner más famoso, aunque a él le disgustara esa denominación.

No fue una relación idílica, por supuesto. Hubo infinidad de problemas, desacuerdos y disputas; pero jamás faltó la sinceridad y el compromiso para tratar de mejorar las cosas y la entereza para aceptar lo que no era posible cambiar. Ella continuó con sus lecturas favoritas y él con su colección de música edulcorada.

Elena miró la repisa de la chimenea del comedor repleta de fotos familiares. A lo lejos y en blanco y negro tenía retratados a sus padres, quienes la habían querido y amado por encima de todas las circunstancias. En primera fila estaban los nietos, sus benditos nietos, pequeños, regordetes y sonrientes. ¿Qué más podía pedir una feliz abuela...?

Entre medias estaban sus tres maravillosos hijos, tres hijos nacidos del gran amor de su vida. Felipe, su primer hijo, honrado y bueno, María, temperamental y todo corazón y Jorge, disciplinado y serio y en medio de sus hijos, su marido, Gabriel, el cual le había dado la mayor razón para vivir...

Recordaba cuando le conoció, tan encantador, simpático, lleno de ideas y rodeado de gente que le apoyaba en sus ideas. Fue el mejor alumno de la Facultad de Economía, con unas ganas tremendas de triunfar, pero sin los medios financieros ni las relaciones necesarias para lograrlo. Y aun así, tuvo el valor de salir adelante y llegar a donde había llegado al final... luchando contra todos y contra todo, sin decaer nunca.

Elena le había conocido cuando él cursaba la mitad de su carrera y ella apenas comenzaba Bellas Artes. Fue su mejor amigo por muchos años. Su confidente y consejero y el consuelo de sus continuos fracasos amorosos. Le tomó demasiado tiempo caer en la cuenta que él era algo más que su amigo, aunque este sentimiento permaneció inalterado durante todo el tiempo que duró su profunda relación; porque, ¿qué mejor que tu esposo, amante y el padre de tus hijos sea tu amigo entrañable? No todas las parejas tienen es suerte.

Ahora Gabriel ya no estaba. Había fallecido hacía dos años, luego de una larga enfermedad, durante la cual ella le acompañó incondicionalmente, sosteniendo su mano hasta el último momento, sintiendo contra su mejilla el último latido de su corazón.

Lo extrañaba y sabía que no tardaría en reunirse con él de nuevo en algún lugar intemporal. Elena se levantó lentamente y se dirigió a su habitación donde se recostó en la vieja poltrona, con su tapizado descolorido que se había negado rotundamente a cambiar. Manías de vieja, por supuesto, pero estaba segura que no sería tan confortable si la renovaba. Había cosas que eran irremplazables y no tenía en la mente la tela de la silla cuando ese pensamiento cruzó por su cabeza.

Había vivido una vida bastante plena y si bien habían quedado muchas cosas por

hacer y algunos sueños que cumplir —¿quién no?—, se encontraba bastante satisfecha. Ahora estaba cansada y deseaba dormir muy profundamente para poder encontrarse en sueños con su amor perdido.

Mientras tanto, de los altavoces del equipo de sonido, una voz cantaba:

I've got the world on a string
I'm sitting on a rainbow.

Grupo Flores de Acero 3

Autora: Perla
Colaboradoras: Le_rou, Catita, Clarissa y Mona

Veneno para Mujeres

(Histórico)

Charlotte Kendrik, era una joven soñadora y con una vida tranquila, llena de lujos en su natal Inglaterra. Hasta que su mundo color de rosa se vino abajo con la misteriosa muerte de su madre por envenenamiento, y luego de enterarse que había sido a ella a quien nombrara la heredera universal de su enorme fortuna, el respetable Lord Robert de Ford, su padrastro, intentaría asesinarla para quedarse con la herencia de su difunta esposa.

Por fortuna su querida nana se enteró de sus planes antes que él ambicioso caballero pudiera completar su crimen, lo que le diera la oportunidad de escapar de Inglaterra en búsqueda de lady Davida, la querida amiga escocesa de su madre.

¿Pero cómo iba a imaginarse que la buena señora había fallecido dos meses atrás, tal vez al mismo tiempo que su madre?

La única opción que se le ocurría para esconderse en algún rincón de Escocia, era el castillo Macarthur mejor conocido como "El castillo azul" nombrado así gracias a sus enormes ventanales de vitrales azules que recubrían y acentuaban el misterio de su interior.

Por fortuna escuchó rumores entre la servidumbre de Lady Davida, que en el castillo azul estaban necesitando un mozo.

¡Y tal cual un mozo! Ya que parte de las leyendas del castillo incluían que el amo del lugar, el laird Duncan Macarthur, solo permitía varones a su servicio, ya que vivía

aislado del mundo por alguna misteriosa razón que nadie o muy pocos conocían.

Cuando Charlotte supo la leyenda, (precisamente de labios de la difunta Lady Davida) le apasionó imaginar que un hombre joven y hermoso —según la mayoría de los testigos— se había recluido en la soledad de la enorme construcción. Le era difícil también el pensar que aquél misterioso hombre, lo mismo que tenía de apuesto, tenía de intolerante, amargado e incluso cruel. Jamás se hubiera imaginado que ella misma iría en su búsqueda, disfrazada de hombre para poder conseguir refugio en aquel lugar.

Pero no era el momento de pensar en leyendas. Ella aprovecharía las circunstancias para pedir trabajo vestida como mozuelo y además, disfrazada de hombre, sería mucho más difícil que Lord de Ford pudiera localizarla.

La delicada y hermosa Charlotte... si su madre la viera ahora, ella que tenía fama de ser una de las jóvenes damas más hermosa, femenina y delicada de la sociedad británica, ahora esperaba con fervor que aquello no obstaculizaran su disfraz de mozuelo.

Al fin había llegado a las afueras de la enorme construcción de piedra. Un castillo como el que no había visto jamás. Enorme, majestuoso, engalanado con grandes torres que traspasaban la finca, y esos gigantescos vitrales azules, que aun entre la oscuridad resaltaban de entre la herrería torcida que formaba los ventanales.

En seguida le sorprendió de sobremanera ver una mujer… ¿Una mujer?… ¿ahí?... vestida con ropas vaporosas de color blanco. Quiso acercarse a ella, pero al ir en su búsqueda, se topó con Forbes, el concejal del castillo, quien para su fortuna la confundió con Elliot Balfour, el mozo que mandaban recomendado. Charlotte le preguntó por la mujer que recién había visto, pero Forbes le aseguró que hacía muchos años que una mujer no pisaba el castillo azul. No volvió a preguntar, a pesar de haberla visto después un par de veces más.

Había pasado ya una semana y Charlotte no había visto ni conocido al misterioso amo, los otros sirvientes comentaban que era raro verle incluso para ellos. Hasta una noche, que le tocó estar en las caballerizas y Forbes la mandó llamar, para que preparara a *Thor*, el caballo favorito del amo, para sus cabalgatas nocturnas.

Así lo hizo, dándose prisa para que el amo no la encontrara ahí, en el fondo temía topárselo de frente. Pero nada pudo hacer, al terminar su labor, y darse vuelta para marcharse del lugar. Duncan Macarthur se apersonó ante ella.

Se trataba de un hombre altísimo, al menos el más alto que había visto jamás. Su cabello negro resaltaba el celeste brillo de su mirada, y su poderoso cuerpo aprisionado entre una camisola de piel que a simple vista parecía de acero ¿Qué extraño poder había conseguido que mirara su entrepierna? ¡Por Dios! ¡Cualquier

descripción se había quedado corta! ¡Ese hombre parecía un dios! Por instinto se dio la vuelta, para no seguir bajo el hechizo de su varonil belleza.

Intentó articular palabra, pero no había sido necesario, Duncan ni siquiera la miró, su mirada estaba fija en el animal, al que se acercó de unas cuantas zancadas, pasando a lado suyo sin inmutarse.

—Tú debes ser Elliot, el mozo —le dijo sin siquiera voltear, al tiempo que montaba a *Thor*, y sin darle tiempo de contestar siquiera, cuando miró hacia el pórtico, el laird ya cabalgaba hacia la negrura de la oscuridad del bosque…

Desde aquel día Duncan determinó que sería Elliot quien estuviera bajo su servicio personal, quien no solo le preparaba a *Thor* para sus paseos nocturnos, sino que lo acompañaba a cabalgar por los bosques que rodeaban el castillo azul. Algún extraño efecto estaba causando ese joven y delicado mozuelo en él...

Para Charlotte, también estaban resultando algo más que agradables aquellos paseos a la luz de la luna, entre los matorrales y a la orilla de la laguna diamantada con el reflejo lunar. Así como no podía evitar, mirar de soslayo de vez en cuando aquel hermoso hombre, tan recio, tan rudo y… vulnerable, con una mirada intensa, profunda, pero al mismo tiempo desoladora, como sí cargara algo más que su propia alma…

—No pareces escocés —espetó de pronto Duncan una noche de cabalgata—, tú acento parece más bien británico —dijo al dirigir a *Thor* hacia la laguna.

—Seguro se debe a los años que trabajé de mozo en Inglaterra —improvisó al momento.

—Cuéntame dónde trabajabas, de qué y con quién —continúo sin dar tregua.

—Con la familia Kendrik, principalmente con la señorita Charlotte, pero cuando murió su madre, después de que su padrastro la asesinara, tuvo que huir para que no hiciera lo mismo con ella, fue entonces que despidieron a toda la servidumbre— Más fácil que inventar una historia, era contar la suya propia.

—Vaya historia familiar, y ¿por qué tendría un hombre que matar a su esposa, y luego a su hijastra?

—Por la herencia, mi… ama, tenía una inmensa fortuna, y fue por eso que la mató, pero no contaba con que ella se lo heredaría todo a su hija, y es por eso que intentaba hacerle lo mismo.

—Pues sí que es un tonto el hombre ese, yo no la hubiera dejado escapar, hubiera terminado con las dos al mismo tiempo para no dejar cabos sueltos —contestó seguido de una carcajada.

—¿Usted… ha matado alguna mujer, amo? —Preguntó temerosa de la respuesta.

Duncan no respondió, pero un extraño brillo en sus ojos contestó por él. A Charlotte se le erizó la piel.

—¡Lárgate! Yo seguiré solo —al ver que el caballo de Charlotte no se movía, emprendió con furia y una mirada oscura que jamás había visto en él la paralizó— ¡Largo! —bufó mientras sacudía violentamente el fuete sobre el aire— ¡largo! —gritó de nuevo, al tiempo que Charlotte, jalaba las riendas para que el caballo diera vuelta de regreso al castillo como alma que lleva el demonio.

Al llegar a las cabellerizas se topó con Forbes, quien al verla temblando le preguntó que le sucedía. Ella solo repetía que el amo era un asesino.

—No tendría por qué decírtelo, pero lo voy a hacer para que te tranquilices y no lo juzgues sin saber…

Y Forbes le contó lo sucedido, ya que él mismo estuvo presente:

Duncan había sido víctima de una maldición druida lanzada por una sacerdotisa, ante la devastación de una aldea ubicada en las montañas. El laird, como líder del clan Macarthur se confrontó en una batalla por los territorios, una batalla que se salió de control, cuando él resultó herido, y ante su convalecencia, sus hombres, prisioneros de las bajas pasiones, abusaron de las mujeres del lugar, lo que no sabían es que se trataba de Aislab, una aldea habitada en su mayoría por mujeres dedicadas al estudio de la magia, la hechicería y los conjuros...

Cuando Duncan llegó hasta ahí, era demasiado tarde, habían quemado, saqueado y violado a las mujeres, solo alcanzó a rescatar a dos de ellas de entre los escombros, una mujer mayor, y otra aún muy joven.

Pero ni eso detuvo lo que sucedió después…

De entre la densa neblina apareció una extraña mujer, no tan mayor pero con el cabello completamente blanco, serpenteando entre el aire, con los ojos inyectados de odio, tan rojos que parecía que sangraban. Los miró a todos, pero de pronto su mirada se centro solo en él y lo señaló con el dedo…

—¡Tú! ¡Tú eres el responsable de todo! ¡Esta es tu obra! trajiste a esos asesinos hasta aquí, a matar y a violar a indefensas mujeres… ¡cobardes, malditos! ¡maldito tú por toda la eternidad! ¡Serás veneno para las mujeres! ¡Para todas! ¡Las mujeres que osen amarte, morirán sin remedio y ante tus ojos!

Forbes también le contó a Charlotte que al principio nadie creyó en la maldición.

Se cuenta que la hechicera, enfureció más cuando Duncan sonrió ante su injuria, luego de darse la vuelta y retirarse del lugar.

Hasta que comenzaron las terribles coincidencias… Ayla, la mujer joven que rescató de entre los escombros, fue la primera víctima. Cuando los hombres se alejaron de la aldea, la joven no quiso separarse de Duncan. Creció en ella una devoción nunca vista, hasta que consiguió hacerse su amante, lo acompañaba en las

batallas, y dormía con él en su tienda, hasta aquel día.

Ayla se quedó dormida en la tienda del laird, él había salido muy temprano, ninguno vio a un hombre meterse a la tienda, cuando Duncan se dio cuenta, era muy tarde, el hombre era un espía y se metió con una lanza para intentar matar al amo, pero fue a ella a quien atravesó con el filo de la flecha, la muchacha murió en los brazos de Duncan, cumpliéndose por primera vez la maldición.

Todos se preguntaron cómo Ayla, conociendo el alcance del poder de la maldición se arriesgó a enamorarse de Duncan. Y así continuaron las "coincidencias" dos veces más, hasta que el laird decidió no volver a arriesgar a ninguna mujer, alejándose de ellas y del mundo en el castillo azul.

Charlotte se conmovió tanto con el relato, que decidió no volver a juzgar a Duncan, todo lo contrario. Ahora lo admiraba más allá de su impresionante personalidad, ahora lo admiraba como un hombre sensible, condenado a no poder amar, ni ser amado jamás.

Y que difícil sería no amarlo…

Habían transcurrido unos meses desde que Charlotte se enteró de la maldición, por el contrario de alejarla, el saber la verdad la había acercado más a él, estar a su lado se había convertido en una necesidad.

Aquella noche, Duncan volvió herido de una cacería, y mandó a llamar a Eliott para auxiliarlo en la tina. Aquello era una tortura, el recorrer su poderoso cuerpo con la esponja húmeda, era una tentación insoportable, tanto que trastabilló por un momento, suficiente para que resbalara y cayera dentro de la tina, encima de él. Charlotte reaccionó enseguida, incorporándose de inmediato, pero era tarde, su ropa masculina se adhirió a sus delineadas formas, y sus protuberantes pechos resaltaban de entre ellas. Su cabello largo y rubio se había soltado y ahora descansaba empapado entre sus hombros y espalda.

Duncan reaccionó como una fiera, entre gritos e improperios la corrió a empujones de la habitación y del castillo, quedándose solo, entre un mar de confusión. Al menos ahora entendía aquella extraña atracción.

Tenía que alejarla, era un riesgo para ella continuar a su lado pero…

En seguida recordó la historia aquella, la de la joven perseguida por su ambicioso padrastro. Ahora entendía todo, era obvio, se trataba de ella. Entonces…

¿Qué resultaba peor?, arriesgarla a seguir a su lado o dejarla a merced de aquel asesino. ¿Una muerte más a su lista?… ¡Eso no! Y… viviendo a su lado, no necesariamente tendría por qué amarlo.

Únicamente se puso el pantalón, y salió a buscarla. Charlotte cruzaba ya la puerta

principal, cuando Duncan la detuvo del brazo.

—No es necesario que te vayas, puedes quedarte aquí, pero mantente lo más lejos que puedas de mí. Yo soy veneno.

Y así transcurrió un tiempo, intentando ignorarse el uno al otro. Aunque no lo estaban consiguiendo. Para Duncan, el ver a Charlotte pasearse por el castillo, con aquellas curvas tan delicadas, perfectamente formadas, ahora al descubierto, se estaba convirtiendo en otra lacerante tortura.

Lo mismo le sucedía a Charlotte, al menos ya no tenía que ocuparse de él como antes, o eso imaginaba.

Duncan había salido a montar por la noche como siempre lo hacía, desde hacía mucho, sin su compañía.

Tardaba más de lo normal, y ella ya estaba preocupada. Al verlo entrar se tranquilizó, hasta que él la llamó, para que le preparara el baño.

Desde el día en que su engaño había sido descubierto, no le había pedido que lo hiciera, mucho menos llamándola por su verdadero nombre.

Pero no se negó a hacerlo, deseaba ayudarlo.

Preparó la tina de latón dentro de la habitación, con el agua caliente, y algunas sales de olor y ceras jabonosas para su aseo.

Cuando lo vio entrar a la habitación, traía únicamente una delgada túnica que de inmediato tiró al suelo, quedando completamente desnudo. Ella se perturbó por un momento, pero cuando se disponía a salir, él la tomo del brazo, conduciéndola suavemente hasta la tina, mientras él se sumergía en ella, Charlotte se arrodilló a lado suyo.

—Necesito que me enjabones.

Pasó suavemente la esponja sobre su ancha espalda, recorriéndola despacio, él tomó su mano y la dirigió hasta su musculoso pecho, luego más abajo aún. Ella no objetó, su mano siguió sumergiéndose y se perdía entre su entrepierna, soltando la esponja, y dejando a su mano seguir la caricia, lo había encontrado por fin, su grandioso miembro viril que de inmediato creció ante su contacto. Era tan placentero poder sentirlo al fin, piel con piel, verlo a él retorcerse de placer. Ella se incorporó un poco a fin de estar más cerca, él tomó su rostro con las dos manos, sintiendo el roce de su respiración, ella pudo perderse por fin en la profundidad de su mirada, ¡como anhelaba verse reflejada en aquel brillo celeste! su respiración se agitaba al grado que se quedaba sin aliento.

—Ven, ven aquí —le dijo, entonces lo soltó y se metió a la tina, quitándose torpemente la ropa que se había pegado a su cuerpo y llenándolo en el pecho de

besos arrebatados—. Calma —le dijo él—. Calma —y le tomó de nuevo el rostro con las dos manos, suavemente mientras juntaba sus tibios labios a los de ella, fundiéndose en una profunda succión.

Él recorrió su espalda con las yemas de los dedos, mientras que sus labios jugosos, calientes, habían logrado trazar un humedecido camino alcanzado ya, la altura del pecho, la cabeza de ella terminó totalmente arqueada hacia atrás, deteniéndose únicamente de la nuca de él con un brazo, ofreciendo sin tregua toda su intimidad al tiempo que internaba su mano entre los negros rizos, jadeante, agradeciendo poder descargar su angustia en un oasis de deseo que gradualmente humedecía por completo su intimidad.

Con la cabeza aún echada atrás, estremeciéndose aún más su cuerpo al contacto del agua templada, entro él en el espacio restante marcó su territorio con la fricción de suaves movimientos, desplazó la amplitud de su mano sobre la satinada piel de sus fastuosos pechos que se erguían suplicantes de placer.

Ella estiró el cuerpo con un suspiró a medias de excitación, le incitaba a pasear su mano que se deslizó con facilidad mientras la bajaba impúdicamente hasta que se demoró sobre su clítoris, provocándolo, enloqueciéndolo, hasta que todo su deseo se vio reflejado satisfaciéndola cuando él se colocó de frente suyo con rítmicos movimientos ascendentes y descendentes ocupándola completa, compartiendo jadeos, inhalaciones, exhalaciones celestiales, con la inercia del movimiento él se inclinó más hacia ella, hasta que Charlotte sintió como él apretaba su cabeza contra su pecho, ella la sostuvo hacia sí con fuerza separando su espalda de la tina, entre espasmos incontrolables, ella emitió un leve quejido mezcla de placer y quizás algo de dolor con el que culminó en una onírica explosión de dimensiones extraordinarias.

La magnífica, pero intensa faena los dejó exhaustos, deslizándose él a su lado, tratando de normalizar ambos su aún agitado ritmo cardiaco, fatigados uno junto al otro, sintiéndose las manos que yacían desmayadas por debajo del nivel del agua, recuperándose el uno al otro. Luego de descansar un poco, sus labios llegaron hasta su oído y con un hilo de voz le dijo:

—Te amo.

Como sí un rayo los hubiera partido a los dos, se separaron violentamente. Charlotte salió de la tina enseguida. Se puso la túnica que él había tirado. Y lo miró fijamente por un momento.

—Me tengo que ir —dijo y salió de inmediato. Él sabía que no se refería a la habitación.

Charlotte salió temblando, había sucedido, lo que tanto temía había pasado. Lo amaba, y no sabía qué hacer si no alejarse de él para no sucumbir... ¿Qué sería peor? ¿No verlo jamás o morir a su lado?

Era ya muy noche. Irse a esa hora sería peligroso, pero no soportaba la intimidad sofocante del castillo, así que salió a caminar un momento, de pronto entre la oscuridad de la maleza la vio, de nuevo aquella mujer que se dirigía a la laguna. Esta vez no la dejaría escapar… la siguió hasta la orilla donde sorprendentemente se detuvo, parecía esperarla.

Tenía miedo, pero no le importó. Por fin la enfrentaría. Al principio pensó que sería la muerte, que vendría por ella. Pero la blanca visión le aclaró que se trataba de un alma perdida. El alma de Ayla, la primera mujer en sucumbir a la maldición. La aparición le explicó también, que lo que Duncan nunca supo, es que la maldición se había contrarrestado con la magia de otra sacerdotisa. Después de marcharse éste, Etel, una de las mujeres que había rescatado de los escombros y madre de Ayla, quien agradecida por haberlas salvado a ambas sabía que una maldición no podía quitarse, pero sí atacarse con un conjuro.

"Amor verdadero, consumación y fruto" era el antídoto. Ayla que estuvo presente en ambos hechizos, confiada en conseguir su amor, se arriesgó, siguiéndolo, y amándolo, pero a pesar de convertirse en su amante, no pudo conseguir que él la amara, ni tampoco había sucedido con las otras mujeres. Charlotte, le preguntó a Ayla, cuál sería su ventaja sobre ellas, ¿qué le aseguraba que Duncan sí la amaría a ella?

—Nada puede asegurarlo —contestó ella— tal vez tengas que arriesgarte, como lo hice yo…

Charlotte sintió una luz de esperanza, sí él la amara, tal vez ya lo hacía, ella lo acababa de sentir esa misma noche, no había sido solo pasión… decidió hablar con él, contarle todo esto, preguntarle en su cara si podría amarla, y decirle también lo del conjuro que contrarrestaba la maldición. No huiría, estaba dispuesta a arriesgarse por él...

Al regresar al castillo por el mismo camino, alguien la seguía muy de cerca, se trataba de dos hombres a los que reconoció cuando los tuvo de cerca, los secuaces de Lord de Ford, estuvo a punto de gritar pero ya era muy tarde, la amordazaron y entre forcejeos se la llevaron del lugar.

Forbes alcanzó a verlos huir y corrió a avisarle a Duncan, pero cuando el laird salió, habían desaparecido.

Duncan no supo explicarse cómo se sentía, pero la angustia no le permitía respirar, era algo que no podía entender, no le había sucedido con ninguna mujer, era cierto que había lamentado la muerte de todas ellas, pero la opresión que sentía ante el temor de que Charlotte corriera con la misma suerte, era mucho más intensa, algo con lo que no podría seguir viviendo.

Como un loco montó a *Thor* en su búsqueda, tenía que llegar a tiempo para salvarla ¡no podía perderla! ¡No a ella!

Siguió las huellas de los caballos en los que huyeron, y las marcas lo condujeron hasta su improvisado escondite en una vieja troje.

Espada en mano, de un golpe tumbó la puerta de madera, y vio a Charlotte amordazada, luchando por zafarse de un hombre de elegantes ropajes, al acercarse, dos hombres se abalanzaron contra él, pero gracias a sus extraordinarios reflejos, logró esquivarlos, al tiempo que los confrontaba, consiguiendo atravesar a uno de ellos con su filosa espada, pero no se percató cuando el otro sacaba también su arma recibiendo él una herida en el brazo que no lo detuvo, ya que fue capaz de deshacerse también del atacante.

De Ford, al ver que había quedado desprotegido, cogió el blanco cuello de Charlotte y se dispuso a asfixiarla, pero antes que consiguiera su cometido el laird sujetó con fuerza su espada y de un golpe seco atravesó limpiamente por un costado a Lord Robert, quien cayó de bruces, sin vida.

—¡Duncan! —gritó Charlotte, luego de correr a sus brazos. Él la sujetó suave, pero firmemente.

—Ya hermosa, todo pasó, todo estará bien. Ahora que no tienes quien te persiga más podrás volver a tu casa, a recuperar lo tuyo en Inglaterra.

—No, yo no me alejaré de ti nunca. Mi lugar es a tu lado.

—Te amo, Charlotte, pero tendrás que alejarte de mí, lo sabes.

—Sí me amas, entonces todo estará bien —le respondió con los ojos llenos de esperanza

—¿Cuál es la diferencia… si te amo o no?

—La diferencia es la vida amor mío, si me amas, los elementos del conjuro se unirán para contrarrestar la maldición… "el amor verdadero, la consumación y el fruto". Solo nos faltará esperar el fruto de nuestra consumación para saber sí se ha completado el conjuro —contestó con una sonrisa de picardía.

Duncan pudo ver en sus ojos, que Charlotte le decía la verdad, que había sido posible romper la maldición, y el que ella estuviera aún viva y a su lado, era la mayor prueba…

Fin

Grupo Flores de Acero 6

Autora: Monserrat

Colaboradoras: Annabelle, C. Andreea, Elena M., IMC, Josi, Ma. Del Carmen, Marian, Marisela, Merxe, Mónica, Rocío y Rosa

Siénteme

(Paranormal)

Dos hombres se dirigían hacia la parada de taxis del *aeropuerto J. F. Kennedy*[5] de Nueva York, sin percatarse de la admiración en las miradas de los viajeros a su paso ante sus apuestos cuerpos de anchos hombros y casi dos metros de estatura, su seguridad y firmeza al andar y sus vestimentas que indicaban su origen montañoso de Alaska o tal vez Canadá.

—Mist, ¿vamos directamente al hotel para instalarnos y descansar? —preguntó Rain, antes de indicar la dirección al taxista.

—No hermano, me quedaré entre la 5th Avenida y 59th Street, necesito correr por el parque para desentumecer los huesos por el largo vuelo. Regresaré al hotel dando un paseo.

—¿Estás seguro *Head*[6]? Falta mucho para que anochezca, podría ser peligroso.

—Hermanito, cada día eres más protector —lanzó una carcajada—. Seré discreto pero necesito estar fresco para la reunión de mañana y sólo lo conseguiré tras correr unas horas. Sabes todo lo que está en juego, debemos llegar a la reunión

[5] Aeropuerto Internacional John F. Kennedy: originalmente conocido como Aeropuerto Idlewild, está en Queens al sureste de la Ciudad de Nueva York a unos 19 km de Manhattan. Es el aeropuerto con mayor cantidad de entradas de pasajeros internacionales de Estados Unidos.

[6] Head original en inglés por la autora: juego de palabras: cabeza, glacial, cabeza o jefe de la manada.

descansados, preparados para cualquier eventualidad y esta ciudad me crispa los nervios con su polución y ruidos. Prometo ponerme el collar para tu tranquilidad.

El trayecto hasta Manhattan fue silencioso aunque Rain le lanzó una furibunda mirada cuando Mist se apeó en una esquina de Central Park.

Al llegar a una zona frondosa cerca de uno de los lagos, se desnudó y guardó la ropa en el hueco de un tronco. En pocos minutos, un enorme perro plateado corría y retozaba entre la maleza. Las aves volaron lejos de esa zona y las ardillas se refugiaron en el interior de los árboles.

—Abuela, voy al parque a leer un ratito. No me esperes despierta, llegaré tarde.

—Wind, ¿cuándo cenarás? —Le respondió su abuela mientras sonreía al recibir el abrazo y besos de su querida nieta.

Ambas eran mujeres pequeñitas de 1,60 mts., rellenitas, con ojos verdes intensos, risueños. Sus mejillas sonrosadas, les daban un aspecto sano y noble. Se diferenciaban por el pelo blanco de la abuela frente al negro azabache de su nieta.

—No te preocupes, llevo pan y fruta. Cuando regrese, tomaré té con galletas o calentaré un plato de sopa. ¡Te quiero *grand-mère*[7]!

Wind corrió feliz hacia su rincón preferido del parque. Compartió algo de pan con los cisnes y patos del lago antes de sentarse bajo su árbol. Adoraba el principio del otoño, la calidez de sus colores y la intensidad de sus puestas de sol. Quería gozar intensamente esos momentos antes que el crudo invierno y la nieve impidieran sus visitas diarias al parque.

Empezó a leer mientras mordisqueaba una manzana, pero al cabo de un rato, un hormigueo de alerta le recorrió la columna. Alguien o algo la observaba, pero ¿por qué? ¿Quién? ¿Dónde?

Mist temblaba al aspirar el aroma de su pequeña mujer ¡su mujer!

Jamás hubiese imaginado que al venir a Nueva York para una reunión de manadas, encontraría a su compañera. Inhalar su aroma junto con su esencia personal, emocionaba a su lobo, que deseaba aullar locamente.

Oculto tras unos matorrales, observaba fascinado sus preciosas curvas, su larga melena azabache con reflejos azules, no conseguía ver su rostro por las horribles gafas y mechones que cubrían su tez. Su respiración y latidos se acompasaron a los de su compañera.

[7] Grand-mère original en francés por la autora: abuela.

Supo el instante en que *sa femme*[8] notó su presencia, su inquietud golpeó el interior de su lobo. Su ansiedad y necesidad por ella eran tan fuertes que se arrastró hasta sentarse delante suyo.

—Chico, ¡Vaya susto me has dado! ¡Qué grande eres! Creí que estaba sola. Por esta zona no acostumbra a venir nunca nadie. ¿Te has perdido? ¿Tienes hambre? Ven acércate, sólo tengo un poco de pan duro y manzanas. Lo compartiremos.

Se acercó despacio y apoyó su cabeza sobre su muslo, la miraba fijamente y parecía sonreír mientras su lengua colgaba fuera de la boca.

—Sabes muchacho, yo vivo muy cerca de aquí y si no podemos encontrar a tu dueño esta noche, te llevaré conmigo a casa y mañana saldremos a buscarlo. Preciosidad, no me arriesgaré a llevarte a una perrera. Vivo con mi abuela, seguro que os hacéis amigos al momento.

¡Vaya! ¡Quería llevárselo a su hogar! Su lobo tembló.

Masticaba despacio el mendrugo de pan mientras la escuchaba hablar. Decidió avanzar un poco colocando cuidadosamente su hocico muy cerca de su femineidad. ¡Su mujer olía a flores, frutas del bosque y miel!

¡Mía! rugió su lobo. Sus emociones casi se desbordaban ante esos preciosos ojos verdes, sus caricias y sobre todas las cosas, su aroma. El aroma de su mujer lo enloquecía. Debía alejarse antes de perder totalmente el control y lamer sus pechos.

Se levantó de un salto y lamió su rostro. Salió corriendo pero regresó para mordisquearle su zapatilla deportiva y poder rastrearla si la perdía, aunque era algo improbable ya que solo iba a alejarse un poco hasta calmar su lobo.

Wind, estaba totalmente perpleja, nunca había visto un perro tan grande, con esos enigmáticos ojos azules. Mientras acarició su sedoso pelaje plateado, sintió una gran paz y placer. Ese *husky*[9] gigante olía a musgo y espliego y parecía entender todo lo que le contó.

Debía volver a casa. Empezaba a oscurecer y con tanta excitación solo quería ir a contárselo a su abuela, ambas se reirían por esa locura.

Wind, oyó unos gritos cerca del camino entre unos arbustos. Unos chicos golpeaban a otro muchacho más pequeño y sin dudarlo corrió hacia ellos, gritándoles:

—¡Vosotros! ¿Qué estáis haciendo? ¡Dejadlo ahora mismo!

[8] Sa femme original en francés por la autora: su mujer, su esposa.
[9] Husky: perro de trabajo del Este de Siberia. Presenta un acusado parecido con los lobos. Su tamaño medio es de 51 a 60 cms. de altura y su peso medio oscila entre 16 y 30 kilos. Su pelaje suele ser de tonos claros: del blanco a gris.

Mist percibió la energía y furia de su compañera y sonrió, sería una buena alpha para la manada. Al instante presintió el peligro que la acechaba y corrió desenfrenadamente para llegar junto a ella. Antes de poder alcanzarla oyó un disparo y su gemido, sintió un profundo dolor desgarrándole el pecho.

¡Su mujer estaba herida! La encontró tumbada en el suelo medio inconsciente con una herida de arma entre el hombro y pecho de la que manaba abundante sangre. No había nadie a su alrededor, los gamberros habían huido.

—Muchacho sabía que me encontrarías —le susurró con gran esfuerzo—. Ve a buscar ayuda, vamos, corre.

Ante sus ojos el perro empezó a enderezarse y cuando estuvo a dos patas se transformó en un hombre. Wind jadeó sin poder apartar la mirada de su cuerpo desnudo, imponente, era enorme, impresionante, pero un segundo antes *¿no era un perro?*, pensó. Se desmayó.

—Lo siento pequeña, no quería que te enteraras así. ¡Despierta amor, escúchame!

Wind abrió los ojos y dijo:

—Tu hace un momento eras mi... mi husky gigante ¿y ahora eres un... ho... hom... hombre?

—Sí amor, pero ahora no hay tiempo para explicaciones. Estás perdiendo mucha sangre, debo extraer la bala y cerrar la herida. Sólo puedo salvarte si aceptas que te convierta. Eres mía, ambos somos uno. ¡Mira en tu interior y siénteme, pequeña! Ahora mismo, debes decidir libremente si quieres vivir junto a mí para siempre. Respetaré tu decisión, no me separaré de ti. Te seguiré incluso si decides dejar de existir.

—¿Aceptar? ¿Convertirme en qué? No entiendo nada, ¡oh! me mareo...

—Pequeña ¿me sientes en tu interior? ¿Aceptas convertirte en mi compañera? Puedo salvarte… el cambio dolerá un poco pero estaremos juntos.

—Haz lo que tengas que hacer.

Mist la miró fijamente a los ojos y gritó:

—¡Eres mía! ¡Mi compañera! ¡Te reclamo!

Acarició su barbilla, su oreja e inhaló su perfume un segundo antes de morderla entre la curva del cuello y el omoplato. Un estremecimiento de dolor y placer le recorrió la espina dorsal antes de desmayarse. Mist metió rápidamente dos dedos en la herida hasta agarrar y sacar la bala con determinación.

Succionó y bebió su sangre, lamió hasta limpiar y cerrar la herida con su saliva. La tomó en brazos y corrió hacia el árbol donde estaban sus ropas, se vistió y salió a toda velocidad para el hotel.

Su hermano, el sanador de la manada, salvaría a su mujer.

Mist entró como una tromba en la habitación del hotel llevando en brazos a su mujer.

—¡Rain, de prisa ayúdame! Han disparado a mi compañera en el parque, le he sacado la bala y con mi saliva corté la hemorragia. La he mordido. ¡Ahora somos uno! ¡Has tu magia hermano, sálvala para mí y nuestra manada!

Rain lo miró perplejo, sin articular palabra. Reaccionó y corrió a por su maletín, sacó ungüentos que aplicó sobre la zona dañada antes de hacer una *imposición de manos*[10] sobre la piel, mientras entonaba su canto sanador.

—Ya no puedo hacer nada más, debemos esperar que despierte.

—Rain busca en su bolso, debemos saber quién es y donde vive. Ve y trae a su abuela junto con algo de ropa. Va a necesitarla cuando despierte. Los próximos días serán una locura.

Seguía temblando, estaba fría, sus latidos eran débiles, pero el color volvió a sus mejillas. Mist se desnudó y acostó a su lado, abrazándola suavemente para transmitirle su calor mientras los cubría a ambos con varias mantas.

Estaban solos, la miró con adoración. Que hermosa y pequeñita era. El perfume de su cabello y el aroma de su piel calmaron a su lobo y una sensación de paz lo inundó. La besó en la sien antes de apoyar su mentón sobre su cabeza mientras la colocaba mejor sobre su cuerpo, con una mano la abrazaba por la espalda y sostenía un seno, mientras su pulgar acariciaba su pezón que creció contra su palma.

Su otra mano descansaba sobre su ombligo y empezó a descender hacia su montículo en pequeños círculos. Su compañera jadeó excitada, se movió y apoyó su trasero en su ingle por lo que su enorme erección creció dolorosamente, mientras su lobo aullaba en su interior. Necesitaba poseerla y su lobo gemía por el deseo y necesidad de calmar el dolor y frío de su compañera. Concentró toda su energía en darle calor.

—Pequeña va a ser una larga noche. Será mejor que descansemos —y sin darse cuenta, se durmió.

Mist, se despertó al sentir la agitación de su mujer.

—Despierta amor. Abre los ojos para mí —Wind lo miró con ojos enfebrecidos antes de recordar y mirarlo asustada. No soportaba ver que le temía, bajó su cabeza y rozó sus labios, ambos se estremecieron, su sabor era delicioso, necesitaban más. Lamió sus labios antes de introducir su lengua suavemente, succionó y acarició su interior.

[10] Imposición de manos: sanación natural utilizada ancestralmente. Traspaso de energía de un cuerpo a otro para su sanación. La energía puede provenir del propio sanador a través de sus manos hacia el otro cuerpo o puede ser el transmisor de la energía de la naturaleza, como en Reiki. Las manos no tocan directamente la piel del otro cuerpo, quedan en el aire a pocos centímetros.

—¡Oh! Pequeña, tu sabor nos vuelve locos —Fue bajando, lamiendo su mentón, su garganta hasta sus senos, los acarició, lamió y besó, succionó alternativamente sus pezones hasta oír los jadeos excitados de Wind. Descendió por su vientre que besó delicadamente hasta apoyarse en su pubis.

—Sshh, tranquila amor, nos necesitamos, todo irá bien, relájate —abrió sus piernas delicadamente mientras la miraba, introdujo un dedo suavemente en su vagina que fue succionado hacia el interior de su matriz. Estaba húmeda y caliente. No pudo contenerse más, su lengua empezó a lamer su clítoris.

—Mmmmm, eres dulce pequeña, relájate, déjalo salir —su lengua golpeaba sin descanso mientras dos dedos seguían avanzando en su interior hasta que las ondas de placer del clímax de Wind le traspasaron en lo más profundo de su corazón de hombre y lobo.

—Estás preparada para recibirme. Te he marcado, pero dime, ¿deseas sellar nuestra unión, me permites entrar en tu interior, pequeña? —Wind afirmó con su cabeza mientras no separaba su mirada de los ojos de su compañero. Mist jadeó mientras se introducía con sumo cuidado, lentamente en su vagina, tenía miedo de lastimarla con su enorme y dura excitación. Dios, su mujer lo envolvía con su humedad y calor, era tan suave en su interior, lo aprisionaba, lo dirigía hasta el fondo de su útero, no iba a durar.

—Pequeña, lo siento, no puedo contenerme, no duraré —embestía con fuertes sacudidas hasta el fondo. Wind jadeaba.

—Síiiiiiiiii, sigue, no pares, ¡Oh, Dios mío! —murmuraba, mientras separaba más sus piernas para facilitar el acceso.

Mist acercó sus labios a su oído y le acunó la cabeza junto a su cuello.

—¡Muérdeme, bebé, muérdeme! Vamos a sellar nuestro apareamiento.

Llegaron juntos al clímax, ambos mordieron el cuello del otro, bebiendo y compartiendo su sangre, su saliva, su unión. ¡Eran uno! Un estremecimiento les recorrió el cuerpo. Mist vio la mente y los sentimientos de su mujer, estaban unidos internamente, el círculo se había cerrado correctamente. Se desplomó agotado sobre su pequeña compañera. Alzó la vista sonriendo pero Wind se había quedado dormida. La volteó sobre sí mismo y la acunó delicadamente mientras se abandonaba al sueño totalmente relajado y con una sonrisa en sus labios.

Mist se despertó ante el grito de la abuela al ver a su nieta. *Grand-mère*, estaba descompuesta, ¡su niña con ese enorme hombre desnudos en la cama después de sufrir un disparo! ¿Qué estaba sucediendo? Esos dos habían hecho el amor, se olía en el ambiente. Cerró los ojos e inspiró buscando la calma en su interior. Unos

minutos después miró a los dos hombres con una leve sonrisa y les dijo:

—Sois especiales, distintos, nosotras también aunque mi nieta lo ignora. Acabas de emparejarte a ella, ¿verdad *grand loup-garou*[11]?

—¿Qué quiere decir *grand-mère*? —preguntó Rain, mientras Mist seguía abrazando a su compañera.

—Siento la presencia humana, pero también al animal que lleváis en vuestro interior. Mi madre fue una sanadora de la manada de Sierra Madre en California, pero se enamoró de un arqueólogo y dejó su clan para vivir con él. Antes de morir pasamos la información a la siguiente generación, aunque en este caso yo deberé pasarla a mi nieta, ya que mi hija murió hace años junto con su marido en un accidente.

—*Grand-mère*… —habló Mist con voz rota por la emoción—, somos el alpha y sanador de la manada de Mont Raoul Blanchard en las *Laurentides*[12] de Canadá. Trabajamos como guardabosques y veterinario respectivamente. Hemos venido para una reunión de manadas y jamás hubiese imaginado que encontraría a mi compañera aquí en Nueva York, ni que al poco de encontrarla casi la pierdo, pero que tenga sangre de *Lycos*[13] ¡Dios, es todo un milagro! Os agradeceré que vayáis a descansar a la otra habitación, debo cuidarla y darle calor. Mañana será un día largo y difícil.

Su hermano y la abuela asintieron en silencio. Cuando llegaban al pasillo, *grand-mère* regresó y le dio un fuerte abrazo y le besó la mejilla.

—Hijo estoy muy orgullosa y agradecida, has salvado a mi nieta y le has ofrecido la vuelta a nuestros orígenes. Bienvenido a la familia. Espero que el sol del nuevo día nos ilumine y traiga mayor felicidad. Vamos a descansar, Rain que mañana tenemos muchas cosas que hacer. Por cierto, podéis llamarme abuela o *grand-mère*.

Mist con los ojos emocionados por sus palabras, contempló a su mujer en silencio, que hermosa era. Necesitaba verla despierta, que le mirara mientras le contaba su vida, sus sentimientos y los cambios que compartirían desde ahora. Se durmió.

Un codazo en el estómago lo despertó al cabo de un par de horas.

—¿Pero quién es usted? ¿Qué hacemos desnudos en la cama? ¡Oh! ¡Qué dolor!

[11] Grand loup-garou: original en francés por la autora: gran hombre lobo. Hay unas ilustraciones con este título realizadas por el artista Dennis Detwiller.

[12] Laurentides: cadena montañosa al sur de Quebec, al norte del río San Lorenzo y el río Ottawa, cuya parte más alta de 1.166 metros es el Mont Raoul Blanchard.

[13] Lycos: lobo del griego lycántrophos (hombre lobo)

—Cálmate pequeña, todo está bien. No te muevas. Estás recuperándote de un disparo. Perdiste mucha sangre. Voy a despertar a tu abuela y te lo contaremos todo.

Wind lo miró con la boca abierta, estaba débil y mareada y no entendió la mitad de lo que ese fantástico hombre desnudo decía. De pronto Mist giró sobre sus talones, la abrazó suavemente, posó sus labios sobre los de ella, inhalando su sabor, con su lengua acarició su labio inferior hasta que Wind entreabrió los labios y pudo acariciar sus dientes, succionó su lengua y mordisqueó su labio soltándolo con mucho cuidado.

—Mujer vas a matarme. ¡Qué bien sabes! ¡Ni te imaginas lo preocupados que estábamos! —Volvió a lamer sus labios y apoyó su frente en la de su compañera—. Pequeña sé que todo es nuevo para ti, pero te am… —*¡Que estaba haciendo! no podía decirle que la amaba antes de contarle todo lo que habían compartido*— te… voy a traer a *grand-mère*.

Ella se levantó y gritó:

—Te recuerdo, ayer en el parque eras un lobo y luego un hombre y nosotros, nosotros, bueno tú me has hecho... ¡Has abusado de mí!

—¡No es verdad! —Rugió Mist—. Estuviste de acuerdo. Escucha en tu interior y siénteme, soy tu compañero. Cierra los ojos y siente mi auténtico ser, la parte más escondida de mi alma salvaje, la que protege, dirige y domina la manada. Siénteme en mi soledad, en mis lágrimas, en mi dolor durante las noches de luna esperando encontrarte para poder correr con mi preciosa loba, para poder amarte bajo la luna plateada. Escucha tu interior y ¡siénteme! Formo parte de ti como tú completas mi ser.

Wind se alejó, girándose para mirar la luna por la ventana, vio la imagen de ese hombre reflejada en el cristal y su mano se alzó para acariciar su rostro.

Cerró los ojos y sintió el sufrimiento de ese hombre, el amor que le profesaba y un sollozo la rompió ante tanta emoción, casi no se oía su voz cuando le habló:

—Te amo, estás dentro de mí con tus pensamientos y emociones, te siento conmigo, yo... —No pudo acabar. Mist se abalanzó sobre ella y la empujó sobre la cama. La besaba y acariciaba por todo el cuerpo, con adoración pero también desesperadamente. Sus manos y labios estaban en todas partes. Succionó sus rosados pezones, mientras su mano acariciaba su clítoris y con su rodilla empujaba sus piernas para poderse ubicar mejor.

—Déjame entrar pequeña, necesito estar dentro de ti —se introdujo con dureza, con desesperación mientras le susurraba su necesidad y amor, mordisqueaba sus labios, succionaba sus pezones y seguía penetrándola con la fuerza de su excitación con movimientos continuos, ansiosos.

—Sigue, no pares. —Ambos se estremecieron y mordieron sus cuellos a la vez,

llegando a un clímax estremecedor. Mist se desplomó sobre su pequeña mujer, la volteó poniéndola sobre su estómago mientras seguía besándola.

—Eres mía. Eres mi todo, amor.

—Lo sé, te siento en mí —le respondió Wind mientras se fundían en un profundo abrazo.

Dedicado a las creadoras y amigas de nuestro blog…

Grupo Flores de Acero 7

PaTiTo, Σℓιαηα ϻdϘ, Alejandra Walzok, Maria Pilar, yesenia miranda, emmita, Matdel Carmona, María Teresa, luna_estrella, Patricia Chornomaz, María Rodriguez, Sandra, Marina Rubio y MaryCarmen D.

Un Buen Comienzo

(Contemporáneo)

«Ay no, otra no», pensó. Era la tercera vez que escuchaba el ruido de algo que se rompía mientras llevaba las cajas con sus cosas hacia su nuevo departamento. Si seguía así iba a tener que comprar vajilla nueva. A esta altura de su vida ya debería haber aprendido a mantener la boca cerrada. Pero no, siempre que hablaba de que algo se rompería, sucedía. ¿Sería alguna clase de bruja?, no era la primera vez que lo pensaba. Y de hecho también se lo habían dicho sus amigas, era una especie de broma entre ellas.

Estaba cada vez más cansada y no sabía en que había estado pensando, pero, estúpida de ella, había dejado lo más pesado y delicado para el final. Los muebles más grandes los habían entrado los del camión de mudanzas, pero había llevado algunas cosas frágiles en el auto con ella. Ahora no entendía el por qué, si de cualquier manera, los estaba rompiendo todos.

No era la casa que quería, pero en este momento no estaba en condiciones de comprarse nada nuevo, así que tenía que arreglarse con lo que podía.

Otros escalones más y ya estaría en su piso con la última caja, pero antes de que pudiera subir un escalón más, alguien dobló la esquina y se precipitó escaleras abajo chocando directamente con ella.

Hizo todo el esfuerzo que pudo por no dejar caer la caja, pero no lo logró, por lo que ésta cayó al piso causando un tremendo ruido, que solo fue un poco más bajo que el grito de sorpresa que había dado.

Como en shock, se sentó en un escalón mirando desoladamente sus cosas rotas esparcidas por el piso frente a la escalera.

—Perdón —dijo alguien desde lo alto de la escalera—. No la vi.

Recordó que ese alguien la había chocado y levantó la vista hacia donde venía el sonido de su voz, en ese momento se hallaba en un punto entre el enojo y las ganas de llorar, pero al verlo, todos esos pensamientos abandonaron su cerebro. Tuvo que recordarse a sí misma que debía cerrar la boca.

El hombre en lo alto de la escalera era sencillamente hermoso, no era un calificativo que soliera aplicar a un hombre, los hombres eran atractivos, o sexis, pero este era hermoso, largas pestañas enmarcando unos ojos, cuyo color era difícil de definir, una deslumbrante mezcla entre el verde y el gris, pelo castaño oscuro, alto, muy alto y de contextura atlética, aunque no exageradamente musculoso, exactamente como le gustaban a ella.

—N-no… no te preocupes, aunque creo que deberé reemplazar esto si no quiero comer sobre mi mano —contestó ella, tratando de dar al momento un poco de humor a pesar de que minutos antes estaba hecha una furia.

«Es increíble lo que una cara bonita hace con el humor de una» —pensó con ironía.

—No te preocupes, te ayudaré a reemplazarlo, y me gustaría invitarte a comer como una forma de pedirte disculpas —dijo él.

Estaba todavía un poco atontada, pero sus palabras consiguieron hacerla reaccionar.

—Está bien, no te preocupes por reemplazarlo todo, de todas maneras debía hacerlo, simplemente aceleraste los hechos —contestó con una sonrisa.

—¿Y lo otro? —preguntó él, haciendo un evidente esfuerzo por no largarse a reír.

—¿Lo otro? —preguntó ella que no entendía sobre que le estaba hablando.

Él renunció a todo intento por evitar soltar una carcajada y demoró un momento en contestarle.

—Lo de la cena —aclaró él, una vez que pudo dejar de reír.

—Ah, eso —contestó ella sintiéndose enrojecer por estar haciendo el papel de tonta.

No sabía que contestar, aunque se moría de ganas por decir que si, la verdad es que no conocía al tipo, así que solo atinó a decirle precisamente eso.

—No nos conocemos, no sé ni cómo te llamas.

—Bueno, pero eso es fácil de solucionar —le replicó él. —Soy Maximiliano, aunque mis amigos me llaman Max. Y según puedo ver, te estás mudando al departamento que está junto al mío, que era el único vacío —respondió sonriendo como si hubiera desentrañado el misterio más difícil del universo, aunque ella debía admitir, pero solo para sí misma, que su sonrisa era contagiosa.

—Entonces seremos vecinos —dijo ella con más entusiasmo que el que quería demostrar, pero no pudo evitarlo.

—Sí —expresó él llevando sus manos a los bolsillos traseros de los jeans que llevaba. Y que por cierto, le sentaban muy bien—, pero todavía no sé tu nombre.

—Oh, lo siento —dijo ella golpeándose la frente ante su omisión—. Mi nombre es Anahí, pero todos me llaman Ani —se presentó tendiéndole la mano.

—Ani, es un placer conocerte, dijo tomando su mano, pero en lugar de estrechársela, se la llevó a los labios y le dio un beso muy suave, antes de soltarla.

Ella se quedó muda, especialmente por lo cursi de su actitud. Nunca le habían besado la mano antes, y si alguien se lo hubiera preguntado, hubiese dicho que era la tontería más grande del mundo, pero… le había encantado. Se sentía seducida, como nunca antes, aunque no estaba segura si era lo que él quería hacer, o si simplemente actuaba así por algún íntimo atisbo de culpabilidad en honor a su vajilla destruida.

—¿Bueno, qué respondes?

—¿A qué? Oh…, la cena, es verdad, estaré encantada en algún momento Max, pero hoy debo terminar de acomodar esto, digo las cajas, no lo que hay en ellas —dijo atropelladamente. —Eso me llevará años, pero quiero poder entrar y salir sin tropezarme con todo.

—Lo entiendo, por eso te estoy invitando. Seguro no pararás ni para prepararte algo de comer, así que déjame ir a buscarlo y te ayudo en lo que pueda.

—Es muy amable de tu parte, Max, pero estoy segura que tenías mucha prisa cuando me chocaste —le recordó ella con una sonrisa cómplice.

Él pareció avergonzado y se encogió de hombros.

—Es verdad, llegaba tarde a casa de un amigo, pero ya estoy retrasado, así que lo voy a llamar y le diré que voy a ir mañana, hoy surgió algo importante —dijo guiñándole un ojo.

—Pero si tienes que ir, podemos quedar otro día.

—No se diga más, hoy quiero darte de comer —dijo con una sonrisa.

—Bueno, si insistes —respondió ella sin poder dejar de sonrojarse y sintiéndose como una adolescente a sus veintiocho años.

—Permíteme que te ayude a juntar esto —dijo él, inclinándose para recoger la vajilla hecha pedazos.

Cuando consiguieron entre los dos juntarla toda y llevarla hasta el nuevo departamento de Ani, él se giró hacia ella.

—Nos vemos en un rato entonces —dijo Max caminando hacia la puerta.

—Nos vemos —contestó ella, cerrando la puerta tras él, no sin antes sentir la intensa mirada de esos ojos imposibles de escribir.

Se apoyó sobre la puerta con un suspiro y se miró, sintiéndose horrorizada al ver que estaba hecha un desastre, pero sonriendo también por lo mismo. Podía seguir limpiando o ir a arreglarse un poco. Ganó su coquetería.

Si lo hubiera pensado un poco mejor, no hubiera elegido la segunda opción, no podía encontrar los bolsos donde había metido la ropa e hizo más desastre aún para encontrarla, hasta que recordó que todavía tenía unos bolsos en el auto. «¿Dónde se me ha metido el cerebro?» pensó con humor.

Al cabo de un rato, ya limpia y con las cajas más o menos fuera del camino, atendió al timbre que acababa de sonar.

—Hola otra vez —dijo, haciéndose a un lado para que pudiera pasar y señalándole el sofá que había conseguido desocupar, aunque seguía rodeado de cajas.

—He traído pizza, no necesitaremos platos —dijo haciendo un movimiento con las cejas que lograron que ella soltara una carcajada.

—Muy cierto, menos mal que pensaste en ese detalle, a mi no se me ocurrió.

—De todas formas hubiéramos podido conseguir algo en mi casa, o ir allí directamente, pero pensé que esta noche querrías comer acá —dijo, haciendo un gesto con la mano hacia un montón de cajas que tenían escrito "CUIDADO, LIBROS" por toda la superficie.

—Veo que te gusta leer, pero no pusiste tanto cuidado advirtiendo sobre la caja con la vajilla.

Ella sonrió y se le iluminó la cara, como lo haría con alguien que habla de sus hijos.

—Amo leer, de hecho compro tantos libros como puedo, ya sea en papel o digitales, tengo el ordenador lleno de ellos, también soy miembro de MR, un foro en la que nos juntamos un montón de fanáticas de los libros, compartimos reseñas, comentarios sobre libros, y también una bonita amistad —dijo ella con orgullo—. Realmente soy una fanática.

—¿MR? ¿Es alguna clase de código secreto? —preguntó desconcertado.

Ella sonrió ante eso.

—No, Mundo Romance, nos gusta el mundo lleno de amor —dijo guiñándole un ojo.

—Ah, así que te gusta el romance.

—Entre otras cosas.

—¿Y crees en el amor a primera vista?

Ella se sorprendió por la pregunta, pero de todas formas respondió.

—Nunca me ha pasado ¿y a ti?

—Exactamente en el momento en que me choqué contigo —dijo en un susurro.

Ella tragó saliva, lo miró sorprendida y se perdió en sus ojos. Estaba muda, no sabía si por la sorpresa o por el miedo. Era realmente muy pronto para hablar de amor, ¿o no?

—Perdón si te asusté, realmente no debería haber dicho eso, no es que no lo crea, sino que me parece que te asustaste, no quiero que te sientas presionada, pero es justo que conozcas lo que me pasa, y que aunque vayamos despacio, me gustaría conocerte más.

Ella trató de que su boca funcionara:

—No sé qué decir, creo… creo que a mí también me gustaría conocerte más —dijo quedamente—. No sé nada sobre ti… no sé a qué te dedicas… asumo que eres soltero, —dijo, sobre todo por salir de la situación, aunque realmente le interesara saberlo.

Él sonrió y se inclinó para recoger un pedazo de pizza de la caja que estaba sobre la mesa bajita delante del sofá.

—Sí, soy soltero y trabajo en el área de informática en una empresa de inversiones ¿Y tú? —preguntó con interés.

—Soy maestra, en una escuela primaria, tercer grado —dijo— en este momento estoy en un receso escolar, aunque en unos días empiezo con las clases nuevamente.

Ella también había empezado a comer así que se quedó callada por un momento mientras lo miraba a él hacer lo mismo. Cuando terminaron de cenar, ella se levantó para llevar los restos a la cocina, aunque dejaron los vasos, que milagrosamente se había salvado, sobre la mesa, para poder seguir tomando el jugo que habían disfrutado durante la cena, le había parecido rara su elección, pero contenta con ella, ya que no tomaba bebidas alcohólicas.

Cuando volvió descubrió que él la estaba mirando fijamente otra vez. Le alcanzó su vaso y levantó el de él para un brindis.

—Por que este sea el comienzo de una larga amistad, aunque tengo la esperanza de que sea algo más que eso…—dijo él.

—Brindo por eso —dijo ella. Y con un arranque de valentía conseguida Dios supiera donde, le robó un rápido beso, inmediatamente intentó alejarse, pero él la tomó del brazo y la hizo acercarse a su pecho fuerte. Lentamente acercó su cara a la de ella y le dio un beso suave, ella mordisqueó su labio inferior antes de que él

profundizara el beso introduciendo la lengua dentro de su boca. La rodeó con sus brazos y fue llevándola hasta que ambos se encontraron sentados en el sofá. Dejaron los vasos sobre la mesa y continuaron mirándose.

—Nunca me sentí así —dijo ella.

—Yo tampoco —le respondió Max, al tiempo que se disponía a besarla otra vez.

Ella estaba tan concentrada en lo que hacían, que no se dio cuenta de que con el pie estaba empujando la pata de la mesa, hasta que un ruido los sorprendió y se dieron cuenta de que se habían roto los dos últimos vasos que habían sobrevivido a la odisea de la mudanza. Se miraron mutuamente y soltaron una carcajada.

—Creo que mañana tendremos que comer en mi casa —dijo él volviendo a abrazarla, mientras en sus ojos Ani descubría promesas de momentos inolvidables.

Fin

Grupo Jade

Sandra Martínez Yañez, Carolina Soto y María Caramés.

Las Huellas del Amor

(Contemporáneo)

Tonta, se dijo, *eres una tonta, Calipso*.

—¿Podrías por favor reservarte las manos para ti mismo? Podemos… —dijo golpeando una mano que se acercaba peligrosamente a su pecho— hablar… o, déjame buscarte un café.

—No quiero un café, preciosa, no te pongas pesada —Necesitaba ese contacto, ninguna chica se había mostrado interesada en él. Era tan preciosa, con esa sonrisa y esos ojos verdes tan dulces…— No seas tímida, nadie va a saber lo que pase entre tú y yo y puede que descubramos que somos el uno para el otro.

¡Ay, Dios! Nunca pensó que las cosas llegaran a tanto, solo buscaba una conversación ligera en una fiesta donde no conocía a nadie.

Calipso había venido con su amiga Andrea, pero ella la había dejado abandonada nada más encontrarse con su novio "el bombón".

Entonces después de dos horas dando vueltas y bebiendo… –soda porque nunca toleró bien la bebida –, vio a este chico de aspecto un poco empollón pero de cara amable y pensó que estando tan solo como ella podrían hacerse compañía.

Por supuesto fue una mala elección, igual que la de sugerir ir al porche trasero de la casa porque el Hip hop ya la tenía seriamente fastidiada.

—¡Déjame en paz! —Le gritó mientras le daba un golpe en la ingle… sin obtener

mucho resultado— Yo sólo quería hablar.

—No te pongas así… —le contestó mientras la empujaba contra la pared y trataba de besarla a la fuerza y meter su asquerosa lengua en su boca.

—Creo que la señorita dijo que no —Calipso sintió inmediatamente que le quitaban un peso de encima, y mientras contenía el deseo de escupir, se volteó para ver cómo el recién llegado sostenía sin dificultad a su acosador—. No está interesada, compañero, así que lárgate. —El chico no dudó, se marchó de inmediato con una mirada dolida en su rostro—. ¿Te encuentras bien? —preguntó mientras se acercaba distraídamente a ella.

— Si... gracias por quitármelo de encima. Por un momento pensé…

Es que no piensan. Ese es el problema, se dijo Adam mentalmente, *tienden a creer que todos tienen buenas intenciones y no siempre es así*. Se aseguró unos segundos más de que el tipo no volviera y se concentró en la chica. Ella intentaba apartarse el cabello de la cara pero su mano temblaba demasiado, y no pudo resistir la tentación de ayudarla.

Era… hermosa, y ese cabello rojizo le recordaba mucho a una niña pecosa con la que solía patinar de pequeño; también recordaba lo desamparado que se había sentido cuando ella y su familia se habían mudado a Chicago.

Sus ojos eran verdes y su sonrisa iluminaba su día.

—¿Calipso? —Ella sonrió y eso hizo que se confirmaran sus sospechas. Ella siempre había sido de sonrisa fácil—. ¿Me recuerdas?

Calipso se le quedó mirando con fijeza y sorpresa.

Era tan atractivo, mucho más alto que ella, de 1,90… veinte centímetros más, tenía una barbilla terca, partida, rasgos marcados, los ojos más azules que no hubiera visto desde niña y un cabello negro ondulado, con un mechón que se escapaba del resto y caía sobre su frente; inconscientemente, se estiró para apartarlo de su frente y colocarlo junto al resto.

Y fue este gesto, tan natural, que recordó a un chico, su mejor amigo de la infancia a quién solía hacerle lo mismo.

—¿Adam? —Calipso no podía creerlo. Era él. Nunca había podido olvidarlo, pero se habían separado hacía tiempo y ya se había hecho a la idea de que Adam solo formaría parte de sus recuerdos—. ¡Dios mío! Eres tú, pero… ¿Cómo? ¿Cuándo…? ¡Oh, no sé qué decir! —Calipso enlazó sus brazos en el cuello de Adam y lo abrazó fuertemente, y tan impulsiva como sus actos igual eran sus pensamientos y sintió vergüenza— Yo… eh… lo siento… no pretendía —Ella trataba de separarse de él, de arreglar lo que consideraba un entuerto mientras se ponía cada vez más roja.

—Déjame sostenerte así un poco más —murmuró Adam, mientras la atraía más contra sí e inhalaba el olor a fresas de su cabello— Me alegro de haberte

encontrado. —Suspiró mientras acercaba sus labios a su mejilla y depositaba un suave beso.

Adam no se había permitido pensar mucho en ella, pero ahora que la tenía en sus brazos se daba cuenta de lo mucho que la había extrañado… Ninguna de las mujeres con las que había salido era como Calipso, y él era lo suficientemente serio como para reconocer que inconscientemente buscaba a alguien como ella.

Capi, como solía llamarla de niño, vivía con pasión y llenaba sus días de locuras y diversión. Pero al igual que antes, ella no era nada suyo, y había aprendido por experiencia que los sentimientos no siempre eran suficientes. Ella se iría y él también, ambos continuarían con sus vidas. Y eso lo decepcionó y la hizo abrazarla con más fuerza.

—¿Adam? ¿Estás bien? Yo también me siento feliz de que nos encontráramos… quizás la situación no haya sido la más propicia pero te aseguro que lo agradezco en todos los sentidos —dijo Calipso, con la voz amortiguada por el hombro de Adam.

—Vamos a otro sitio, ¿Sí? —Propuso Adam lo justo para verla a la cara sin soltarla— Me encantaría hablar contigo.

—¿Tienes coche? —Cuando él asintió volvió a preguntar— ¿Podrías llevarme a casa?

—Claro.

De camino a la calle, donde estaba aparcado su coche parecía que éramos incapaces de mantener una conversación. Después de indicarle donde vivía no pudo mantenerse callada más tiempo

—¿Qué hacías en esta fiesta?

—Un compañero me invitó.

—¿Quieres decir que vas a esta universidad?

—Sí.

¿Qué más podía decir? ¿Que había ido a la universidad de Chicago con la tonta idea de tener una mínima oportunidad de verla? Nunca la había podido olvidar. Pero a la vez se había sentido incapaz de coger el teléfono y llamarla.

—Y en todos estos años, no nos hemos encontrado hasta ahora…

—Sí, una pena.

Que conversación más estúpida. Después de tantos años pensando en él. Imaginándose mil veces aquel reencuentro ¿eran incapaces de mantener una buena conversación? ¿Qué le pasaba, no podía decirle más que monosílabos?

Claro que ella no estaba mucho más elocuente y tristemente no volvieron a hablar hasta que se encontraron delante de su edificio. Respiró hondo y se armó de valor.

—¿Quieres entrar?

—¿Puedo entrar?

Sonrieron como tontos después de hablar a la vez y aquello pareció romper el incómodo silencio. En cuanto entraron en su piso y ella le sirvió café no pararon de hablar recordando viejos tiempos.

Ambos se sorprendieron cuando, al mirar el reloj se dieron cuenta de que eran las seis de la mañana.

—¡Vaya, llevamos toda la noche hablando!

—No me sorprende, siempre me sentí muy cómodo contigo, podíamos decirnos cualquier cosa.

—Es verdad. Te eché de menos.

¡Oh Dios! ¿Lo había dicho en voz alta? Al parecer sí porque él la miró sorprendido.

—No quise decir, yo…

—Yo también te eche de menos, no te imaginas cuánto.

—¡No te creo! Pero si tenías… ¿Cuánto, quince años cuando me fui?

—Fue suficiente para marcarme, eras mi mejor amiga y…

—¿Y?

Bueno después de tantos años, era una tontería seguir reteniéndolo, ¿no? Pensó Adam.

—Estaba muy colado por ti.

Calipso de la sorpresa se atragantó con el café que estaba bebiendo y él se levantó para darle palmadas en la espalda.

—¿Estás bien?

Ella lo miró estupefacta.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Sentía mucha vergüenza con aquellos nuevos sentimientos y además tú te fuiste y yo pensé que había perdido mi oportunidad.

—A mí me pasó lo mismo. Nunca me atreví a decírtelo, pensé que te había olvidado, pero al verte…

Adam la miraba fijamente, estaban frente a frente y ella se perdió en sus penetrantes ojos azules. Sin apartar la mirada, él le acarició la mejilla y el cuello, donde su pulso latía salvajemente.

Pronto la mirada bajó a sus labios y el beso fue inminente.

Sus labios rozaron suavemente los suyos pero pronto el contacto se convirtió en una invasión y ella se dejó conquistar, abrazándolo fuertemente. Nunca había sentido nada igual.

—Guau— exclamó Adam al apartase de su boca.

—Lo mismo digo, nunca me habían besado así.

—Hemos perdido muchos años.

—Entonces debemos recuperarlos...

Llevó las manos a su nuca y lo reclamó para otro beso inolvidable y apasionado. Jamás permitirían que nada los volviera a separar.

Fin

Grupo Julián de Macedonia 1

Autora: Cristina Caballero
Colaboradoras: Verónica Báez, Eugenia Padton,
Silvia Marta Olivo, Alexia, Luisa, Perla y Gaby.

De vuelta a mi vida

(Histórico)

Lady Victoria Archer, Condesa de Stratfield, leyó la carta aparentemente tranquila. Estaba en su saloncito de recibir visitas, sentada formalmente en una de las sillas francesas tapizadas en color damasco. "Su marido volvía a casa" Lord Raphael Derek Somerfield. Conde de Stratfield volvía a casa.

"Dos años… dos años desde la última vez que lo vio. ¿Qué querría de ella? ¿Qué esperaba encontrar después de dos años de ausencia?... Ya no era la misma, sus sueños habían quedado rotos años atrás…" Se dispuso a llamar al mayordomo, para arreglar la llegada de su marido.

—¡Charles!— llamó el conde desde el coche que lo había recogido en el muelle.

—¿Sí, milord?— su ayuda de cámara se acercó.

—Quiero que azuces los caballos, deseo estar en casa antes del anochecer —dio la orden con gesto preocupado en su semblante.

—Si milord.

Su hogar. Volvía a su hogar y al lado de su encantadora esposa, ¿Cómo la habrían tratado estos años? ¿Seguiría igual de hermosa? ¿Estaría resentida? Bueno no podía

culparla.

Tres años cubriéndole la espalda a Wellington no eran cualquier moco de pavo. Nunca recibiría medallas al merito por valor en batalla, estaba lejos de ello, pero su trabajo había sido igual de importante, con la red de espionaje que habían montado por toda Europa. Con Eleonor, una de las mejores espías de la corona, habían fingido ser una pareja de amantes vividores, para tener acceso a todos los salones de Europa; dando la impresión de ser un libertino, un jugador, un completo crápula. Nadie pensaría que había sido entrenado en duras disciplinas físicas e intelectuales para poder servir a su rey y a su patria. Volvía con una ligera cojera fruto de una pierna rota meses atrás, con cicatrices en su cuerpo, y un único ojo.

Su casa, una de las mansiones ubicadas en Park Lane a pocos pasos de Hyde Park, era elegante y señorial, de piedra, con verjas altas y amplios jardines. El coche entró en el camino, y Charles fue el primero que bajó.

George, el mayordomo, y un lacayo salieron a recibirlo. Los pisos de mármol estaban relucientes. Su esposa poco había cambiado la decoración en esos años, los mismos cuadros y la misma araña de cristal.

—Bienvenido milord —lo saludó feliz el viejo mayordomo.

—Viejo George, ¿aún apuestas la mesada con Tom jugando al póker?

—Solo de vez en cuando, milord.

Victoria bajaba las escaleras en ese momento, con expresión inescrutable.

Raphael se quedó sin respiración al verla. Esa no era la mujer que poblaba sus sueños, esta mujer era una diosa, y su esposa. Estaba absolutamente hermosa con un vestido de tarde azul cielo, que resaltaba su piel y el color de sus ojos, ¡Por Dios! Más azules de lo que recordaba, su hermoso cabello negro peinado con sencillez, su talle perfecto. Sintió que se ahogaba y empezó a sudar frio. ¡Santo cielo! Se había olvidado de respirar y mucho menos de hablar.

Ambos se quedaron mudos observándose. El mayordomo carraspeó.

—Milord, bienvenido a casa —dijo una voz cultivada, en un rostro de expresión hermética.

Raphael seguía mudo. Cuando pudo hablar le dijo en tono de voz enronquecido:

—Caramba milady, ¿Quién hubiera dicho que mi ausencia la haría florecer así?

—La buena vida seguramente —dijo indiferente— ¿Qué tal el viaje milord?

—Endiablado —fue su lacónica respuesta, sin dejar de observarla.

—¿Dónde desea estar milord? ¿En su habitación o en el estudio? —preguntó en el mismo tono.

"Dentro de ti" pensó excitado como no lo había estado en mucho tiempo. Enrojeció de repente. Victoria lo miraba esperando una respuesta.

—Deseo descansar hasta la cena —dijo con voz entrecortada.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella frunciendo el ceño y sin expresión en sus ojos.

—Sí, muy bien gracias, algo cansado. Cenaré en mi habitación, si deseas acompañarme —soltó el comentario al aire y pensando que sería rechazado.

—Nos vemos en la cena.

Y con pasos elegantes y porte digno se alejó por el pasillo hacía la biblioteca.

Victoria no supo cómo llegó al estudio. Su helada compostura tambaleó. Cerró la puerta temblando en medio de convulsiones de llanto.

Lloraba de dolor y tristeza por verlo así, con sus bellas facciones transformadas. El parche le daba apariencia de pirata, ¿Cómo se sentiría?, recordó sus bellos ojos cafés. Lloró de rabia por todo lo que le había hecho sentir en ese breve encuentro: ansiedad, ganas de correr y abrazarlo y un anhelo que la aturdió. ¡Dios! Que patética era.

A pesar de la leve cojera, se percató que estaba más acuerpado que cuando se fue, su cabello negro más largo de lo normal. Este no era el mismo hombre que había salido de su casa años atrás. Había adquirido una veta peligrosa, se había convertido en un hombre duro.

Ataviada con un vestido de noche azul cobalto con escote profundo y los hombros desnudos, se presentó en la habitación de su esposo.

La mesa para dos estaba arreglada eficazmente con candelabros de plata y un pequeño arreglo de flores. Su esposo estaba de cara a la chimenea, sentado en pantalón y camisa desabrochada y con una copa de coñac en la mano.

—Buenas noches milord —saludó ella entrando en la guarida del lobo, un escalofrío la embargó.

El volteó la vista sorprendido, y como le había pasado en la tarde se quedó sin habla.

—Vaya… estás muy hermosa, Victoria.

—Gracias ¿Descansaste?

—Sí, es bueno dormir en mi propia cama nuevamente.

—¿Cómo estás, Raphael?

—Estoy bien querida, no te preocupes.

"Querida" aún recordaba cómo se derretía cuando la llamaba así.

—Si hubiera sabido que era una cena formal —dijo con voz oscura— me habría puesto más elegante —la miró complacido.

—Oh, es que tengo una invitación a la opera después, decidí arreglarme antes —contestó ella en tono desenfadado.

Algo en la expresión de Raphael cambió, se pudo percatar ella.

—A la opera —la miró fijamente— ¿Y con quién vas, si puede saberse?

—Con los duques de Lakewood y con el Vizconde de Plymouth.

Tomaron unas copas charlando de trivialidades, pero la mente de cada uno estaba concentrada en los cambios ocurridos durante el tiempo que estuvieron separados.

Victoria observaba sus facciones que ningún parche o cicatriz lograban opacar, su boca carnosa y bien delineada, sus dientes blancos, el ancho de su cuello, la camisa abierta mostraba el inició de su pecho cubierto de un vello suave. Sabía que no debería tomar esa línea de pensamientos, pero era inevitable, su marido exudaba sexualidad por cada poro de su piel y ella no era inmune a eso, es más, estaba segura de que él sabía exactamente como se sentía. "No hay derecho" pensó molesta. "Tiene una amante" se dijo más molesta aún.

—¿Pasa algo, querida? —preguntó curioso al observar su expresión.

—No, nada. Recordando algo que no debo olvidar.

—Tus últimas cartas no han sido muy elocuentes… ¿Cómo has estado?

—Por lo menos te he contado lo que ocurre en la casa. Tú apenas te has molestado en contestar las mías.

—Seguro algunas se perdieron en el camino, recuerda que había una guerra en curso.

—Pero tú no estabas en ella —contestó ella en tono duro.

Entró el lacayo con el primer plato. Esperó a que les sirviera una sopa fría de vegetales y se retirara. Comieron en silencio.

—Sí, estuve en la guerra, Victoria —dijo él en tono ronco.

Ella alzó la vista sorprendida y espetó:

—No me vengas con estupideces, todo Londres sabía tu itinerario.

—Victoria, esto es serio, tenemos que hablar; hay algunas cosas que quizás no entiendas…

—¿¡Qué es lo que debo entender, milord!? —contestó ella levantándose de la mesa y caminando hacia la ventana.

—Las cosas no son lo que parecen —una carcajada irónica fue la respuesta.

—Victoria, por favor déjame explicarte que yo…

—¡No quiero tus explicaciones! ¡No quiero tus mentiras! —lo miró furiosa y pensando que a la mierda con todo.

—Pues por el bien de nuestro matrimonio me vas a escuchar.

—¡Cómo puedes hablar del bien de nuestro matrimonio, cuando te revuelcas con una mujerzuela por toda Europa y quien sabe con cuantas más!

—No es así.

—¡Sí, si es así! No te atrevas a mentirme, Raphael o me iré de tu vida.

—No puedes hacerlo —contestó desesperado— Para bien o para mal, estás casada conmigo.

—Para lo que me ha servido.

—¿Qué te ha faltado?

—¡Un marido! —Gritó ella sin importarle nada—. Amor, hijos, compromiso.

Él la miró con el remordimiento pintado en la cara.

—Lo siento mucho, Victoria.

—Tus disculpas llegan tarde, milord.

—Debemos normalizar las cosas —Raphael se mesó los cabellos—, quiero hijos, Victoria.

—¡No deseo hijos! ¡Ya no! —contestó sulfurada.

—Pues bien caro que pagué ese derecho cuando me casé contigo, es hora de que cumplas parte del trato.

—Eres un miserable si piensas que me meteré a esa cama contigo, después de todo lo que ha pasado.

—Sí quisiera podría obligarte —contestó él beligerante— pero nunca lo he hecho, no voy a empezar ahora.

—¡Eres un maldito y te odio! —le temblaba todo el cuerpo.

—Gracias por decírmelo —él simplemente se limitó a obsequiarle su sonrisa más ladina.

—¡Vete al diablo!— y salió tirando la puerta y dejando a su marido con la palabra en la boca.

Las semanas siguientes se vivió una calma tensa en la mansión. Trataban de evitarse uno al otro. Victoria asistía a sus compromisos con algunas parejas de amigos o iba al refugio de viudas y huérfanos de la guerra que había fundado un año atrás.

Lord Raphael, mientras tanto, se ponía al corriente de todos sus negocios, encerrado con su secretario en su despacho.

Una noche la hizo llamar a su estudio antes de retirarse a sus habitaciones. Le habían llegado rumores de la supuesta amistad de su esposa con el vizconde de Plymouth.

—¿Una última copa? —ofreció él yendo al aparador.

—No gracias, creo que he bebido suficiente por esta noche.

La invitó a sentarse en una de las sillas. Él hizo otro tanto, le dolía la pierna.

—¿Hace cuanto te acuestas con el vizconde de Plymouth? —preguntó bebiendo de golpe.

—¿Perdón?

—Lo que oíste, ¿hace cuánto te acuestas con ese tipo?

Que venganza tan perfecta sería esa, pensó Victoria observando a su marido de reojo. La rabia lo carcomía. Pero ella no era tan ruin, ni tenía el alcance para decir mentiras, sin embargo sonrió.

—¿De qué te ríes? —volvió él a la carga.

—Duele, ¿verdad?

—Entonces te acuestas con él —espetó furioso—, como una soberana golfa.

—¡Yo no soy como tú! —Brincó ella enseguida— Yo respeto mis votos, aunque no se aún porque.

—¡No me provoques, Victoria!

—No me provoques tú, cínico desvergonzado, ¿con qué autoridad moral me vienes a exigir fidelidad? Cuando tú tienes la moral de un gato en celo.

—No quiero ver a ese tipo cerca de ti, es todo lo que te digo.

—Yo puedo ver a quien quiera milord, no estoy presa.

—Soy tu marido y me debes obediencia.

Ella soltó una carcajada irónica.

—¿Mi marido? ¡Por Dios! Ni siquiera te conozco —contestó furiosa.

—Permíteme presentarme —se levantó enseguida, y la atrapó en sus brazos.

Se dispuso a concretar lo que había deseado hacer durante todo ese tiempo. Victoria lo miraba aterrada. Juntó sus labios a los de ella de forma suave, sabiendo que no sería bien recibido. No le importó. Era su mujer y haría bien en recordárselo.

En cuanto pegó sus labios a los de ella; acaparó su boca en un beso fiero y brutal, tratando de que claudicara y le dejará saborear su interior. ¡Tan deliciosa! Y ¡Tan dulce como recordaba! La siguió besando preso de un hambre y una ansiedad que lo sobresaltó… trataba de terminar el beso y enseguida empezaba nuevamente, más profundo que el beso anterior.

Ella trataba de alejarse de él.

—Lo recuerdo todo, Victoria— susurró pegado a su boca—, La pasión, el placer, tan caliente, tan salvaje. —La soltó mirándola con deseo—: No olvides a quien perteneces.

La siguiente semana se evitaron hasta en las comidas.

Victoria mientras tanto, había tomado una decisión, así le costara su nombre y riqueza.

Esa noche, Raphael, estaba en el salón de billar. Estaba jugando concentrado, hasta que una extraña vibración en el aire le hizo levantar la mirada.

—Querida, que sorpresa.

—Debemos hablar.

—Claro —dijo él dejando el taco en la mesa y las bolas a un lado, mirándola inquisitivo.

—Quiero el divorcio.

—Ni en sueños —contestó él enseguida, acercándose a ella.

—No podemos seguir así.

—Eso no te lo discuto.

—¿Es que no extrañas a tu amante? ¿Por qué no te vas con ella?

—¡Eleonor no es mi amante! —La tomó de ambos brazos— Fui espía de la corona durante tres años.

—Suéltame.

—¡No hasta que me escuches! —la atenazó aún más—. Tú no tienes ni la más puta idea de lo que tuve que pasar para proteger mi país y protegerte a ti.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Nunca fue mi intención que las cosas llegarán tan lejos con Eleonor.

—¿Lo reconoces? —preguntó ella furiosa queriéndose soltar, pero él la tenía atenazada.

—No es lo que piensas. Una noche en Paris estábamos en una fiesta en la casa del marqués de Lamarck, yo estaba en el estudio buscando información, Eleonor entró haciendo lo mismo, nos pillaron y nos toco improvisar, era preferible que nos encontraran en una situación comprometida y no ver nuestras cabezas rodar en la bastilla. Por eso nos tocó seguir la charada, sino, hasta tú hubieras estado en peligro —la soltó—. No sabes a lo que me enfrentaba.

—Muy cómoda tu historia.

—Es la verdad Victoria, te lo juro —le acarició la cara—, se que fui un mal marido por dejarte sola todo este tiempo pero se lo debía a ti y a mi país.

Victoria no deseaba creerle, no quería volver a sentirse lastimada otra vez, pero la mirada de su marido le decía tantas cosas. Le dio la espalda.

—Por favor mi amor —decía fervoroso acercándose por detrás y abrazándola— dame otra oportunidad, te necesito. ¿Ya no me amas, es eso? ¿Te repudia la falta de mi ojo?

—No es eso Raphael, como puedes pensarlo —se dio la vuelta y por primera vez en el tiempo en que él había vuelto, llevó la mano a su rostro acariciándolo— ¿Puedo?

—Nunca se lo he dejado ver a nadie, me mortifica.

—Yo soy tu esposa —dijo ella sin querer pensar mucho en lo que estaba admitiendo— ¿Cómo fue?

—Un francés me interceptó con un mensaje para Wellington, me pegó un tiro —soltó un suspiro— Gracias a Dios los que me acompañaban, se hicieron cargo de la situación.

Él llevó la mano al parche, quitándoselo despacio, no quería que lo repudiara. Ella le acaricio la cicatriz y la cuenca vacía. No mostró ninguna expresión, no deseaba herirlo, pero su corazón lloró por él. Acercó su cara y lo beso con ternura, queriendo aliviar en algo el dolor que sabía que él sentía por la perdida.

—¡Victoria! —La abrazó fuertemente—, no sabes la falta que me hiciste, todo lo que he pensado en ti.

Se sumergió en un beso devorador y desesperado, al tiempo que la arrinconó contra la mesa de billar. La rodeó con sus brazos e introdujo la lengua en su boca, saboreando todo su interior. Se sentía perdido entre sus labios, eran de una dulzura exquisita. Ella le correspondió, lo amaba, nunca había dejado de amarlo. Se agarró a él, deseaba tenerlo más cerca.

Se perdieron en otro beso matador, mientras las manos de Raphael recorrían su cuerpo, reconociéndolo como suyo. Le beso el cuello, le mordisqueó el lóbulo de la oreja, estaba muy excitado. Le soltó el vestido y llevó las manos a sus pezones explorándolos.

—Eres hermosa —susurró antes de tomar con su boca uno de sus pezones. Mientras que acariciaba el otro llevó las manos a su falda empezó a subir por sus pantorrillas y a acariciar sus muslos ahí donde terminaba el liguero de sus medias.

—Mi amor… te deseo… te deseo —repetía enardecido.

Victoria gemía y lo abrazaba, se aferraba a su espalda. Las caricias de Raphael se hicieron más exigentes y ansiosas, le bajó los calzones de un tirón y le acarició las nalgas, las caderas, hasta llevar las manos a su monte de Venus. Soltó un gemido desesperado.

—Tan hermosa, tan suave —acarició su centro hasta que lo sintió húmedo— Estás mojada, me deseas.

—Sí, siempre —contestó ella perdida en sus gemidos.

—Necesito saborearte, tu aroma me enloquece —se arrodilló frente a ella. Victoria tenía los muslos tensos.

—Raphael yo…

—Shhhh, Shhhhh, déjame, lo necesito —acarició su centro con la barbilla y la nariz, recuperando su embriagador aroma. Con su boca, le regaló besos deliciosos, con su lengua la lamió y la humedeció más aún, dándole caricias, hasta que sintió sus contracciones, él la apresó más, chupándola sin tregua, hasta que los gemidos de ella reverberaron en toda la habitación. Sin poder aguantar más Raphael liberó su erección y entró en ella maravillado por todo lo que le hacía sentir. Entre gemidos y fuertes embestidas le susurraba:

—Eres única… me das un placer inigualable —tomó su cara y la miró fieramente— ¿Cómo puedes creer que haya habido otra en mi vida? —Siguió embistiendo fuertemente hasta que las contracciones de ella, lo llevaron al orgasmo.

Victoria se percató de su rostro en el momento de la liberación, como tensó sus músculos y gimió como presa de un fuerte dolor. Cayó exangüe sobre ella.

La mantuvo abrazada, durante largo rato. No quería salir de su interior. Le acariciaba su cabello y la besaba con ternura.

—Victoria…

—No quiero sufrir más.

—Yo tampoco. Démonos una oportunidad, mi amor. Te amo.

—Yo también te amo.

—¿Para siempre?

—Sí, para siempre.

Fin

Grupo Julián de Macedonia 2

Autora: Eugenia Padron
Colaboradoras: Veronica Baez, Silvia Marta Olivo, Alexia,
Cristina Caballero, Luisa, Perla y Gaby.

Un Nuevo Amanecer

(Histórico)

"Hoy es el peor día de mi vida"

Victoria Sanders no podía creer lo que acababa de pasar, su vida dio un giro de ciento ochenta grados y las personas más honestas, amables y amorosas del mundo acababan de irse para no volver jamás. Recordó a su padre, siempre con una sonrisa en la cara, un hombre curtido con los años con unas manos duras y callosas, pero tan suaves al momento de darle un abrazo o una caricia. No podía pensar en él sin ver a su lado a su madre, una mujer que siempre tenía un consejo y una palabra de bondad para todos, que le había enseñado todas las labores que una mujer tiene que saber. Por eso ella no podía aceptar lo que pasó, ¿cómo era posible que en unas horas todo pudiera cambiar tan drásticamente?

Sus padres iban a visitar al señor del lugar, los había llamado como tantas veces para obligarlos a concretar una boda que Victoria no quería, y en el viaje de regreso, a la carreta en la que viajaban se le había roto una rueda, rodaron cuesta abajo y fallecieron al instante.

A lo lejos vio a su tío Simón, pero no le prestó atención, el párroco hablaba, la gente la saludaba y le ofrecía sus condolencias, pero ella no podía ver nada, no entendía nada, quería que la dejaran sola para poder llorar a sus padres, ¿es que nadie se daba cuenta que su mundo se acababa de derrumbar? ¿Que una parte de

ella acababa de morir? ¿Que de ahora en adelante no tenía a quien recurrir, ni con quien reír, ni a quien contarle sus preocupaciones, sus alegrías y sus sueños?

—Victoria, niña… ¡deja de ver al vacío y ponle atención al señor Rouser! —dijo su tío Simón.

Salió de sus pensamientos y lo vio parado frente a ella, totalmente despreocupado, y a su lado estaba el señor Rouser un hombre mayor de edad, viudo de dos mujeres y sin heredero, siempre le había inspirado temor y hoy no fue la excepción, sin embargo en sus ojos había un brillo malicioso que no pudo interpretar, pero esa mirada la puso muy incómoda y quiso estar a kilómetros de ahí.

—Perdone señor Rouser, me da gusto que nos acompañe el día de hoy —estar hablando con él es lo último que quería— pero como podrá ver, estoy un poco indispuesta —volteó a ver a su tío— si me disculpan iré a hablar con el párroco y a retirarme a mi casa.

Hizo un intento de dar vuelta, pero cuando iba a hacerlo el señor Rouser le tomó la mano y dijo—: No se preocupe mi querida niña, a partir del día de hoy puede acudir a mí en lo que necesite.

Asintió y en esta ocasión pudo voltear y salir de ahí. No paró hasta llegar al claro donde estaba un arroyo y sin pensar en su vestido o en la gente se puso de rodillas y dio rienda suelta al llanto.

El tiempo pasó y se hizo de noche, pero no le importó, se quedó ahí contemplando el agua y la luna, pensando en sus padres, en sus sonrisas, en sus abrazos… recordando. En algún momento se quedo dormida con las hojas de los árboles y el pasto como cama, soñó con sus padres y con una vida que ya no existía. A la mañana despertó con el sonido de los pájaros y se quedó con los ojos cerrados, escuchando, sintiendo el viento matutino sobre sus hombros, quería quedarse ahí por siempre, pero tuvo que levantarse e ir a su casa. Dio un último vistazo al claro, sin saber que sería la última vez que lo hiciera.

Al llegar a su casa, su tío la estaba esperando en la sala, tenía una de las pocas botellas de whisky que su papa había guardado para ocasiones especiales y estaba casi acabándosela. Victoria sintió una oleada de ira.

—Mira a quien tenemos aquí. ¿Donde andabas chiquilla? —Sus ojos estaban inyectados de rojo y pensó que no era la primera botella— ¡Yo no estoy para aguantar todo esto! Es demasiado, y de una vez te comunico que el próximo sábado te casarás con el Señor Rouser!

Victoria se quedo atónita.

—¿Qué dice?... ¿está usted loco tío? ¡Yo no me voy a casar con él!

—Por supuesto que sí, ya lo he acordado todo, el sábado te quiero fuera de esta

casa y fuera de mi vida, no tengo tiempo para andar cuidando chiquillas caprichosas que hacen lo que quieren.

—¡Usted no puede decidir por mi! —Victoria echaba humo de lo enojada que estaba— esta es mi casa, no me puede echar de ella y mucho menos venderme al mejor postor.

Una carcajada fría y cruel se escuchó por toda la casa.

—Niña tonta, claro que tengo todo el derecho del mundo, ¿acaso no sabes que eres menor de edad? ¿Acaso no te has dado cuenta que soy el único pariente varón de la familia? —Se calmó un poco y continuó— ¡Y no tengo que darte explicaciones de nada! Así que ahora mismo ve y hazme algo de comer, que estoy hambriento y luego te arreglas, porque el Señor Rouser vendrá a media tarde a aclarar los detalles de la boda.

Victoria no podía creer lo que estaba pasando. Pero como una autónoma hizo lo que le pidió y a media tarde estaba arreglada, con un vestido negro mangas largas abrochado hasta el cuello que no dejaban ver absolutamente nada. Estaba demasiado nerviosa y confundida. Llegó el señor Rouser y su tío sufrió una enorme transformación, enseguida se volvió una persona solícita y nerviosa, atento a las necesidades del señor y lo que pidiera.

—¡Victoria ven aquí! — la llamó su tío. Sírvele un vaso de whisky al Señor Rouser y siéntate a su lado, que la semana que viene estarán casados.

—Muy bien dicho, Simón… —dijo en un tono condescendiente, en ese momento volteó hacia ella y pasó los ojos sobre su ropa— Victoria a partir de la boda no te volverás a poner esos vestidos espantosos, tienes una piel muy suave —le acarició la mejilla con un dedo largo y huesudo que hizo que temblara— y un cabello hermoso, quiero contemplarlo a mi placer —sus palabras fueron como un témpano de hielo.

Su tío y él habían pactado algo terrible y no sabía cómo salir de esa situación, los días pasaban y el señor Rouser cada vez era más osado tanto con palabras como con actos.

El viernes por la noche no podía dormir, llevaba así desde que se enteró de la muerte de sus padres y por un momento deseó no estar ahí, haber muerto con ellos, pero contempló la luna, la paz la embargó y sintió a sus padres con ella, apoyándola.

No soy ningún ser indefenso, pensó, la habían enseñado a valerse por sí misma y a cuidar de ella, era una persona capaz y sus padres estaban orgullosos de ella. Por eso no podía dejarse caer en la adversidad, iba a luchar y salir adelante.

Con este pensamiento en la cabeza empezó a guardar unas pocas ropas y todos los objetos de valor que escondió antes de que su tío los vendiera. Volteó a ver la habitación, rezó por sus padres, por ella y por un futuro mejor…

Lord Raphael Tydale Duque de Kent estaba aburrido y necesitaba distracción, llevaba días enteros discutiendo con sus pares en la cámara de lores sobre nuevas reformas y había llegado a su punto máximo de inactividad física, por lo que sin pensarlo salió de su mansión de Mayfair y se dirigió a la casa de su amante. Loretta era la mejor cortesana de la época y la tenía a su entera disposición, hacía un par de semanas que no iba a verla, pero sabía que lo esperaba para ofrecerle su cuerpo y su tiempo.

Cuando llegó no se sintió decepcionado, era una mujer hermosa. Llevaba puesta una bata semitransparente que hacía que se le acelerara la sangre, tenía un hermoso cabello castaño ondulado hasta la cintura que dejaba suelto solo para él.

—Hola querido, me alegro mucho que hayas venido, me tenías muy abandonada —hizo una pequeña mueca con los labios y con coquetería jaló las cuerdas que mantenían cerrada la bata para dejar al descubierto su piel sedosa.

Eso le gustaba a él, mujeres con experiencia y sin compromiso, que lo buscaran e intentaran atraparlo, aunque sabía que él tenía la última palabra. Su última amante, una viuda, le trajo demasiados problemas porque quería un compromiso y él no estaba de acuerdo en ello, así que ahora tenía a Loretta y estaba muy contento.

Sin decir palabra lo llevó al dormitorio donde lo sedujo y se dejo seducir, quería olvidarse de todos los problemas, las exigencias de su familia y de la sociedad. Pero por alguna razón que no lograba comprender, se sentía extenuado, vio a Loretta completamente desnuda y gozó de su cuerpo pero no de su espíritu y al terminar el acto solamente pensaba en los compromisos del día siguiente.

Empezó a vestirse, ella estaba desconcertada, ese hombre nunca se cansaba con una sola vez y sabía que no había estado con nadie más en esas semanas, era imposible. Aunque fuera un conocido libertino, era un hombre con honor y respetaba a las mujeres, por eso ella había decidido ser una amante particular.

—Raph, cariño… ¿ya te vas? ¿Cuándo volverás?

—No lo sé —la vio con cara de desesperación y se pasó una mano por el cabello— yo estoy muy ocupado, no sé cuándo… —salió y fue directo a su casa a pensar y beber.

Al día siguiente Raphael estaba en el palco con su abuela, la duquesa viuda Leticia Tydale, no había parado de presentarle debutantes de buena familia pero totalmente sosas que no tenían pensamientos propios. Había salido un momento por un refrigerio y estaba a punto de olvidarse de todo, cuando vio a Loretta, estaba deslumbrante con su vestido rojo escarlata y su tocado de plumas blancas, ella le hizo un guiño y él le correspondió con la mirada, salió del palco y tuvieron un pequeño encuentro sexual en uno de los pasillos. Más tarde viendo la aburrida obra

pensaba en todas aquellas señoritas y las comparaba con Loretta, y sabía que si en algún momento iba a sentar cabeza, era con una mujer con una mezcla de las dos, inocente pero atrevida, dulce pero valiente, sencilla pero inteligente. Sonrió, nunca iba a conocer a una mujer con ese dechado de virtudes y por esta razón no iba a casarse en muchos años.

Victoria estaba agotada, había llegado a Londres hacia unos meses y trabajaba sin parar, vivía en un cuarto diminuto con una cama chica y una mesita de madera desgastada, sin pintar y sin objetos bonitos, pero no importaba, había llegado a Londres sola y con un miedo constante de que no la descubrieran y la siguieran.

Atrás había quedado la vida en el campo y la naturaleza, ahora vivía entre rateros y mujeres de mala vida, pero no iba a estar ahí mucho tiempo, tenía que ahorrar, comer poco y trabajar mucho. Había conseguido trabajo con Madame Bolcastle, una prestigiada modista que le dio un puesto de costurera. Tenía mucho que aprender, pero su costura era tan fina y delicada que la había impresionado.

Ahora necesitaba otra fuente de ingresos y por eso iba a ir a la taberna "El Descanso" para trabajar de tres a cuatro horas por la noche. Se vistió modestamente y desde que entró se dio cuenta de que era peor de como lo imaginaba, olía a orines, los hombres estaban completamente sucios y la veían con lujuria en los ojos. La gran mayoría estaban borrachos y los que no, empezaban a ponerse en ese estado. El dueño del lugar se acercó a ella y de inmediato le dio el trabajo.

—Lindura el trabajo es tuyo, pero tienes que cambiarte la ropa, en la parte de atrás hay uniformes, dile a Sirena que te dé el tuyo y te arregle. Con esos ojos de inocencia y vulnerabilidad vas a traerme más clientes y vas a ser la sensación.

Victoria fue a la parte de atrás y le dieron un vestido que más bien parecía para una niña. Le quedaba muy apretado, tenía un escote tan pronunciado que hacía que sus pechos casi se le salieran, era de color blanco pero estaba tan lavado que casi se transparentaba y la falda se le abría y mostraba sus piernas. Se sentía tan fuera de lugar que no podía salir enfrente de los hombres con esa ropa.

Pero cuando iba a cambiarse se asomó Sirena y le dio una mirada de apreciación.

Victoria salió y de inmediato empezaron los silbidos, le hablaban de todos lados, le intentaban agarrar el trasero y tomarla por la cintura para ponerla en sus rodillas, vio que las demás chicas bromeaban y se inclinaban al servir la cerveza para que se pudiera ver más de su cuerpo, pero ella no podía, no la habían educado de esa forma, así que cuando un hombre le pellizcó un pezón, ella gritó, agarró una botella y se la rompió en la cabeza. Estaba aturdida y lo único que pensó fue en salir corriendo, vio al hombre en el piso con sangre en la cara y corrió a la salida. Siguió

corriendo hasta que se detuvo a tomar aire, para percatarse de que no la seguían y ahí fue cuando lo vio.

Primero un jinete sobre el caballo más hermoso que hubiera visto, negro como la noche, con un porte regio, iba a toda carrera parecía que flotaba en el aire, pero en ese momento el caballo piso una zanja y tropezó haciendo que el jinete cayera hacia delante y quedara tirado sin moverse.

Sin pensarlo dos veces corrió a auxiliarlo y lo giró para poder hablarle, pero se quedó sin respiración... ¡Era el hombre más guapo que había visto! Sintió un calor en su interior que no pudo identificar, nunca se había sentido así con nadie, ¿quién era él? Tenía el cabello negro como la noche, sedoso y muy fino, unas cejas que enmarcaban unos ojos cerrados con pestañas rizadas y pobladas. Una nariz aristocrática y puntiaguda y unos labios carnosos, sus hombros eran anchos y se percató de que era alto y de constitución fuerte, lo que indicaba que realizaba algún tipo de actividad.

¿Pero en que estaba pensando? El hombre estaba inconsciente.

—Señor, por favor señor, despierte —le palmeaba las mejillas suavemente con sus manos —por favor, ¿está usted bien?

Desesperada trató de quitarle la corbata y abrirle unos botones para que respirara y siguió hablándole. En eso escuchó ruidos, unos hombres se acercaban a paso constante, pero no se movió.

—¿Que está pasando aquí? —demandó un policía.

—Eh, este… perdón… el señor se cayó del caballo y… y lo estaba a-ayudando —temblando y titubeando Victoria alzó la mirada hacia los policías, una mano la tomó del brazo y la levantó.

—El no es un señor, es el duque de Kent y tal y como yo veo esta situación usted estaba robándole

—¡Nooo! Yo estaba… yo… él se cayó del caballo y yo le iba a ayudar —Victoria cada vez se ponía más nerviosa. Se encontraba en una situación difícil— pregúntenle y él les dirá.

Los policías se vieron entre sí. Uno la sostenía, mientras el segundo se agachó a ayudar al duque.

—Milord, ¿es cierto lo que dice la muchacha?

El duque estaba confundido, no sabía dónde estaba pero no podía apartar la mirada de la joven que tenía enfrente. Era demasiado delgada pero el cabello era muy brilloso y dorado, su ropa no iba de acuerdo con su mirada, era de inocencia y pureza, mientras sus harapos parecían la de una mujer de la calle.

—Yo no vi nada de lo que pasó, si ustedes dicen que ella me robaba, es porque así es, por lo tanto hagan lo que tengan que hacer. Con eso dio media vuelta, subió a su

caballo y siguió a su casa, no sabía adónde iba antes del accidente o qué iba a hacer, tenía un fuerte dolor de cabeza y no dejaba de pensar en esa muchacha y en sus ojos, recordaba que no era una belleza, pero tenía algo que lo había aturdido. Esa vulnerabilidad, esa inocencia… lo pensaría después, quería llegar a su casa, darse un buen baño y tomarse una agradable copa de whisky en silencio.

Victoria ya no sentía pena, ni frío, ni miedo, todos los sentimientos se habían convertido en algo profundo, en odio y rencor. Estaba en una celda sucia, sin ventilación, con ratas y animales, tenía mucho frío y nadie le hacía caso, le comentaron que iban a dictar sentencia en unos días más, de algo que no había hecho.

—¡Sáquenme de aquí! —se había cansado de gritar.

Pasaron las horas y supuso que se había hecho de día, o quizá había pasado más tiempo, pero no sabía porque no entraba ni un rayo de luz, quería volver a sentir el sol en su cara, cada minuto era como un año para alguien a quien le gustaba estar al aire libre y disfrutar de la naturaleza. En ese momento se prometió que nadie iba a volver a pisotearla, estaba harta de lo que había pasado y de las tragedias que había vivido.

Pensó en el duque de Kent, ese hombre que había dejado que la condenaran cuando lo único que había hecho era tratar de ayudarlo. En eso escuchó pasos y una cadena que se abría, entro un carcelero de aspecto sombrío.

—Sal muchacha, han venido por ti.

El miedo le heló hasta los huesos, ¿sería su tío Simón, o el señor Rouser? ¿Por fin la habían encontrado y la iban a obligar a casarse? Temía más eso que el hecho de quedarse encerrada en una celda.

Con pasos indecisos y miedo en las entrañas salió poco a poco de la celda y siguió al hombre por unos pasillos hasta que llegaron a un cuarto… y ahí estaba él. Se quedó de pie contemplándola, iba vestido muy elegante como si fuera a una fiesta. Estaba totalmente fuera de lugar en ese entorno, le recorrió el cuerpo con la mirada y se detuvo en su boca para después alzar la vista a sus ojos.

Raph no sabía que hacia ahí cuando tenía que ir a la fiesta de Lord Winster, pero no podía dejar que pasara una noche más en ese lugar. Se había acordado de todo lo que pasó y era una injusticia que estuviera ahí. Contempló sus ojos, primero con miedo, confusión y por ultimo con una chispa de furia que hizo que se le calentara la sangre. Intuía que tenía un temperamento interesante.

—Buenas noches señorita, permítame que me presente, soy Raphael Tydale, Duque de Kent. He venido a sacarla de este lugar y a ofrecerle mis disculpas, debido

al sobresalto pasado no pude hacer nada en ese momento para sacarla de este lío.

Un silencio sepulcral inundó el cuarto, Victoria supuso que debía aceptar sus disculpas pero su mente y corazón no estaban alineados.

—¿Quien se cree que es? Como es un hombre importante y rico no sabe el sufrimiento de las personas ni las repercusiones que llevan los actos de los hombres —Estaba enojada, seguramente había perdido el empleo con madame Bocastle.

—Mis más sinceras disculpas señorita, si usted me permite, puedo ofrecerle una oferta que será del agrado de los dos y así cualquier inconveniente futuro será recompensado —Raph sabía que nadie se le había resistido y quería hacerla su amante a como diera lugar, ella tenía algo que lo intrigaba y quería descubrirlo.

—¿Una propuesta milord? ¿De qué se trata?

—De que sea mi amante.

—¿Su qué… su amante ha dicho?

—Así es, el acuerdo es provechoso para los dos, le pondría una casa en las afueras de Londres y podría vivir cómodamente.

Él hablaba muy seriamente y Victoria no tuvo más que tomarse en serio lo que acababa de decir, pero ¿su amante?, podría vivir tranquilamente, sin preocuparse por la comida o la ropa y vivir en el campo… *¡Pero no! ¿Cómo podía siquiera considerarlo?*

—Está usted muy seguro de sí mismo, pero ¡no! —Ella se mostró tan fría como pudo— Tengo un techo, comida y un trabajo estable —al menos eso esperaba— y le aseguro que nunca me convertiría en amante de nadie.

Dicho esto salió de la cárcel y caminó hasta donde vivía, al llegar se derrumbó, toda la dignidad que tenía había acabado al momento de entrar a su cuarto y contemplar sus pocas pertenencias, lloró toda la noche. Al día siguiente reunió el coraje necesario para levantarse, vestirse lo más recatadamente posible y salir a ver si conservaba su trabajo de costurera, y si no era así, iba a buscar algo más, porque ella no se rendía.

No se dio cuenta que durante todo el día alguien la seguía de cerca y se admiraba de su tenacidad y resistencia, iban pasando los días y cada vez se deprimía un poco más, en los bajos barrios se sabía quien había entrado en la cárcel y nadie le daba trabajo, casi no le quedaban ahorros y empezó a dejar de comer.

Ralph la veía y no entendía como podía seguir adelante, la respetaba por eso y otras cosas más, pero hoy iba a actuar, no solamente iba a ser un espectador de esa pobre muchacha, él había contribuido a parte de su desgracia e iba a cambiarlo.

—Hola Victoria ¿como estas?

Ella se sobresalto y se giró para verlo ahí, parado con una pose de autoridad y elegancia, ¿Qué hacía ahí? ¿Qué quería de ella?

—Buenas tardes milord, ¿no está un poco perdido?

Un brillo asomó en los ojos de él y en ese momento supo que quería verlo reír y disfrutar de la vida. Él no supo cómo, pero empezó a reír y disfrutar de estar ahí con ella, en un lugar tan descuidado y mal oliente, pero su respuesta y su actitud hacían que quisiera disfrutar.

—Veo que no ha perdido su sentido del humor y eso me agrada. Y para su sorpresa no, no he me he perdido, he venido a buscarla directamente a usted.

—¿A mí? ¿Por qué? —Lo miro recelosamente, pensando que iba a volver a ofrecerle ser su amante.

—No es lo que usted está pensando, quiero ofrecerle un trabajo —Vio que iba a decir algo y se apuro en terminar la frase— de dama de compañía.

—¿Dama de Compañía? ¿De quién?

—De una prima lejana del norte, va a quedarse esta temporada en mi casa, como usted comprenderá, no puede estar sin una persona que cuide de ella y evite las malas influencias. He pensado solamente en usted.

En cuestión de horas se había trasladado a la mansión de Lord Tydale y era hermosa, no había visto algo más bello y opulento, en los días siguientes se esperaba la llegada de su prima lejana. Poco a poco empezó a conocer la mansión, había llegado a la biblioteca y parecía un niño en una juguetería. Con un dedo recorrió un estante y no pudo dejar de admirar su contenido, esperaba que le dieran oportunidad de leer alguno, pero pensaba pedirlos a favor de la señorita que iba a cuidar y no por ella.

—Me voy cuenta que encontró mi guarida —esa voz fuerte que sonó a un costado de la sala hizo que le cosquilleara la piel.

Ahí estaba Lord Raphael, sentado en una butaca con un libro en la mano, se lo veía tan tranquilo y cómodo que ella quiso ir a sentarse a un lado de él.

—¿Sabes leer? —ella contestó con un asentimiento de cabeza, incapaz de hablar— Bueno en ese caso, puede tomar cualquier libro que desee.

—¿A usted le gusta leer, milord?

—Por supuesto que sí, lo considero una de mis múltiples pasiones —un brillo de deseo apareció en sus ojos.

—¿Y cuáles son las otras pasiones, si se puede saber? —El rubor le subió por la cara, no podía creer que ella había dicho eso.

—La principal es contemplar mujeres hermosas… como tú.

Él estaba fascinado con ella, si antes tenía un ligero color rojo en las mejillas, ahora estaba totalmente sonrojada, y él deseó poder ver si el sonrojo le llegaba a sus pechos, como serían, ¿delicados y suaves?

—Si me disculpa milord, voy a revisar que esté todo listo para la llegada de su

prima.

Con esto dio media vuelta para salir y una voz la detuvo.

En cuanto llegó su prima Estefanía, viajaron al campo, a Maidstone. Todo fue tal y como el duque lo solicitó, hubo un despliegue de empleados que llevaban y traían baúles. El viaje fue de lo más placentero, Victoria lo comparó con el de su huida a Londres y era totalmente diferente. Al tercer día empezaron a entrar en terrenos del Duque. Ella veía todo con un brillo en los ojos, feliz, por fin iba a regresar al campo, aunque fuera por unos días, la vida empezaba a mejorar. Al ver el castillo de Leeds no pudo más que quedarse fascinada y otra vez sin palabras.

Raphael estaba hechizado, no había otra palabra, las pequeñas pero enormes sonrisas de Victoria lo dejaban sin palabras. Su cara resplandecía cada vez que veía los árboles y los caminos. Ahí fue cuando empezó ver florecer a la señorita Victoria, ella se sentía en su elemento, se notaba.

Los días fueron pasando, llegó de visita la duquesa viuda y empezaron a hacer toda clase de actividades, desde montar a caballo, leer en el campo, picnic a la orilla del lago y largas, sesiones de música y placenteras noches platicando. Victoria no podía dejar de pensar en él, todo el odio y rencor que sintió era una emoción pasada, se dio cuenta del hombre integro y honesto que era. De su amabilidad con el trato a los empleados, de su inteligencia sin igual y una mañana al estar viendo cómo salía el sol, no pudo engañarse a sí misma. ¡Amaba a Raphael!

Sin darse cuenta fue haciéndose un lugar en su maltrecho corazón y sabía que lo iba a amar hasta su muerte. Pero había un problema, él no la quería, era un duque, y no uno cualquiera, sino el más rico y más respetado de ellos, familia directa de la reina. Tenía que casarse con una mujer igual a él, hermosa y con dote, acostumbrada a lo mejor y con una familia aristocrática, y ella no tenía nada, estaba sola en el mundo.

Con la sensación del amor vino la tristeza, *¿Qué iba a hacer? ¿Y si él se daba cuenta?*

Se vistió y fue a desayunar, los rayos de sol entraban por la ventana y ahí estaba, tan guapo y con un halo de poder, pero tan sencillo. Él volteo, la vio y le dedicó una sonrisa tan sincera que ella quiso llorar en ese momento.

Raph se quedó maravillado, nunca pensó que iba a encontrar a la mujer perfecta, y ahí estaba frente a él. Si al principio vio dulzura en su mirada, ahora se daba cuenta que ella estaba retrayéndose, que estaba poniendo otra vez los muros impenetrables con los que la había conocido y se sintió impotente, algo tenía que hacer y pronto, porque quería ver luz y felicidad en su mirada, quería ver amor y pasión.

Como si un de un nuevo reto se tratara, lo iba a estudiar e iba a saber cómo atacarlo, porque era el reto más importante de toda su vida, porque no sabía cómo iba a vivir el resto de su vida sin ella y era la felicidad de los dos la que estaba en juego.

En los días posteriores al encuentro matutino, Victoria despertaba todos los días muy temprano, se vestía y salía al campo, a ver los pájaros cantar, trataba de evitar a Raphael lo más que podía, siempre que quería verla sola, ella ponía un pretexto, trataba de desayunar a otra hora y ya no hacían esos paseos y esas platicas a la puesta de sol. Estaba contemplando una familia de patos en un estanque cuando sintió la presencia de Raph a su lado. Siempre sentía cuando la estaba viendo. Y ahí estaban los dos, viendo cómo salía el sol y manteniendo un momento de tranquilo silencio.

—A esta hora de la mañana te ves tan hermosa Victoria —ella sintió escalofríos— últimamente has estado muy evasiva conmigo ¿puedo preguntar el motivo?

—N-no... no entiendes, eres una persona importante, inteligente y de la aristocracia —se detuvo un momento y lo vio directamente a los ojos— tienes a cuanta mujer necesitas, nadie se atreve a llevarte la contraria y todo mundo te aprecia —sintió un dolor en el pecho— yo soy la que no entiendo qué quieres de mi, por qué quieres que permanezca siempre a tu lado, nadie lo ve bien, tu abuela y tu prima ya ha mencionado este hecho y no están contentas.

—¿Te han dicho algo? —de repente se puso furioso— ¡no tiene ningún derecho!

—Ellas tienen razón, nuestra amistad no nos lleva a ningún lado —su voz se le quebraba y estaba haciendo un esfuerzo por no llorar— somos tan diferentes, Raphael —se volteó al lago y levantó la cabeza al cielo— nuestras vidas han sido tan diferentes como el día y la noche.

Él no iba a claudicar, había tenido batallas más duras y en ésta no la iba a perder, iban a ganar los dos. La tomó con delicadeza del brazo y la hizo girar, quedaron frente a frente, se veía tan pequeña y vulnerable, que quería abrazarla, besarla y cuidar por siempre de ella.

—Sé que has tenido una vida difícil, no me imagino por todo lo que has pasado, pero en mi tienes un amigo fiel, tienes un hombro para llorar y tienes un hombre para amar —con un dedo levantó su cabeza para que lo viera a los ojos —Victoria, yo te amo, te amo con toda mi alma, antes de conocerte no era nada, vivía al límite, siempre buscando algo nuevo, algo que hacer, pasaba por la vida como una persona feliz, pero me faltaba algo, y ese algo eres tú.

Victoria derramó una lágrima, sintió una felicidad tan grande en el alma que no podía con ella.

—Victoria, eres mi vida, quiero cuidarte, mimarte y amarte por siempre. Y quiero que te cases conmigo, pero antes que nada, quiero que no tengas miedo y que me digas que tú también quieres lo mismo que yo.

—¿Cómo puedes decir eso?¿Sabes lo que va a decir la sociedad, tu abuela? Somos completamente diferentes, ¡yo no soy nadie!

—Tú tienes algo que mucha gente no posee, eres una persona con un gran valor, siempre resistiendo a la adversidad, siempre teniendo una sonrisa para los demás y cuidando del que no tiene nada. Tú eres mucho más rica que cualquier duque o conde —se hizo un silencio entre los dos, ella no podía dejar de llorar— y si te inquieta la gente, viviremos aquí, en este castillo, donde podemos ser solo nosotros, no me importa la sociedad, ni el qué dirán, lo único que me importa eres tú.

—¿Y tu abuela, y tu familia?, yo no quiero que te separes de nadie, quiero que siempre seas tú mismo.

—Contigo soy feliz y si mi abuela no entiende que mi felicidad eres tú, entonces tendré que dejarla a un lado —vio su determinación y le creyó, y le dio la primera sonrisa desde hacía mucho tiempo— dime que me quieres, Victoria.

—No solamente te quiero Raph, te amo con todo mi corazón, no puedo ser más feliz en este momento, ¡soy la mujer más feliz sobre la tierra!

Le pasó un dedo por la mandíbula, disfrutando de su piel, de su suavidad, se inclinó y depositó un suave beso sobre sus labios, ¡Dios, era el cielo!, poco a poco se fue convirtiendo en algo más vivo, más pasional, más intenso, era el paraíso en la tierra, lo que siempre soñó, lo que siempre pidió, una hermosa mujer, pero más bella por dentro que por fuera. Con mucho esfuerzo se separó de ella sin dejar de tomarle la mano. Ahí en medio del campo, con el sol bañándolos con su luz, Victoria no pudo ser más feliz.

—Cásate conmigo Victoria, cásate conmigo mi amor y hazme el hombre más feliz de la tierra.

—Sí… sí amor mío, te amo.

—Y yo te amo a ti.

Fin

Grupo Las Desacatadas

Autora: Ana Venacio
Colaboradoras: Sara de Alburqueque, Carla de Haedo, Andrés Etchevarriarza Hughes, Chiquita Costanzo, La qua, Piru Plana, Elizabeth y Gladys Pinacca.

El Baile

(Histórico)

Miraba detenidamente cada corte de tela. Había extendido sobre la enorme mesa del taller los más finos brocados, terciopelos, sedas, encajes y broderie; los satenes de colores brillantes jugueteaban hacia el borde resbalando sobre su mismo terso tejido, las gasas lisas, estampadas o bordadas con hilos de plata titilaban bajo la luz pálida del sol, que filtraban los visillos.

Los miraba, lo hacía con los ojos entrecerrados como si estuviera evitando la resolana de la llanura, como si al mismo tiempo oteara hacia el infinito buscando una fatamorgana que le indicara el camino de la creación. Debía ser el material perfecto y no es fácil encontrar ese esquivo matiz que finalmente es el diamante oculto que define la perfección.

No sabía qué buscaba, no lo podía explicar aunque tenía la certeza de encontrarlo sobre esa mesa, en ése montón de belleza de color y suavidad, de rigidez y flexibilidad, de frescura y sofoco. Contrastes. Los contrastes eran fundamentales. Pasó otra vez las manos sobre todas las texturas…

Apretó en un puño una bola de encaje de chantilly, lo miró y era como las claras batidas; nieve espumosa y delicada, con flores que se escapaban hacia un fondo de tul. Lo apartó. Pasó otra vez las manos sobre el montón, como un lama que buscara los indicios de su vida anterior y allí estaba… seda salvaje, color crudo, brillante y

tornasolado, hacía como aguas que se escurrían de entre los dedos, tal cual las ilusiones de una mujer solitaria. La apartó también. Y por último tomó conscientemente una gasa blanca con arabescos plateados, dobló todo y lo puso sobre otra mesa; miró apreciando su elección e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Se sacudió el rodete en la coronilla haciendo peligrar seriamente su estabilidad.

Tomó un maniquí y lo llevó al centro del cuarto de costura, tenía sus medidas pero igualmente lo estudió antes de ponerse manos a la obra. Con el cuaderno de notas comprobó las medidas, coincidían casi todas, aunque al busto le debía agregar un rellenito, otro poco a las caderas; las suyas eran más redondeadas y todo debía estar de acuerdo con el nuevo corsé francés, que había llegado por barco el día anterior junto con los géneros.

Rellenó y luego ajustó la coraza, un decir, porque era bellísimo forrado en satén bordado con pequeñas hileras de lilas, intercaladas con hojitas verde claro y oscuro que trepaban por el cuerpo como rodeándolo; empujaban hacia arriba el busto que aumentaba su tamaño y al mismo tiempo lo escondían con un encaje finísimo, provocador, decadente. Una obra de arte que modelaba una cintura de avispa y las caderas de una cortesana bizantina.

Deslizó la seda sobre su cuerpo de costura y la dejó caer, la pasó sobre los hombros, se alejó, observó el efecto y empuñó la tijera, sin titubear comenzó a cortar. Volvió a aguzar los sentidos y los alfileres volaron desde sus dedos como certeras saetas a la tela que iba tomando forma sobre el cuerpo de la muñeca. Agregó la capa de encaje y dejó de lado la gasa, se alejó y volvió a examinar con ojo fino el modelo, después de un rato se sentó y lo siguió controlando con los párpados entornados. Con una cabezada de asentimiento salió del cuarto y llamó a la oficiala.

—Ofelia, el vestido está listo sobre el maniquí, hay que hilvanarlo y coserlo; después vení a verme al salón que te voy a dar el diseño del bordado junto con los materiales, que lo haga Rosita. Lo quiero listo para el viernes.

—Está bien, señora. ¿Vendrá la clienta para hacer una prueba antes?

—No, querida, esta vez la clienta soy yo —contestó sonriendo a la pizpireta asombrada.

—Nos esmeraremos más, señora. Nadie con su porte debe llevar menos que un modelo perfecto.

—Gracias, Ofelia.

El modelo estaba listo y lo miraba, otra vez, con los ojos entrecerrados; analizaba cada detalle sin pasar nada por alto y como hacía siempre, con ese gesto inconsciente le dio su aprobación.

La fiesta se celebraba al día siguiente, sábado y pensaba hacer una entrada teatral. Hacía exactamente diez años que se había ido de su casa y no había vuelto nunca, se quedó con su madrina en "Madame Jannot", una maison de alta costura

de la que se hizo cargo a partir del momento en que Ninón Jannot decidió que estaba cansada y la dejó al mando para visitar a su hermana en París.

Volvió después de más de dos años y trajo maravillas que hicieron más famosa todavía la casa de la calle Florida, junto al Jockey Club. Esta ubicación la hizo muy popular entre los caballeros que mandaban a un cadete con notas encargando regalos para damas y no tanto, que ella después entregaba a domicilio o en el mismo club. Lógicamente, el auge de la maison trajo aparejada una expansión y asoció a un peletero, un sastre y un joyero, que se llamaba Sixto Guthman y aportó un local anexo llevando la superficie casi al doble. La vida era buena y había llegado el momento de poner las cosas en su lugar.

El sábado por la mañana bajó como siempre a la maison y trabajó hasta la una. Después, con Ninón se dedicaron a los preparativos para lucir como una diva. Baños de inmersión con sales, máscaras de belleza para la suavidad y blancura de la piel, manicure, masajes en el cuerpo y los pies, para descontracturarse de las horas pasadas parada o sentada en mala postura. Relax total con rodajas de pepino en los ojos para quitar la inflamación.

A las nueve en punto sonó la campanilla y la mucama hizo pasar a Monsieur Théobald Montreuille, abogado de su abuela y de madrina Ninón. Con irreprochable jaquet y el pelo casi blanco perfectamente peinado, presentó respetos y simpatía a las damas y elogió extensamente el vestido.

Afuera, el coche, una voiturette Darracq esperaba y los pasajeros se pusieron guardapolvos y además antiparras en el caso Théobald. Entre ruidos y explosiones, como era costumbre, llegaron al petit hotel de la Avenida Quintana que brillaba con luz eléctrica en medio de un cuidado parque.

Al entrar atraparon todas las miradas y una mujer todavía joven, muy acicalada se acercó a recibirlos consciente de la observación de que era objeto. La acompañaba un hombre alto, elegante y evidentemente bastante menor que ella. Extendiendo las manos exclamó:

—¡Alfonsina, qué placer! No contaba con tu presencia. Monsieur Montreuille, bienvenido.

—Mademoiselle accedió a acompañarme a instancias de su abuela y su madrina y verdaderamente es un orgullo que acepte mi brazo.

—Estás muy elegante, Alfonsina y veo que tu abuela te ha prestado los brillantes. —dijo la anfitriona con un dejo insidioso.

—Con el permiso de Madame, le diré que yo mismo me he encargado de la transferencia legal de las joyas de su abuela —replicó con inequívoca intención el abogado. La cosa sentó mal, la viuda de Gastón Delors contorsionó la cara y miró la estupenda gargantilla y complementos de brillantes que llevaba la joven y el hombre que estaba a su lado le apretó disimuladamente el brazo. No cabía en sí de rabia y frustración. Aparecía esa hija detestada en su fiesta y ponía en evidencia la

edad que la atormentaba y como si fuera poco dejaba claro el franchute descarado, que nunca podría tocar ni una de las famosas gemas de su ex suegra. Y la muchacha se veía tan joven y fresca con ese maravilloso vestido, con un gran escote bajo de hombro a hombro pero cubierto por el etéreo encaje que lo hacía más llamativo todavía, la pollera acampanada y una pequeña cola bordada con piedras y paillettes le daban una distinción envidiable, evidentemente, Alfonsina había sacado la elegancia de su abuela paterna; una demoníaca mujer que nunca la había aceptado y que le retiró todos los bienes posibles cuando, después de morir su marido, se casó con Martín Acosta y Alfonsina se escapó diciendo que su querido le hacía avances, ¿quién podría querer a una mocosa de quince años, si era el amor de una experimentada dama de treinta y siete? Detuvo sus pensamientos ante el incipiente dolor de cabeza.

—Bueno, querida, —dijo con afectación— no vamos a permitir que te quedes planchando también durante la segunda pieza, un vals, así que Martín bailará con vos.

—Lo siento Helena, pero no bailaré con Martín. Además le prometí a Grand-Mère que no lo haría aunque insistieras. —dijo mirando al hombre con gesto desdeñoso.

—Martín haría ese favor por mí, no porque vos seas interesante… —replicó mosqueada la veterana. Alfonsina sonrió y se encogió de hombros.

—No hagas una escena, lo mejor de Buenos Aires te mira —replicó fastidiado por el gesto, su joven padrastro.

—Si lo mejor me mira, lo peor me habla —respondió tajante, giró la cola del vestido y se volvió hacia el costado. Su madre la siguió y siseó a su oído:

—Te puedo echar de esta casa…

—¡No! El lunes te notificarán que hemos ganado el juicio, si no lo creés Théobald te lo puede explicar. Andá con cuidado, ya no tengo quince años y depende de mí humor que vivas o tu marido te deje sola para que mueras —murmuró duramente, con rabia.

En ese momento comenzaron a afinar los instrumentos y junto con su acompañante se acercaron a la pista para ver bailar el primer vals. El cambio de agresiones con su madre la puso de mal humor y reconoció también el viejo sentimiento de tristeza que la había acompañado durante los primeros años; después fue disminuyendo con la ayuda del trabajo y el tiempo. Théo le dio una palmadita en la mano, que tomaba con firmeza.

Alfonsina recorrió el salón con la vista y sus ojos quedaron prendidos de unos negros, inteligentes e indolentes que la miraban divertidos. Un mechón de pelo oscuro caía sobre la frente y le quitaba el aire serio y formal que le daba el jaquet. ¡Qué te freguen! Pensó era Georgie Crandon, el muchacho más buscado y jamás pescado de todo el país. Levantó la mano y lo saludó. Fue el compañero inseparable de su hermano, fallecido con su padre en la tormenta que los sorprendió navegando

en el Río de la Plata. Georgie debía andar por los treinta y ella lo hacía casado, tal vez en Inglaterra. Sus campos estaban en el mismo partido y se visitaban durante el verano. Siempre le había gustado pero le daba vergüenza, la mirada de Georgie le hacía recordar a la danza de los siete velos; sacaba la ropa, prenda por prenda y, en ese mismo momento caminaba hacia ella.

Había crecido, pensó mientras se acercaba. Y lo había hecho muy bien, un budincito, se relamió, un pimpollito en fase de despuntar. Julián había sido su mejor amigo y nunca se perdonó por irse cuando murió. A la vuelta se enteró de lo que había pasado con Alfonsina, la jovencita de cabello rojizo y tormentosos ojos grises. Ahora la tenía allí y no la dejaría ir; haría lo que debió hacer mucho tiempo atrás: abrazarla, besarla, consolarla y guardarla solo para él.

Ante los ojos sorprendidos de su madre, la tomó entre sus brazos y después de besarle ambas mejillas la llevó valseando al centro del salón. Bailaron toda la noche, comieron juntos y juntos salieron a tomar aire al balcón.

Théo los miraba complacido y armaba una excelente alianza, Helena los miraba estupefacta y Martín los miraba con odio, no iba a cejar en lo que había quedado inconcluso por culpa de una mocosa suspicaz y unos viejos metidos. Alfonsina solía salir en coche cerrado a llevar encargos especiales o a ver a sus primas, los martes a la tardecita. En invierno la noche llegaba pronto y todo el mundo corría a su casa, los coches de alquiler no abundaban y lo importante era encontrar uno. Y uno cualquiera fue al que subió ella.

Le dio la dirección pero no la llevó a lo de Martita, sino que terminó en una casa en un barrio de las orillas, le envolvieron la cabeza y no supo dónde estaba. La metieron en lo que intuyó un lugar con mucha gente y la encerraron en un cuarto. Desesperada, se deshizo de lo que la cubría y se escondió detrás de un biombo. Al rato entró Martín con una mujer. Como no la vieron, gateó por debajo de la cama y aprovechando la puerta abierta siguió de la misma manera hasta el pasillo. Gracias a Dios una alfombra mugrienta lo cubría y, así, disimulaba el taconeo mientras corría. Se metió en otro dormitorio y sin más se zambulló bajo la cama que, otra vez con la ayuda de la Providencia, estaba cubierta por una colcha larguísima.

Dispuso su ánimo para esperar sin hacer ruido todo lo que pudiera, aunque no fue mucho el tiempo que pasó hasta que una pareja entró haciéndose arrumacos. Se sentaron por algún lado, lo dedujo por los ruidos ya que no veía nada, y siguieron con su sesión de decir estupideces y sobarse con prolijidad. Luego pareció que se habían sacado la ropa, lo que le pareció muy interesante y le hizo pensar en un muy ilustrativo y educativo encierro. Iba a saber de primera mano y sin arriesgar el cuero lo que hacían en una cama un hombre y una mujer, porque, según le dijo Estelita de Arteaga, los hombres se acostaban con hombres y las mujeres con mujeres. Ellas llegaron a la conclusión de que esa historia debía ser muy especial, aunque no entendieran el atractivo.

Los suspiros y los estímulos mutuos habían empezado a hacer subir el tono de la voz y, así como quién no quiere la cosa, el hombre puteó en voz alta… ¡Carajo! Ese grito, ese tono… ¡Es Georgie! Salió como rata por tirante de debajo de la cama gritando:

—¡Desgraciado mala entraña! ¡Qué hacés en un burdel, la puta que te parió, me juraste amor eterno, dijiste que me querías y ahora estás con esta apestada! —levantó el brazo y ante la pareja perpleja, tiró de la ropa y los dejó como Dios los echó al mundo— ¡Salí de esa cama o te emasculo, te capo, te castro!

—Alfonsina, querida, por favor…—balbucía el infeliz que no se acordaba ni de dónde estaba solamente veía a una Hécate, una furia del Averno, que era capaz de arrancarle los huevos, pero… ¡Qué linda estaba! Desgreñada y sucia seguía siendo preciosa. Le dio un empujón a la pobre percanta y se puso los pantalones.

—¿Qué pasó tesoro? ¿Qué hacés en un lugar como éste? —preguntó ansioso y preocupado.

—Lo que hacés vos seguro que no, pero cállense la boca que me secuestró Martín Acosta y creo que me quería violar. Me escapé pero me debe andar buscando; estaba con una mujer.

—Ésa es la Gallega; andan siempre juntos. Don Jorge estoy segura de que la madama no sabe nada —dijo la naifa.

—¿Don Jorge? —Preguntó Alfonsina entre risas— No jodas, ¿te llama Don Jorge? —seguía riéndose la mocosa.

—Si vos calentás la pava, yo tengo que buscar un mate, ¿por qué creés que me quiero casar a fin de mes?— chilló Georgie, mientras Alfonsina se reía sin parar.

—Georgie, te hubiera adelantado el calabacín para embocar la bombilla, mi amor —canturreó ella.

—¡Se casan pronto! —Se congratuló el putón emocionado— Vengan, hay que avisarle a la madama, ella sabrá qué hacer, tal vez llame a la policía —conjeturaba al tiempo que se metía en un saloncito lleno de dorados y terciopelo colorado.

—¡Tomasa! —Gritó una mujerona teñida de rubia y muy pintada, poca ropa y mucha carne— Qué estás haciendo con el "dotor" en mi pieza…y una señorita…Dios mío, que no me cierren la casa…

—No, "madan", es la novia del "dotor" y Acosta la secuestró y la trajo p' acá.

—Avisale enseguida al Chino, que lo agarre a ése y le dé una buena tunda, después me lo trae y se lo entrego al "comesario" Maidana. Usté "dotor" llevese a la señorita y mañana me manda a su secretario. Perdone Señorita, mejor se van éste es un lugar de escándalo para Acosta y mañana sale en el diario, por borracho y putero. Buenas noches y muchas felicidades señorita, se lleva un tipo de lo mejor, buena herramienta y buen corazón. Rájense de aquí que se pone fulero. No se olvide "dotor" de la papeleta de la buena "conduta" y recomendarme la casa con las relaciones.

Georgie asintió y saludó a la madama. En el coche de Georgie todavía se reían.

—Buena herramienta, ¿no? Y yo para cuándo —susurró Alfonsina mientras acariciaba a su novio.

—Cuando quieras, no vuelvo más a lo de la Magdalena —contestó cansado— Si no hubiera estado ahí, esa bestia nos destroza la vida.

—Estamos en deuda los dos con los dos. ¿Nos quedamos juntos esta noche? —preguntó ella. Georgie golpeó el techo del carruaje.

A la madrugada un remolino de sábanas envolvía sus cuerpos desnudos que se enrollaban uno en el otro. Se acariciaban y ella susurró:

—No quiero que descanse la herramienta, mientras trabaje el corazón.

Una carcajada voló por la ventana a la calle y el "botón" pensó en la perra vida que lo tenía de guardia.

Fin

Grupo Las Diosas Were

Liliana, Noa, Rosario Cuéllar, Mariella, Daniela, Maria Encarnación Rdz Gatica, Maria Teresa Vidao, Lourdes Camio León, Rowan a Gwyn, Loreto, Myrwen, Madial y Yakarta.

Amor bajo la Luna

(Paranormal)

En las noches de luna llena parecía que el bosque transmitía una magia especial, o eso pensaba Luna. Le encantaba pasear por aquel paraíso, pero más aún en noches como aquella que todo parecía tener un brillo especial.

El viento estaba en calma, las nubes habían dado una tregua con la lluvia de los últimos días y lucía un cielo estrellado en el que las estrellas parecían guiarla por un camino inusual.

—Qué extraño —murmuró para sí misma Luna, frunciendo el ceño—. Parece que todo el bosque se ha unido para guiarme.

No obstante, decidió seguir la dirección prevista entre los ramajes de los árboles hasta llegar a una pequeña catarata que descendía hasta formar un pequeño lago, donde tenía pensado darse un largo baño en aquellas aguas cristalinas. La belleza de aquel lugar era extrema pues bordeando el agua habían crecido lilium, unas flores preciosas que reflejaban aún más la perfección y la magia de aquella cascada.

Mientras se despojaba de sus pantalones vaqueros y su camisa blanca, un búho comenzó a ulular a la noche, despertando en Luna una sensación de intranquilidad que hasta entonces no había sentido en todos los años que llevaba disfrutando del bosque.

—Parece que hoy el ambiente está un poco enrarecido —dijo en voz alta para

tranquilizarse.

Una vez doblada sus ropas comenzó a quitarse su sujetador de encaje verde y las braguitas a juego dejándolo todo encima de una roca.

Se deslizó poco a poco en el agua, que a la vez que aquella mujer de largo cabello negro y ojos azules se dirigía hacia lo profundo, ésta la rodeaba como un manto de protección contra los ojos curiosos. Tal era su estado de embriaguez y relax en aquel momento, que no se dio cuenta de que unos ojos hambrientos de deseo la contemplaban escondidos detrás de un árbol próximo a la laguna.

Acechando a la bella sirena de la laguna estaba un poderoso lobo, de pelaje negro y ancho pecho, con unos ojos verdes tan hambrientos que relucían en la oscuridad. Si de algo se enorgullecía aquel lobo era de vagar a través de los bosques en el más completo silencio, sin que la más leve de las ramas emitiera sonido alguno al romperse debajo de sus poderosas patas. Mas ahora, este lobo veía embelesado los movimientos que hacía la beldad debajo del agua.

"*Mía*" dijo nada más sentir su presencia en el bosque.

La mujer no se había dado cuenta aún de su presencia y eso le daba la oportunidad de contemplarla a sus anchas, disfrutando de la belleza de su rostro, de la turgencia de sus pechos, con esos lindos pezones que se moría por lamer durante horas, del olor de su feminidad, donde podría deleitarse durante horas haciéndola llegar a las estrellas del éxtasis que le proporcionaría.

Sólo necesitaba un poco más de tiempo, pero si por algo se caracterizaba este lobo, no es precisamente por su paciencia. Por ello y no aguantando más la espera, pisó deliberadamente una rama que tenía justo delante, provocando que a lo largo del bosque se oyera el chasquido de la madera al romperse.

Al oírlo, su dama se puso en pie dentro del agua y se dio la vuelta tapándose con sus pequeñas y delicadas manos, los pechos que él se moría por ver.

"*Ahora sí que comienza el juego*" pensó para sí mismo el lobo con gran placer.

Luna se levantó de un salto dentro del agua al sentir el ruido de la rama al partirse. Tapándose sus pechos se dio la vuelta para quedar devorada por la mirada que un gran lobo negro le dirigía desde la orilla. Era el ejemplar más magnífico que ella hubiera visto en su vida, con unos músculos muy poderosos y los ojos verdes más expresivos que en ese momento parecían querer comerla entera.

De su pelo caían pequeñas gotas que descendían por su espalda hasta perderse en el agua de nuevo, pero ella parecía ajena a toda la realidad a excepción de los

ojos que la mantenían cautiva.

—Mi amor… —susurró apenas Luna—, has vuelto.

Los ojos del lobo brillaron al escuchar aquellas palabras, si hubiera sido un humano normal tal vez no las hubiera oído desde aquella distancia y con el tono tan bajo con el que las dijo aquella beldad.

Los ojos de Luna brillaban, por su parte, con el gran amor que sentía por aquel lobo y por el humano con el que compartía su alma.

En aquel momento, la mujer se alejó nadando hacia la otra orilla de la laguna, con pequeñas pero fuertes brazadas que rompían la tranquilidad del agua. Una vez allí, se puso de rodillas y dejó que su cuerpo se encogiera hasta que sus brazos y piernas se convirtieron en patas, tomando la forma de un lobo más menudo que el que la observaba desde la otra orilla y con un pelaje totalmente blanco, del que destacaba un signo de media luna de pelaje negro en el medio de su frente y sus ojos azules.

"*A ver si puedes cogerme*" le dijo al otro lobo por la conexión por el vínculo mental que compartían telepática que tenían, y girándose se internó en el bosque corriendo. El lobo de pelaje negro aulló a la noche y salió disparado con la clara intención de buscar y capturar a su compañera de vida.

"*Parece que estás en baja forma amor*", Ethan sintió la risa de su esposa en su mente. No obstante, Luna lo sentía acercarse rápidamente a ella por detrás, tanto la tierra bajo sus patas como el sentir sus ojos en ella la mantenían al tanto de su posición.

Por ello Luna decidió dar un rodeo y regresar a la pequeña catarata, al lugar secreto que compartían dentro de su territorio, por el que solo ellos dos tenían el derecho a vagar.

A pocos pasos de llegar de nuevo al claro, la pequeña loba sintió los dientes de su compañero en su cuello en un agarre cariñoso.

"*Parece que finalmente pude atraparte pequeña loba*" sus palabras fluyendo a través de su mente y cargadas de amor. "*Ahora no te dejaré ir durante mucho tiempo*".

Con su peso y su agarre la obligó a acostarse sobre su barriga.

—Cambia de forma conmigo amor, quiero sentir tu piel contra la mía —dijo el lobo.

Ambos cambiaron a la vez y quedaron tendidos piel contra piel. Luna enseguida sintió las manos de su marido recorriendo su cuerpo, tocándola en los sitios más insospechados que la hacían retorcerse contra él, centrándolos en un baile que solo su hombre, o mejor dicho su were, supiera tocar.

—¿Me extrañaste? —preguntó Ethan mientras mordía suavemente el lóbulo de su oreja.

—Ni por un instante —contestó Luna dentro del éxtasis que su marido le estaba provocando, aunque el efecto de su mentira se vio interrumpido por la sonrisa y la pequeña risa que se le escapó.

—Mentirosa —respondió el con una sonrisa lobuna—. Tus palabras dicen una cosa y tu cuerpo otra. —Él la estrechó con su brazos contra sí mismo, sosteniéndola muy pegada a él por unos instantes. Cuando su cuerpo se deslizó contra el suyo, el deseo llameó fuertemente entre ambos y el olor de ella, dulce y salvaje, llenó la cabeza de Ethan, inundándolo hasta el lugar más recóndito de su ser.

—Cuanto te he extrañado, mi amor. Me hacías mucha falta. —Por toda respuesta, Luna agarró sus cabellos y apretó su cabeza contra la de ella en una comunicación silenciosa sin falta de palabras.

Ambos estaban cerca de la locura y la tentación de volver a cambiar para deleitarse en la salvaje naturaleza de los were era extremadamente atrayente.

Él acarició con su nariz la curva del cuello de Luna, sosteniendo sus caderas contra él y retorciéndose juguetonamente para acercarla aún más hacia la locura. Ella se rió pues le estaba haciendo cosquillas, respirando en su oreja.

—Estate quieta —gruñó Ethan mientras masajeaba su trasero con sus manos, fascinado por tener entre sus manos aquella suculenta carne que le dejaba sin control.

Tenía ganas de lamerla hasta el olvido, de impregnarse totalmente en su olor, pero en aquel momento le resultaba imposible mantener el control. Necesitaba estar dentro de ella. Bajó sus manos a sus muslos y extendió sus piernas, así como la obligó a bajar hasta estar apoyada en sus antebrazos con la cabeza baja.

—Lo siento amor —dijo con voz tensa—, quería lamerte entera e impregnarme de tu olor, pero mi control está a punto de desvanecerse y necesito estar dentro de ti.

Él se agachó frente a su trasero, buscando su feminidad, acunando su vagina. Ella se movió inquieta por la sensación de profundo placer que esto le provocó. Asimismo, Ethan le abrió las nalgas y sopló entre ellas para provocar que el aire le hiciera cosquillas deliciosamente.

—Detente —jadeó Luna—. Me estás volviendo loca y si no dejas de jugar conmigo acabaré por morderte. —Al mismo tiempo que decía esto, se retorcía debajo de él, intentando llamar su atención y que la llenara completamente.

Él la sujetó fácilmente, aunque en su intención de agarrar sus muñecas para inmovilizarla, ella le dio un buen mordisco en su brazo izquierdo.

—Hija de… —gruñó él riéndose por lo bajo—. Veo que estás muy ansiosa por tener mi pene en tu coño, amor.

—Te dije que si seguías jugando te mordería —le espetó ella muy tensa, dirigiendo su mano hacia su clítoris para buscar su liberación ella sola.

—¡Ah no, amor! No voy a dejar que te des placer a ti misma —dijo Ethan mientras le sujetaba su muñeca. Luna por toda respuesta gruñó y empujó su trasero contra él.

El were, no queriendo mantenerla más sin darle lo que quería se inclinó hacia ella. Ethan empujó sus caderas más hacia arriba, moviéndose tras ella, y con una larga embestida empujó dentro de ella, enterrando su pene profundamente hasta que a Luna le pareció que iba a partirla por la mitad. Cuanto le había extrañado. Estar una semana sin él era como estar en el más puro infierno.

Ser el alfa de la manada tenía sus inconvenientes, como tener que irse cada vez que surgía algún problema dentro de su territorio. Pero no era momento para pensar en las ausencias de su marido, no cuando sus movimientos estaban provocando tanto placer dentro de ella.

Con cada nueva envestida la llenaba completamente, envolviéndola a su vez con su cuerpo, sus brazos protegiéndola dentro de su propio mundo.

—Estás tan apretada, amor. —El cuerpo de Ethan se dobló aún más sobre el de ella, su boca atrapando el hombro de ella, en una mordida feroz para reafirmar su posesión sobre ella, su posición sobre quién estaba al mando. La dominación era clara, en una forma que gritaba por todos los poros la presencia de su lado animal.

Ethan aulló contra la piel de Luna, sus dientes mordiéndola en el hombro con más fuerza. Sus manos se movieron a su alrededor, sosteniéndola contra él estrechamente, mientras sus embates se hacían más rápidos y fuertes.

Luna gimió largamente. Su pene golpeaba dentro de ella una y otra vez. Su mordida se sentía como fuego líquido a través de sus venas. La furia de su apareamiento animal la atravesó por todos los poros de su cuerpo. Su pasión la dominaba y al mismo tiempo la sometía, a la vez que ambos iban cayendo en una espiral de puro placer.

Sus caderas trabajaban rítmicamente y se encontraban en un tiempo perfecto, en un baile a través del tiempo y del espacio, en una coordinación perfecta de dos personas que se aman.

—Eres tan perfecta amor, tan preciosa. Llega para mí, córrete para mí, mi tesoro —ordenó Ethan, mientras se erguía por encima de ella para agarrar sus caderas y aumentar el ritmo de sus embates, empujándola más duro todavía.

Luna aulló, un aullido ronco de puro placer, en una larga llegada al éxtasis más placentero. Detrás de ella escuchó el áspero gruñido de Ethan, al mismo tiempo que un caliente chorro de esperma la llenó, llegando hasta su útero. Él se estremeció sobre ella, sus músculos tensándose. Echando su cabeza hacia atrás, soltó un ronco aullido a la luna llena que les acompañaba en aquel mágico claro, llenándola con su cremosa eyaculación de nuevo.

Se derrumbaron aún unidos sobre la hierba y sobre las hojas de los árboles que les servían de colchón. El pene de Ethan parecía haberse vuelvo aún más grande,

manteniéndolos fusionados por un largo instante.

Minutos u horas después, ninguno estaba seguro de cuánto tiempo llevaban tendidos y abrazados fieramente, sus corazones parecieron volver a pulsar normalmente, dejándoles respirar una gran bocanada de aire después del ritmo frenético que llevaban.

Ethan la mantenía abrazada, proporcionándole calor después del amor compartido, puesto que la noche había refrescado algo.

—Te extrañé tanto —le dijo Luna estrechando los brazos de su were aún más contra sí.

—Yo también, amor —le respondió Ethan—. No sabes lo larga que se me ha hecho esta semana sin ti, sin tenerte a mi lado al despertar, ni poder abrazarte y tocarte a cualquier hora.

—¿Habéis resuelto el problema o tendrás que volver a irte en los próximos días? —dijo Luna con algo de pesar en su voz.

Ethan notó la tristeza en la voz de su amada, aunque ella intentara no preocuparle.

—Tranquila amor. Ya está todo resuelto y no tendré que volver a marcharme en un largo, largo tiempo.

—Ojalá sea así. No quiero que te vayas. —Y dándose la vuelta, se colocó a horcajadas sobre él.

—Parece que mi perfecta esposa está lista para comenzar a jugar otra vez. —Los ojos de Ethan brillaban como los de un depredador mientras mordisqueaba los dedos de su compañera.

—Puedes apostar a que sí —respondió Luna mientras agachaba su cabeza para unir sus labios en un húmedo y tórrido beso.

Ethan puso un cúmulo de besos a lo largo de la mandíbula y el cuello de Luna mientras bajaba las manos a sus pechos, mimando cada parte de su cuerpo que tocaba, mientras que ella buscó sus labios por voluntad propia, lamiendo las comisuras de su boca hasta que él la abrió y encontró su lengua con la de él en otro beso profundo.

Él se puso de pie, levantándola en brazos y caminando hacia las atrayentes aguas con el sonido de la pequeña cascada de fondo. Luna chilló cuando su piel entró en contacto con el agua tan frío y sintió el pecho de Ethan moverse a causa de la oscura risa que emitió por su reacción.

Ella le dio un pequeño puñetazo en el hombro por toda respuesta y Ethan gruñó, puso sus manos alrededor de su cuello y se movió hacia delante para robarle un

profundo beso, chupando su lengua y marcándola así con su sabor.

Luna jadeó, besándolo con toda la pasión que él despertaba en ella. Gimió y se movió contra él, buscando su dureza, y apretándose contra ella después, buscando ansiosamente su placer.

Las manos de Ethan acudieron a sus pechos, otorgándoles un pequeño masaje con sus dedos mientras bajaba su cabeza hacia ellos. Su boca se cerró sobre su pecho izquierdo, chupando el duro pezón entre sus labios y utilizando su lengua con fuerza, cambiando de uno a otro para provocarle el máximo placer. Sus manos continuaban acariciándola por todo el cuerpo, despertando sensaciones insospechadas mientras se deleitaba entre sus pechos.

Luna gemía incontrolablemente, tanta era la pasión que su musculoso marido le provocaba. Ella acunaba su cabeza mientras él se entregaba al placer y se daba un banquete entre sus dulces montículos llenos de color melocotón.

En un momento ella se vio privada de sus suaves cabellos, mientras que Ethan la tumbaba en el agua y la sujetaba con sus manos para que no se hundiera, a la par que metía su cabeza entre sus muslos para poder tenerla como quisiera.

Él la lamía suavemente, jugando con sus dedos sobre su clítoris y su hendidura, como si estuviera fascinado con esa parte de su anatomía.

—¡¡Ethan!! Te necesito dentro de mí ahora —dijo ella con voz ahogada. Se sentía vacía sin él en su interior, sin su pene llenándola plenamente.

Ethan la alzó para que quedaran paralelos, el pelo de Luna pegado a su piel chorreando agua por su espalda, haciéndola si cabe, lucir más preciosa de lo que ya era a los ojos de Ethan.

Su hombre la besó, con su propio sabor en los labios, mientras entraba en ella tiernamente, profundamente, llenándola como ella quería ser llenada, tan plenamente que no se sabía donde terminaba uno y donde comenzaba el otro. Ambos se movían rítmicamente, en un baile tan antiguo como los orígenes del tiempo, mirándose a los ojos y expresándose con ellos y con sus caricias todo el amor que sentían.

—Eres mi alma, mi única, mi compañera, mi esposa, mi amante… mi amor —le decía Ethan a su amada entre las lentas embestidas.

—Te amo —susurró Luna, embriagada en el placer—. Podría quedarme así contigo para siempre. —De su garganta salió un sollozo causado por la alegría y la pasión de aquel acto de amor, por tener a su compañero a salvo junto a ella, por permitirles ser tan felices en su propio mundo de amor.

Sus manos fueron a las nalgas de Ethan, sintiéndolas tensarse y relajarse mientras se mecían juntos. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, provocando un remolino en las tranquilas aguas, mientras enrollaba sus brazos alrededor de su

cuello y se sujetaba a sus cabellos.

En esta postura, Ethan pudo deslizarse más profundamente dentro de ella si es que eso era posible, pues ella ya se sentía a punto de rebosar, estaba segura que no quedaba ni una sola parte de su cuerpo y de su alma que no fuera tocada y llenada por él.

Las manos de Ethan fueron a las nalgas de Luna, con la intención de hacer los empujes más largos y más profundos, así como también para poder aguantar un poco más antes de llegar al puro éxtasis que tan cerca sentían.

Luna se sentía abrumada, un quejido salió de su garganta, burbujeando en su boca. Ese sonido alentó aún más a Ethan. Sus labios emitieron un gruñido bajo y peligroso, y su pene se hinchó más en dentro de ella. La fuerza de las manos del were la movió sobre él, levantándola y bajándola con mucho ímpetu.

Al mismo tiempo, Ethan volvió a buscar el punto exacto entre el cuello y el hombro de su compañera y lo mordió por segunda vez en esa noche. Para Luna ese fue el momento máximo de su placer. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar hacia la cima del placer más absoluto.

Su compañero empujó dentro de su vagina, su semilla la llenó hasta lo más profundo, siguiéndola hacia el pico más alto de su libertad conjunta, envueltos en el más absoluto placer.

Volvieron en sí minutos más tarde, ella con las piernas aún envueltas alrededor de su cintura y él acariciándole la espalda con movimientos tranquilizadores, arriba y abajo, calmándola y acunándola con su amor.

De repente, Luna se dio cuenta de algo que nunca antes había sentido y levantó la cabeza del hombro de su amado con lágrimas silenciosas cayéndole por su rostro.

—Hemos creado una nueva vida mi amor —dijo su amado esposo. Ambos se besaron como prueba de su profundo amor, y por la alegría de este nuevo tesoro que pronto podrían acunar entre ellos. Suavemente, se dejaron caer entre las aguas de aquella laguna que tantas veces había sido testigo de su amor.

Fin

Grupo Lectorasunidas

Autoras: Cary y Garfield

Mi Primer Amor

(Sentimental)

Cierto día me desperté sintiendo una desazón que no sabía cómo explicar, esa sensación que tienes en algunas raras ocasiones de que algo va a pasar y dará un giro a tu vida. Estuve todo el día con un nudo en el estómago y una tremenda expectación. Por la tarde me fui a ver a mi madre… mi gran salvadora.

De repente sonó el teléfono, contesté y me quedé de piedra, el mundo se detuvo, mi corazón se puso a latir a mil por hora, era Él, mi ex, al que no veía hacía años, pero que aún me provocaba "cosas", me hacía soñar, me descolocaba.

Bueno, no me quedaba más remedio que poner una sonrisa en mi voz y apechugar con la llamada, después de todo fui yo la que se largó y no iba a dejar que se me notara el shock, una tiene su orgullo.

Conversamos muy civilizadamente –todo lo que era capaz sin que se me trabara la lengua–, le pregunté por su familia, por su trabajo, por sus planes… y en todo lo que podía pensar era por qué ahora, por qué no antes, que el tiempo me la había jugado.

Le conocí cuando aún estaba en el colegio, fue amor a primera vista. Parece un cliché pero no hizo más que mirarme y me derretí, se me cruzaron los cables, me puse roja y cosa extraña, me quedé sin palabras, menos mal que la amiga con la cual estaba en ese momento se dio cuenta de mi problema y no hice totalmente el ridículo. Averigüé su dirección, a los dos días ya estaba en su puerta, a las dos semanas en su cama…

Desde esos días fuimos inseparables, sacábamos tiempo de donde fuera para estar juntos, no me importaba nada y sí, me enamoré, absoluta e irrevocablemente, mi vida sin él era un gran vacío. Pero las cosas, por muy perfectas que sean, se acaban o, por decirlo más claramente, era todo tan perfecto que me entró el miedo, las dudas y escapé tan lejos como me fue posible. La vida continuó su curso, me casé, tuve una hija y me separé.

Llega un momento en tu vida que te dices a ti misma, "qué demonios, si no me lanzo ahora, cuando lo voy a hacer", decidí quedar con él pues necesitaba verle, comprobar que la emoción que notaba en su voz era cierta. Me parece que le mencioné algo sobre tomar un café, podría haber dicho veneno y me da la impresión de que hubiera aceptado igualmente.

Dios, verle me llenó de sentimientos encontrados, alegría por el reencuentro y tristeza por todo el tiempo perdido. Bueno, teníamos la experiencia acumulada de los años vividos, los dos habíamos terminado nuestras respectivas relaciones con diferentes grados de dolor y estábamos libres para poder experimentar si todavía existía esa química entre nosotros, ya no éramos unos niños aterrorizados ante unos sentimientos tan intensos como los que vivimos.

Hoy hace un año de aquello, ha sido "todo un año". A veces solo de pensarlo me sonrojo, muchas veces me encontré comportándome como una adolescente con su primer amor aunque, a pesar de no ser adolescente desde hace ya mucho, sí que estoy con mi primer amor. Nunca pensé que a estas alturas de mi vida encontraría una felicidad tan indescriptible.

Nos vemos casi todos los días y pasamos juntos todas las noches que podemos, me está empezando a resultar imposible dormir cuando no siento sus brazos a mi alrededor, ese día estoy insoportable y a pesar de que intento ocultarlo lo nota, por lo que cada vez es más frecuente despertarme a su lado. Pero a pesar de todo aún no hemos dado el gran paso y eso que muchas veces no sabemos donde tenemos algunas cosas si en su casa o en la mía, eso puede deciros hasta que punto nuestras vidas se han entrelazado.

Esta noche voy a proponérselo, soy una mujer del siglo XXI y no me importa ser quien lo propone, le quiero y esta vez no tengo miedo, voy a asumirlo con todas sus consecuencias.

Hemos quedado a las ocho de la noche en nuestro restaurante habitual, me he vestido especialmente para la ocasión, sé que es un paso importante y más después de nuestros respectivos fracasos.

Cuando llego ya está esperándome, como siempre en nuestra mesa. Viste elegantísimo. Al acercarme se levanta, me da un beso y me retira la silla. Tiene una sonrisa especial, le brillan los ojos y tengo la sensación de que mi cara expresa lo mismo. Comenzamos a hablar los dos a la vez, nos reímos y me indica que empiece

yo.

Tras pensar durante mucho tiempo en cómo hacerlo, decidí que la mejor manera era entregándole mis llaves, aunque no fuera muy romántico, por lo que abro mi bolso y saco dos juegos de llaves. El me sujeta la mano y me dice que espere. Le veo agacharse y levantar su maletín, extrayendo unas fotografías. No necesita decirme más, me echo a llorar (soy una mujer del siglo XXI muy sensible)

Son unas fotos de la casa con la que soñábamos cuando éramos adolescentes.

Me coge las manos y me las besa, me explica que durante mucho tiempo pensó en mí, no se explicaba el por qué de mi abandono, cuando parecía que estábamos tan bien, cuando nos queríamos tanto. Que tras nuestro reencuentro empezó a recordar todo lo que se había esforzado en olvidar. Sobretodo recordó nuestros sueños de una vida juntos cuando fuéramos más mayores. Recordó la casa por la que pasábamos tantas veces en nuestros paseos y que nos hacía suspirar, en cuyo jardín nos colamos cierto día y en el que vivimos deliciosos momentos. Y se puso a investigar, como una conjunción de estupendas coincidencias la casa estaba en venta desde hacía bastante y no se lo pensó dos veces. Me dice que me quiere, que nuestro amor adolescente no es ni siquiera un reflejo de lo que siente ahora, que desea una vida en común. Odia no dormir a mi lado, no poder abrazarme.

Sí, sí, sí, qué otra puedo decirle si desde hace un año solo respiro por él.

Por lo tanto nos lanzamos, hacemos planes para el día siguiente, no vamos a esperar más, pediremos permiso en nuestros respectivos trabajos y nos pondremos de mudanza.

Mi madre va a alucinar y no digamos sus padres, seguro que se ponen a bailar en cuanto se enteren. Ya les estoy oyendo decirnos que o nos espabilamos o se nos pasa el arroz en cuanto al tema de niños, seguro que se une mi hija que lleva desde que tiene uso de razón pidiendo un hermano y en el último año insistiendo un poco más, le conté todo sobre mi antigua relación y a sus quince años le pareció "super" romántico.

Ahora recuerdo aquel día en casa de mi madre y pienso que jamás se me hubiera ocurrido que el cambio en mi vida llegaría a estos extremos.

fin

Grupo MásLibrosMenosBragas

Aletse, MªAntonia, Cocomiau, Deppie, esther, lunalunaluna, Maia, mariad, milles, Nélida, Odin, Pablo y rosaezquerro.

Danza para dos

(Un Pax de Deux)

(Contemporáneo)

—¡Dime que sí!, ¡por favor, por favor! Te juro que será el último favor que te pida… bueno, seamos sinceras… será casi, ¡el último favor que te pida! y pensándolo bien incluso de esta semana —dijo sonriéndome de forma maliciosa—. Por favor, no sé a quién recurrir, estoy desesperada.

—Pero es que no me apetece nada. Estoy de relax, quiero tomármelo con tranquilidad —contesté resoplando sonoramente.

—Sólo te llevará quince minutos, como mucho veinte.

—¿Seguro? Mira que a mí estas cosas…

—¡De verdad! Sólo recoger a las gemelas, llevarlas a casa de mi suegra y ya está.

—Vale, ¡lo haré! pero como me agobie mucho, ¡se acabó! —amenacé chasqueando los dedos.

—Nuria, eres un encanto. Ya verás qué bien te lo pasas.

Aquí me tenéis, mi primer día de vacaciones haciéndome responsable de acompañar a las dos fieras de mi amiga Patricia a sus matutinas colonias musicales. Por supuesto que no era el mejor de mis planes pero es que últimamente nada salía

como yo esperaba.

Se suponía que tenía que estar de crucero a bordo del *Oasis of the Seas*, ocho días por el Caribe Occidental, conociendo Florida, Jamaica y México. Sol, ron y un buen rollito pero ¡no! El imbécil de mi ex, porque sí ¡definitivamente es ex!, no tuvo otra mejor idea que liarse con su jefa en la oficina y colgar el video en youtube. Todo hay que decirlo, claro que nuestra relación no estaba en su mejor momento, que habíamos roto unas cuatro o cinco veces, claro que prefería ver los documentales de *National Geographic* a una cena romántica y qué decir sobre que el sexo era llevadero porque mi mente se llenaba de imágenes de Hugh Jackman… ¡pero con su jefa! ¡Con esa arpía! ¡La odio!

¡Sí! odio a Martina; siempre con su melena impecable, su sonrisa dentífrica, su sueldo de jefaza, su modelito perfecto, su talla 36… Definitivamente ¡odio a Martina!

Digamos que cuando una tiene una lucha constante y sin cuartel con la báscula, con las planchas y con el contrato indefinido inexistente, que tu novio te ponga los cuernos de un Miura en plan vox pópuli, te sienta como una buena patada en el trasero. *¿Qué digo?* Quién tenía que recibir esa patada era él, porque Javier lo que tenía que haber hecho era esperarse a que viniéramos del crucero para hacerlo público.

¡Sí, del crucero! Porque a mí lo que realmente me ha fastidiado es que el decidiera por su cuenta anular el viaje, que también era mi viaje. Personalmente, llevaba meses ahorrando para pagar ese maldito crucero, rascando euros de aquí y de allá, que si cambio el capuccino con croissant por un solitario café, que si esta semana me muevo en bus, que si vendo la bicicleta que no uso, que si comemos un plato combinado en vez de restaurante con servilleta fina. ¡Y tanto sacrificio para nada! ¿Tanto como nada? Lo reconozco, al menos mis muslos me lo han agradecido.

Y sin planes vacacionales a la vista, la única que se acordó de mí fue Patricia. ¿Quién más estaba libre en julio para cargar con sus nenitas? Aquí presente ¡la cornuda! Me pregunto donde podré aparcar el coche; si no regalasen los carnets en una tómbola no tendría este problemilla. Ya llego diez minutos tarde y no veo más que madres, abuelos y algún que otro padre despistado saliendo con sus hijos.

¿Qué pasa?, ¿no hay ni un puñetero sitio para dejar el coche? ¡No me lo puedo creer! Señora, dese prisa, monte a sus niños ya y déjeme aparcar, por favor. Y encima tengo que ponerle buena cara. Y ahora al otro no se le ocurre otra cosa que empezar a rebuscar en la mochila ¡Madre mía, voy a ser la última!

—¡Irene, Sarah! ¡Ya estoy aquí!, ¡llegué! —Me muero, no puedo respirar, ¿desde cuándo no subía hasta un cuarto piso por las escaleras? Esto es inhumano, todos mis

sentidos están atrofiados, estoy casi en estado catatónico. Tengo que volver un día de estos al gym.

—Llegas tarde y quiero agua —gritó acusadora Irene señalándome con su dedo.

—Cógela de tu mochila, boba —le replicó su hermana.

—¡Ya está! Esta señorita tan guapa os llevará a casa —dijo una voz masculina.

—¡Mil gracias! Siento llegar tarde, aparcar por aquí es bastante complicado —agradecí sinceramente moviendo la cabeza buscando al supuesto profesor de baile. Un momento, ¿desde cuándo un profesor infantil está tan bueno? Por Dios, ¡si a ningún tío le quedan bien unas mallas pegadas! ¡Síííííííí! ¡Muy pero que muy pegadas!

—Soy Daniel, el profesor de baile moderno —se presentó dándome dos besos.

—Encantada, soy Nuria, amiga de Patricia —¡Qué bien huele! ¿No se supone que tenía que oler a sudor? Me suena a topicazo pero seguro que es gay—. Una profesión curiosa la de profesor de baile para niños. Nenas, ¿queréis comer unas patatas?

—Estudié Educación infantil y una de las profesoras potenciaba las relaciones con Finlandia. Allí los métodos de enseñanza promueven el conocimiento corporal para favorecer la identificación individual y la incorporación al grupo. Una de esas técnicas es el baile, así que empecé en este mundillo.

—Interesante esta vocación tardía —afirmé.

—Para mí desde luego, además ya sabes lo que se dice, diferenciarte o morir. A sí que me fui a Helsinki unos años, luego a Londres y por fin vuelta a casa. Y por supuesto si a esto le añadimos que un amigo tenía una academia, poco a poco surge mi historia. Nos estamos metiendo en el mercado pero trabajo no nos falta —relató mientras me miraba con sus ojos azules. No se podía negar que era un espécimen de primera.

—*Un amigo*…

—¡Ese tonito! —Refunfuñó burlonamente— Me encanta el baile pero esos no significa que juegue en otra división. Trabajar con niños, permitirles que se expresen bailando, que se olviden de complejos tontos, ¡es muy gratificante! Yo aquí confesándome…

—¡Lo entiendo! —le contesté con voz complaciente—. Me he pasado muchos veranos como monitora en campamentos. Los niños siempre están buscando formas de relacionarse con las personas que les rodean, de contar lo que les pasa… lo que ocurre es que muchas veces no tenemos tiempo o no sabemos cómo hacerlo. Fíjate en Irene y Sarah, físicamente se parecen muchísimo pero sus caracteres son totalmente diferentes, ¿tú crees que sus profesores se preocupan en conocerlas?

—Eso le sucede a cualquier niño y es más, te aseguro que sucede lo mismo con

los adultos. Enjuiciamos a primera vista y nos cuesta un mundo cambiar de opinión. —Aseguró con firmeza Daniel— En eso los niños son muy receptivos y sensibles a, llamémosles, las vibraciones de cada uno.

—Mis más sinceras disculpas por la parte que me corresponde —revelando en alto mis impresiones— He entrado en esta sala y ya te he catalogado como profesor atractivo y por supuesto, gay.

—¡Vaya! Entonces yo diré que lo primero que pensé fue chica atractiva y por supuesto, pillada —contestó guiñando un ojo.

—Ni lo uno ni lo otro —apostillé con prontitud.

—También añadiré que con baja autoestima, que su último chico no le trató como ella se merece y que necesita creer en sí misma.

—Tocada y hundida. —Murmuré clavando mi mirada en sus pupilas—. Por cierto, a mí también me encanta bailar…

—Chicas, vamos a enseñarle a Nuria lo bien que bailáis con Shakira —dijo acercándose a una tablet.

La música empezó a sonar a todo volumen. Siempre me ha gustado Shakira y sus bailes sensuales. En casa, a escondidas, con los cascos puestos siempre he sido la reina de la pista pero de cara a la galería, soy más bien retraída.

—Venga Nuria, mueve las piernas —gritaba Sarah— y ahora los brazos a la vez, uno, dos, tres, paro, uno, cuatro. ¿A qué me sale bien, Daniel?

—Claro que sí, eres la reina de la pista. Sígueme Irene, ahora vuelta.

Y ahí estaba yo, parada como un pasmarote, en mitad de la sala, mirando como dos nenas que no tenían apenas ocho años ejecutaban perfectamente una coreografía acompañadas por su profesor. Tenía que reconocer que Daniel tenía mano con los críos, con sólo tres semanas de cursillo había que ver como se movían.

—Esperaba más de ti. —Me picaba Daniel cantando "las caderas no mienten".

—Será eso o que necesito que estas dos expertas me den clases —confesé.

—Dame la mano y sígueme —dijo mirándome fijamente a los ojos.

Le di la mano de forma automática, sus ojos me tenían atrapada. Giramos suavemente y empezamos con los pasos. Parecía mentira pero seguía sus movimientos como si bailar fuera algo innato en mí. Notaba la firmeza de sus brazos y la calidez de sus manos; yo me acercaba como una polilla a la luz. Sabía que me iba a quemar pero no quería parar de bailar.

Me sentía ligera en su abrazo, sabía cómo envolverme en su danza y hacer que mi cuerpo fuera suyo. Shakira seguía sonando y nosotros seguíamos juntos. A cada paso mi mente se liberaba, me despojaba de mi pasado inmediato, ya no estaba Javier, sólo Daniel y su cuerpo.

—¡Tengo hambre!

—Yo también tengo hambre—susurré a su oído.

—Pues vámonos a casa de la abuela, ¡ya!

Se oyó su risa en la sala. Me puse roja de la vergüenza, era Irene quien había hablado, ¡no Daniel!

—Muy bien Irene, ahora os lleva Nuria. ¡Ya hemos acabado la mini-clase! —dijo Daniel sin apartar su mirada de mí. No es por nada pero parecía que estaba fascinado conmigo. Hacía mucho tiempo que un hombre no me miraba así.

—Gracias, sólo puedo confirmar que eres un excelente profesor.

—Gracias a ti por escucharme y aceptar ser mi pareja de baile —afirmó sonriendo—. Al principio estabas un poco rígida pero me ha parecido increíble que te hayas dejado guiar por un desconocido, que hayas confiado en mí.

—Yo la he visto torpe. Creo que necesita practicar con nosotras —sugirió Sarah.

Yo me reí estúpidamente pero Daniel se lo tomó al pie de la letra.

—Chicas, ¿qué os parece si le damos todos los días una mini-clase? ¿Me ayudareis con los pasos?

—¡Sí, sí, sí! —corearon las gemelas.

—Y tú, ¿quieres bailar conmigo? —preguntó Daniel sosteniendo mi mano.

—Sí, confío en ti.

Un año después…

—¡Todo el mundo a bailar! —se oía una voz vociferando— ¡Dale a tu cuerpo alegría Macarena…!

—Me niego en rotundo a pasar por esto —señalo de forma enérgica—. Cada vez que suena esta canción, me viene la imagen de Clinton a la cabeza.

—Es lo que tienen los cruceros, el espectáculo está asegurado —apuntó Daniel.

—Entonces vámonos al camarote y enséñame otra vez a bailar el tango —insinúo acercando mis labios a su boca.

—Ya sabes que soy un excelente profesor y tú siempre mi alumna favorita.

fin

Grupo ParadisoMR

¡Un especial agradecimiento a Rox, ya que esta fue su idea!
Monica, Eli, Zaira, Flor Elisa, Gaby, Erika, Natividad, Adriana Patricia, Anna, Carmen, Geni, Nieves , Karinna Gracia y Faniux.

Por siempre en mi corazón

(Contemporáneo)

Se sentó nerviosa en la barra del bar.

¿Era muy temprano o iba muy poca gente a ese bar? Miró la hora en su reloj. Aún no era tan tarde, los nervios la estaban matando pero había venido a olvidarse de sus obligaciones, de todo lo que la preocupaba, de sentirse olvidada como mujer y solo tener una función concreta en la vida, así que este era su momento solo esta vez, después volvería a todo lo demás sin si quiera protestarle al destino, a la vida.

¡Mentira! Se decía a ella misma, bien sabía que si tenía la vida que tenía era justo por sus decisiones, pero necesitaba esta noche; después sería un modelo de perfección

Tomó un pequeño trago de su bebida, no estaba acostumbrada a beber nada con alcohol pero en estos momentos era imprescindible calmar sus nervios. Y de repente lo miró, en el mismo momento en que él la miraba desde el otro lado del bar. Se acercaba a ella lentamente y sintió en el estomago miles de mariposas volar todas al mismo momento y para ningún lado, su corazón latía desesperadamente.

¡Valor! Se dijo en la mente. Ésta es tu noche y solo tendrás una, así que no es momento de ponerse cobarde; para eso había ido al bar esa noche.

—Hola preciosa ¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto, siéntate.

—¿Cómo te llamas?¿Y por qué estas tan sola?

—Me llamo Samanta —Por supuesto que no era su nombre real pero de eso se trataba de no ser ella misma— y… bueno esta noche estoy libre y quise divertirme pasarla bien un rato ¿y tú? ¿Cómo te llamas?

—Puedes llamarme Ness y creo que una chica tan linda, debería estar acompañada, y tener a alguien para alabar su belleza.

—¿Ness? ¿Qué clase de nombre es ese? —Preguntó con alegría.

—¡Mmmmm! Son las últimas letras de mi nombre, sabes que no es importante —¡¿Sam?!— y le sonrió pícaramente.

Ella soltó una pequeña risa de incredulidad, pues estaba segura de que lo que le dijo –que era linda– no era cierto, pero quería sentirse una princesa. Se había puesto un vestido color borgoña con zapatos con tacón de vértigo a juego, nada de medias y solo unas pequeñas bragas que no se notaban a través del vestido.

En esos momentos el bar ya estaba abarrotado, habían platicado de algunas cosas como para conocerse y comentarios intrascendentes –según ellos– pues cada palabra que se decían era en extremo importante y cada dato registrado en la memoria con mucho cuidado. Ella había notado el hermoso color de sus ojos pues se vieron en la necesidad de estar muy cerca a medida que pasaba el tiempo y el bar se llenaba, eran de un azul apagado pero la miraban de manera tan tierna que no podía resistirse a ellos.

—¿Te apetecería ir a un lugar más tranquilo, hermosa?

—¡Muy bien!

La tomó por el codo y la condujo todo lo suavemente que podía atravesando el bar atestado, la llevó a un hotel no muy lejos del bar y que era muy lujoso, siempre le habían gustado los lugares exclusivos –según le había platicado– y ahora se daba cuenta de que no mentía. Subieron a su habitación, que ella observaba con asombro pues era elegante, masculina y para ella muy bonita, se quedó en el umbral de la puerta sin poder moverse, muerta de anticipación y de nervios.

Él se aproximó a ella de forma deliberadamente lenta, solo como para ponerla más nerviosa. Parecía disfrutar notando su miedo, su indecisión; pero no quería que ella se arrepintiera a esas alturas y era lo que comenzaba a ver en su mirada; así que sin darle más tiempo a pensar, se aproximó y la besó.

Un beso fuerte, posesivo que tomaba todo lo que ella pudiera darle, todo lo que se pudiera llevar de su ser, de su alma, metiendo su lengua y enredándola con la de ella, arrancándole suaves gemidos y atesorándolos para siempre en su corazón y ella respondía de igual manera o más intensa. La embistió contra la pared de la habitación aun besándola y estrechándola contra él de manera que ella notara su

excitación en respuesta a sus deliberadas caricias, besándose y acariciándose a un ritmo que no daba tregua, se preparó para entrar en ella.

La levantó del piso, fue separándole las piernas al mismo tiempo que ordenaba que las enredara alrededor de su cintura, le subió el vestido, le apartó las bragas y la penetró posesivamente con fuerza. Ya habría tiempo de ser cariñosos, por lo pronto no quería que ella se arrepintiera y diera marcha atrás; pues ésta era la primera noche en mucho tiempo que podían pasar juntos y ambos sabían que tal vez ya no tendrían otra oportunidad.

Se separaron con las respiraciones entrecortadas y ella se apoyó en su pecho con las piernas tambaleantes. Se sentía llena y reconfortada, había dejado en el umbral de la puerta sus miedos la culpa y todas sus dudas, éste era su momento y lo llevaría toda la vida en su corazón.

Se observaron al mismo tiempo, los dos con miradas tiernas y llenas de sentimientos que no se atrevían a confesar. A ella le encantaban sus ojos de un azul grisáceo, en ellos había cansancio, determinación y mucha fuerza, le dedicó una sonrisa dulce y se dirigió al baño.

Al salir, él ya estaba en la cama esperándola, con una mirada llena de pasión. Tenían que aprovechar cada segundo de aquella velada, ambos sonrieron y ella se desvistió despacio dándole un pequeño espectáculo; ya no llevaba bragas, así que solo se quitó el vestido y el sostén.

—¡Ven aquí hermosa, disfrutemos de este encuentro, y esperemos que vengan muchos mañanas! —Ambos sabían que esto podría no ser cierto.

—¡No sabes cuánto te he extrañado!

Hicieron el amor durante toda la noche entregándose no solo sus cuerpos, sino su alma y corazón, esto era importante para ambos. Besos y caricias sin pretensiones una entrega total como si supieran que no tendrían más.

A ella le encantaba su forma de amarla y él sabía que ella lo adoraba y lo admiraba aún más por su manera de hacerla sentir especial, de tocarla y de besarla con un hambre voraz o como un sediento que llega a un oasis después de días en el desierto, la bebía y la besaba tomando todo su ser.

La tomo por la cintura, la recostó en la cama, le acarició el estomago y le plantó besos suaves en sus pechos perfectos para sus manos, la acarició en el mismo centro de su ser donde todas sus sensaciones se juntaban. La llenó de caricias hasta que ella sintió que se derretía de deseo. Estuvo a punto de montarse en una ola de sensaciones pero él se detuvo precipitadamente, ella lo miró en ese momento y ambos sonrieron.

Él esperó solo un momento más a ponerse la protección y la penetró, era de un tamaño perfecto y a ella le parecía enorme y ancho pero no quería compartir esta información ni con su conciencia, así que solo se limitó a transmitirle su amor, su deseo y la dicha que él le hacía sentir.

Se movió más aprisa, más fuerte, queriendo convertirlos en uno solo, intentó concentrarse en besarla y acariciarle los pechos para prolongar ese momento de entrega total; de amor exquisito y de intensas sensaciones. Ella gritó varias veces, en una serie interminable de fuertes orgasmos –o eso era lo que ella sentía ya no estaba segura– a esas alturas solo sabía que era todo sensaciones y que él siempre la hacía sentir así infinitamente deseada.

O había ninguna obligación solo sensaciones y en ese momento, casi sin sentirlo, explotaron juntos en un orgasmo tan fuerte y tan elemental que ambos quedaron sorprendidos. Siguieron así hasta la madrugada sin detenerse solo para recuperarse y obtener más fuerzas, nada era más importante que ellos dos y su entrega total.

Se habían conocido en una reunión de amigos, hacía 8 años. Un amigo en común lo había llevado a la reunión y desde el momento que comenzaron a tratarse, hubieron llamadas telefónicas, correos electrónicos y conversaciones, pues la chispa que había surgido entre ellos fue muy fuerte para ignorarla, tan fuerte que voltearon a observar a los demás integrantes de la reunión para ver si ellos también lo habían notado.

Inmediatamente se llevaron bien en todos los sentidos y él viajó algunas veces para que pudieran encontrarse, pues ambos vivían a mucha distancia uno del otro y lo que era aun más notable, ambos ya tenían una vida con otras personas cuando se conocieron, pero ¿¡cómo evitar algo tan fuerte!? Tan sorprendente y excitante sobre todo cuando sus propias vidas eran a este momento un poco difíciles.

Se levantó muy despacio, pues no quería despertarlo y porque la despedida sería muy difícil. Si lo despertaba era probable que hicieran cosas muy placenteras para los dos y ella ya tenía a partir en ese momento. Tenía el tiempo contado, su esposo llegaría esa noche y pensaba prepararle una cena de bienvenida.

Se permitió quedar por un momento cautivada por su presencia, era un poco rellenito pero a ella eso le parecía encantador, le hubiera gustado mucho mirar nuevamente sus ojos, que estaban llenos de vida pero un tanto apagados y se adivinaba en ellos siempre el peso de muchas responsabilidades.

¡Dios! Se había enamorado perdidamente de este hombre sabiendo que jamás

podrían estar juntos que nunca llegarían más que a ser unos amantes furtivos que se podrían robar algunos momentos en cada lejana ocasión. Él ya estaba casado cuando se conocieron y ella estaba terminando una relación. Debido a que él viajaba mucho podían verse de vez en cuando e incluso ella había viajado hasta donde él estaba.

En una ocasión fueron una semana de vacaciones a una ciudad maravillosa y se permitieron soñar por una vez, permitieron dar rienda suelta a la imaginación, pasando cada momento juntos sin apenas separarse. Cuando volvieron a sus vidas, él se aparto por mucho tiempo sin explicarle nada y sin manera de poder encontrarlo.

Ella supo en ese momento que así no iba a vivir el resto de su vida. Conoció a mucha gente y entre ellos a su esposo y ahora que lo pensaba creía que se había quedado con él por un sentimiento muy diferente al amor, pero la asustaba descubrir cual era ese sentimiento, estaba con él y eso era todo. A veces no se podía tener lo que se quería y ella había aprendido la lección, muy, pero muy bien.

Después de cierto tiempo se reencontraron por medio de su amigo en común que volvía de un largo viaje de exploración por China y los contactó de nuevo casi sin querer, pues su amigo no tenía idea del romance, nadie la tenía solo ellos dos. Y comenzaron de nuevo, pero ya no podía ser lo mismo, hasta esta esperada noche en que al parecer el destino había ayudado un poco en su favor y pudieron reunirse de nuevo, pasarla juntos.

No era su intención traicionar a nadie pero era la noche de la despedida a un gran amor, no quería pensar en la palabra "traición", para ella no lo era, no lo pensaría nunca así. Había encontrado al amor de su vida pero no podían estar juntos, había muchas cosas que lo impedían y no se trataba de hacer daño a terceros. Su último momento robado a una vida que no le pertenecía, solo para sobrevivir, para pasar el resto de su vida con el dulce recuerdo de su gran amor.

Miró a su amante mientras se vestía, no se permitió sentir más que amor en esos momentos, ningún sentimiento debía de existir ahí en ese lugar, solo amor, había sido su noche, su despedida, nada de tristeza o dolor, se llevaba sus recuerdos grabados en la piel y ahora en la mejor de sus sonrisas.

—¡Ness! —un suspiro lento escapó de su pecho, usaban las letras con las que terminaban sus nombres y así habían dado con Ness y Aza, pero ella no quiso usar ese nombre para presentarse en el bar, se le antojaba ridículo decirle que se llamaba Aza y le había comentado cuando se pusieron de acuerdo que se llamaría Samanta.

Él tenía que trabajar temprano, reunirse con su contador que se encontraba en la

ciudad donde ella vivía. Tenía que llevarle los papeles de la empresa para que todo estuviera en orden y se pudiera ir la semana próxima a los Estados Unidos en viaje de negocios. Debido a ese viaje pudo aprovechar para encontrarse con ella, así que la llamó y se pusieron de acuerdo para tener ese encuentro en el centro de la ciudad, irónicamente su esposo estaría también de viaje, que feliz coincidencia, así no tendría que inventarse un montón de mentiras que nunca la llevaban a nada bueno. No le agradaba la idea de inventarse mentiras, que conveniente para ella esos dos viajes de personas que formaban parte de su vida.

Quería besarlo, pasar sus dedos por sus finos cabellos, meter la lengua muy profundo de su boca y sentirlo tan adentro pero sabía que después no sería capaz de dejarlo ir jamás y ese era un dolor innecesario que no tenia porque sufrir, lo amaba tanto que dolía y sabia que él la amaba a ella; pero era un hombre con otra vida, que no faltaba a su palabra y por eso ella lo respetaba y lo amaba aún más. Ahora ella era una mujer con un hogar, debía dar vuelta la página y dejar este amor que nunca iba a llegar a nada, que dolía demasiado para intentar soportarlo.

Salió apresuradamente del cuarto del hotel, de su vida y de todo lo que él representaba, antes de terminar dentro de un círculo vicioso que solo parecía matarla a ella. Al salir se encaminó directamente a la acera de enfrente y se permitió mirar al edificio. En alguna de esas ventanas estaría él, descansando en la cama en la que no solo se entregaron sus cuerpos si no todo su amor.

Y no era mentira *¡Si, Ahí estaba!* Pero no en la cama si no en la ventana, tras la cortina observando como ella se marchaba, como salía de su vida, cabizbaja y frágil, no podían mirarse a los ojos y decirse adiós, no tenían esa fuerza.

Tal vez era mejor así, pensó. Pero verla alejarse con el corazón destrozado lo dejaba a él de la misma manera. No deseaba hacerle daño pero habían vivido un amor desmedido, apasionado, un amor tan fuerte que lo arrasaba todo y no querían terminar consumidos o dañando a otras personas por ese amor.

Jamás lo volvería a vivir a sentir, no quería traicionar su recuerdo, lo que ella le había dejado y la llevaría por siempre en su memoria, en su ser, su bella sonrisa y sus noches de entrega total. En algún momento de su relación tuvo que alejarse de ella sin poder decirle nada ya que había comenzado a tener problemas muy graves en su vida personal y laboral y se vio en la necesidad de abandonarla sin avisarle sin contactarla y sabía que ella haría su vida sin él fue muy difícil en su tiempo pero tomo la decisión.

Ahora se les presentaba una sola oportunidad había que tomarla. No había dejado ninguna nota como acostumbraba siempre que se veían, solo su esencia, el sabor de sus besos, la suavidad de sus caricias y todo el amor que sentía por ella en

su corazón. Sabía que lo borraría de su vida y que solo quedaría en sus recuerdos. Desde que se pusieron de acuerdo para encontrarse los dos sabían sin necesidad de decírselo, que este era su adiós, nunca le dijo con palabras que la amaba. Él no era de muchas palabras, pero ella sabía sin lugar a dudas que se llevaba con esta despedida parte de su corazón.

Se subió a un taxi y hasta ese momento comenzó a derramar sus lágrimas de manera callada, no podría hacerlo después, tenía que pasar a la casa de su mamá por su pequeño hijo Samuel, al que solía llamar con cariño "Sam", arreglar la casa y preparar la cena de bienvenida para su esposo que tenía pensado llegar esa noche.

Volvía a su vida, a su rutina diaria, a su mundo y a todo lo que se reducía. Pero esa noche era toda suya, en sus más profundos y hermosos recuerdos nunca más volvería a hacer este tipo de cosas sería como traicionar al amor de su vida y eso no podía hacerlo, nunca le pasaría por la cabeza traicionar su recuerdo aunque nunca más volvieran a verse.

Lloró en silencio se despidió en la mente y sabía con seguridad que lo llevaría "por siempre en el corazón".

Fin

Grupo Portalromance

Liro, Priscila, Verónica, Sabrina, Clau, Estefanía,
Alexsa Vargas Rojas, Ana Valdez, Anacely y Nadia Lizeth

Decisión Apresurada

(Contemporáneo)

Carla Ruiz iba caminando en una tarde primaveral, con su escultural cuerpo de modelo embutido en un vestido negro entallado, moviendo su cabellera pelirroja, por una atestada calle de la capital de Buenos Aires, muy segura de sí misma. Estaba despampanante. Los hombres se volvían a mirarla.

Pero sus pensamientos distaban mucho de esa seguridad que demostraba al mundo. Su mente estaba en otro lugar, en otro momento... en la época en que conoció a Marcos Riccardi... cuando él era el director y productor de la campaña publicitaria en la que ella trabajaba. Recordar la primera vez que se vieron, al mirarlo sintió una corriente eléctrica que le recorrió el cuerpo, algo que no había sentido nunca antes. Luego la felicidad de aquellos días, parecía que era un cuento de hadas, que terminó de forma abrupta, sin ninguna explicación, derrumbando su mundo, quedando envuelta en la más absoluta tristeza. Pensaba que en realidad nunca la amó. Era muy duro rememorar como se quedó sola. Justo en el momento en que se enteró de la enfermedad de su madre y su posterior muerte, estando tan sola. No quería recordar los días que le siguieron a la pérdida de Marcos... pero inevitablemente volvía todo el dolor de aquellos días, seguía doliendo y mucho.

Sacudió la cabeza, intentando apartar esos pensamientos que la embargaban de tristeza.

De repente, como si lo hubiese convocado con el pensamiento, lo vio

interceptándole el paso. Con su metro noventa, ataviado en un impecable traje gris perla, su porte regio, su pelo negro azabache, y esos ojos grises que la miraban fría e implacablemente, tan lejos de la calidez que mostraban en otras épocas.

—Marcos... ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó, sin poder creer en volver a verlo, después de que la dejara plantada un año atrás, faltando tan solo unos días para casarse.

—Desgraciadamente, éste es un encuentro fortuito, pero voy a aprovecharlo para decirte todo lo que pienso de ti.

—No me interesa, ya perdiste tu oportunidad. Es tarde para aclarar las cosas —le recordó, mientras intentaba esquivarlo, cuando él se lo impidió tomándola de los brazos.

—Me vas a escuchar aunque no quieras —sentenció airadamente sin soltarla—. Ahora dime, ¿te casaste con él o sólo te conformaste con ser su amante? Seguro que lo segundo. Debes saber que tú siempre vas a ocupar un segundo lugar en su vida y en la de cualquier otro hombre. ¡Es lo que se merece una mujer como tú! No eres más que una buscavidas que se vende al mejor postor —le espetó con desprecio, mirándola de arriba abajo. Dejándola paralizada.

—Pero... ¿Cómo te atreves a hablarme así? Después de lo que me hiciste. ¿De qué me estás culpando? —le preguntó sorprendida, mirándolo con sus enormes ojos verdes, sin entender con quien creía que lo había traicionado.

No podía creer que la estuviera acusando tan injustamente, para ella nunca hubo otro hombre que Marcos.

—¡No te hagas la inocente! Conmigo, ya no —apuntó moviendo la cabeza—, aunque como siempre, interpretas tu papel a la perfección. En vez de dedicarte al modelaje, tendrías que haberte dedicado a la actuación. Tuve suerte de averiguar justo a tiempo la clase de mujer con la que iba a casarme, a la que respetaba por sobre todas las cosas, para descubrir lo que era en realidad, ¡una vulgar caza-fortunas! —espetó soltándola y dirigiéndole una mirada despectiva que la hizo estremecerse.

Ella, con el rostro encendido de ira, levantó la mano y le dio una sonora bofetada. Dándose cuenta de lo que había hecho, dio un paso hacia atrás. Pero él no le permitió retroceder. Asiéndola por la cintura, la atrajo, pegándola a su cuerpo, tomando sus labios en un beso devastador, que pretendía castigarla, pero que le hacía desear. Quería sentir sus caricias por todo su cuerpo, sentir su piel, su aroma, sus... ¡Cómo lo deseaba! El deseo la recorrió como lava ardiente. Levantando sus brazos, rodeó su cuello, apretándose contra su firme cuerpo, envuelta en su aroma embriagador.

Recordando de repente donde estaban, la soltó bruscamente y ella casi pierde el equilibrio.

—Marcos, por favor... —le costaba hablar—, es injusto lo que dices.

—No implores nada, querida —la cortó, sin dejarla hablar—. ¡A otro con ese papelito! Ya sé lo que se esconde detrás de esa mirada dulce e ingenua, así que ahórrame el histrionismo. ¡Qué bien fingiste tu inocencia!

—¡Marcos, estás equivocado! No sé con quién crees que estaba.

—¡No lo creo, estoy seguro! —declaró en tono seco—. Los vi a los dos con mis propios ojos y creo que no merece la pena seguir hablando del tema. No tiene sentido remover el pasado, lo mejor es dejarlo así... se me hace tarde, tengo una reunión en minutos, no tengo tiempo de seguir escuchando tus mentiras.

Diciendo esto, Marcos, levantó la mano para mirar su reloj de oro, frunció el ceño, pegando media vuelta, se alejó como si nunca se hubiese encontrado con ella.

Carla corrió desesperada detrás de él. Lo alcanzó casi tropezándose. Agarrándole la manga le suplicó:

—¡Marcos, por favor! ¡No te vayas! ¡Tienes que escucharme! ¡No puedes dejarme así, sin aclararme que fue lo que viste! ¡No sé de qué me acusas! Tú me dejaste ese día sin darme ninguna explicación. Creo que ahora me la debes.

—Ya te dije que ese papel de inocente no te va. Mejor sigamos cada uno con nuestra vida como hasta ahora.

—Marcos, tengo derecho a saber el pecado que me atribuyes en forma tan arbitraria. ¿Con quién piensas que te traicioné?

—No te recrimino injustamente. Yo sé muy bien con quién te vi aquella noche, lo sabes perfectamente. Hice bien en dejarte, no merecías ninguna explicación, me estabas usando para tapar esa relación ilícita. Fuiste en busca del pez más gordo y te salió mal. Así que ya deja ese papel de ingenuidad que ya te desenmascaré.

—Por favor, Marcos...

—No hay nada más para decir ¡Adiós! —dirigiéndole una mirada de intenso odio se despidió, sin darle tiempo a Carla a pedir más explicaciones.

La desolación hizo presa en ella. Se fue caminando sin rumbo, no podía creer que él tuviese tan mala opinión de ella. Se le desgarraba el corazón de solo pensar que él guardase tanto rencor hacia ella.

Al día siguiente, después de pasar la noche prácticamente en vela, se levantó con la decisión de ir a verlo. Después de ducharse y arreglarse los rebeldes rizos rojizos, se puso un vestido azul que moldeaba su cuerpo a la perfección. Tomó una chaqueta haciendo juego, el bolso y salió con determinación.

Se presentó en su edificio de oficinas, donde todo era muy lujoso. Sabía que en el último piso estaba la oficina donde trabajaba él. Cuando vio que la hacían esperar, en un descuido de la secretaria se metió en el ascensor y pulsó el último piso. Había estado allí antes. Golpeó la puerta y la abrió sin esperar respuesta. Estaba todo en

penumbras y él estaba sentado de espaldas, mirando la pantalla de la computadora. Al sentir ruido, giró la silla y la miró:

—¿Quién te dio permiso para subir? ¡Di la orden de que nadie me molestara! —bramó Marcos, poniéndose de pie, visiblemente afectado por su presencia.

—Marcos, necesito hablar contigo, tenemos que aclarar lo que viste, estás equivocado —imploró ella desesperada, acercándose, apoyando las manos en el escritorio e inclinándose hacia adelante.

Rodeando el escritorio, se acercó a ella, le tomó un rizo, enredándolo en su mano, una caricia que la hizo estremecerse, comprendiendo que el deseo seguía ahí, lucharía por su amor, porque todavía lo seguía amando como antes, sino todavía más.

—¡Ya que estás aquí, vas a recibir el trato que se merece una mujer como tú! —sentenció tomándola del cuello, metiendo los dedos entre su cabello rojizo, atrayéndola. Presionándola contra su potente erección, tomó su boca en un apasionado beso que la dejó sin respiración, se estaba derritiendo por dentro, deseando más. Todo lo demás se desvaneció a su alrededor, solo existía Marcos. Levantando las manos le recorrió el torso, acariciándolo, estremeciéndose de deseo.

Le levantó el vestido, acariciándole sus muslos, encendiéndola a medida que recorría con sus manos su sedosa piel... ¡Ella lo deseaba tanto! Y le desabrochó la camisa torpemente.

Levantándola, la llevó a un sofá que no había visto hasta ese momento. Se acostaron allí, quedando debajo de él, siempre sin dejar de besarse y acariciarse. Le desabrochó el sostén, liberando sus senos, los acarició y se los llevó a la boca succionándolos, primero uno y luego el otro, mientras la acariciaba, volviéndola loca de deseo, llevándola al borde del paroxismo del placer. Se deseaban con locura... con desesperación. Se terminaron de desvestir, dejando la ropa desparramada en el suelo.

—¡Oh, Marcos! —exhaló, dejando escapar un largo gemido y se arqueó hacia atrás cuando de un empuje la penetró... ella se retorció por el dolor de esa primera invasión. Nunca había tenido relaciones con nadie y con Marcos decidieron esperar hasta después de la boda. La miró sorprendido ante la evidencia de su inocencia, conmocionado trató de alejarse de ella, pero Carla se lo impidió.

—Por favor, no pares —suplicó envolviéndolo con sus piernas, levantando las caderas e incitándolo a que siguiera moviéndose dentro de ella. El placer iba in crescendo. Gritó, cuando con una embestida final, la invadió una descarga de placer, llevándola a la máxima cúspide, al mismo tiempo que él encontró su liberación, quedando los dos extenuados. Era un momento mágico... pero de repente él se enderezó y le dijo:

—Eres virgen —todavía sin salir de su asombro.

—Ya no —dijo ella con una pícara sonrisa.

—Sí, pero nunca antes...

—Habíamos decidido esperar a casarnos —lo cortó mientras buscaba su ropa que estaba desperdigada por todos lados, para cubrirse.

—Pero yo te vi con el que creí tu amante abrazados, ese día que fui a buscarte. Estaban los dos en la puerta de tu casa.

—¡No puede ser! —exclamó ella—. A la única persona que abracé ese día fue a mi padre.

—Roberto Fariello, el magnate de la electrónica, ¡no puede ser! ¡Si ni siquiera llevan el mismo apellido!

—Él es mi padre. No llevo su apellido porque no sabía de mi existencia. Cuando mi madre supo que estaba casado desapareció de su vida sin decirle que estaba embarazada. Recién hace un año se enteró que yo existía y ahí supe que él era mi padre. Mi madre se enfermó de cáncer y falleció al poco tiempo —añadió con suma tristeza, era un dolor que todavía le costaba superar—. Cuando mi madre se enteró de su enfermedad y que le quedaban pocos meses de vida, logró comunicarse con mi padre y contarle toda la historia, quería que se enterara de la verdad porque tenía miedo que yo me quedara sola. Ahí supe que mi padre en realidad no estaba muerto, como siempre creí y que no sabía que tenía una hija extramatrimonial. Él es un hombre muy poderoso, pero así y todo me aceptó en su vida. Me acompañó en ese momento tan duro. No tuvo hijos y está muy feliz de tener una.

¡Pobre mamá! No sabía lo que ocasionaría el reencuentro con mi padre, que lo recuperara, pero al mismo tiempo te perdiera a ti.

—¡Dios mío! —Él tenía la cara contorsionada de dolor—. Todo esto por culpa de mi orgullo, por no hablarte cuando te vi con Fariello, sacando conclusiones apresuradas —dijo tomándole las manos.

—Ese abrazo fue solo paternal, era un momento muy triste, ya que ese día me había enterado de la gravedad de la enfermedad de mi madre, que me lo venía ocultando. Por eso no te enteraste., no alcancé a contártelo.

—Carla, amor mío —le dijo atrayéndola—, sé que no merezco tu perdón después de abandonarte de esa manera, en el momento más duro de tu vida —le dirigió una mirada llena de ternura y dolor a la vez—. Pero quiero que sepas que lo que pasó entre nosotros hoy, me demostró que te sigo amando con locura. Y que estoy dispuesto a todo con tal de recuperar tu amor. ¡Te adoro, vida mía!

Era todo lo que ella había soñado. Y más.

—Marcos, mi amor nunca lo perdiste —arguyó ella—. ¡Nunca dejé de amarte!

Se abrazaron, besándose intensamente.

—Entonces podemos empezar a recuperar el tiempo perdido. Te amo con toda mi

alma, Carla.

Ella vio la sinceridad que ardía en los ojos de su amado. Reconoció en sus pupilas su amor incondicional. Ya no había sombras que los separaran.

—Y yo te amo a ti, Marcos. ¡Con locura! ¡Para siempre! —exclamó con los ojos humedecidos.

Ya no hubo más tiempo para palabras, solo para demostrarse mutuamente ese gran amor que se tenían. Ambos se pertenecían por entero.

Grupo siempre románticas

Ana Camps Botella, Ana, Lily, Gise Martinez , Patricia Paz, Martha Gianina, María Luisa Trujillo, Luisa Caramillo, María Esparza, Iman, Daysy Salinas, Silvi, Sujeil Aldarondo, Lola, Berenice, Ana Sánchez, Lamis Edbaissi.

Siempre a tu lado

(Contemporáneo)

Natalia se paró frente a la puerta del departamento. En su mente sabía que lo que iba a hacer era lo correcto pero ¿por qué su corazón le decía otra cosa? ¿Por qué se sentía como si estuviese por cometer el peor error de su vida?

No se dio tiempo a pensar y tocó el timbre para anunciar que había llegado. Necesitaba dejar las cosas claras y no podía dejar pasar más tiempo.

Andrés abrió la puerta. Poseía aquella sonrisa que hacía que se le formase un nudo en el estómago. Ya estaba grande para sentir aquello. ¡Contrólate! Se recriminó mentalmente.

—Hola mi amor. ¿Cómo te encuentras? Pasa. He preparado la cena y ya casi está lista.

Natalia vaciló. Una cosa era planear todo en su cabeza pero resultaba muy distinto a la realidad. Tenía que armarse de valor y decirle todo. Decidida, levantó la cabeza y encuadró los hombros y dijo:

—Siento mucho todo esto, pero no puedo quedarme a cenar. Tengo algo importante que decirte.

Andrés frunció el ceño preocupado ante aquellas palabras.

—Primero pasa y hablemos tranquilamente.

Se hizo a un lado para dejarla pasar y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Estás bien? ¿Les pasó algo a tus hijos?

Natalia sonrió. Andrés siempre se preocupaba por ella y sus hijos, aunque ellos eran mayores y estaban casados. Siempre estaba pendiente de que ella se encontrase bien. La trataba amablemente y anteponía las necesidades de ella por sobre las de él. La hacía sentirse respetada y valorada. La hacía sentirse mujer.

—Ellos están bien. Claudia te envía saludos —hizo una pausa tratando de poner los pensamientos en orden—. Lo que quiero decirte es algo acerca de nosotros.

Andrés frunció aún más el ceño y la invitó a sentarse.

—¿Qué pasa con nosotros?

Natalia inspiró profundamente y soltó todo antes de arrepentirse.

—Creo que no deberíamos vernos más. —En su mente imaginaba que Andrés iba a ponerse a gritar pero su reacción la sorprendió, parecía tranquilo, como si estuviesen hablando del clima y no de que ella estaba terminando la relación.

—Entiendo —dijo pensativo—. Antes que nada dime los motivos por los cuales has pensado en ello y después veremos cómo solucionaremos esto.

—No es algo que se pueda solucionar. Ya tomé la decisión. Sabes lo que pasó con mi ex marido, las cartas que encontré, los recibos por los cuales descubrí que tenía una amante —hizo una pausa—. Eso ya no me importa, logré superarlo por el bien de mis hijos y tú terminaste de ayudarme y te lo agradezco enormemente.

—Pero…

—Pero estoy vieja para empezar todo de nuevo y no me siento con fuerzas. No soy la misma chica de hace veinte años atrás. No puedo permitirme el lujo de pensar en entablar una relación. Esos años han pasado para mí.

—¿Estás diciendo que el único motivo por el cual no quieres seguir con lo nuestro es porque crees que estás vieja? Si es por tu inseguridad de que pueda hacer lo mismo que hizo tu ex estás muy equivocada. Teniendo a alguien como tú a mi lado ¿cómo es posible siquiera que piense en mirar a otra mujer? Tu ex marido nunca supo la gran mujer que tenía a su lado.

A Natalia se le llenaron los ojos de lágrimas y las apartó rápidamente.

—No es sólo eso. También están mis hijos. Necesito dedicarles tiempo a ellos.

—Estuviste con ellos cuando lo necesitaban, seguiste adelante con tu vida y superaste todos los obstáculos. Ahora están casados, han hecho sus vidas y son felices, por ellos y por ti. Porque ven que estás siguiendo con tu vida y porque eres feliz ¿Cuál es el verdadero motivo?

Natalia retorció la correa de su cartera con sus manos. Tendría que decirle.

—Es porque estoy gorda —susurró.

Andrés parpadeó varias veces y luego rió. Natalia se puso de pie y furiosa por su reacción dijo:

—¡No es gracioso! ¿No sabes lo que unos kilos de más pueden hacerle sentir a una mujer?

Andrés dejó de reír, pero en la mirada se notaba que la situación lo estaba divirtiendo. Se paró a su lado y le tomó las manos.

—No veo a una persona gorda adelante mío. Tienes curvas y eso me encanta. No creo que las mujeres se vean más lindas mientras más delgadas son.

—Sólo dices eso para hacerme sentir mejor. Me conociste en mis mejores épocas, cuando íbamos al colegio y mírame ahora —Señaló su cuerpo—. Parezco un saco de papas. He intentado bajar de peso en el gimnasio, hacer dieta y nada ha funcionado, apenas he bajado un par de kilos. Y si seguimos con ésta relación llegará un momento en que te canses de mí, verás a otras mujeres más hermosas que yo y con el tiempo me dejarás. Es por eso que prefiero terminar todo ahora y no cuando sea tarde. Quiero que tengas un buen recuerdo mío y también quiero recordar todo lo que vivimos como lo mejor que me pasó en la vida.

Andrés se acercó a ella y la abrazó. Natalia se aferró y apoyó la cabeza en el pecho de él.

—En el colegio siempre creí que serías mucho más hermosa de lo que eras si subías un poco de peso —dijo Andrés con un tono dulce mientras le acariciaba el pelo—. Eras tan hermosa —se separó de ella unos centímetros y tomó su rostro entre sus manos—, y ahora no puedo creer que con los años te hayas vuelto más hermosa aún. Las otras mujeres deben tener envidia de ti, no tú de ellas. No puedo creer la suerte que tengo de poder tenerte sólo para mí. Y créeme que jamás en mi vida se me pasaría por la cabeza dejarte por otra mujer después de tantos años de desear tenerte a mi lado.

De los ojos de Natalia caían lágrimas, no podía contenerlas. Andrés las secó con el pulgar con una tierna caricia y depositó dos pequeños besos, uno en cada párpado.

—¿Sabes el motivo por el cual organicé ésta cena?

Natalia negó con la cabeza al no poder hablar por el nudo que se le había formado en la garganta a causa de las lágrimas.

—Quería que ésta noche fuera especial. No me conformaba con sólo tener un noviazgo contigo, quería más —hizo una pausa—. Quiero más.

Natalia abrió tanto los ojos que pensó que se le iban a salir. No podía significar lo que estaba pensando ¿o sí?

—Andrés yo…

Él apoyó un dedo en los labios de ella para silenciarla.

—Ahora es mi turno para hablar. La primera vez que te vi en el colegio supe que

estabas hecha para mí. No podía creer que existiese un ser tan precioso como tú. En aquella época éramos niños y no supe mantenerte a mi lado. Ahora que he vuelto a recuperarte no pienso perderte. —Metió una mano en el bolsillo del pantalón, sacó una cajita envuelta en un lazo y se lo tendió a ella—. Natalia, ¿aceptarías ser mi esposa?

A Natalia no le salían palabras. Por un lado tenía miedo de vivir nuevamente lo que había pasado con su ex, pero por otro lado sabía que Andrés jamás le haría una cosa así, sabía que la amaba y que ella estaba perdidamente enamorada de él. En realidad la decisión estaba tomada.

Tomó la cajita de las manos de él y se lanzó a abrazarlo. Nunca se había sentido tan feliz en su vida. Él rodeó su cintura.

—Sí, sí. Claro que quiero ser tu esposa. —Reía al mismo tiempo que lloraba de felicidad.

La alzó del suelo y giró con ella en sus brazos mientras los dos reían, luego la depositó en el suelo y apoyó su frente en la de ella.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Te prometo que pase lo que pase jamás dejaré de amarte como te mereces, incluso más si eso es posible. Te amo.

Las manos de él rodearon su cuello. Sus labios se fueron acercando cada vez más, hasta que se encontraron. Ya no eran dos bocas besándose, ahora eran una sola, forjada por amor, cariño y sinceridad. De la mente de ella se borró toda duda y sólo veía el rostro de él, con sus ojos que llenaban su mundo. Natalia lo amaba, nunca supo el momento justo para decírselo y ahora se presentaba esa oportunidad.

—También te amo. Siempre lo he hecho pero he sido una tonta al no darme cuenta.

—Eso no tiene importancia ahora, lo que importa es que estamos juntos y que nos dedicaremos a ser felices por el resto de nuestras vidas.

Y así fue.

Mundo Romance eres nuestra inspiración,
gracias por ofrecernos tantos sentimientos

Fin

Grupo Unión de Románticas

Noelia, Nicole, Cuca, Jessica, Tamara, Merian Chiba, Rosa María,
Isabel Luna y María Jesús.

Mágica Seducción

(Histórico - Paranormal)

Venecia en plena noche de Carnaval, año 1800.

—¡Maldita mujer! ¡Aparece de una vez!

El grito fue seguido por el sonido de cristales rotos.

Al entrar a la habitación, *nonna* Sophia vio las gotas de vino que manchaban la pared mientras toda la furia de Ian McGregor se hacía patente.

—Milord, debería ser más paciente —lo reprendió la mujer suavemente.

—¡Paciente! ¡He sido más que paciente! Por seis años he creído toda tu cháchara ridícula acerca de hechizos, pociones y maleficios. Me he dejado llevar y traer como un títere por ti. Pero se acabó —con gesto amenazante se dirigió hacia a la anciana y le exigió —. ¡Quiero a Valeria y la quiero ahora!

Ian sabía que estaba siendo infantil, pero no podía evitarlo. Había vivido de un recuerdo por demasiado tiempo y ya estaba harto.

—Tú viniste a mí hace años y me prometiste a tu nieta.

—Jamás prometí entregártela, sólo aseguré que ella volvería.

—¡¿Cuándo?!

—Cuando este lista, ella vendrá a ti, ni un minuto antes.

El escocés entendió que no obtendría más de la anciana, y antes de hacer algo de

lo que pudiera arrepentirse abandonó la habitación.

Las aguas del Gran Canal brillaban oscuras a la luz de la luna. El Carnaval estaba en su apogeo. Las calles eran un hervidero de luces, sedas de colores y máscaras brillantes.

Valeria Ristori estaba en casa. Durante seis años había penado por el error de una noche, ahora había llegado al final de su camino. Solo era cuestión de encontrar la llave y algo le decía que estaba cerca.

Aún así, el sentirse observada la tomó desprevenida y un cosquilleo de miedo le recorrió la espalda.

Con toda la naturalidad de la que fue capaz, siguió andando sin rumbo y entonces estuvo segura. Alguien la seguía y los pasos tras ella eran cada vez más fuertes, más decididos. Debía hacer algo y más valía que fuera rápido.

"¿Por qué demonios —pensó—, no me dan ganas de estornudar en este momento?"

"¡Al fin!", gritó en su fuero interno Ian.

Había abandonado el *palazzo* consumido por la furia y la frustración, con ganas de golpear a alguien. La esperanza que lo había mantenido en pie comenzaba a flaquear. No podía continuar así, persiguiendo un sueño.

"¿Un sueño?", se preguntó.

No, ella no había sido un sueño, había sido real, pero si no la encontraba pronto, se volvería loco.

Caminaba sumido en sus pensamientos, ajeno a la algarabía de la gente que festejaba el carnaval, cuando se paró en seco, seguro de una presencia. Empezó a mirar a su alrededor y de repente la vio. Pequeña, adorable, con la cascada de cabellos rojos más brillante que hubiera visto jamás y la piel tan blanca que parecía traslúcida.

Debido a la oscuridad no había podido ver detenidamente sus rasgos, pero su esencia, ese algo intangible que le pertenecía solo a ella estaba grabada a fuego en su corazón.

Sin pensarlo empezó a seguir sus pasos. Esta vez no se le iba a escapar.

Valeria estaba asustada. No tenía idea de hacia dónde ir y los pasos a su espalda

se acercaban cada vez más. No había querido mirar atrás pero estaba segura de que era un hombre. No entendía que podía querer de ella y no tenía intenciones de averiguarlo.

"Aunque —se le ocurrió de repente— podría ser… No. Era mejor no arriesgarse".

Aceleró el paso y siguió por una serie de calles estrechas y mal iluminadas en su intento de perder a su perseguidor. Cuando por fin dejo de oír pasos tras ella, creyó que había tenido éxito. Entonces se detuvo bajo una farola a fin de recobrar el aliento. De repente, un fuerte brazo rodeó su cintura y unos labios recorrieron su cuello hasta llegar susurrantes a su oído.

—Has vuelto. Sabía que volverías…

Esa voz… ella la conocía, le había hablado antes. Y esos brazos… recordaba ese contacto… conocía el poderoso cuerpo que sentía a su espalda. Sin pensarlo se volvió y lo que vio la dejó sin aliento. Él era hermoso; labios gruesos, piel bronceada y largos cabellos rubios, pero fue al perderse en las profundices de esos ojos verde mar lo que finalmente la hizo recordar.

Seis años antes…

El aquelarre estaba reunido… por ella. La última descendiente de la dinastía Ristori, heredera de una tradición tan antigua como el tiempo.

Los nervios hacían presa de Valeria.

"Seré una gran bruja muy poderosa…"

Ese pensamiento torturaba su mente y le impedía concentrarse.

"Por favor — rogó la joven — *sólo por esta vez, que no lo arruine todo..."*

Mientras las otras brujas giraban a su alrededor repitiendo rituales antiguos, Valeria trataba en vano de recordar su parte.

La cadencia del baile de sus "hermanas" estaba decayendo, señal inequívoca de que su parte estaba más cerca… y finalmente, una imperceptible señal de *nonna* Sofía le indicó que su momento había llegado. Con una profunda inspiración tomó aliento antes de empezar y entonces… sintió el conocido cosquilleo en la nariz. No hubo tiempo de reaccionar antes de que se esfumara.

¡No…por favor ahora no…!

La alcoba estaba oscura, así que no podía ver el lugar. Solo sentía la suavidad de unas sábanas de seda, y el calor de un cuerpo pegado a su espalda.

Sin saber cómo ni dónde, apenas consciente de lo que pasaba a su alrededor,

sintió un brazo poderoso cerrarse alrededor de su cintura, inmovilizándola.

—Has venido —le dijo una ronca voz masculina—. Sabía que vendrías.

Y sin más preliminares su boca se cerró sobre la suya y Valeria perdió toda capacidad de razonar.

Creyendo estar en medio de un sueño maravilloso, Ian probó esos labios suaves y carnosos que sabían a gloria y supo que quería más. La sentía cálida y maleable entre sus brazos, poco a poco sus manos iniciaron una lenta exploración de ese cuerpo sinuoso que se retorcía bajo él. Lo que encontró hizo que la sangre corriera por sus venas como fuego líquido.

Perezosamente sus labios abandonaron su boca y fueron dejando un reguero de besos por la mandíbula y el cuello, mientras sus manos bajaban por el cuerpo de la muchacha y su lengua degustaba esa piel nacarada cuya suavidad hacía que le hormiguearan los dedos con el deseo de sentirla.

Valeria apenas podía respirar. Lo que ese hombre le hacía era delicioso, se sentía flotar en una nube de placer y no quería perderlo.

"Esto está bien, es él".

Había sido creada para él y nada más que para él. No importaba que aún no fuera tiempo, no importaba que se debiera a un error. Más tarde se recriminaría, más tarde se arrepentiría, pero por la tumba de la sagrada Endor, ¡ahora no!

Quería todo el placer que él pudiera brindarle, pero más que nada quería darle todo el placer que él pudiera recibir; sabiendo instintivamente que esa era una pieza que podía tocarse de a dos, movió su cuerpo hasta acunar la erguida vara masculina en la suavidad entre sus muslos y con total deliberación inició una danza tan antigua como el tiempo.

Perdido en la calidez de los senos más dulces que hubiera probado jamás, Ian jugueteaba con sus pezones que se habían puesto rosados con sus besos. No estaba preparado para la oleada de deseo que lo recorrió cuando sintió su virilidad ser abrigada por esa carne húmeda y caliente. Su cuerpo se endureció todavía más, todo el cuerpo se le cubrió de una película de sudor, mientras las respiraciones de ambos se hacía cada vez más densas, Ian sintió el corazón de la joven latir a toda velocidad mientras el propio martilleaba contra su pecho como un tambor.

Ambos habían perdido el control, pero aunque una pequeña parte de sus mentes insistía en llamarlos al orden, una fuerza mucho más poderosa los mantenía anclados a esa cama, anclados el uno al otro.

—Te necesito —gimió Ian en un susurro.

—No tanto como yo a ti —fue la respuesta apenas susurrada de Valeria—. Por favor, no me hagas esperar más.

Esa fue toda la invitación que Ian necesitó. Aferrándole las caderas se hundió en

ella con ímpetu arrebatador, apenas consciente del grito de dolor que llenó la habitación.

"Una virgen", pensó con horror. Por una fracción de segundo sintió vergüenza y quiso apartarse, pero Valeria no estaba dispuesta a que el detalle de su virginidad le arruinara el momento, así que con gesto decidido le abrazó las caderas con las piernas y aferró sus nalgas con las manos haciendo presión para mantenerlo dentro de ella.

—No me dejes… todavía no por favor —fue el ruego apasionado que le susurró al oído.

Ian supo que moriría esa noche. En un intento de no acabar en ese mismo momento, apretó los dientes y cerró los ojos, mientras su respiración se hacía aún más agitada. No podía parar. Necesitaba esto, la necesitaba a ella. Abrumado por la intensidad de sus sentimientos, sin poder controlar la pasión que esa muchachita había desatado en él empezó a embestirla con movimientos firmes y prolongados, decidido a llevarla con él en su viaje al éxtasis.

—Tu boca —le rogó Valeria de repente—, necesito tu boca en la mía.

—Sí, amor, tendrás de mi todo lo que quieras… solo pídelo y te lo daré… lo prometo —fue la respuesta apasionada del hombre y mientras perdía sus labios en los de ella, fue aumentando el ritmo de sus envistes, hasta que ambos cuerpos se tensaron uno contra el otro y el placer estalló brillante y poderoso entre los dos.

La oscuridad en la habitación era completa. Ian sabía que debía conseguir luz pero la sensación de estar aún profundamente enterrado dentro de esa joven desconocida lo hacía dudar. Con un suspiro resignado y con todo el cuidado del mundo se movió hasta liberar a la joven y bajar de la cama.

Mientras se movía por la habitación miles de preguntas bullían en su cabeza: ¿quién era ella? ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? La puerta estaba cerrada con llave, y la habitación estaba situada en el último piso de un viejo torreón, demasiado alto para escalarla, a menos que pudiera volar... Con un gesto de cabeza desechó esa idea. Necesitaba respuestas y solo ella se las podría dar.

Un extraño sonido, como un murmullo o un estornudo proveniente de la cama llamó su atención. Con la vela en la mano se volvió y lo que vio lo dejó helado.

La cama estaba vacía.

"Maldición, no otra vez". Ian se sentía parte de una pesadilla. En un momento estaba parado bajo una farola en la calle, aferrando el talle de la mujer que lo había

perseguido en sueños durante seis años, luego, con un simple estornudo de ella, se encontraba en el salón de su *palazzo*, aunque al menos la chica todavía estaba con él.

—¿Podemos hablar aquí o planeas más paseos por la ciudad? —le preguntó con ironía mientras la agarraba de los hombros para levantarla a la altura de los ojos.

La joven negó con la cabeza.

Toda la frustración contenida hizo explosión en ese momento, cuando sin ninguna consideración a la delicada figura que aferraba entre sus poderosos músculos la zarandeó con fuerza, como si así pudiera sacarle las respuestas que quería.

—¿Tienes idea de lo qué has provocado? ¿En lo que se ha convertido mi vida por tu causa?

La mirada de terror en los ojos azules de la muchacha le llegó al alma y no pudo seguir descargando su furia sobre ella. En su lugar, la abrazó y su gesto fue el eco de toda la desesperación que sentía en ese momento.

—Un segundo estabas en mi cama volviéndome loco de deseo y al siguiente te habías esfumado. Te fuiste, maldita sea como una ladrona en la noche —le recriminó mientras la sostenía tiernamente—. Tu recuerdo me ha perseguido durante todos estos años, obligándome a buscarte, aún sin quererlo —su voz denotaba una honda amargura—. En Venecia me conocen como el "loco escocés" que vaga por las calles esperando, buscando en cada rostro de mujer el de una, que nunca aparece.

Solo entonces, Ian notó que los delgados brazos de la muchacha lo aferraban por el cuello, pero salvo ese gesto, aún no había escuchado respuesta alguna por su parte. La apartó de sí y la miró a la cara.

—¿No dices nada? ¿No merezco siquiera una palabra? Después de todos estos años, al menos dame eso…

El dolor en la voz de Ian hirió a Valeria como una navaja. Sabía que le debía una explicación, quería contestarle pero no podía, y aunque pudiera… No estaba segura de la respuesta.

—Ella no puede contestarte, milord.

La voz de la anciana los sobresaltó a ambos. Con aire majestuoso, *nonna* Sophia entró al salón y sonriendo a la muchacha le extendió los brazos en clara invitación. Valeria intentó deshacerse del férreo apretón con el que Ian la mantenía prisionera, pero él no la soltó.

—No volverás a desaparecer, así tenga que atarte a mi —y dirigiéndose a *nonna* Sophia, exigió—. ¡Explícate!

Con gesto resignado, *nonna* Sophia bajó los brazos y contestó.

—Valeria desaparece porque no tiene control sobre sus poderes y no te contesta

porque no puede hablar.

La confusión hizo presa de Ian y dirigiéndose a la muchacha dijo.

—Pero esa noche… hablaste… aún recuerdo tus palabras…

Y el fuerte sonrojo de las mejillas de la muchacha le dijeron que ella también lo recordaba…

La dama tomó asiento y con un gesto llamó a Valeria junto a ella. Pero Ian no estaba dispuesto a entregar su tesoro.

—Ella se queda conmigo.

Nonna Sophia prosiguió.

—La noche que la conociste, Valeria debía ser iniciada en nuestra hermandad. Estábamos a mitad del ritual, pero por un error Valeria perdió el rumbo y terminó en tu cama. No hubiera pasado a mayores si no la hubieras tocado, pero lo hiciste, y ella ha tenido que pagar las consecuencias.

—¿Por qué no debía tocarla? Apareció en mi cama… yo ni siquiera era consciente de nada hasta que fue demasiado tarde —fue la iracunda respuesta.

—Soy consciente de todo eso. Pero las brujas de nuestra hermandad deben permanecer vírgenes hasta completar su iniciación, sólo así obtienen el control total de sus poderes. Valeria no solo no completó el ritual, sino que perdió la virginidad antes de ser iniciada y con ello, la posibilidad de controlar su habilidad de viajar de un lugar a otro.

La urgencia en la voz de Ian fue evidente.

—¿Las desapariciones? —*nonna* Sophia asintió—¿Volverá a ocurrir?

—En el momento menos esperado. A menos que…

Ian no le permitió terminar. Aferrando la mano de Valeria se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta arrastrando a la joven tras de sí, pero antes de abandonar la habitación se volvió e informó a la anciana.

—Mañana podrás abrazar a tu nieta.

Nonna Sophia se limitó a sonreír.

"¿A dónde demonios me llevas?", quiso gritar Valeria. Ya estaba harta de que la tratara como un saco; la única razón por la que no se rebelaba era porque la increíble fuerza de ese hombre lo hacía imposible y porque en realidad no quería resistirse…

¡Por Dios! Si le temblaba todo el cuerpo con el recuerdo de esa noche… pero, ¿qué pretendía arrastrándola quién sabe adónde?

Notó que iban subiendo las escaleras de lo que parecía una torre, al final de la

cual pudo ver una pesada puerta de madera que Ian empujó, adentrándolos a ambos a una habitación muy iluminada. Valeria supo al instante dónde se encontraban. Era la misma habitación.

Sin ninguna ceremonia Ian la arrojó sobre la cama y luego empezó a hacer tiras con un pedazo de seda pero solo cuando le aferró la muñeca contra uno de los postes Valeria comprendió lo que Ian pretendía; ¡Estaba atándola a la cama!

Valeria empezó a forcejear en señal de protesta, pero Ian le ordenó iracundo.

—Quédate quieta —continuó hablando mientras le ataba el otro brazo—. No me importa nada de lo que dijo tu abuela. Si no puedes controlar tus poderes, aprenderemos a vivir con ello. Si no puedes evitar desaparecer cada vez que estornudas, eliminaremos lo que te hace estornudar y si eso no es suficiente… Bueno, supongo que tendré que mantenerte amarrada a mí. Dónde vayas, estaré yo detrás, no permitiré que te alejes más de unos cuantos pasos y eso no es negociable. Te amo y haré lo que sea necesario para retenerte…

—Yo también te amo.

—…te he esperado durante seis años y por Dios que no voy a perderte de nuevo…

Sólo entonces Ian pareció tomar conciencia de que ella había hablado. *¿Ella había hablado?*

Consciente de la confusión del hombre, Valeria se limitó a sonreír con dulzura. Ian casi tenía miedo de preguntar.

—¿Qué significa esto?

—Significa lo que no permitiste que *nonna* terminara de explicarte…

—¿Y qué es lo que no le permití terminar?

—La parte dónde todo es posible cuando encuentras el amor verdadero y te redimes en él.

—Si ese era todo el problema, ¿por qué tardaste en hablar?

—Porque tardaste en decir las palabras…

Ian se indignó.

—¡He vivido los últimos seis años esclavizado por tu recuerdo! ¿Y lo único que hacía falta eran dos palabras de nada?

Reprimiendo la risa, Valeria prefirió aplacarlo un poco.

—A veces las palabras son importantes… —al ver que la miraba ceñudo, rectificó—. Está bien, entre tú y yo no fueron tan importantes… Somos mejores con los gestos —y se frotó seductoramente contra él, en provocativa caricia.

El cuerpo de Ian reaccionó al instante al contacto de Valeria, pero efectivamente, algunas cosas debían ser dichas.

—¿Volverás a desaparecer?

—No volveré a desaparecer —dijo Valeria mientras depositaba besos a los largo de su mandíbula.

—¿Porque puedes controlar tus poderes?

—Y porque jamás querré dejarte de nuevo —fue la tierna respuesta—. Ian…

Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre. La pura dicha que experimentó lo llenó de júbilo.

—¿Sí?

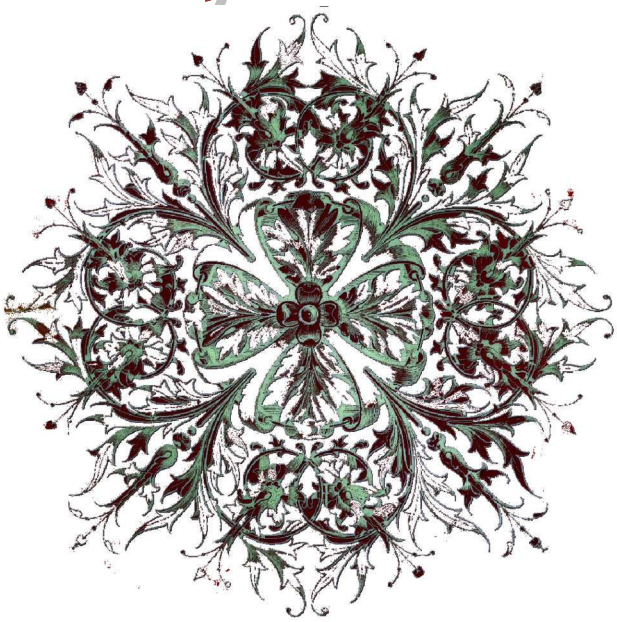
—¿No vas a desatarme?

La sonrisa que le regaló, la primera desde que lo conoció, la dejó mareada y su respuesta entre seductora, pícara y socarrona, envió una corriente eléctrica por todo su cuerpo.

—Tal vez más tarde…

Fin

Relatos Independientes



Alex River

La Muerte Enamorada

(Paranormal)

"La muerte se ha cansado de su trabajo y desea volver a sentir las emociones que a duras penas recuerda de cuando era humano. Decidido a entender el porqué la mitad del mundo se aferra a la vida y la otra mitad desea con tantas ansias su llegada... encarna en el mundo, sin imaginarse que iba a encontrar el amor en una persona que pronto moriría. Por obras del destino, debe cumplir su trabajo y ser quién guíe esa alma al otro lado. Se enfrenta a si mismo, ¿su deber o corazón?"

La incertidumbre

Llevo años sin entender el por qué me rehúyen. Veo en sus dibujos, en sus obras y televisión imágenes de algo aterrador, no lo que verdaderamente soy.

Soy la muerte, uno de tantos.

Nuestro trabajo es guiar las almas de los muertos al otro lado, aunque por una razón que desconozco, nosotros no podemos cruzar a la felicidad. La llamo así porque muchas de las almas de las que he guiado se alegran al momento de cruzar y por eso no entiendo el por qué los seres humanos le tienen tanto miedo a nuestra llegada.

Deberían temer por sus acciones en su vida terrenal, porque nada se escapa a los ojos de Dios, aunque todos al final alcancen la redención… así tengan que regresar una y otra vez por lecciones que no han podido aprender o no han querido. Fui humano también, hace tantos siglos ya que ni recuerdo mi nombre ni mi sexo; al

morir, en vez de ser guiado por un reaper, reemplacé al que me buscó, viéndolo caer en un sueño eterno.

Al comienzo, trataba de tener compasión con los moribundos y luego ya sólo hacia mi trabajo, dejé de sentir emoción alguna. Yo sólo existo en el momento en que me necesitan, sea una enfermedad, tragedia natural o un crimen y a veces es tanta la violencia que más de un reaper ha sido convocado para llevar almas.

Yo conozco otros como yo y los he visto irse y a otros más antiguos tomar su trabajo sin la necesidad de cuestionarse el porqué. Creo que cuando vivía, también era inconforme con lo que tenía y creo que en esa época sí tenía emociones. Ahora no es que no las tenga, sólo que no las puedo llevar conmigo al presentarme ante las almas moribundas. Madres que claman tiempo para ver crecer a sus hijos, hombres que ante la guerra caen sin siquiera conocer su descendencia… he sido testigo de traiciones a lo largo de mis siglos de existencia, no obstante también conocí sacrificios de amor tan grandes, que me han hecho preguntarme si alguna vez amé así.

Uno de esos trabajos fue un hombre que se sacrificó para salvar a su hija de morir. Yo sólo sabía de un alma, eran dos los humanos presentes. Traté de observar impávido los acontecimientos que requirieron mi presencia. La niña se resbaló por un abismo y su padre logró detener su caída un instante, para luego aterrarse al saber que ambos caerían, así que al hacerlo, decidió darle a su hija la oportunidad de vivir y fue su cuerpo quién recibió todo el impacto.

Yo lo recibí asegurándole que su hija estaba viva y extrañamente no me pidió más tiempo como hacen casi todos los mortales. Antes de irse a la luz, me aseguró que dejaba a su hija en buenas manos, y cuando volvió a mi esa vieja emoción humana de ser curioso y le pregunté a quién se refería, alcancé a escuchar: "contigo".

El recuerdo

Me crié con mis abuelos paternos, mi madre murió cuando nací y mi papá… murió cuando yo tenía diez años en un accidente. El se sacrificó por mí. Cuando llegaron los rescatistas por nosotros, ya no había nada que hacer por él, yo estaba en shock, solo decía incoherencias, que mi papá se había ido con un hombre de capa blanca por un camino de luz. Siempre recuerdo eso, y lo más extraño es que en los aniversarios del accidente, antes de despertar cada mañana, lo veo a mi lado, velando mi sueño. Mi papá que siempre me visita en sueños, me ha dicho que no le tenga miedo, que pronto yo conocería mi destino.

Aunque no tengo la necesidad de que mi papá me diga eso, ya que desde hace un par de meses se que tengo leucemia y que pronto moriré, por esa razón no me asusto al ver a quién creo la muerte al lado de mi cama. Lo único que me entristece

es que jamás me enamoré y ahora no deseo hacerlo. Dejar un corazón partido tras mi muerte no me hace ilusión, aunque deseo no estar sola en mi lucha. Quisiera tan solo un abrazo cada noche, en especial a los 15 años de que mi padre se fue para siempre. Mis abuelos desde hace años le acompañan y me encuentro sola. Un abrazo, un beso… así sea de aquella sombra que cada año me acompaña en el luto por mi padre.

La encarnación

Esa niña siempre me causó curiosidad, porque no solo fue capaz de ver a su padre irse al otro lado, sino que fue capaz de verme ese día y en cada ocasión en que me le presento. No se cada cuanto lo hago, para mí no existe el tiempo, pero lo que ella supone es que es cada año. Quizás el dolor al acercarse el día me llama de manera inconsciente y por eso velo el sueño de ella. Es el único ser vivo que sabe de mi existencia, generándome un extraño sentimiento de bienestar. Ella llora, por lo que veo, su llama de vida se extingue y le quedan pocas oportunidades de luchar, aunque como reaper solo se con certeza la muerte de las almas casi en el instante en que se cumple.

Quisiera consolarla… ese sentimiento hace que cada día tome más forma, hasta que dejo de escuchar los lamentos de los condenados y tomo forma humana. Cada día estoy más cerca de llegar a ella y solo espero hacerlo antes que deba hacerlo como reaper.

La veo una última vez como sombra, ya que cuando salga el sol, seré tan humano como ella.

Llega el amor

Hoy lo vi de nuevo, pero parecía ya no un sueño, sino una persona real.

—¿Te asusto? —fue su pregunta. Lo primero que le dije fue una mentira, le negué eso. Yo estaba aterrada, pensé que había muerto, Miré hacia mi cama esperando ver mi cuerpo pero estaba vacía. La sombra (o esa persona que está frente a mi y que se parece vagamente al de mis recuerdos se ríe).

—No estás muerta, sigues acá en la tierra y ahora estoy contigo.

—¿Quién eres? —Le pregunto aunque ya sospechaba su respuesta. No dice nada y solo me abraza.

—Esto es lo que pedías, no estar sola. Sé que es estar solo, llevo siglos haciendo mi trabajo.

—¿Eres la muerte? ¿Vienes a llevarme? ¿Te llevaste a mi papá?

—Elizabeth, siempre fuiste curiosa. Soy muerte, soy un reaper. Mi deber es acompañar a las almas en su camino hacia la luz para que no se pierdan. Acompañé a tu padre y ahora solo deseo acompañarte en la vida.

Miré entonces hacia él y cómo no sabía su nombre, no podía decirle reaper o muerte, era un ángel de la muerte… merecía respeto.

—Te llamaré Ángel —y él solo sonrió.

Ángel

Cuando encarné, no pensé en enamorarme, fue algo tan natural que me no me di cuenta de cuando sucedió. Elizabeth me hacia muchas preguntas acerca de lo que había visto a lo largo de mi vida. Era fanática de la historia y yo procuraba complacerla. Llegué tratando de entender las emociones olvidadas en mi corazón, encontrando antes que al lado de ella, yo estaba más vivo que nunca. Llegó a mi entonces ese miedo que no comprendía en los mortales, el miedo a separarme de ella para siempre, a causa de su enfermedad, que cada día estaba más avanzada.

Tenía miedo de ser yo el elegido para llevarla al otro mundo, pero al mismo tiempo sentía repulsión de que fuera otro y así no poder consolarla en el trayecto hacia la luz. Incertidumbre al saber que yo no podía cruzar con ella al otro lado. No quería que pasara lo inevitable, solo que ahora era cuestión de tiempo y el reloj de arena cada vez me decía la verdad.

Sé que llegó a amarme, me lo decían sus ojos, sus besos, sus caricias de un alma enamorada…

Eliza, no quiero que mueras, pensaba y ella al verme sabía de mi aflicción.

—Amor, no seas así, llevas siglos haciendo tu trabajo y te estoy agradecida porque no moriré sola, además has cumplido mi sueño: enamorarme… en estos pocos meses a tu lado aprendí tantas cosas de mí, de la vida, del amor y de la muerte…

—¡Eliza! Aunque sea una sombra de la muerte, ahora soy humano y siento mi dolor también, antes amé pero no recuerdo, y ahora en esta vida inmortal, tu recuerdo hará que mi existencia tenga más color, te amo Elizabeth y desde que te vi por primera vez cuando tenías diez años, nació en mí la necesidad de quererte. Llegué a ser reaper, o como tu me dices, la sombra de la muerte, para acercarme a ti, ya que eras mi destino.

La Certeza

Ángel me dijo que yo era su destino, aunque me fuera al otro lado. Recordé las

palabras de mi padre. Así le conté a mi amado. Se rió cuando recordó que mi papá lo dejaba en mis manos. Ya entendía. Ángel tenía la certeza de que los muertos al cruzar saben más cosas que los mismos reapers. Me pregunta si desea que me acompañe en el camino hacia la luz. Quisiera no hacerlo pero me convertiría en un espíritu errante y mi sombra jamás lo permitiría. Debo dejarlo.

—Eliza, es la hora —Y yo me siento liberada de mi dolor, intento hacer un último chiste pero cae en saco roto.

—Ángel, debo ser la única persona que sabe que va a morir por su propia muerte, eres mi sombra de amor —En todo el camino hacia la luz debo ser fuerte por él, lo veo llorar todo el camino. Nos besamos y no lo veo más en esta vida, porque en el momento de cruzar nos veo juntos en otra vida, como humanos ambos y sé que pronto ocurrirá.

El descanso

Cumplí mi trabajo, mi Elizabeth ya ha cruzado, sin embargo me desvanezco y caigo en la nada, como mi predecesor. No sé qué pasará conmigo, aunque ahora sé que mi Eliza es feliz… está con quienes ama.

Abro los ojos, estoy en lo que creo es un hospital, intento moverme, soy un bebé. Mis recuerdos van desvaneciéndose poco a poco y me queda el recuerdo los ojos y la risa de mi Eliza, y la veo, es otro bebé a mi lado y lo extraño es que me sonríe. Tiendo mis brazos hacia ella y aunque olvide mi vida anterior, sé que el amor que sentí es inmortal, esta vida con ella es el regalo de vida y no la desaprovecharé.

fin

Ariana Di Leoni

(Esperetta)

Almas Gemelas

(Viajes en el tiempo)

"Desde que tengo memoria he tenido estos sueños sobre castillos y una época que no es la mía, de niña pensaba que era sólo mi imaginación, pero ahora ya no estoy segura, siento como si mi alma me estuviera diciendo algo…"

Diario de Gwen, 29 set 2110.

Sus besos cada vez eran más hambrientos, su boca ávida se deslizaba por la garganta de Gwen hasta llegar a sus pechos, luego con esta misma hambre saboreaba sus pezones como si fueran ambrosía divina, Gwen no lo podía soportar sentía como la sangre en sus venas se convertía en fuego líquido, lo quería consigo ahora mismo, pero como siempre él la hacía esperar.

—No seas impaciente— dijo.

—¡Ja! Impaciente, me estas matando.

—De acuerdo, preciosa —la cubrió con esos músculos que más de una vez había tocado y saboreado, se colocó entre sus muslos, podía sentir su virilidad lista, para que hiciera lo que quisiera con ella, Gwen se lamió los labios preparada para sentir la deliciosa acometida….

Pip, Pip, Pip, Pip…

Gwen abrió los ojos completamente frustrada, sudorosa y húmeda.

—Es increíble— siempre le ocurría lo mismo, nunca podía llegar a disfrutar completamente con el hermoso highlander de ojos grises y cabello negro como la noche, y lo peor era que cada vez era más fuerte la necesidad que tenía de él. Por esta razón, había decidido viajar a la Escocia de 1510 y ver si lo que su alma le decía era cierto; lo último que tenía que hacer era ir a buscar a James el encargado de hacerla viajar en el tiempo.

Gwen despertó con un fuerte dolor de cabeza, abrió los ojos y no reconoció el lugar en el que se encontraba, se incorporó y descubrió que no sólo le dolía la cabeza, sino también todo el cuerpo, lo último que recordaba era la explosión que ocurrió un segundo antes de que James la tele-transportara a Escocia, así que ahí era donde se encontraba, y lo que explicaba su vestimenta.

—Con que un viaje cien por ciento seguro ¡Ja! —menudo mentiroso.

—¡Auch! —Acababa de descubrir un pequeño bulto en la cabeza.

Miró a su alrededor y detectó un caballo con todo lo que le había dicho James.

—Al final no resulto tan mentiroso.

Se acercó y montó, debía llegar a Inverness, algo le decía que ahí iba a encontrar lo que deseaba.

Se alejó del camino ya que había leído mucho sobre los salteadores, bordeó el camino siempre escondida entre los arbustos.

Entre los artículos que James le había dejado en el caballo estaba un brazalete con GPS incorporado, que también hacía que entendiera el idioma y lo pudiera hablar.

Siguió el camino por donde le indicaba el brazalete, hasta que en un gran arbusto escuchó algo. Delante de ella se encontraba un hombre escondido entre los arbustos mirando hacia el camino, la posición en la que se encontraba le dio mucha gracia, y se hubiera reído, de no ser porque otro hombre acababa de aparecer con un puñal dispuesto a atacar al acuclillado por la espalda.

Gwen no pudo evitar sentirse furiosa por la falta de honor de éste y sacó su hermoso puñal y lo lanzó contra el atacante rogando no haberlo matado, ya que por más que fuera poco honorable lo que este se disponía a hacer, no estaba dispuesta a cargar en su conciencia con una muerte.

El hombre acuclillado pegó un salto cuando escuchó el quejido de dolor del otro, lo miró sorprendido y luego miró a Gwen aun mas sorprendido.

—¿Nunca has visto a una mujer lanzar cuchillos? También manejo la espada así que no te acerques —le dijo, desenvainándola.

—No te preocupes, no te voy a hacer daño, estoy en deuda contigo me salvaste la

vida, me llamo Lachlan MacDonald… ¿y tú?

Lo miró, calculando si había posibilidad de que le estuviera mintiendo, y decidió que parecía sincero.

—Me llamó Gwendolyn McEwan, pero puedes llamarme Gwen —diciendo lo primero que se le ocurrió ya que no había pensado en su apellido.

—¿Está muerto? —preguntó, mirando al hombre caído.

—No pero se ha golpeado la cabeza al caer, no creo que se levante por el momento, tal vez con un poco de suerte morirá.

—Bueno me tengo que ir— dijo Gwen y se estremeció un poco al pensar en la muerte, pero decidió desechar el pensamiento.

—Si no fuera porque tengo que vigilar el frente te acompañaría a tu destino, ya que éste no es ni el momento ni el lugar para que una doncella vague sola, miles de peligros nos acechan y más en época de lucha de clanes.

—Gracias por tu preocupación pero no es necesaria, se defenderme muy bien.

—Si ya lo veo, hasta luego entonces preciosa.

Se alejó galopando, y pensando que Lachlan guardaba gran parecido con su hombre misterioso, o tal vez ya lo estaba viendo en todas partes por su gran necesidad, dejando de pensar en ello continuo su camino.

—Menuda suerte— dijo Gwen y rió por que no tenía otra cosa mejor que hacer.

Un poco más adelante del lugar donde se había encontrado con Lachlan aparecieron cuatro hombres MacLagan incluido su laird y la acorralaron para robarle todas sus pertenencias.

—Por lo menos corrí con suerte de que esos salvajes no me violaran, ni me arrebataran mi puñal y brazalete —tuvo que esconderlos para que no se los quitaran.

—Maldito seas, Roger MacLagan —gritó furiosa recordando lo que este le había dicho.

—Agradece que andamos con prisa y no te podemos llevar, ni entretenernos un solo minuto contigo cariño, porque de otra manera ya estarías echada de espaldas.

Gwen se ruborizó de ira, pero no dijo nada.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no escuchó los sonidos de la batalla hasta que se encontraba demasiado cerca, se asomó por la cima de la pequeña montaña y miró hacia el valle en el que se estaba desarrollando la batalla entre los MacDonald y los MacLagan.

Observó embelesada la musculatura de todos esos highlanders, eso era algo que

en su época era escaso. Mientras observaba sintió un pequeño pinchazo en su corazón, no sabía exactamente a qué se debía, pero éste hizo que volviera su mirada hacia una zona del campo en específico, y lo que se encontró la dejó perpleja. En medio de la batalla se encontraba su hombre misterioso, en el momento que posó sus ojos sobre él supo que su nombre era Ian MacDonald, laird de Ivengread y que lo amaba con todo su corazón.

Mientras recordaba todo esto, un hombre se le acercaba furtivamente a Ian por la espalda dispuesto a matarlo, Gwen salió de su letargo a tiempo para sacar su puñal y lanzarlo contra éste hombre que al verlo bien no era otro que Roger MacLagan. El puñal le había dado en el hombro pero por lo menos había logrado que retrocediera lo suficiente para darle tiempo a Ian a darse la vuelta y atacar, este sorprendido lo mató de una estocada directa al corazón, luego se giró hacia donde se encontraba Gwen y la miró fijamente, ella sintió que algo se encendía en su interior y observó como en los ojos de Ian aparecía una chispa de reconocimiento.

Ian quedó estupefacto al observar a la hermosa doncella de sus sueños, aquella que había amado desde siempre, ahí encima de la pequeña loma al lado del campo de batalla, lo más increíble era que con sólo verla recordó su nombre, Gwen Stanford, además le parecía inconcebible que ella se encontrara ahí, ya que pertenecía a otra época, y todavía más increíble que esa pequeña mujer le acabara de salvar la vida.

Sin pensarlo dos veces se dirigió hacia ella y ella le sonrío, sintió que se derretía por dentro, al alcanzarla la estrechó contra sí y la beso, ella no podía ni respirar, lo había esperado toda la vida y ahora lo tenía ante sí en carne y hueso.

El beso se prolongó por unos minutos, en los cuales ambos recordaron como sus almas enfrentando la adversidad en el transcurso de los siglos se encontraban una y otra vez, para amarse por siempre, era una necesidad que sólo podía ser satisfecha por la otra mitad y que sin importar el tiempo y el espacio el llamado de su otra mitad los volvía a unir.

—Estás aquí— dijo Ian sin aliento por el apasionado beso.

—Sí, tuve que viajar en el tiempo para llegar a ti, y cuando llego me encuentro con que casi te pierdo por un bruto como Roger MacLagan —dijo mirándolo con adoración, ya que no había otra manera.

Ian miró sobre su hombro y observó como los hombres de MacLagan se dispersaban y sus hombres lo observaban sorprendidos, en especial su hermano Lachlan, que se acercaba a ellos.

—Así que salvaste a dos MacDonald en un mismo día —le dijo a Gwen sonriendo.

—Parece que hemos tenido suerte, en especial Ian que no sólo recibió tu salvación por lo que veo, ¿se conocían? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Desde siempre— dijeron al unísono.

Lachlan no entendió muy bien, pero lo que si entendió fue la mirada que se prodigaban ambos, y que su presencia era innecesaria y molesta, por lo que se retiró.

—¿Qué te parece si me besas otra vez? —preguntó Gwen deseosa de poder sentirlo otra vez contra sí.

—No necesitas decírmelo dos veces —contestó Ian.

Y se besaron apasionadamente hasta que Gwen interrumpió el beso.

—¿Qué te parece si continuamos donde siempre lo dejamos en nuestros sueños? —dijo prodigándole una sonrisa sensual.

—Nunca pensé que fuera real lo que sucedía en mis sueños —dijo Ian.

—Sabes, tampoco sé porque siempre me despertaba abruptamente escuchando un pito ensordecedor —dijo recordando desconcertado.

—Ah, ese era mi despertador— dijo Gwen que no pudo aguantar la risa.

—Ahora guapo, vamos a Ivengread y continuemos donde lo dejamos.

—Vamos —la tomó por la cintura y se dirigieron hacia el caballo de Ian.

—Quiero casarme contigo lo antes posible, no quiero que a ninguno de mis enemigos se les ocurra robarme lo más preciado, ¿Que dices preciosa? —dijo Ian.

—Sí… como si te sorprendieras, sabes que te amo y te amare por toda la eternidad.

—Yo también te amo y te he amado por siempre y te seguiré amando hasta que mi alma agote todas sus fuerzas —aseguró Ian.

Se besaron apasionadamente mientras se dirigían a Ivengread a todo galope.

"Se dice que las almas gemelas están predestinadas a encontrarse una y otra vez durante el transcurso de los siglos, ¿me ocurrirá a mi?…"

Diario de Ian 29 set 1510.

Fin

Beatriz Villen

Deseo improbable en San Juan

(Viajes en el Tiempo - Escocesa)

Estaba en su casa tumbada en el sofá observando las gotas de lluvia, sin pensar, teniendo la mente en blanco. Era como todas las tardes desde que se quedara sola, sin su amor de la adolescencia, sin el calor de su cuerpo tristemente reducido a la nada por culpa de un tumor, una enfermedad que fue acabando con su cuerpo, con su mente y por supuesto con el corazón de ella.

Sin fuerzas para salir adelante ahora soñaba con las fantasías de antes: esos guerreros escoceses fuertes y grandes, tremendamente sexuales; que conseguirían hacerla vibrar de nuevo. Hacerla sentir y disfrutar de la vida, sobre todo en esta noche mágica de San Juan.

Todo el mundo la había llamado para acompañarla a las hogueras, para pedir un deseo probable, para continuar con su vida de nuevo; ella se había negado; pero ahora quería salir al fresco de la noche, al calor de las hogueras y bajar la temperatura de sus sueños.

Salió con *Scooby* -su pequeño chiguagua- de paseo a la playa. Antes de llegar oyó el jaleo, la fiesta, el alboroto y empezó a sonreír. Nadie la tenía en cuenta, estaba disimulada entre tanta gente divirtiéndose. Se acercó a la hoguera más grande, rezó y pensó por primera vez que quería sentir amor, deseo y calor humano a su alrededor y pidió un deseo: que un gran guerrero la raptara y la hiciera de nuevo amar.

Cerró los ojos y oró a todos los dioses presentes, pasados y futuros, con esperanza…

A la mañana siguiente le dolía la cabeza…

¿Por qué acepté beber con aquellos peñistas? ¡Dios mío!, pensó. No sabía que había hecho después, no recordaba nada y ahí estaba. Miró buscando a Scooby -por si acaso lo había olvidado en la playa- pero enseguida notó su pequeño cuerpecito pegado a sus piernas, así que abrió los ojos y le dolían. *Tomaré un analgésico en cuanto desayune* -pensó- y bajó las piernas al suelo, no tocó las baldosas, sus piernas colgaban de la cama… no era su cama… *¿Dónde estaba?*

Miró la habitación, era una estancia grande de roca, la mayor parte de las paredes como si estuviera tallada en la montaña, fresca y un poco húmeda pero tenía un fuego encendido ¡que extraño! Observaba los cortinajes oscuros y pesados, las ventanas no tenían cristales eran estrechas aberturas en la pared, *¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado esa noche?*

De repente la puerta se abrió y entró un hombre alto, grande… y guapo, con un atractivo sexual que parecía atraparte y no podía dejar de mirarlo y de sentir, sobre todo entre las piernas, la sensación de humedad que hacía mucho tiempo que no le ocurría. Este hombre era la imagen de los guerreros que estaban dentro de sus fantasías día tras día.

—¿Ya has despertado, mujer?

Sus ojos recorrían el cuerpo de ella sin ningún tipo de reparo como si fuera el postre más dulce que hubiera visto nunca.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—¿Y tú? —contestó el guerrero.

—Yo pregunté primero.

—¡Ja! —dijo él — aquí mando yo, soy el McDonald, soy el laird, soy quien recibe respuestas y quiero saber de dónde vienes que nunca te había visto. En mis tierras y ayer en la fiesta de San Juan apareciste para mi deleite, viniste conmigo y de repente te quedaste dormida. Ahora debes darme lo que me prometiste sin palabras cuando bailabas en la hoguera. ¿Eres una cíngara?

—No, soy de España, estaba en mi pueblo ayer y tampoco te había visto nunca… ¿eres actor de teatro?

—¿¡Que dices!? Soy el jefe de este clan y señora mía, estáis equivocada, esta tierra es Escocia.

—¡Dios mío! ¡Escocia! ¿Qué dices? —Le contestó con un grito.

Él la miró y acercándose, la tomó del mentón, y depositó sus labios junto a los suyos, ahondando con su lengua, sin darle tiempo más que a abrir sus labios y frotarse sin vergüenza contra él sin poder evitarlo y sin querer hacerlo realmente. Era su sueño y de repente decidió vivirlo y después despertar.

Juntos acabaron en la cama incomoda, como de paja, pero en cuanto sus cuerpos

se encontraron ya no notó nada más que sus manos en las nalgas y su miembro -*¡oh! ¡Dios mío!*- su gran miembro cerca de su ombligo, largo y duro frotándose y haciendo que ella cerrara los ojos y pensara: *¡no quiero despertar antes de que él esté dentro de mí, por favor!*

—¿Qué quieres amor? —preguntó él, con un tono estremecido.

—Te quiero a ti dentro de mí.

—Sí, querida… pero tranquila, puede que te haga daño, soy muy grande para ti.

—¡No! entra en mí con fuerza, demuéstrame que eres el laird de mis sueños, ámame sin parar. No me dejes pensar, solo has que mis fantasías sean cumplidas.

Él mirándola a los ojos embistió y la tomó.

Gritaron los dos y notaron un abismo que se abría, la felicidad y sobre todo llegó el orgasmo de forma simultánea, como siempre había soñado, y él le dijo:

—Eres perfecta para mi eres la envoltura que siempre esperé con ansias. Eres para mí y jamás dejaré que te vayas. No sé quién eres, pero desde hoy eres mi mujer para siempre ¡a ningún otro tomaras! ¡Eres mía!

Y de repente se volvió a endurecer y empezó un vaivén suave pero imparable.

—Repite conmigo estas frases que te voy a susurrar en el oído —Él comenzó a hablar en una lengua que ella no entendía y le ordenó—: ¡Repite!

Ella comenzó a seguirle el ritmo que el marcaba y repetía lo que el decía sin saber ni entender lo que estaba repitiendo. Al final, el embistió y se corrió junto a ella gritando y ella repitió el grito durante su orgasmo y él finalizo:

—Eres mi compañera desde ahora para siempre durante toda la eternidad, con estos votos antiguos yo te desposo y tú me tomas a mí como tu único esposo…

—¡No! —gritó ella— yo ya tengo esposo.

Entonces, el grito de él fue terrorífico, escalofriante. La tensión se formó entre ellos.

—¿Tú tienes otro esposo? ¿Qué dices? Acabas de comprometerte conmigo por nuestro más ancestral vínculo. Tú solo puedes ser mía, tus vínculos anteriores están desechos. Si hubiera habido algo que impidiera esta unión el cielo se abriría y no nos hubiera dejado acabar con el ritual; no puedes estar unida a nadie salvo a mí, que soy tu amo por siempre.

—Pero… yo estaba casada… claro que él murió.

—¿Ves? Así es, él está muerto, por eso nada impidió que el ritual concluyera, pero si alguien lo hubiese impedido yo lo hubiera matado, hubiese acabado con todo lo que te alejara de mi.

Ella se levantó de la cama y paseándose desnuda le pregunto:

—¿Esto es broma ¿verdad? En mi fantasía no acabo casada con nadie, solo es un

sueño caliente.

—Esto no es ningún sueño, mi señora —contestó—, esto es real, tú eres de ahora en adelante mi señora, la futura madre de mis hijos y debes serme fiel y no cuestionarme tanto como en estas escasas horas. No paras de discutirme todo y no lo voy a consentir. Acatarás mis deseos y las órdenes que te dé como tu laird —Ella abrió los ojos y de nuevo la boca, el rápidamente dijo—: Calla y vístete, te espero en el salón para acabar con el ayuno.

Y cerrando la puerta se marchó.

¿Acabar con el ayuno? Pero donde se creía este bruto que estaban ¿en la edad media?

Se cubrió con un vestido que encontró encima de un baúl. Le quedaba un poco grande de talla y un poco corto, se le veían los tobillos pero podría servir; y salió buscando a ese espécimen de una especie en extinción, de los machistas natos.

Ya se iba a enterar, el sueño era de ella y su protagonista tenía que ser dulce con ella… aunque reconocía que cada vez que oía una orden seca se humedecía sin querer, le encantaba, pero no lo iba a consentir. Él debía ser más tierno con ella; solo le gustaba la dominación durante el acto sexual, el resto de la vida ella pensaba y actuaba según sus razones y sentimientos, no los de un macho sin corazón ¡que se había creído!

Bajó las escaleras y lo vio sentado frente al gran fuego. Estaba rodeado de más hombres, las únicas mujeres que había estaban sirviendo algo caliente en los platos.

—Buenos días —dijo ella mirando a todos los que allí estaban sentados. La miraron, luego miraron al laird que la seguía con los ojos entrecerrados, negros en vez de azules que era su color, era como si estuviera enfadado.

—¿Qué sucede? ¿Cómo te atreves a enseñar los tobillos? Todos los hombres están duros mirándote y tú vienes a mí contoneando las caderas pidiendo que te tome como si fueras un saco de patatas y te vuelva a llevar a la habitación.

—¿Cómo te atreves tú? Bruto... impresentable —Todos se quedaron en silencio estudiando a los dos compitiendo por tener la última palabra, ella prosiguió—: Solo he encontrado este hábito monjil que me tapa desde el cuello hasta los tobillos ¿y tú me dices que estoy provocando a tus hombres? Pero… ¿de qué materia estás hecho? Eres insufrible ¡déjame en paz! ¿Habitación? ¿Saco de patatas? Tu nunca más vas a encontrarme en ningún momento en ninguna habitación donde haya una cama.

—Bien —dijo él— ¡Fuera todo el mundo! —Todos se levantaron y comenzaron a marcharse sin dejar de mirarlos y algunos de reírse—, ¿Cama? Mi querida esposa, no es necesaria ninguna cama para hacer lo que sueño con hacerte ahora mismo, ven acércate.

—No —contestó ella.

—Ven, no hagas que vaya a buscarte, no te gustara el castigo.

—¿Castigo?

—Sí, —dijo él— te daré una tunda si no vienes a mi regazo antes de que termine de hablarte.

Ella rápidamente volvió sobre sus pasos, subió las escaleras y se encerró en la habitación apoyándose en la puerta y soltando un suspiro.

Él subió deprisa tras ella y empujó la puerta.

—¡Abre de una maldita vez! ¡Me estas descontrolando mujer! Eres mía y debes obedecer —entró de un empujón y ella cayó al suelo, rápidamente llegó junto a ella y la levantó con suavidad— Cariño… —le dijo— Te hice daño, ¿estás bien, amor?

Ella vio tanta ternura en sus ojos, de un azul limpio, que enredó sus dedos en el cabello de él y atrayéndolo hacia sus pechos le sugirió:

—Sí, creo que tengo mucho dolor aquí —dijo señalando el corazón, o tal vez sus generosos pechos. No estaban muy claras las intenciones de la mujer, pero él tomó con descaro el pezón rosado y lo succionó, llevándola al éxtasis y echando la cabeza hacia atrás.

Suspiró y le dijo:

—Te quiero, pero esto es un sueño. Tú eres el hombre que yo siempre soñé, el que me amaría durante horas dejándome saciada, pero a la vez me dominaría y protegería de todos los peligros del mundo. Pero el mundo dónde yo vivo es otro y seguramente cuando despierte estaré sola de nuevo, pero te deseare a mi lado y sufriré porque tú eres una fantasía y no existes.

—Tócame ¿crees que no existo? —Y llevando la mano de ella sobre su miembro le susurró—: esto es tangible ¿puedes sentirlo?

—¡Oh! lo siento y lo necesito —lloriqueó ella— pero no es real.

—Querida ¿de dónde se supone que vienes?

—Vivo en España en el año 2.011.

—¿Qué dices? Estamos en Escocia en 1.411, tú no puedes decir la verdad.

—Amor, es así en realidad te estoy diciendo que estamos dentro de un sueño, de un deseo improbable de cumplir que yo eché al fuego en la noche de San Juan.

—Cariño… ¿crees en esas cosas esotéricas?

—¿Por qué? —pregunto ella.

—Si de verdad crees, si tu alma y tu corazón de verdad deseaban que ese deseo se cumpliera, la realidad es que las hadas y duendes de Escocia han hecho que tu cuerpo este aquí conmigo y no es un sueño —contestó él—. Mi clan y yo somos reales, existimos, y te han traído aquí para mí. Con el ritual de apareamiento hemos

completado su trabajo. Tú jamás me abandonarás, siempre permanecerás aquí en este lugar, en este tiempo junto a mí y dirigirás ahora el clan conmigo. Serás mi apoyo, mi confidente…

—Pero…

No la dejó continuar, acercándose a ella y colocando las caderas de ambos frente a frente, dijo:

—Tú serás mi mujer, mi amante, mi adorada entre todas, jamás tendré a otra y tú tampoco tendrás a otro, somos uno y así seguiremos durante toda la eternidad, en la tierra y en el cielo siempre juntos siempre amantes. Ven amor y déjame sentir tu cuerpo pegado al mío, sentir tu olor, tu esencia. Te necesito para vivir, sin ti estoy incompleto. Mi gente lo sabe y lo ha aceptado sin problemas, ahora tú debes sentirlo igual y aceptar que esto no es una fantasía sino tu única realidad y podremos seguir con el trabajo y la vida cotidiana. Hay mucho que hacer en el clan y tu debes ayudar en lo que puedas y sepas ¿aceptas lo que te digo?

Siguió el rozando sus pelvis sin descanso, ella estaba ya necesitada de su posesión y diría sí a todo con tal que la poseyera en ese mismo instante. Pero dentro de su mente había dudas y le gritaban que no podía ser cierto y tan perfecto como él decía; era verdaderamente de carne y hueso para siempre ¿debería ella quedarse allí en esa tierra indómita y en ese clan sin posibilidad de regresar a su mundo, en su tiempo? ¿Podría resistirlo?

Se dio cuenta que no le importaba si debía quedarse allí con él, le daba igual dónde y como si él estaba con ella y si realmente nunca se despertaba era su mayor deseo entonces a lo mejor esto era lo que había pedido delante de la hoguera en la playa.

No lo que ponía en el papel, sino sus mayores anhelos eran esta realidad que poseía ahora su esposo, su clan, su nueva vida, ahora no deseaba despertar para ver si era verdad quería seguir durmiendo y soñando que todo era real y que seguiría siendo real aunque se durmiera y volviera a despertar, solo deseaba que fuera en los brazos fuertes de su laird por y para siempre.

—Sí, acepto…

fin

Isabel Luna

La Iniciativa del Amor

(Contemporáneo)

Viernes por la noche…

La oficina estaba vacía. Los empleados se habían ido desde hacía horas. No era de extrañar considerado que era viernes y todo el mundo tendría perspectivas mucho más interesantes que el informe de cincuenta páginas que Alejandro debía estudiar.

Sabía que sería una noche muy larga, por lo que fue a la cocina por una taza de café. Cruzaba el largo pasillo, cuando le llamó la atención una luz parpadeante debajo de una de las puertas. Se dirigió hacia allí y a medida que se acercaba los sones de un blues le llenaron los oídos. Sin dudarlo empujó la puerta y lo que vio lo dejó anonadado.

Recostada en el sofá, rodeada de pétalos de rosa, con la piel dorada por la luz de las velas, apenas cubierta con una maravilla de encaje casi inexistente y con su maravilloso cabello rojo cayendo en cascadas a su alrededor, estaba la perfecta encarnación de sus más prohibidas fantasías, la misma que lo había atormentado durante meses, la que estaba convencido, nunca podría tener.

Totalmente subyugado por la imagen ante él, apenas atinó a balbucear su nombre:

—¿Selene?

Nunca se le había dado bien la pose de *femme fatale*. No era una seductora, era

una ejecutiva fría y despiadada… o tal vez solo demasiado asustada para salir de su cascarón. Era más seguro esconderse detrás de un apretado rodete y una fría actitud profesional. O al menos lo había sido hasta que llegó él.

Desde que lo conoció, su mundo estaba patas para arriba. Verlo todos los días, trabajar hombro a hombro, la había hecho cuestionarse de mil maneras y con impotencia había sentido cómo su máscara se derretía como nieve al sol. No podía evitar sentir lo que sentía… y una vez aceptada esa realidad, había puesto manos a la obra.

Hasta ahora, había probado de todo: miradas ardientes, sugerencias veladas, roces intencionados aquí y allá. Sólo le había faltado arrinconarlo contra la pared. Pero aunque lo había sentido responder en más de una ocasión, Alejandro no tomaba ventaja… y ella ya se había cansado de esperar. Siempre fue una mujer de iniciativa, y no iba a cambiar justamente ahora.

Selene había hecho planes durante semanas, previendo hasta el mínimo imprevisto, pero casi se cae del sofá cuando los ojos cargados de deseo de Alejandro se posaron en ella. Su mirada oscura, hambrienta, abiertamente sexual, fue suficiente para que Selene se pusiera húmeda y caliente y le cosquilleara la piel de anticipación. Aspiró profundamente para darse ánimos y tal como lo había ensayado, se estiró lánguidamente, tomó una copa de champaña de la mesita frente a ella y se la ofreció.

—Empezaba a creer que no vendrías. Te tomaste tu tiempo.

—Selene, ¿qué significa esto? —la voz de Alejandro sonada tranquila. Fue acercándose lentamente, como midiendo cada paso.

—¿Qué crees tú que pueden significar?

—Una broma de muy mal gusto…

—No es una broma —dijo Selene sin dejarse intimidar.

—…o un juego muy peligroso.

—Tampoco es un juego —por primera vez vaciló, Alejandro no estaba reaccionando como imaginó, pero mirándolo a los ojos le dijo claramente —¿Acaso no es obvio que quiero seducirte?

—¿Seducirme?

La incredulidad de Alejandro era genuina. No se esperaba algo así de ella. Profundamente herida y avergonzada, Selene se dejó arrastrar por el nerviosismo acumulado durante las últimas horas y le gritó exasperada:

—¡Maldito seas, Alejandro! Estoy aquí medio desnuda, rodeada de velas aromáticas que ya me están mareando, música que me da sueño y champagne que me hace cosquillas en la nariz y tú lo único que puedes hacer es quedarte ahí parado como si tuviera tres ojos en la cara… —al ver que sólo se limitaba a mirarla, se sintió

morir y sin poder sostenerle la mirada, le dio la espalda—. Olvídalo, es obvio que no entiendes… por favor vete, debo limpiar este desastre.

Alejandro comprendió que había cometido un error garrafal. En su afán de resistirse, no había pensado que su falta de reacción la podría lastimar. Sin pensar en otra cosa que en consolarla, la abrazó por detrás y le susurró con los labios casi pegados a su oído.

—Sí entiendo, querida... y no tienes idea de las ganas que tengo de aceptar lo que me ofreces, pero no puedo hacerlo…

Alentada por ese abrazo y por el tono ronco de su voz, Selene se volvió con una luz de esperanza brillándole en los ojos.

—¿Por qué no? Tú me deseas… lo siento en tu forma de mirarme, de hablarme… cuando me rozas sin querer o a propósito… lo haces de una forma tan especial… y cada vez que paso cerca de ti, siento como tus ojos me siguen, me vigilan… no necesito buscarte porque en el momento en que un calor sofocante me recorre el cuerpo, sé que es por ti… porque estás cerca… — un fuerte rubor cubrió las mejillas de la muchacha y bajó la vista avergonzada —por favor, dime que no lo imaginé.

Alejandro la hizo la levantar la cara para que lo viera a los ojos.

—No, no lo imaginaste. Te deseo como nunca he deseado nada o a nadie. El calor que te invade es sólo un reflejo del mío… y surge en cualquier momento porque ni siquiera necesito mirarte, tan solo recordarte basta para arder por completo… pero no puedo… no podemos…

Selene estaba subyugada por sus palabras y el sonido de su voz, pero la nueva negativa fue como un baño de agua fría.

—¿Hay alguien más?

—¡Por supuesto no!

—¿Entonces por qué?

—¡Selene… eres mi jefa!

Ahora fue el turno de ella de reaccionar con incredulidad.

—¡Y eso a quien le importa! —gritó exasperada.

—¡Me importa a mí! — contestó él de igual forma.

—¿No me digas que eres uno de esos hombres que no soportan ganar menos que su mujer? Sinceramente, Alejandro, esperaba algo mejor de ti… ¡ahora resulta que no eres más que un simio troglodita!

Sumamente ofendido, Alejandro tomó a Selene de los brazos y la sostuvo muy cerca, casi levantándola en vilo.

—En primer lugar, no soy un simio troglodita… solo soy un hombre con dignidad y con un gran sentido de lo que está bien y lo que está mal —le recordó—. Y en

segundo, tú no eres mi mujer.

Claramente ofendida se apartó de él.

—Bueno, gracias por recodármelo.

Alejandro quiso darse de patadas; lo había dicho todo mal, pero es que así como estaban las cosas no podía pensar con claridad. ¿Cómo podía explicarle a esa mujer que no era así como quería las cosas entre ellos?

—Selene… —ella lo ignoró y empezó a apagar las velas y a poner orden —por favor no te enfades… te estás comportando como niñita.

Con actitud beligerante ella se detuvo y lo enfrentó:

—Discúlpame pero tengo todo el derecho de enojarme si se me da la regalada gana… después de todas las molestias que me he tomado para esto… ¿tienes idea de las horas que pasé planeando esto? ¿La cantidad de revistas *Cosmo* que he tenido que leer para lograr la escena de seducción perfecta? ¿El trabajo que me costó conseguir rosas en esta época del año, por no decir el precio que pagué por ellas? ¡Y esto! —señaló el *babydoll* de encaje —¡Fui a una tienda *Victoria´s Secret*, y me enfundé en esto por Dios! ¿Y para qué? Para que el señor me salga con remilgos de señorita victoriana de finales del siglo XIX…

Alejandro se envaró; primero era un simio troglodita y ahora una señorita remilgada… muy bien… demos a la señora una prueba de que tan remilgado podía ser.

El repentino asalto tomó a Selene por sorpresa y la llenó de alivio. Suspirando, se abandonó por completo a Alejandro, abriendo la boca para dejar paso a la agresiva embestida de su lengua, rindiéndose incondicionalmente a la furiosa pasión que sentía vibrar por todo el cuerpo.

Sin interrumpir el beso, Alejandro la alzó contra él y se dirigió hacia el amplio sofá cubierto con pétalos de rosa. La depositó allí con sumo cuidado y la cubrió por completo, desnudándola sin prisas, y deteniéndose a besar cada centímetro de piel que sus manos iban descubriendo.

Selene se entregó sin reservas y Alejandro la devoró por entero. Su boca atacó uno de sus senos sin piedad, chupando y mordisqueando el pezón ya de por sí sensibilizado, haciéndola sollozar de placer. Poco a poco, fue desplazándose hacia abajo dejando un reguero de besos ardientes a su paso, hasta llegar al suave triangulo entre las piernas. Con infinita ternura separó los labios hinchados y aspiró el delicioso aroma antes de hundir la lengua en ese interior aterciopelado con el mismo entusiasmo que un hombre hambriento frente a un banquete. Le recorrió el sexo con la lengua, lamiéndola profundamente, buscando el pequeño e hinchado

punto que concentraba el placer de Selene.

Sin poder soportarlo por más tiempo, Selene aferró un puñado de cabello y lo obligó a alzar la cabeza para fundir sus bocas en otro beso abrasador, mientras deslizaba todo el cuerpo para sentarse a horcajadas sobre él.

Lejos de intentar detenerla, Alejandro la ayudó tomándola de las caderas y colocándola en el ángulo preciso, justo encima de su turgente erección y con un firme movimiento de caderas la llenó por completo. Con un gemido gutural, Selene aceptó la invasión de esa carne turgente mientras sentía que todo su interior se estiraba en respuesta, y correspondió a cada embestida con la misma intensidad, iniciando juntos una danza tan antigua como el tiempo.

El ritmo de la cópula se hizo febril, y perdido todo control, se aferraron el uno al otro con fuerza mientras gritos de supremo éxtasis llenaban el aire cargado del exótico aroma del amor.

Tardaron un buen rato en recobrar el aliento. Alejandro estaba aún firmemente hundido en su interior. Pero sabía que tenía que hablar.

—¿Selene?

—No.

—¿No qué?

—No hables… puedo oír fuerte y claro un enorme y ridículo *pero…*

—No es ridículo.

Selene se incorporó para mirarlo a los ojos con urgencia.

—Sí lo es… mira, sé que el que yo sea tu jefa puede resultar incomodo y es probable que no desees complicaciones…

— Selene…

—…y sé que estoy haciendo mal al decirte esto…

—Selene…

—…y estoy segura que saldrás corriendo de aquí en cuanto lo diga…

—Selene…

—…pero hace tanto tiempo que te a…

Una vez más tuvo que silenciarla a besos, pero esta vez Selene no lo disfrutó. Solo una razón podía justificar su evasiva a escuchar su declaración de amor. Él no la amaba. Afectaría su futuro profesional. Ella no valía el riesgo. Sin poder evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —sollozó entrecortadamente cuando Alejandro liberó su boca—. Sé que piensas…

—¡¿Selene te quieres callar?! —gritó Alejandro exasperado—. Eres la mujer más exasperante, dominante y terca del mundo —aún así, con delicadeza y decisión la tomó de los brazos y la sentó en el sofá—. Te quedas ahí, calladita, ahora me toca hablar a mí.

Acto seguido se paró, se puso los pantalones, no sin antes arrojarle la bata para que se cubriera, aunque el gesto resultó más brusco de lo que hubiera querido.

—No quiero que me digas que me amas.

—¿Por qué? —la angustia en la voz de Selene era evidente.

—Porque ya me has quitado la iniciativa en todo lo demás.

Selene lo miró avergonzada.

—¿Te molesta que haya tomado la iniciativa?

—No… sí… tal vez —suspirando se arrodilló frente a ella— supongo que soy un poco chapado a la antigua, pero te aseguro que es por los motivos correctos. Me habría gustado ser yo quien se tomara todas las molestias que dijiste, halagarte, mimarte, hacerte saber lo especial que eres para mí —le acunó el rostro entre las manos— Selene, te amo… te he amado desde el principio… desde el día en que te conocí…

Con lágrimas en los ojos, Selene se arrojó a sus brazos y le cubrió la cara a besos.

—Oh, Alejandro… yo también te amo.

—Pero…

Ella se apartó enfadada.

—Si te atreves a objetar lo nuestro otra vez porque soy tu jefa, voy a golpearte, y créeme, te va doler… tengo un grado *dan*[14] en Taekwondo.

Él volvió a abrazarla.

—Tienes que entender que no es solo el hecho de que seas mi jefa, también eres una de mis evaluadoras. De ti depende prácticamente todo mi futuro profesional en esta empresa. Con esta situación pondrían en entredicho nuestra integridad profesional y luego la gente…

—¿Te importa más el qué dirán que nosotros? —preguntó iracunda.

—Sí… no… —maldición, no podía pensar con ella cerca— No es solo por mí, también es por ti. Las relaciones de oficina no se pueden ocultar aunque uno quiera, y la verdad es que no quiero ocultar más tiempo lo que siento por ti, pero esto puede provocar que cuestionen tu objetividad en relación a mí y tu reputación se vería seriamente comprometida, cuando no arruinada. No puedo involucrarme sentimentalmente contigo, amor.

Selene le acarició el pecho.

[14] El dan es el grado más alto del Taekwondo, vinculado al cinturón negro.

—Ya estás involucrado sentimentalmente conmigo…

—Lo sé, —suspiró— y no veo cómo podemos solucionarlo.

Selene vaciló, pero decidió arriesgarse.

—¿Y si te dijera que no tienes que preocuparte porque ya previ esa contingencia?

Él la miró con desconfianza.

—¿Qué significa eso?

—¿Prometes no enfadarte porque de nuevo tomé la iniciativa?

—Siempre que tu iniciativa no signifique mi despido…

Selene se ofendió.

—¡Yo no te haría eso!

—Está bien… ¿qué hiciste ahora?

Ella se mordió el labio.

—No te lo puedo decir —al ver que la iba a interrumpir le puso un dedo sobre los labios— todavía.

—¿Cuando?

—El lunes.

—¿Por qué no ahora? —la desafió él.

—¿Confías en mí? —retrucó ella.

Alejandro sacudió la cabeza vencido… pero a la vez encantado de tenerla por fin, de la forma que fuera.

—Selene, me vas a matar… está bien, me rindo… otra vez —con fingida seriedad le advirtió— pero tendrás que ayudarme a matar el tiempo hasta el lunes.

—¿Alguna sugerencia? —su sonrisa era pura dicha.

Tomándola de la nuca, le separó los labios con los suyos introduciendo la lengua profundamente en su boca mientras con la otra mano le desanudaba la bata. Selene gimió de placer, le rodeó el cuello con los brazos y ya no pudo pensar en nada más.

Lunes por la mañana…

¡Donde demonios está esa mujer!

Alejandro estaba que se lo llevaban los demonios. Esperaba desde hacía horas que Selene diera señales de vida, pero era casi mediodía y no aparecía.

Habían pasado todo el fin de semana en el departamento de ella. Durante las horas juntos, habían hecho el amor hasta la extenuación, pero también habían hablado y compartido cosas, gustos, aficiones, miedos; ansiosos por conocerse y por

afianzar el vínculo entre ellos. Alejandro sentía que su amor por Selene crecía por segundos y a medida que ese sentimiento arraigaba en él, la posesividad por esa mujer lo inundaba de manera incontrolable.

No había querido perderla de vista en ningún momento y solo se separaron cuando fue necesario que él fuera a casa para cambiarse e ir al trabajo. Alejandro quiso volver a por ella pero Selene insistió en que llegaran por separado, y aunque sabía que estaba siendo irracional no pudo evitar sentirse molesto.

Paseando inquieto por su oficina, lo tomó de sorpresa el sonido del intercomunicador.

—¿Diga?

—Alejandro, soy Guillermo, necesito que vengas a mi oficina ahora mismo.

Totalmente tomado por sorpresa, Alejandro solo pudo balbucear un "enseguida" y colgar. Se puso la chaqueta y se dirigió a la oficina del Director General, el superior directo de Selene. Algo le decía que ella tenía algo que ver con esto.

Sus sospechas fueron confirmadas cuando, tras golpear la puerta y recibir la orden de entrar, se encontró con que en el despacho de Guillermo lo esperaba su adorado tormento.

Con una inclinación de cabeza saludó a ambos y se sentó. Selene se mantenía distante, pero no le extrañó, era parte de la mascarada profesional. Guillermo empezó a hablar.

—Hace unas semanas, Selene me puso al tanto de una situación que les hacía imposible seguir trabajando juntos. En circunstancias normales, eso ameritaría el despido de uno de los dos, o más concretamente, en el tuyo, Alejandro. Sin embargo, Selene ha hecho una muy elocuente defensa del caso, y por esa y otras razones he decidido seguir su consejo —su tono de voz era serio, pero sonrió al mirar a Selene.

Por el rabillo del ojo, Alejandro vio que ella se ruborizaba, pero le devolvía la sonrisa, y una llamarada de celos lo hizo apretar los dientes. No le gustaba que Selene le sonriera a otro hombre.

—La empresa es consciente de tus extraordinarias aptitudes —continuó Guillermo—, y todos están de acuerdo en que dejarte ir sería un error. Así que han decidido hacer algunas excepciones y trasladarte directamente a mi departamento sin esperar las evaluaciones finales. En otras palabras, se te concede el ascenso por adelantado. Cumpliremos con las formalidades después de la revisión anual, dentro de tres meses — luego pidió a Selene que los dejara.

Ella había permanecido callada en todo momento y no había mirado a Alejandro ni una sola vez, pero cuando se levantaba buscó sus ojos y le dedicó una media sonrisa, que él no le devolvió.

Cuando quedaron solos, Alejandro fue directo al grano.

—Guillermo, quiero la verdad.

—Te la dije: dejarte ir no sería inteligente; aunque no solo por tus aptitudes sino porque si te fueras, Selene no tardaría en seguirte.

—¿Acaso ella…?

—No, ella no dijo eso —lo interrumpió— pero no hay que ser un genio para imaginarlo… dadas las circunstancias —por fin Guillermo le dijo lo que esperaba escuchar— Alejandro, se te habría ofrecido el ascenso tarde o temprano. Selene solo precipitó las cosas.

El comentario divirtió a Alejandro.

—Sí… es experta en eso de precipitar las cosas...

—La verdad, mi amigo —continuó Guillermo en tono socarrón— no sé si admirarte o sentir lástima por ti.

—¿Porque va a volverme loco?

—Y porque aunque reconozco que Selene es maravillosa, la verdad es que si no terminas matándola, será solo porque te suicidaste primero…

Las carcajadas se oyeron en todo el piso.

"¡Qué demonios está haciendo!"

Selene hervía de rabia. Durante toda la tarde se había mantenido ocupada para no caer en la tentación de tomar por asalto la oficina de Alejandro. Se contuvo únicamente porque no le había pasado desapercibida su reacción negativa durante la reunión de la tarde, y quería darle tiempo y espacio para que se calmara, y porque no quería que la acusara nuevamente de robarle todas las iniciativas.

Él, por su parte, tras una larga conversación con Guillermo, había vuelto a encerrarse en su despacho... y ella *sabía* que seguía allí. La paciencia nunca había sido su fuerte, y una vez más estaba harta de esperar.

Con paso firme cruzó el pasillo, sin detenerse a llamar empujó la puerta, entró… y quedó subyugada con la imagen ante ella.

Desnudo, recostado en el sofá, sin pétalos de rosa pero con la luz de docenas de velas que iluminaban cada centímetro de piel bronceada, con ojos que la estaban devorando en ese mismo momento y la sonrisa más pecaminosamente devastadora que le hubieran dedicado a ninguna mujer, estaba el sueño hecho hombre que la había atormentado durante meses.

—¿Alejandro? —preguntó Selene con una sonrisa.

Él se limitó a ofrecerle una copa de champaña.

—Te estaba esperando… tardaste demasiado…

Estaba jugando con su escena de seducción y Selene estaba encantada. Para cuando llegó al sofá, ya estaba medio desnuda y se entregó con ansias a las caricias y besos de su amante.

—¿Alejandro, estás enfadado?

Sin dejar de besarla, él preguntó:

—¿Doy la impresión de estarlo?

—Es que esta tarde… —él la silenció con un beso.

—Lo sé, amor. Y lo siento. Me tomó un poco de tiempo entender… pero finalmente lo hice.

Rebosante de dicha, Selene se apretó más contra él.

—¿Entonces, esta es nuestra celebración o mi recompensa?

Otra devastadora sonrisa le envió descargas eléctricas por todo el cuerpo.

—No, mi amor… *esta* es *mi* iniciativa…

Fin

Karina Khar

Ojos Azules

(Paranormal)

Volvía a soñar con él, esos intensos ojos azules jamás podría olvidarlos…

Sumi se lavaba la cara nuevamente, con agua fría después de este sueño, pero… ¿de verdad sería un sueño?, tenía varias semanas fantaseando con este desconocido de hermosos ojos azules, pero los sueños eran cada vez más intensos y parecían tan reales…

—Déjalo ya Sumi, te estás trastornando —se dijo a si, misma— Los problemas con Daniel te están volviendo loca. —Pero no pudo dejar de observar sus labios hinchados y rojos, como si alguien hubiera pasado la noche besándolos, así como el hormigueo y las marcas en sus pezones, como si se hubieran dado un banquete mordiéndolos, gozándolos…

Apagó el agua del lavamanos y salió de cuarto de baño, mas frustrada que antes, pero con esa sensación de satisfacción después de una buena noche de sexo. Cosa que era imposible, pues desde que el médico les dio la noticia que sería casi imposible tener hijos, no había vuelto a hacer el amor con Daniel, su marido.

Sumi amaba tanto a su marido, que se sentía muy culpable por los sueños que tenia, hasta temía dormir, pues no podía parar de soñar con esos ojos azules. Se soltó el cabello, subió a la cama y se tapó con las cobijas suspirando. Una noche más que dormiría sola, pues Daniel estaba de guardia en la jefatura de policía del condado.

No supo en qué momento se quedo dormida, pero la sensación de una lengua lamiendo en su coño, unas manos moviéndose por sus caderas la hicieron ser

consciente de que ya no estaba sola.

—Mmmm nena, estas tan mojada y deliciosa como siempre, amo tu sabor —su voz hizo que todo el cuerpo de Sumi se tensara —tranquila, relájate y disfruta.

Pero esta vez Sumi no cedería tan fácilmente, después de todo era su sueño.

—Detente y sal de mis sueños. —Pero esa lengua siguió trabajando y penetrándole el coño.

Sumi gimió de placer, luchando entre detenerlo o dejarlo que siguiera con sus planes.

—Dije que te detengas, ¿acaso no sabes lo que significa no?

—Sumi, sé lo que piensas de mis visitas, pero nena, ya te dije que no soy un sueño —gruñó Dante apretando los dientes—, soy tu esposo, vengo de otra dimensión y no cesaré, hasta que regreses conmigo.

—Pero… ¿cómo puedo ser tu esposa? yo estoy casada con otro hombre, ¿lo ves? —explicó Sumi, mostrándole la fotografía de su boda con Daniel, en la que se veían tan enamorados.

Dante tomó el portarretratos y lo estrelló contra la pared.

—Sumi, no sigas provocándome con eso, estoy a nada de desintegrar a ese bastardo por atreverse a tomar lo que me pertenece.

—Yo no te pertenezco ¡No soy tu esposa!, ni siquiera sé quién eres.

Pero el arrebato de cólera de Sumi se desvaneció cuando vio la mueca de dolor que hizo Dante ente sus palabras.

Dante la tomó de las manos y apretándolas entre las suyas dijo:

—Nena, sé que por ahora tu mente no me reconoce, pero hay algo que no puedes negar.

—¿Qué? —preguntó intrigada.

—La forma en cómo tu cuerpo responde al mío —y reforzó su declaración tomando sus labios y haciéndoles el amor.

Eso era algo en lo que inexplicablemente, tenía razón. Su cuerpo reaccionaba ante el menor roce o caricia, se rendía ante él con una facilidad que la tenía pasmada, pues ni Daniel, su esposo podía hacerle sentir y reaccionar a su cuerpo, como lo hacía Dante. Era como si de verdad, ese hombre la conociese profundamente.

Mientras sus labios seguían saqueando y la lengua penetrando la boca de Sumi, las manos de Dante no se quedaron quietas y subieron su camisón hasta la cadera, las posó en su trasero y le amasó las nalgas mientras la estrechaba contra sí para que sintiera su dura erección. Sumi gimió de placer, sorpresa y un poco de miedo, sentía como sus bragas estaban ya húmedas y en su interior crecía la necesidad.

Dante se separó de ella solo el tiempo necesario para sacarle el camisón,

inmediatamente continuó saqueando y excitando cada lugar sensible de Sumi. Sus manos estaban sacando sus bragas, y después pellizcando sus pezones. Los labios de Dante fueron explorando en la mejilla, el cuello y los senos turgentes de su mujer —porque lo reconociese o no, Sumi era su mujer—. Tomó ambos entre sus manos hasta juntar lo picos duros y los metió en su boca. Sumi no podía detener los gemidos, el placer que le provocó esa acción fue tan intenso.

—Lo sé nena, se cómo te excita sentir que succionan tus dos senos a la vez—. Cómo supo eso, no le importó, siempre que continuara amamantándose de sus pechos de esa manera.

Dante se colocó sobre ella y ésta abrió sus piernas para acomodarlo fácilmente, la erección de Dante presionaba la entrada de Sumi, y ella comenzó a mecer las caderas contra las de él. Fue el turno de Dante para gemir, disfrutaba tanto de la sensación mojada del coño de su mujer frotarse contra su erección.

Dante soltó los pezones de Sumi y clavó su penetrante y hermosa mirada, de un azul tan inusual como profundo, en ella.

—Te amo, lo entiendas o no, así es, prometí hacerte feliz y juro que lo conseguiré. Borraré de tu rostro esa expresión de tristeza y no dejaré que vuelvas a derramar una sola lágrima más.

Sumi, vio en sus ojos tanta determinación que por un momento creyó que podría ser real, entonces recordó por qué había estado llorando esa noche y una lagrima rodó por su mejilla.

—Me gustaría poder creerte, mi hermoso caballero de ojos azules, pero lo que yo más deseo es imposible hacerlo realidad.

Fue tanta la ternura que Sumi vio en esa azul mirada, y tanto el dolor que Dante vio en Sumi.

—Lo tendrás amor mío, juro por mi honor que tendrás lo que tanto deseas, aunque eso me signifique perderte.

Dante cerró los ojos, apretó la mandíbula, penetró hasta el fondo y de una sola embestida a su mujer, se quedó quieto un largo instante, tan largo que Sumi pensó que no se movería más.

—¿Dante?

Era la primera vez desde que encontró a su amada esposa que lo llamaba por su nombre, escucharlo de sus labios casi lo hace estallar, lo llamaba justo cuando él estaba decidido a dejarla ir.

—Ya voy pequeña, solo déjame sentirte un poco más, déjame disfrutarte y gozar de la sensación de tu coño envolviéndome.

Un momento más tarde él empezó a moverse dentro de ella, al principio suave y lento, le cubrió los labios con los suyos y la besó muy largamente, tomando de ella

todo lo que podía y dándole cuanto podía de él. No quería pensar en éste como el último beso, o en que sería la última vez que le hacía el amor, a su amor.

Pero en ese momento Sumi le rodeó las caderas con las piernas y Dante perdió el control, se perdió a sí mismo en los brazos de la mujer a la que amaba.

Sumi despertó esa mañana muy satisfecha, como cada día que soñaba con Dante, pero ese día fue diferente, prevalecía una sensación de pérdida y de tristeza, le llegaron imágenes de su sueño en que después de hacerle el amor toda la noche, Dante se alejaba dándole un beso apasionado en la boca, uno largo sobre su pecho a la altura de su corazón y uno más profundo sobre su vientre.

—Te amo —dijo Dante mientras le besaba el corazón—. Los Amo —dijo mientras Dante le beso el vientre.

¡¿Dante?! ¿Desde cuándo le había puesto nombre a ojos azules?

Sumi dejo de soñar con Dante —No, Dante no, ojos azules—, sus problemas con Daniel comenzaron a solucionarse, hablaron, y se esforzaron por retomar su vida conyugal y por hacer de su matrimonio lo que había sido en el principio.

Meses después ocurrió un milagro: Sumi dio a luz un bebé grande y sano…

¿Y adivinen qué?

Tenía intensos y hermosos ojos azules.

fin

McIntyre

LUJURIA:
5 Amantes, 5 Reflexiones

(Erótico)

VALARIE

Sexo. Me gusta… de hecho, me encanta.

Quien haya dicho que las mujeres no son tan sexualmente perversas como los hombres es un completo ignorante además de retrógrado. Aunque realmente me da un poco de pena ese tipo de hombre… ha debido utilizar mucho su propia mano para satisfacer esa enorme lívido que poseen los machotes como él y que ninguna mujer ha sabido saciar (sí, estoy siendo irónica). Y que conste que no tengo nada en contra de la masturbación, de hecho soy fiel y devota practicante. En realidad, estoy segura de que la gran mayoría de personas en edad adulta lo es, a pesar de que parece tabú admitir que te gusta meterte los dedos hasta el fondo o meneártela hasta quedarte bizco, pero muy a gusto.

¿Por qué creéis sino que el 99,9% de los galanes de las novelas románticas tienen todos manos *callosas y fuertes*, aún siendo duques, jeques, reyes… en definitiva, gente que no ha tocado un pico o una pala en su puñetera vida? No hay otra explicación. O al menos a mi angelical mente no se le ocurre otra buena razón.

Tenemos que aceptar que somos seres sexuales. Yo lo he hecho, y los cuatro hombres con los que convivo y follo tan a menudo que suelo necesitar crema para el escozor en mis "delicados pétalos en flor", también.

Ahora mismo, con mis brazos atados a la espalda y mi lengua profundamente

enterrada en el culo de Beckett, intentando que se corriese sólo con ese estímulo, no querría cambiarme por nadie en el mundo. Podía sentir la presencia de mis otros amantes esparcidos por la habitación, duros, expectantes e impacientes, esperando el estallido erótico que todos sabíamos que sería el comienzo de una fabulosa y primaveral tarde de sexo desenfrenado.

Quizá os preguntéis como he llegado hasta esa posición… literalmente. Bueno, generalmente no necesitamos demasiadas excusas para follar de cualquier forma que se nos ocurra, pero esta vez sí que hubo una mecha que prendió el fuego.

Por cierto, creo que no me he presentado, mi nombre es Valarie. Ni Valerie, ni Valeria… simplemente Valarie. No hay nada más peligroso que unos padres escogiendo un nombre para uno de sus retoños… permitidme hacer un pequeño inciso y dirigirme a los futuros padres que estén leyendo estas líneas: pensad que ese diminuto bebé cuando crezca tendrá que ir al colegio, donde deberá socializar con otros *dulces* críos, cuyas mentes son tan retorcidas que podrían ser los protagonistas de cualquier serie televisiva sobre psicópatas super-peligrosos. Aún tengo pesadillas escuchando a mis némesis parvularias balar y reírse de mi "nombre de oveja". ¡Grrr!

¡Oh! ¡Beckett se corre! Ya noto como su culo estruja mi lengua… quizá con unos cuantos húmedos movimientos más…

NICHOLAS

Bisexualidad. Algunos lo llaman vicio, otros una forma de vivir la sexualidad plenamente.

Por mi parte, siempre he sospechado que era bisexual, el problema ha sido que hasta hace siete años no me había atrevido a intentar nada serio con otro hombre. Cuando nos comprometimos en esta atípica relación a cinco bandas, acabé no sólo follando a Valarie, sino también a Tanner. Y más tarde a Jackson… aunque sería más apropiado decir que Jackson me folla a mi… el culo de Jackson sigue siendo tan virginal como a los 4 años, excluyendo las veces que le hacemos una mamada e introducimos algunos dedos furtivos en ese tierno agujerito, claro… acabará cayendo en el *lado oscuro*.

Un tenso y masculino gemido resonó en la habitación y contemplé como Valarie sonreía mientras los chorros de semen de Beckett se esparcían por todos lados. Realmente, yo mismo estaba a punto de explotar. Ver a nuestra mujer arrodillada y restringida en cada extremidad, con la barra de metal sujetando sus tobillos bien abiertos, sin poder cerrar esas tentadoras piernas, con sus brazos atados a su espalda por esa gruesa cuerda que tanto la gustaba sentir en su piel… Y Beckett… Joder. No sabía a quién de los dos follar primero.

Sería la primera introducción de Beckett en el sexo anal, así que quizá debiese

dejar que lo iniciase Jackson o Tanner. Los miré a ambos. No. Tanner definitivamente no. Estaba tan deseoso de enfundar su polla en cualquier hueco húmedo, cálido y profundo como lo estaba yo mismo, con esa urgencia quizá dañasen a Beckett. Debíamos ser pacientes y abrirle bien antes de joderle.

Siempre he pensado que el sexo anal puede convertirse en auténtico y refinado arte si se tiene maestría en esa afición. Un arte muy placentero. Me sorprende que haya quien incluso lo considera una aberración… solo diré 4 palabras al respecto: probadlo y después juzgad. Es exquisito. Sientes como la polla de tu amante te controla completamente, experimentas una sensación de poder y sumisión a la vez. Dolor y placer unido. Pocas cosas me gustan más que chupar la polla de cualquiera de mis amantes tras haberla utilizado para follar el culo de Valarie, o de Tanner. Es un acto que implica intimidad, pasión por los otros, oscura perversión… pero ahora mismo, en lo único que podía pensar al ver la sensual escena que sucedía delante de mis propios ojos era en utilizar mi hábil lengua para otro menester…

TANNER

Perversión. ¿Quién decide lo que es perverso y lo que no?

No hay nada prohibido entre gente adulta y consciente de sus deseos y anhelos más profundos. La perversión es un apasionante mundo por descubrir.

Yo puedo considerar perverso un matrimonio que pasa la totalidad de su vida sexual realizando fielmente cada viernes la postura del misionero. ¿Dónde está la pasión y la espontaneidad? Si yo fuera la mujer que tiene que soportar los dos minutos de follada de ese maromo cada viernes, metería un dedo bien profundo en su culo mientras hace el esfuerzo de clavarme su enorme pollón de cinco centímetros en mi coño. Quizá le guste y se anime a probar cosas nuevas. Definitivamente, a mi me gustó.

Cuando era un adolescente restringido por mi propia anodina familia, solía encender el televisor a las cuatro de la madrugada, en los canales en los que sabía que podía encontrar porno, y sentarme en la oscuridad de nuestro enorme salón a pelármela como si no hubiese un mañana. Recuerdo perfectamente el día en el que fui descubierto por mis padres con los pantalones del pijama por los tobillos y la polla jugando al escondite en mi puño… Fue un auténtico drama, os aseguro que si hubiese matado y descuartizado a treinta mujeres embarazadas de trillizos no hubiese recibido por parte de mis padres tanta animosidad. En la actualidad, además de no tener ningún trato con mis padres ya que no aceptan a un "desviado" (como ellos me llaman) en su casa, vivo una vida plena y feliz con mis cuatro amantes.

Y hablando de ellos…

Tras ver como Nicholas y Valarie limpiaban con su lengua todo el semen de

Beckett de su cuerpo, no pude resistir más tiempo y agarré a Valarie de las caderas, levantándola mientras me sentaba en el suelo y apoyaba la cabeza sobre el asiento del sofá, al lado de Beckett, y sentándola justo sobre mi ávido rostro. Era el cielo. Podía sentir la fría barra metálica que separaba sus piernas apoyada sobre mi estómago. Su coño estaba completamente abierto sobre mi cara, saqué la lengua y comencé a lamerlo desesperadamente. La sujeté fuerte de las caderas para que no tuviese oportunidad de moverse, no quería que se corriese tan rápido, antes quería catar muy a fondo su sabor. Sentía los espasmos y gemidos provenientes de su restringido cuerpo y eso sólo incrementaba mi placer y determinación por comérmela y saborearla como al más exquisito manjar.

Sentir su cuerpo sobre mi rostro era algo extraordinario, siempre me había gustado la sensación de sumisión que implicaba esa posición. Pero a la vez, era yo quien tenía el poder de hacer correrse a mi amante cuando así lo deseara…

BECKETT

Juguetes. Los juegos son necesarios en nuestra vida, cada etapa tiene una clase diferente de distracciones.

Cuando era niño, jugaba con la pelota soñando con ser un famoso futbolista algún día, mientras arrancaba la cabeza a las muñecas de mis dos hermanas. No me preguntéis porqué lo hacía, supongo que disfrutaba haciéndolas rabiar un poco, por eso de ser chicas y no querer jugar conmigo. De adolescente, quería jugar… a los médicos con mi vecina de enfrente. Bueno, de hecho, aún sigo queriendo jugar a los médicos con mis cuatro amantes. Cuando sea anciano; no sé, lo más probable es que continúe queriendo auscultarles, ¿quién sabe lo que nos deparará el futuro? Pero si que sé lo que quiero hacer en este preciso momento…

Levanté las restringidas piernas de Valarie hasta mi hombro de forma que quedó sentada completamente y sin ningún apoyo sobre el rostro de Tanner. Guié mi polla hasta su delicioso coño e hice resbalar mi verga a través de él hasta dar con la ocupada boca de mi otro amante. Inmediatamente sentí su lengua sobre ella. Era increíble estar atrapado entre ambos… pero necesitaba más. Me puse de pié ágilmente, acarreando a Valarie conmigo hasta alcanzar ambos una posición vertical y de un solo empuje entré en su húmedo coño. Observé como Tanner se levantaba y hacía lo mismo en su apetitoso culo, bien abierto debido a su flexible posición, con sus atadas piernas apoyadas sobre mi torso y hombro. Inmediatamente ambos comenzamos a follarla de forma dura y contundente, como sabíamos que a ella le gustaba. Nuestros gemidos combinados inundaron la habitación, no íbamos a durar mucho, lo sabíamos, pero fue Jackson quien acabó con nuestro clímax.

Presentía que era lo que Jackson buscaba cuando me ordenó detenerme mientras se formaba lo que iba a ser un fantástico orgasmo. Quería follarme. Habíamos

acordado que hoy sería cuando sentiría por primera vez a otro hombre en mi culo, estaba deseoso de que eso sucediese. Había visto el placer que Nicholas y Tanner obtenían en esos momentos, y anhelaba sentir lo mismo. Sabía que uno de ellos lo haría, de hecho, incluso imaginé que quizá fuese la propia Valarie con el strap-on[15] que la regalamos en su último aniversario, ya había hecho uso de él en varias ocasiones, y su sonrisa había sido radiante cuando empuñó su nueva y recién adquirida arma sexual.

Los juguetes sexuales habían sido una constante en estos siete años. Esposas, cadenas, cuerdas, vibradores, dildos, arneses de todo tipo, abrazaderas para pezones, látigos, paletas, estimuladores de clítoris y de próstata, fustas, mordazas de bola o anillo… lo que nos gusta lo utilizamos infinidad de veces, lo que no, lo desechamos. Había pasado los últimos días preparando mi culo para este momento con los plugs anales[16] que me recomendaron mis amantes. Cada noche lamían mis pelotas mientras me introducían e inflaban esos juguetes… la sensación era apabullante. Ahora, sólo me preguntaba cómo sería sentir el palpitante calor de una de verdad…

JACKSON

Dominación. Es imposible para mí no sentirla corriendo por mis venas, pero eso no significa que sea una bestia, quiero que mis amantes gocen tanto o más que yo con su sumisión.

No es fácil encontrar una pareja que esté dispuesta a compartir una relación D/s[17]. Lo primero y principal; ¿Cómo le dices a tu amante, completamente vainilla[18] hasta el momento, que deseas atarla y darle unos cuantos azotes sólo para ver sus nalgas rosadas y sentirlas arder? Y si él o ella no te ha dado una bofetada, llamado "hijo de puta" y dejado plantado por ese primer acercamiento al mundo de la sumisión… ¿Qué haces después? Las personas tenemos muchas inhibiciones. Hay quien permite que le follen el culo pero no que le besen. O chicas que prefieren hacer una mamada antes de que las hagan un cunnilingus[19] por vergüenza a tener tan cerca de su coño la cara de su amante. Y no nos olvidemos de los tipos que

[15] Es un arnés sobre el que se ubica un consolador, una vez que el usuario se lo ha puesto simula ser unos genitales masculinos. Puede ser utilizado tanto en relaciones heterosexuales, homosexuales, de dominación, etc.

[16] Son dilatadores anales diseñados para facilitar la penetración. Hay de muchos materiales, tipos y tamaños; hinchables, con vibración, con forma de diamante, de cono…

[17] Es una relación de dominación-sumisión entre una pareja que está integrada por una parte pasiva, que adopta el rol sumiso, y una parte activa, que a su vez adopta el rol dominante. El término se engloba en la escena BDSM.

[18] En el argot BDSM, se denomina *vainilla* a las personas que practican sexo convencional, sin interés por experimentar nuevas formas de erotismo.

[19] Sexo oral practicado a una mujer.

estarían dispuestos a realizar un trío con su novia y otra chica, pero denominan "depravación" a hacer lo mismo pero en un menage M/F/M[20]…

Si, es difícil encontrar a tu "media naranja", o más bien medio *racimo* en nuestro caso… por mi parte, jamás pensé que encontraría la felicidad y plenitud sexual, pero a lo largo de estos siete años ha sido precisamente eso lo que he obtenido.

Eché un vistazo a mis amantes, todos ellos esperaban pacientes, dispuestos a obedecerme. La luz del atardecer entraba a través de los ventanales del salón, iluminando sus sudorosos cuerpos de forma irresistible. Ahora mismo agradecía la vena exhibicionista de Nicholas, quien siempre insistía en mantener completamente abierto el cortinaje de su hogar. Lo miré. Una conocedora sonrisa atravesaba su rostro. Su contención siempre me asombraba. Aún no se había corrido, pero mantenía una postura relajada en el sofá, con su mano en el coño de Valarie, moviéndola lentamente. Y Valarie… su culo continuaba empalado por la enorme verga de Tanner, pero ambos se habían sentado al lado de Nicholas. Beckett era el único que aún estaba en pie. No dejaba de moverse levemente, estaba nervioso, pero también excitado teniendo en cuenta la longitud y firmeza de su polla. Deseaba lo que iba a ocurrir. Todos lo deseaban.

Me preparé para comenzar a impartir órdenes, mis sumisos amantes las cumplirían en cuanto las hubiese pronunciado. Era un juego al que nos encantaba jugar, nuestros roles estaban bien definidos, y los papeles eran bien interpretados.

Con el paso de los años dejamos en evidencia a aquellos que pensaron que nuestra relación acabaría a los 3 días, en cuanto nos cansásemos de follarnos unos a otros. Se equivocaban. También nos amamos, es algo que muy pocos comprenden. Y lo cierto es que ahora mismo me da absolutamente igual lo que el resto de la sociedad opine sobre nuestra atípica vida en común.

Muchas veces hemos sido insultados, y las murmuraciones son una constante en nuestra presencia. Al comienzo lo único que quería era partirles la boca, si, lo siento, soy firme defensor de la Ley del Talión[21]. Actualmente, tras hablar sobre ello con mis amantes hemos adoptado la profunda y filosófica idea de Tanner: "Nuestra relación es como una partida de Tetris[22]… todos debemos encajar con el resto de las piezas. Y lo mejor es que nos acoplamos cojonudamente, así que, si somos felices, que le jodan al resto del universo".

Y, siguiendo esa magnífica premisa…

[20] Relación sexual entre tres personas, dos de ellas del género masculino (M) y una del femenino (F).

[21] El término *Ley del Talión* se refiere a un principio jurídico de justicia retributiva en el que la norma imponía un castigo que se identificaba con el crimen cometido. De esta manera, no sólo se habla de una pena equivalente, sino de una pena idéntica. La expresión más famosa de la ley del talión es "ojo por ojo, diente por diente"

[22] Es uno de los videojuegos más populares, consiste en rotar y desplazar piezas ortogonales de distintas formas mientras descienden a diversas velocidades por la pantalla. Si esas piezas quedan bien encajadas a lo largo de toda la partida, se gana el juego.

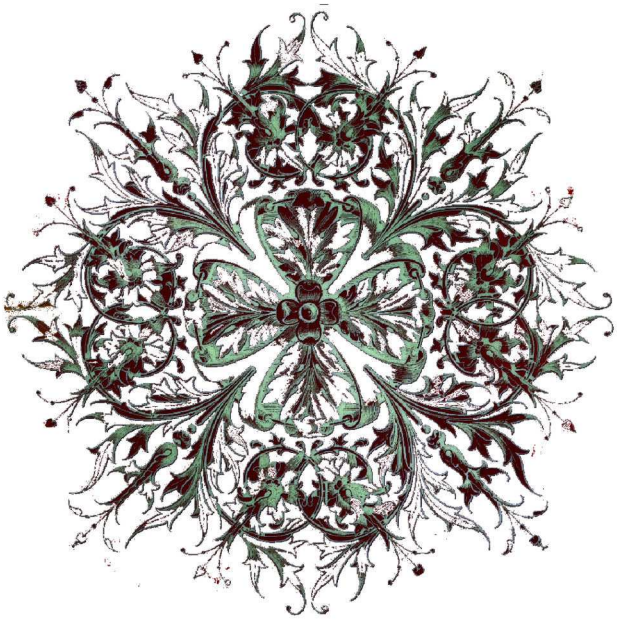
—Beckett, ponte de rodillas y chupa la polla de Nicholas. Quiero que sitúes tus manos abriendo bien tus nalgas para mí, no las muevas de ahí o serás castigado. Nicholas, aparta tu mano del coño de Valarie, se correrá únicamente sintiendo a Tanner en su culo.

Una ola de salvaje excitación y anticipación se hizo palpable en la habitación. Iba a ser una magnífica tarde.

Disfrutaremos de un magnífico futuro… juntos.

fin

Relatos de nuestras Mimadas



Atenea

Mía

(Contemporáneo)

No se escuchaba siquiera un suspiro dentro de aquel pequeño departamento en el cual yo vivía. Como en típica película de terror, acerqué mi rostro hasta el frío ventanal para ver como todo se encontraba tan tenebroso como mi hogar.

Las calles carecían de luz alguna y la tormenta que atacaba despiadadamente la zona hubiera sido de mi más sincera admiración si no hubiera sido porque la maldita me había despojado de la electricidad… con el pánico que yo le tenía a la oscuridad.

Tratando de auto convencerme de que todo estaba bajo control, encendí la cocina en mi pequeño espacio de estudiante y puse agua a hervir para hacerme un té.

Las cosas parecían irme de mal en peor cada vez que intentaba hacer algo para mejorarlo y eso me estaba cansando. Al momento de buscar una taza, mi mirada recayó sobre el anillo que mi ex mejor amigo me había regalado para mi cumpleaños, y unas inservibles lágrimas –las cuales no eran para nada bienvenidas– se aglomeraron en mis pupilas.

¿Qué sentido tenía llorar sobre leche derramada? —pensaba mi razón… pero cada vez que le recordaba, mi corazón solo lograba llorar.

—Deja de ser tan masoquista, Lea —me auto-reproché mientras que tomaba un gran sorbo del caliente líquido que me hizo ver estrellas por el ardor, pero no, el destino no me permitió tomarme unos míseros segundos para maldecir ya que se escucharon tres fuertes golpes en la puerta, aquello logró quitarme la poca cordura que me quedaba.

Tomé el bate que me había regalado mi padre por si alguna vez precisaba protegerme y me dirigí hacia la entrada, donde dos golpes más se dejaron escuchar.

—¿Quién es? —alcancé a articular, quería que mi tono sonara desafiante y seguro de sí mismo, pero mis manos constantemente temblando me delataban.

—Soy Eldrian, así que deja el maldito bate bien lejos de mi vista y abre la puerta, ¿te ha pasado algo, Lea? —escuché la voz de mi ex mejor amigo y sentí un nudo nacer en medio de mi estómago. Abrí la puerta resignada sabiendo que pretender no estar en casa ya no era una opción.

Apenas mis ojos se chocaron con los de él, noté que sus grises y gélidas pupilas de siempre se habían transformado, mostrándose intensas y extremadamente preocupadas. Toda su persona se encontraba empapada debido a la tempestad del momento y sus ropas daban lástima, en una fría noche de invierno como aquella, se agarraría la pulmonía de su vida.

—Ve a mi cuarto sin chocarte con nada y busca en el ropero, debe haber alguna ropa que te hayas olvidado —fue mi simple y fría bienvenida, aunque unos segundos después pude notar que seguir mis órdenes no estaba en sus planes.

Finalizó la distancia entre nosotros en dos pasos y tomando mi rostro entre sus manos, depositó impertinentemente sus labios sobre los míos. Sorprendida, coloqué mis manos sobre su húmedo pecho, intentando así separarlo, pero él era mucho más fuerte, y por la forma en la que intentaba besarme, se podría haber dicho que se encontraba decidido a lograrlo.

Con su mano derecha, la cual lentamente se había trepado por mi nuca y con sus dedos que acariciaban mi oído, me exigió inclinar mi rostro mientras que su boca mordía febrilmente mi labio interior. Si bien aquella situación debería haberme hecho enfadar, mi corazón y mente estaban demasiado confundidos como para comprender qué estaba ocurriendo; y mi cuerpo, el muy traidor, comenzaba a derretirse debajo del calor de Eldrian.

Sin siquiera poder impedirlo, mis manos ascendieron hasta quedarse cómodamente rodeando su cuello con una llave. Mis labios comenzaron a responder lenta y tímidamente a sus exigencias, y sus brazos me amarraron a su cuerpo oprimiéndome por la cintura.

Aún con la puerta a medio cerrar y con el gélido viento proveniente de los pasillos del edificio, Eldrian seguía allí, en mi hall, y besándome como nadie lo había hecho antes. Esta vez, asegurándose de que yo no me echaría a la fuga, como la vez anterior —y la primera en que intentó besarme.

Robándome el aliento que me quedaba, su lengua ingresó a mi boca, buscándole guerra a mi alma, como toda la vida lo había hecho. Nunca dándome paz, siempre arrastrándome hasta el borde de la desesperación y a veces de la locura, Eldrian se había hecho paso a mi corazón, y parecía que aquella noche quería establecer su

autoridad sobre mi espíritu.

—Eldrian… —susurré entre besos y él se separó de mi lo mínimo y necesario, simplemente lo justo como para clavar sus ahora apasionados ojos sobre los míos…

—Eres mía, y no quiero que te olvides de ello… has sido siempre mía, quieras aceptarlo o no. No soy el hombre perfecto, lo sé, pero juro que te amaré como nadie más lo ha hecho. Te llevo anhelando por demasiado tiempo, he intentado ser paciente y comprensivo, pero me lo haces imposible, Lea. Cada movimiento, cada sonrisa, cada mirada me llama a besarte y no hacerlo consume todas mis fuerzas. Pero ya no estoy dispuesto a esperar a que un día te despiertes y aceptes que también estás enamorada de mí. Me decidí que simplemente te iba a robar el corazón… ya que hace años que tienes el mío.

—No entiendo… tu siempre me dijiste que me veías como una hermana…

—¿Y arriesgarme a que entraras en pánico y te largaras de mi vida? Ni loco… pero no quiero que tengas miedo, Lea. Soy yo, Eldrian, y nada va a cambiar entre nosotros… al menos no demasiado —sonrió con aquella media mueca tan característica de él. Cualquiera que no lo conociera, diría que estaba pecando de petulante y arrogante, pero yo me sabía ya hasta su forma de respirar al dormir… en verdad, aquella era tan sólo una máscara para esconder su inseguridad. —Cuando me enamoro, Lea, lo hago en serio, y prometo que suspiraré sólo por ti, pensaré sólo en ti, te amaré sólo a ti. Eres mi vida, pequeña, y quiero dejar de pretender ante el mundo que te veo tan sólo como una amiga…

—Pero… Samantha, y Lucy, y Victoria….

—Si… te dije que no era perfecto, no estoy orgulloso de decir esto, pero sólo estuve con esas chicas para intentar olvidarte. Pensé al principio que tan sólo era un capricho, que te quería porque eras prácticamente la única mujer que jamás podría tener… pero estoy cansado de intentar luchar en contra de esto… y sé que me quieres, muy en el fondo. No sé si me amas… mejor dicho, no sé si me amas como preciso que me ames, pero decidí que ya no me voy a quedar sentado esperando que las cosas simplemente ocurran.

—Cómo ha cambiado la actitud… ¿primero soy tuya y ahora no sabes si te amo como precisas?

—Una cosa no quita la otra… —dijo simplemente, mientras me besaba nuevamente y sentí como todas mis barreras comenzaban a flaquear.

Eldrian era mi mejor, y jamás me animaría a hacer nada para perderlo, por eso jamás le dije que durante la secundaria, tuve una GRAN confusión con él… Sin embargo, estando entre sus brazos en esos momentos, teniendo sus labios entre los míos y sintiéndome amada como nadie antes me había hecho sentir, inmensas dudas se presentaban delante de mi razón.

Tal vez no había sido tan sólo un capricho, tal vez simplemente había bloqueado

todo por miedo de salir lastimada… pero ya no había necesidad, no ahora que Eldrian me había confesado que también me amaba.

—Pues tendrás que esforzarte bastante si quieres que esto funcione.

—Haré todo lo que esté en mí para que no salgas corriendo como la primera vez, eso te lo juro… ya que si vamos al caso… eres mía.

Fin

Grace Lloper

Fantasías en un elevador

(Erótico)

—¡Pare el ascensor, por favor! —pidió Rebecca saludando con la mano al portero y corriendo por el palier de entrada del lujoso edificio de departamentos donde vivía en el piso 13.

¿Número 13? ¿Mala suerte?

No era una mujer supersticiosa, pero sí muy precavida, y a sus treinta y cuatro años de vida ordenada, estaba harta de serlo.

Cuando se acercó al ascensor, se dio cuenta de quién sostenía la puerta: era su cuarentón y apuesto vecino, cuyo poder de mojar su entrepierna con solo verlo, era alarmante.

—Buenas noches, señor Gianni —saludó con una sonrisa— gracias por esperarme.

—Señorita Vasconcelos, ¿cómo está? —contestó con una sonrisa— No tiene nada que agradecer, con el otro ascensor en mantenimiento, no podía permitir que esperara de vuelta éste, menos aún mojada como se encuentra y a ésta hora de la madrugada.

Los ojos del señor Gianni vagaron desde su cara hasta su torso.

Rebecca bajó la vista y se dio cuenta que su camisa blanca de seda estaba empapada por la lluvia y las aureolas de sus pezones excitados por el agua y el fresco de la noche, podían verse claramente debajo del corpiño de encaje del mismo color.

—El 13, por favor, —dijo ruborizándose ligeramente y apartando la tela de sus exuberantes senos— y llámeme Rebecca, hace años que somos vecinos, creo que corresponde.

—Mi nombre es Ángelo —contestó, oprimiendo los botones— y sé perfectamente cuál es su piso. De hecho, sé muchas cosas sobre ti... Re-be-cca —pronunció su nombre como en un susurro.

Ella lo miró sorprendida, pero se recompuso enseguida.

¿Estaba flirteando con ella?

—No me sorprende, uno percibe mucho sobre los vecinos, con solo observar sus hábitos —contestó pícaramente— yo también aprendí muchas cosas sobre ti a lo largo de estos años… Án-ge-lo —lo dijo con el mismo tono de voz sensual que él había utilizado, poniendo énfasis en el "ge" de su nombre, que se pronunciaba "ye".

A través del vidrio transparente del ascensor panorámico, vieron las luces de un relámpago y dos segundos después escucharon un trueno muy fuerte. Las luces parpadearon y Rebecca se alarmó, dando un pequeño salto hacia la puerta, alejándose del vidrio.

En ese momento, se apagaron las luces y el elevador paró estrepitosamente, arrojándola en brazos de su apuesto vecino, quién la atrajo hacia su cuerpo; tomando posesivamente su cintura con las manos como si estuvieran hechas a medida para encajar con sus curvas, y su muslo se deslizó entre los de ella. Aquellos puntos de contacto la centraron, la mantuvieron anclada, el miedo se esfumó.

El ritmo de los latidos de su corazón iba acompasado con el que retumbaba en la boca de su estómago, en la garganta, en las muñecas, en la entrepierna. Se escuchó otro trueno y él la presionó aún más contra su creciente erección, podía sentirlo.

Se quedaron muy quietos, y sin poder evitarlo, la mano de ella se deslizó por el hombro hasta llegar a su nuca, haciéndole una invitación silenciosa. Su pelo oscuro le hizo cosquillas en los nudillos, y el calor de su mano pareció quemarle a través de la suave seda de su camisa. Su estómago se inundó de calor mientras se restregaba contra su entrepierna.

Ángelo alzó una mano hasta su pelo, y la instó a que echara la cabeza hacia atrás. Cuando deslizó los labios por su cuello desnudo, Rebecca soltó un jadeo. La acercó más hacia su cuerpo, y ella se rindió totalmente a sus deseos.

Llevaba años añorando sentirlo así, y sabía que él también. Lo había visto en sus ojos cuando la miraba con lujuria, lo había sentido en sus manos las veces que la había tocado en ocasiones sociales.

Todo estaba a oscuras, solo se filtraban en la cabina cerrada los relámpagos del exterior y las luces de la ciudad a lo lejos. El acompasado y rápido latido de sus corazones, contrarrestaba el monótono ruido de la lluvia al chocar contra el vidrio.

—¡Santo Cielos! —dijo él mientras lamía su cuello y bajaba hasta su hombro— no te imaginas las veces que he soñado con tenerte así en mis brazos.

—Lo sé… no hables más, solo hazlo.

Ángelo no desaprovechó un solo momento y tomó posesión de sus labios, aflojándola y reclamándola, y ella hizo lo mismo. Cuando se encontraron lo sintió hacer una rápida inspiración, y sacó la lengua para lamérselos por encima. Blandos, dóciles, dispuestos. Se besaron más profundamente.

Por fin, cuando estaba a punto de derretirse, le entreabrió sus labios con la lengua y ella probó su sabor. Sabía a vino y a algo muy masculino, muy excitante. Su cuerpo estaba encendido, sus pechos hinchados. Deseaba que la tocase.

Con las manos de él sujetándola y su cuerpo apretándose contra ella, se entregó por completo a aquel beso, contestando cada gemido, cada suspiro. Y se sintió más viva que nunca.

Ángelo tampoco podía pensar. Por el momento, lo único que parecía capaz de hacer era besarla, acariciarla. La atracción existió desde el primer momento, de modo que no lo sorprendía. Lo que le llamaba la atención era la intensidad, el ansia abrumadora que lo consumía por hacerla suya.

El cuerpo de ella apretado al suyo, sus senos comprimidos contra su pecho, hacían que le hirviera la sangre y sus gemidos lo volvían loco.

Ah, sí, sus manos estaban ahí, en sus hombros, en sus brazos, en sus pechos, rozándole suavemente los pezones, endureciéndolos hasta dejarlos en punta. Su boca, cálida, ansiosa, le acarició un hombro, mientras sus manos casi desgarraron la camisa, hicieron a un lado el obstáculo que representaba el corpiño de encajes y luego sus labios se cerraron reverentes sobre un pezón. Un suave tirón, otro, y luego uno largo con succión, caliente, mojado, cerrando la boca alrededor.

Las manos de ella tampoco estaban quietas, vagaban por sus hombros, desprendieron los botones de su camisa y sus dedos ansiosos recorrieron sus duros pectorales cubiertos de espeso vello oscuro.

Él levantó su falda y bajó sus bragas, hundiendo sus dedos dentro de su calor, un dedo, luego otro, sacando y metiendo, comprobando que estuviera preparada.

—Estás tan mojada y caliente —dijo él, ansioso.

—Por favor, hazlo… no puedo aguantar más —respondió ella, metiendo la mano entre ellos y abriendo la cremallera de sus pantalones para liberar su duro y caliente miembro, abarcándolo con las manos, acariciándolo mientras él gemía.

Ángelo no necesitó que se lo dijera dos veces, ayudado por las expertas manos de esa cálida mujer, se introdujo en su apretado interior con un solo movimiento rápido y certero. Entonces empujó profundamente dentro de ella, y por un increíble y desgarrador momento, Rebecca no se preocupó. Sus ojos se abrieron de repente,

y gritó contra su boca mientras un profundo gemido escapaba de él.

Una vez que estuvo completamente dentro, se apretó contra ella y acarició sus senos, los abarcó totalmente y comenzó a juguetear con sus pezones mientras iniciaba la danza de empuje y retroceso.

La tenía atrapada contra la dura pared del ascensor, y se movían al unísono, como locos enajenados, ella levantó una de sus piernas para darle mayor acceso y lo apretó contra sí con el talón, mientras acariciaba la piel de su espalda que quedaba expuesta y lo arañaba con sus uñas.

La lengua de él se hundía repetidamente para encontrarse con la suya, y sus manos se movían apretando, acariciando sus pechos y alrededor de su cintura. Ella se arqueó contra él. Sus muslos estaban mojados.

Él empujó hacia arriba, y Rebecca gimió cuando la elevó contra la pared. El pulso palpitante entre sus piernas se intensificó, ahogándose con el latido de su corazón.

Rebecca no sabía de que agarrarse para no caerse, mientras la follaba con ímpetu. Él sacó las manos de dentro de su camisa, se incorporó y empezó a masajearle las nalgas con una mano mientras con el pulgar le acariciaba detrás, metiendo y sacando su intruso dedo, acompañando los movimientos de su pelvis, volviéndola loca.

Sus ojos ardieron en los suyos y empujó otra vez.

—Esto es lo que necesitas —susurró él—. Necesitas ser follada —la embistió—. Y follar.

¡Sí! Era verdad. Ella jadeó con cada embestida, la presión creciendo dentro de su cuerpo, mientras él parecía estar siempre empujando, nunca retirándose.

—Tómame dentro de ti, bebé —gimió él, embistiéndola otra vez.

El cuerpo entero de Rebecca comenzó a sacudirse y abrirse. Sintió que todo dentro de ella iba a romperse. Y lo deseaba.

—Tómame todo. Ábrete para mí.

Y él empujó con tanta fuerza contra ella y llegó con tanta ferocidad que Rebecca estalló. La liberación fue rápida y explosiva. Él gruñó descontrolado y ella gritó. Ángelo se corrió y se corrió, bañando su interior con la caliente lava de su semen.

—No te muevas, Rebecca —dijo mientras salía de su centro y metía dos dedos dentro de ella, observándola extasiado justo cuando un relámpago iluminó la cabina. —Quiero sentir en mis manos tus últimos estremecimientos. —Ella presionó sus dedos con los músculos vaginales y él gimió—. Mmmm, maravilloso.

Rebecca suspiró y se apoyó en su torso, lamiéndole el cuello.

Sacó los dedos de su interior, y metiéndolos en su boca, dijo:

—Dulce como el néctar… quisiera probarte con mis labios, lamerte entera, meter mi lengua en tu suave coño y beber de ti hasta saciarme.

Ella rió y lo miró a los ojos, poniendo distancia entre ellos y tratando de recomponer su aspecto.

—Lo harás, te lo prometo —dijo suavemente.

Él acomodó su ropa, levantó una perilla y las luces se encendieron, luego giró una llave y el ascensor cobró vida de nuevo.

Bien jugado, pensó al darse cuenta que en ningún momento se fue realmente la luz.

Ángelo le hizo un guiño travieso al ser descubierto, y con galantería, le cedió el paso para salir del elevador, siguiéndola de cerca, observándola contornear sus caderas.

Rebecca abrió la puerta de su departamento y entró, encendiendo las luces.

—Hola, Lucía ¿Cómo se portaron los niños?

—Muy bien, señora —contestó la niñera somnolienta, levantándose del sofá de la sala— A Maia le costó dormir, pero Lucas y Fabri están en cama hace horas… ¿lo pasaron bien durante la cena?

Mejor dicho "después de la cena", pensó él.

—Muy bien, gracias, Lucía —contestó Ángelo, sacando su billetera y pagando sus servicios.

Una vez solos, Ángelo estiró a su mujer hacia él y le dijo:

—Lo del ascensor estuvo excelente, amor… ¿Cuál es tu siguiente fantasía?

Rebecca se acercó a él, pensando en lo maravilloso y sano que era hacer realidad pequeñas fantasías para reavivar el amor y escapar de la realidad cotidiana.

Ronroneando como una gatita, contestó:

—Lo que tú quieras, adorado esposo mío —se pegó a su torso y le dio un dulce beso en los labios, diciendo—: Te amo.

—*Ditto*[23], mi amor…

Fin

[23] Ditto: frecuentemente se utiliza para referirse a algo que se ha mencionado anteriormente o más arriba, hablado o escrito se usa para evitar la repetición de alguna declaración a la que con esa expresión se hace referencia.

Iris Martinaya

Fuego

(Contemporáneo)

El calor era abrasador. Becca luchaba por meter algo de oxigeno a sus pulmones, peleando el preciado elemento con el humo que se adueñaba de la pequeña estancia. Los cristales vibraban, y ella sabía que tenía pocos segundos antes de que estallaran en mil pedazos cediendo a las lenguas de fuego que les asediaban.

Tenía que Salir de allí, lo sabía, pero el sonido que había llegado a sus oídos no era algo que estuviera dispuesta a ignorar.

El llanto le había llegado tan claro como si el bebé estuviera a su lado, pero por más que buscaba no lo hallaba.

Se agachó para aspirar otra bocanada de aire contaminado y avanzó hacía la apertura que daba al dormitorio.

A pocos metros de allí, se podía escuchar como sus compañeros se afanaban en sofocar aquel infierno. También oyó alguna orden, dirigida especialmente a ella, pero la ignoró con decisión.

Iba a encontrar a aquel niño y a ponerlo a salvo.

Y lo hizo. Encontró el pequeño bulto envuelto en toallas, que pataleaba y lloraba histérico, preso del miedo.

Eso era buena señal, pensó sin detenerse a examinarlo. Corrió casi a ciegas hacía la salida con su preciada carga, esquivando las llamas que caían sobre ellos como luciérnagas incandescentes.

Nada más salir del edificio, un ATS le quitó al pequeño de los brazos mientras que

otros le preguntaban con insistencia si necesitaba atención. Becca negó con la cabeza al tiempo que se sacaba el casco y se secaba las lágrimas que el espeso humo le había provocado. Su mirada se cruzó con la de Tyler, que la enfocó con reprobación. Sus ojos grises, fríos como el hielo y a la vez tan ardientes que podrían derretirla, parecían desear gritarle: "¡ESTUPIDA!"

Becca se apoyó en la taquilla, se inclinó para despojarse de las pesadas botas y con un suspiro entrecortado se sentó en el banquillo para quitarse el resto de su ropa ahumada.

Se sentía satisfecha, pletórica. Y tan cansada como si no hubiera dormido en una semana, pero nada de eso importaba. Había salvado una vida, y eso era en lo único en que podía pensar.

Miró de reojo a sus compañeros. Por primera vez desde que ingresó en el cuerpo de bomberos se había sentido útil. Había actuado de manera firme y decidida, sin titubeos, tal y como le enseñó su instructor. Ni siquiera el nerviosismo que se apoderaba de ella cuando tenía cerca a Tyler, el miedo de hacer algo mal y ganarse otra de sus reprimendas, había podido en esa ocasión con sus ganas de superarse, de mostrarle al resto del retén de lo que era capaz, de salvar a ese niño que lloraba desesperado. Se estremeció al recordar la imagen, el sonido de sus sollozos.

Tenía que reconocer que todos sus compañeros estuvieron a su lado, ayudándola a integrarse. Todos menos Tyler, que pensaba que ella era de porcelana y que podría romperse. Y en el fondo estaba segura que el resto, en algún momento, habían pensado igual que él, y por eso le ordenaban siempre las labores más sencillas. Todos la creían incapaz de enfrentarse con su enemigo natural: el fuego.

Pero esa noche no. Esa noche había demostrado de lo que era capaz. Su cara manchada de hollín y la ceniza que adornaba su traje ignífugo lo atestiguaban. Además de la vida que había salvado, se repitió llena de dicha.

Volvió a suspirar, cansada pero contenta por lo que había logrado demostrar. Ya no estaba allí porque su tío fuera el capitán, ya no la miraban como al lado débil al que había que proteger, como la niña a la que les habían colocado para que entretuvieran, sino como lo que había soñado ser desde que era pequeña: un bombero.

El fuego siempre le resultó fascinante. Un adversario difícil, al que vencer era todo un honor, pero al que jamás había que subestimar.

Tyler era el único que no parecía reconocer su merito. Durante todo el trayecto de regreso al parque la había mirado acusatoriamente.

¡Como si ella hubiera puesto en peligro su vida por capricho!

Los vestuarios fueron vaciándose poco a poco entre felicitaciones y risas por el monstruo al que habían vencido, mientras que Becca seguía perdida en su particular hoguera.

Después del fuego lo que más le fascinaba era Tyler. Tenía que admitirlo, aunque le pesara. Desde que llegó al cuerpo, se había sentido irremediablemente atraída por él. Aunque el sentimiento luchaba con la ira que le provocaba el trato que él le daba, que no veía en ella más que otra víctima de la que cuidar en las salidas de urgencia que hacían a lo largo de sus turnos.

También le había dejado claro que no le era indiferente, que estaba dispuesto y libre. Pero Becca no necesitaba la complicación de un hombre en su vida en esos momentos, y mucho menos de uno con el que trabajaba y que le había puesto la etiqueta de "frágil" nada más verla.

Lo único que ella quería era centrarse en su trabajo, en demostrar a todos que merecía, que era digna de encontrarse entre ellos.

Parecía mentira que, con los tiempos que corrían las mujeres aún debieran esforzarse el doble para demostrar que estaban capacitadas, pero así era. Becca aprovechaba cualquier rato libre para seguir entrenando, estudiando informes antiguos que su tío le pasaba, lo que fuera necesario con tal de demostrar que era tan capaz como el que más. Pero sobre todo, trataba por todos los medios de evitar la presencia magnética de ese hombre que con movimientos acompasados se había despojado a pocos metros de ella de su propio uniforme.

No pudo evitar fijarse en sus hombros tensos, en el sudor que le corría por la espalda. Aunque le avergonzara reconocerlo, sus ansiosos dedos deseaban desesperadamente recorrer aquella piel tersa, aquellos músculos que se adivinaban tan duros como el acero.

La boca se le secó, se paralizó. Sentía tanta humedad entre las piernas que pensó que de un momento a otro se convertiría en un charco a los pies de aquel hombre.

Por suerte, él y todos los demás habían abandonado el vestuario antes de que ella terminara de desvestirse.

Después de una ducha reparadora, con el pelo aún húmedo y recogido en una coleta, unos vaqueros gastados y una camiseta de tirantes, salió a la oscura calle ya de madrugada.

El motor de un coche rugió. Se detuvo junto a la acera justo cuando Becca se disponía a cruzar. La puerta se abrió para ella y la voz profunda de Tyler salió del interior del vehículo.

—Sube. —Ordenó. Becca se moría por subir, no podía negar que deseaba a aquel

hombre con todas sus fuerzas, las rodillas le temblaban cada vez que oía su voz y se estremecía si accidentalmente la rozaba. Pero era tan arrogante y estaba tan seguro de que iba a conseguir lo que quisiera de ella, que…

No dijo nada, sólo lo esquivó y continuó caminando hacía la boca del metro.

Los pasos apresurados de Tyler tras ella le advirtieron de que él no dejaría las cosas así. Y lo demostró al tomarla con firmeza por el brazo y girarla.

Becca acabó cara a cara con él. Sus bocas estaban tan cerca que casi se tocaban. La respiración agitada de Tyler le acariciaba los parpados que ella cerró por la intensidad del momento.

Por unos segundos ninguno de los dos habló. Tyler seguía sosteniéndola por el brazo y exhalando su cálido aliento sobre ella.

—¿Estás loca? —preguntó rompiendo el momento. Becca se sacudió de su agarre y retrocedió dos pasos.

—¡No lo estoy! Soy igual de capaz que tú —le dijo sin necesidad de preguntar a que venía aquello. Tyler apretó los dientes, y volvió a tomarla por el brazo.

—¿Cómo te pones en peligro de esa manera? —le reprochó—. ¿No viste que aquello era un puto infierno? —gruñó.

—El bebé…

—Había veteranos allí dentro —apostilló él—. Ellos se habrían encargado. ¿Sabes lo cerca que has estado de…? —La soltó y se pasó las dos manos por el pelo aún mojado.

Becca volvía a respirar con agitación. El nerviosismo de Tyler la sorprendió.

—¡Dios! —exclamó—. He pasado tanto miedo —susurró mientras la sorprendía más aún estrechándola en sus brazos, apretándola contra ese pecho en el que Becca había deseado tanto estar—. Prométeme que no volverás a ponerte en peligro —le pidió—. Prométemelo —exigió ante el silencio de Becca que poco a poco salió del embrujo que era estar en sus brazos.

Entonces estalló.

—¿Pero qué dices? Tyler, este es mi trabajo. Estoy preparada, soy tan capaz como tú —le repitió—. ¿Por qué os empeñáis en hacerme quedar como una inútil, porque me menospreciáis?

Tyler pareció desconcertado.

—¿Menospreciarte…? No lo hago. Al contrario. Yo… Yo no puedo soportar verte en peligro —confesó lo que ella ya sabía, pero no le sirvió.

Becca no sabía que pensar. Le gustaba Tyler, le gustaba mucho. Pero no por ello le

pondría en semejante tesitura. Su tío la quería, y respetaba su decisión y su derecho a dedicarse a lo que le gustaba. Por Dios, aquel era su trabajo, lo que había soñado desde niña, y lo hacía bien. Esa noche se lo había demostrado a todos. El resto del equipo se lo había hecho notar lanzándole miradas de respeto. Sin embargo él…

Se alejó enfadada consigo misma. Había creído inútilmente que él también la respetaría, que la valoraría. Pero no había sido así. Al contrarío, había pensado que podría llegar, abrazarla, dejarla sentir su cuerpo contra el de ella y después pedirle que… ¿dejara su trabajo?

Becca no estaba muy segura a lo que él se refería. Pero a eso le habían sonado sus palabras. "Quédate en casa, nena. Yo cuidaré de ti".

Maldito capullo, pensó sin darse cuenta que lo hacía en voz alta y sin percatarse de que Tyler la seguía de nuevo.

—Rebecca —la llamó con tono imperioso—. Deja al menos que te lleve a casa.

—¿Por qué? —Becca se giró bruscamente—. ¿También vas a decirme que no es seguro para una mujer andar por la calle a esta hora?

—Siento decirte que sí. —Justo en ese momento un grupo de chicos de dudosa estética pasaba junto a ellos, dándose codazos entre ellos, silbando y riéndose a carcajadas. Becca sabía que ella sería su blanco de haber estado sola, aunque una vez más le fastidiara reconocerlo; él tenía razón.

Accedió de mala gana y le siguió al coche que aún permanecía arrancado a pocos metros de ellos.

Tyler subió tras el volante y pisó a fondo el acelerador. Becca imaginó que volcaba su ira en el pedal y sonrió internamente por el poder que tenía de cabrearle.

Aunque, ¡maldita fuera si no tenía toda la razón!

Durante todo el trayecto, Tyler no dijo nada más y Becca se dedicó a jugar con la correa de su mochila que llevaba sobre las piernas.

No era la primera vez que Tyler la llevaba a su casa, pero esa noche las cosas habían cambiado entre ellos. En pocas palabras se habían dicho más que en todos los meses que llevaban trabajando juntos y eso había cambiado su relación.

Aún estaba pensando en cómo despedirse de él cuando el coche entró en el barrio donde vivía desde que, al cumplir la mayoría de edad se mudó independizándose de su tío con el que había vivido desde la muerte de sus padres.

El edificio era una vieja construcción de tres plantas en la que vivían algunos estudiantes y un músico que les daba los fines de semana ensayando hasta altas horas de la madrugada o antes de que amaneciera. Pero tal y como estaban los alquileres en la ciudad, Becca no podía quejarse.

Se bajó del coche sin darle lugar a Tyler a que dijera nada. Pero conociéndolo, sabía que él no iba a marcharse sin más.

La siguió hasta el portal y sin que Becca pudiera detenerle, la acorraló contra la pared de ladrillo rojo de la fachada.

Las llaves le temblaban en los dedos, mientras los de Tyler recorrían sus brazos desnudos y se detenían en el borde de su camiseta de tirantes.

Becca no podía dejar de mirarle, y a él parecía sucederle lo mismo. Sus ojos grises relucían en la oscuridad, pero ella podía ver la tormentosa pasión que ardía en sus retinas.

—No sabes lo que siento cuando te tengo cerca… —susurró—. Y es peor aún cuando no estás —confesó acercándose cada vez más, presionando contra sus caderas. Becca contuvo una exclamación cuando le sintió palpitar contra su vientre—. Cuando no sé dónde estás, cuando te imagino en peligro… —continuó antes de inclinar la cabeza.

Al fin los labios de Tyler descendieron sobre los suyos. Becca, deseosa de sentir sus besos abrió la boca. Sus manos recorrieron el contorno de su torso, hasta llegar a su cuello, de donde se colgó como una adolescente en su primer beso.

Tyler, sintiéndose aceptado, bajó los dedos por su espalda, hasta su trasero, y la alzó contra sí, sosteniéndola entre la pared y sus propias caderas, donde ardía la prueba de su deseo por ella.

—Invítame a entrar —pidió sin abandonar sus labios.

Becca dejó caer las llaves y Tyler las atrapó usando una mano para sujetarla y la otra para abrir el antiguo portal de entrada.

Subieron hasta la segunda planta sin dejar de besarse, de tocarse, de mirarse…

La puerta del apartamento se cerró dejando el mundo fuera. Ahora no había compañeros, peligros, ni miradas de desaprobación. Aunque allí tenían un fuego que apagar aún más intenso y abrasador que el que habían vencido esa noche. Uno en el que los dos estaban deseosos de quemarse. Se arrancaron la ropa, ansiosos por sentirse, por verse, por acariciarse.

No era momento de pensar en que pasaría después. A Becca no le importaba nada que no fueran las manos de Tyler sobre su cuerpo. Su boca ardiente, sus besos que le robaban el aliento…

Los diestros dedos de Tyler le acariciaron el pezón que se erguía pidiendo su atención y arrancándole un gemido desesperado.

Ella necesitaba más. Se puso de puntillas, de manera que su pubis acunara la dura erección que se alzaba orgullosa como si también exigiera un contacto más íntimo.

Con un gruñido, Tyler la levantó en sus brazos, Becca le enlazó las caderas y dejó caer la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello a los labios exploradores de él, que aprovechó para lamerla, morderla, besarla, mientras caminaba tanteando las paredes del estrecho pasillo en busca de un lugar más cómodo donde poder tocarse,

amarse como querían.

—No sé cómo he podido esperar tanto para tenerte —fue lo último coherente que dijo Tyler antes de caer sobre ella, y de que ella se lanzara contra él, para devorarle con la misma pasión.

—Tienes que reconocer que sé cuidar de mí misma y de otros —exigió más tarde Becca, después de horas y horas de amor.

—Voy a pasarlo mal —reconoció Tyler—. ¡Muy mal! —exclamó atrayéndola de nuevo a sus brazos.

—Reconoce que soy capaz —insistió Becca empecinada en arrancarle esas palabras allí y en ese instante.

Tyler permaneció un rato en silencio, acariciando sus labios con la yema de los dedos, su barbilla, sus pómulos, el contorno de su rostro.

—Tuve tanto miedo… de perderte —declaró—. Pero, cuando te vi aparecer con aquel bebé, sentí tanto orgullo —confesó.

Becca gritó y le besó. Le besó los ojos, los labios… Le besó y le abrazó con fuerza, sin ocultar su alegría. Tyler rió.

Su tío la quería, pensó Becca, y también le había dicho esa noche lo orgulloso que estaba de ella. Estaba segura ahora, de que Tyler sentía lo mismo.

Y así se lo confirmó más tarde, después de volver a amarse.

fin

J. Alvarez

Chocolates a la luz de la Luna

(Sentimental)

Dos soledades, un deseo
Dos corazones encontrándose con la luna de testigo
…y en las manos un chocolate y un anhelo.

25 de noviembre de 1939.

La casa era un caos, María José, veía a su mamá ir de la cocina, al comedor y a la sala al mismo tiempo que gritaba a Meche, la sirvienta, quién se escondió de ella, para no ponerse a pulir los cubiertos de plata. No podía ir arriba a su habitación, ya que su hermana Rafaela estaría probándose vestidos. Volviéndola loca, con su charla incesante.

Esperó escondida en la puerta del comedor, a que su madre saliera quejándose de nuevo. Conocía, de memoria la letanía que había dicho todo el día cuando su padre le contó que iba tener invitados ilustres: un ministro, recién nombrado y dos empresarios gringos, que estaban interesados en comprar cacao.

El padre de María José, estaba interesado en adquirir nuevos contratos para las exportaciones de ese producto. A su pequeña plantación le vendría muy bien el dinero, si se concretaba el negocio. Había resistido mucho desde las grandes plagas, hasta casi la bancarrota.

Su madre, no era de gran ayuda. Se quejaba del frío de Quito, de hacer una cena

tan inesperada, de su espalda, de sus dos hijas y hasta del gato. Mientras su hermana revisaba encantada todo su guardarropa, ya que era la oportunidad perfecta para conseguir un marido rico. A ella, en cambio, le daba igual esa cena. Tenía cosas más importantes que pensar, como que el año que viene, quería entrar en la universidad a estudiar medicina. No sabía, aún como plantearles el tema a sus padres, solo de pensar en su reacción temblaba.

Miro con recelo a la cocina, no había nadie. Con un suspiro de alivio fue a la alacena, tomó una barra de chocolate y algo de leche. Prendió el fogón y fue al estante a tomar una olla con cuidado y empezó a derretir el chocolate. Aspiro su olor, siempre le tranquilizaba haciéndole olvidar sus miedos o su soledad.

Cuando su bebida ya estuvo lista, corrió al jardín. Desde que llegaron, era su refugio. No importaba que recién hubiese llovido y que su madre siempre le dijera que era peligroso e inapropiado salir a esas horas.

Se sentó en un pequeño banco a mirar las estrellas. Feliz de estar en silencio y sobre todo de tener tiempo de pensar mientras disfrutaba el sabor dulce de su chocolate.

Stephen, caminaba como hace dos días por las calles de aquella ciudad desconocida, tan diferente de su natal Boston. Aunque Europa estaba en guerra y aun su país no se unía, solo era una cuestión de tiempo. La compañía para la que trabaja estaba a cargo de brindar los suplementos alimenticios a los soldados, por lo que su empresa de chocolates quería ser una de las que se adjudique el negocio de mandar ese alimento a las tropas.

Él y su amigo Tony ya habían viajado a algunos piases de centro América y a México. Luego iría a Colombia, Perú y Brasil. Lo más importante era terminar los tratos en Ecuador, ya que su cacao era considerado uno de los mejores del mundo.

Miró la agenda, mañana le tocaba ir a una cena de negocios, odiaba ir a esos eventos. Solo de pensarlo, empezó a dolerle la cabeza. Tony no estaba en el hotel, lo que le hizo suspirar de alivio. Se marchó antes de que llegara y empezara a hablar de su esposa e hijo recién nacido. Amaba caminar de noche, tal vez por un momento lo distraía.

A diferencia de todos sus amigos, no estaba casado y tenía casi cuarenta años. Se refugiaba en su trabajo y en sus libros. Casi todos sus conocidos, tarde o temprano le hacían citas a ciegas, desesperados por casarlo. Era un ermitaño, y no tenía remedio. Observó el cielo en busca de la luna y solo encontró unas gotas de lluvia en su rostro. Sonrió, le gustaba caminar bajo la lluvia, metió la mano en su chaqueta y sacó una tableta de chocolate, siempre que se sentía triste, necesitaba de su sabor.

A la noche siguiente…

Stephen, estaba aburrido, ya había cerrado el trato hacía una hora y la velada se volvió completamente social. Le dolía la cabeza solo de escuchar lo que Tony hablaba con su compañera de mesa. Si oía algo más de las estrellas de Hollywood, de la última moda en Nueva York, o de chismes se clavaría un cuchillo, para acabar con su sufrimiento. Miro a la mesa, la mayoría hablaba entre si, a excepción de un muchacha gruesa, con grandes lentes y rizos ridículos, que veía con resignación su plato.

María José estaba muerta de hambre, a pesar de estar envuelta en esa faja que apenas le permitía moverse y sobre todo respirar. Los invitados de su padre le resultaban sosos y habría preferido pasar la noche leyendo. Con tristeza alzó la mirada de su plato, por un momento fue observada por uno de los gringos que hacían negocios con su padre. Hizo un mohín con la boca en señal de desagrado, ni siquiera le gustaba el guapo. Sí el americano alto, de aspecto severo, que parecía más una versión seria y sin gracia de Drácula. Minutos más tarde ambos dejaron de verse y volvieron a comer en silencio.

Más tarde, Stephen se quitó la corbata y la chaqueta, feliz de llegar al hotel a dormir. Al día siguiente partía a la costa, para verificar la calidad del cacao y el transporte. Cuando Tony le iba hablar no le dio oportunidad y se hizo el dormido, harto de ser sociable, solo deseando un poco de descanso.

Tres semanas después…

Tony estaba examinando unos documentos. Su amigo llego de improviso, lo esperaba dos días más tarde. Dejo una maleta en el piso, y la chaqueta en una silla, junto a un pequeño escritorio. Stephen estaba cansando y lleno de polvo. Lo único que quería era ducharse y luego ir adormir.

Saludó a Tony con la mano y se sorprendió al ver en la pequeña mesa, unas cartas para él. Pensó que era de la compañía que trabajaba hasta que vio el remitente. Señorita Rafaela Cordero, con curiosidad abrió la carta, sin dejar de ver a su amigo que le observaba. Casi se cae cuando termino de leer el contenido.

Quito, 2 de Diciembre de 1939.

Estimado, Señor Stephen Gemmel, muchas gracias por sus chocolates. Me siento, muy alegre de haber causado tan grande impresión, a pesar de casi no hablé con usted. Aunque los chocolates fueron un gran detalle debo confesarle que no me agrada el dulce y si desea cortejarme las joyas

y las flores son más apropiadas.

Esperando su respuesta

Rafaela Cordero.

—Mierda, ¿que se cree? ¿Cleopatra? Esa mujer, es una idiota —Furioso, dirigió una mirada a su amigo—. ¿Por qué ella cree que le mandé unos chocolates? Apenas me acuerdo de su cara.

—¿Cómo puedes decir eso? Esa mujer es bellísima, y pensé que sería la perfecta esposa para ti.

Stephen, bufo y movió las manos con furia. Otra carta se cayó al suelo.

—No es mi tipo y tú no tienes que conseguirme pareja. Ya te lo he dicho, un sin número de veces.

—Díselo a Mara, estoy harto de las cenas con sus amigas solteronas —respondió Tony santiguándose.

No hizo caso a su amigo y miro otra carta que estaba en el suelo, esperando que no fuera de la tal Rafaela. La tomó y observó el remitente. Era de una tal María José Cordero.

—¿Mandaste chocolates también a la hermana?

—A la fea, no. ¿Por qué?

Stephen, no le respondió se dispuso abrir la carta.

Quito 2 de diciembre 1939

Estimado, Señor Gemmell,

Espero, que no me crea una atrevida al escribirle. Sin embargo, quería pedirle disculpas por la actitud engreída de mi hermana. Le agradezco, los chocolates estuvieron deliciosos.

No hay nada más tentador que un chocolate, ni nada más dulce que sentirlo cuando se derrite en la boca. Le mando mis saludos y aunque sea redundante, le agradezco de nuevo ese detalle.

María José Cordero.

Stephen, sonrió, y a pesar de estar cansado fue al escritorio y se puso a escribir. Sin saber el motivo por lo que lo hacía.

Quito, 17 de Diciembre 1939.

Estimada, señorita Cordero:

No sé cómo comenzar esta carta. No suelo ser muy bueno para expresarme, ni yo mismo me entiendo por el hecho de escribirle a usted. Solo se me ocurre, que también soy un apasionado de los chocolates. No hay nada más tentador que sentir su olor y la expectación que uno tiene al abrir una caja. Tal vez, por eso le escribo, conozco a muy pocas personas tan aficionadas a él como yo. Le mando una caja de mis chocolates favoritos.

Su Amigo

Stephen Gemmell

Un día más tarde…

María José prendía una vela, pronto llegaría su mamá para rezar por la novena. Estaba a punto de bostezar, cuando llegó Meche toda apurada mirando a las escaleras y a la cocina.

—Señorita, le mandaron esto.

María José, se quedó sorprendida, nunca le habían escrito una carta antes y menos mandado algo. Con curiosidad vio el remitente al principio no reconoció quién era el que le mandaba la carta. En ese instante llegó su hermana y su mamá. Con rapidez metió el paquete debajo de la mesa del nacimiento, que tenía un mantel verde que le cubría todo.

Distraída se puso a pensar en todos los hombres que conocía hasta que se acordó quien era. Casi grita de la impresión mientras su madre y su hermana rezaban, miró al suelo intentando pasar desapercibida.

Cuando, por fin tuvo un rato libre. Fue a leer la carta en su habitación, ya sentada y saboreando uno de los chocolates con cerezas que le regaló solo podía sonreír, mientras releía la carta. Minutos, más tarde estaba contestando:

Estimado, Señor Gemmell:

De nuevo le agradezco el detalle. Nunca antes había probado chocolates rellenos de cereza, estaban deliciosos. La verdad, ha de pensar mal de mí. Soy una golosa y me tienta cualquier dulce.

Me tomé el atrevimiento de mandarle unos pristiños y miel con Meche. Yo misma los hice, no hay nada más delicioso que tomarlos con una taza de chocolate.

Sé por mi padre, que se marcharán antes de Navidad. Espero que la pase con sus seres queridos y le deseo desde ya unas Felices Fiestas.

Su amiga

María José Cordero.

Stephen caminaba por el tranquilo barrio de Tony. Habían llegado justo a tiempo para celebrar la Navidad. Desde la muerte de su madre él casi siempre estaba solo en Nochebuena y era invitado a casa de unos de sus amigos. Ni sé dio cuenta cuando llegó a una pequeña tienda de origen italiano y vio un adorno navideño. Era una bola de cristal con una cabaña que si se le movía caía nieve. De inmediato se acordó de María José y la compró para ella, aunque le llegara ya el otro año. No importaba, la intención era lo que contaba.

Dos semanas después María José leía *Orgullo y Prejuicio*, mientras su madre y hermana oían en la radio "Derecho de nacer". Meche se acercó disimuladamente, y le indico ir a la cocina, había llegado un paquete.

Ella sonrió y lo abrió con felicidad, era carta de su amigo Stephen

Boston, 26 de Diciembre de 1939.

Estimada, María José

Llegué bien a Boston, y antes de irme te envié una caja de chocolates rellenos de caramelo, pero en cuanto lo vi no me pude resistir. Para mí la Navidad sin nieve no es Navidad, así que te envío un poco de ella. La vendedora me dijo que es mágica solo basta sacudir la bola de cristal y pensar en un deseo.

Tu amigo Stephen.

Para ella no le hacía falta frotar su regalo tenía todo lo que deseaba.

Seis meses después…

Stephen bostezó, apenas podía dormir. Nunca antes había sufrido de insomnio. No entendía qué le pasaba, luego vio una pila de papeles y algunas cartas que había escrito. Su viaje a Gibraltar había sido un fracaso, por muchas razones, la más importante… extrañaba a María José. Desde que empezó a escribirle, algo había cambiado en él, se sentía menos solitario. Tal vez era que no conocía a alguien que le encantaban los chocolates, a Whitman y caminar bajo la lluvia.

Se paró y se vistió, ya eran con las seis de la mañana y la ciudad empezaba a

levantarse. Caminó por la calle y miró a los transeúntes con sus familias y por primera vez en mucho tiempo sintió un anhelo que no podía comprender. Ni se dio cuenta que recitaba un poema que ella le había mandado de la escritora ecuatoriana Dolores Veintemilla.

¡Y amarle pude! Al sol de la existencia
se abría apenas soñadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma
desde el fatal instante en que le hallé…

Se sentía tan solo, que a veces le dolía respirar. Sacó de su chaqueta una barra de chocolate amargo y repentinamente la soledad se esfumó de su corazón y no era por el dulce. Si no por el recuerdo de la persona que se lo regaló. ¿Qué estarás haciendo en estos momentos María José? se preguntó, antes de perderse en la multitud. Acaba de tomar una decisión.

María José, estaba harta de oír "*I Got Rhythm*", el sexteto de Benny Goodman. Se sentía miserable. Era la fiesta de compromiso de su hermana y ella estaba absolutamente deprimida. No había recibido una carta de Stephen en semanas y a pesar de que se iba cumplir sus sueños de estudiar medicina algo le faltaba. Fue al patio esperando no oír otro brindis más. ¡Cómo le hacía falta un buen chocolate! Miró la luna, sabiendo lo que le faltaba: saber de él. Oyó unos pasos, pensó que era Meche.

Sin muchas ganas de que su madre la regañe por no estar en la fiesta dijo:

—Meche, dile a mamá que no me encontraste. Déjame estar un ratito, más.

—Me estás confundiendo.

Ella se acercó, para ver quién era el intruso. Era un hombre alto con barba y hermosos ojos grises, parecía extranjero. Lo que más le impresionó era su mirada triste y su boca carnosa. Desechando males pensamientos se dirigió hacia la luz para verlo mejor.

—¿Desea ver a alguien? ¿Quiere le indique el camino a la sala?

—Vine a buscarte a ti, Mari.

La muchacha casi se resbala de la impresión. La única, persona que la llamaba así era Stephen. Ese hombre era muy diferente de la persona que recordaba de la cena del año pasado.

Sentía que su corazón iba salirse, temblaba como un flan y ni siquiera lo había

visto con buena luz. Con la boca seca y apunto de morderse el labio. Pregunto.

—¿Stephen?

Él asintió, contento de que lo reconociera, sudaba tanto que la caja de chocolates se resbalaba de sus dedos. Por fin podía verla mejor. Se quedó helado, ella era muy hermosa. Le recordaba como una muchacha gordita y sin gracia. Aunque su aspecto dejo de importarle el mismo día que empezó a escribirle. Ahora, saberla cerca le hacía palpitar su corazón, se sentía como un adolescente y no sabía que decir.

Ella volvió a preguntar:

—¿Stephen?

—Sí, ¿cómo estás Mari? —graznó, aunque no era su deseo.

María José sintió que estaba en un sueño. No sabía qué hacer así que empezó a alejarse.

—He venido por ti.

—¿Por mí?

—Te he extrañado.

Ella intento peinarse, con los dedos. Odiando el peinado que le hizo su madre.

—Mari, es tan raro verte frente a frente.

Ella tuvo que acercarse para poder oírlo.

—¿Por qué viniste?

—Te extrañaba.

—Entonces ¿por qué dejaste de escribirme?

Con el corazón en un puño él le pregunto:

—¿Quieres que me vaya? ¿Estás molesta?

—Solo nerviosa, te extrañaba tanto. Cuando dejaste de escribirme, pensé que dije algo que te incomodó.

Stephen, se aproximó hacia ella y respondió:

—Me mandaron al África y el correo es peor que acá. En estas semanas sin ti, me di cuenta de que no puedo vivir sin verte. Me di cuenta que no me conformo con tus cartas. Quiero verte todo el tiempo, tocarte, be…

—¿Be… qué?

Él carraspeó y luego hubo un silencio incomodo. Stephen se sentía examinado por los grandes ojos negros de María José, cuando no pudo soportar sentir que taladraban su alma, dijo:

—Te traje estos chocolates.

María José, se acercó y lo volvió a mirar.

—¿Decías?

A Stephen, nervioso, se le cayó la caja de chocolates. Torpemente se arrodilló a recogerlos, al mismo tiempo que ella también lo hacía. Se miraron a los ojos, y se tocaron levemente los dedos. Ninguno de los dos supo quién dio el primer paso y besó al otro. El primer beso solo fue un toque de labios, tan ligero como una pluma.

Stephen deseaba más, había atravesado medio mundo por ella, lo quería todo. En especial sumergirse en sus ojos negros como la noche y en su corazón.

La besó con más intensidad, sorprendiéndose de la reacción apasionada de ella. Ninguno de los dos supo cómo llegaron a una banca en el jardín. Cuando se veían bien se ponían sonrojados y temblaban con nerviosismo. Sin embargo, nunca antes estuvieron tan felices.

María José abrió la caja de chocolates que él le trajo. Comieron en silencio, y algo mágico surgió entre los dos, sonrieron ya sin timidez, empezaron a contarse secretos y hacer planes para el futuro juntos. Sabían que nunca más se separarían.

Fin

Leah Abraham

Amor en el infierno

(Ménage)

Este relato no es ficción, sino que está basado en hechos reales. Por esa razón, solo porta la primera letra de los nombres de los protagonistas y por supuesto, no se habla del lugar de la guerra, ni del año, ni del país. Tampoco daré datos de las armas que usan (ya que podría delatar el lugar del conflicto del que se habla), ni del entrenamiento o del estilo de lucha por la misma razón.

La vida es un conjunto de circunstancias que nadie es capaz de predecir.
A veces para alcanzar el paraíso, hay que descender a los infiernos más crueles.

Era noche cerrada cuando L llegó al Punto de extracción. El teniente al verla llegar no podía dar crédito a que le hubieran enviado una mujer y para colmo una tan pequeña. El subfusil que portaba era casi tan alto como ella, la mochila debía de pesar tanto como todo su cuerpo. Su rostro con el pelo corto parecía tener 13 años como mucho.

¿En qué demonios estaba pensando el Alto Mando para mandarle una niña? Pensó, mientras la saludaba formalmente.

—Teniente, se presenta la sargento L. He sido designada para esta unidad, siento llegar con retraso, pero tuvimos ataques durante el camino.

—Sargento, ¿le han informado de su cometido en esta unidad?

—Sí, así es, señor.

—¿Eso presupone que no tendré que ir a rescatarla en medio de una lluvia de balas?

Por toda contestación ella sonrió, haciéndola parecer aún más joven si era posible.

—Señor, si cree que hemos terminado con los diálogos de presentación, ¿puede ponerme al corriente de la situación?

—La situación es comprometida sargento, no voy a engañarla. En este momento tenemos dos miembros del comando de extracción que han desaparecido, no sabemos en qué punto fueron heridos, su cometido ha sido cumplido…

—Pido permiso para entrar a por mis compañeros, señor.

—No voy a arriesgar más hombres, es una empresa imposible.

—Señor, me enseñaron que nunca se deja a nadie atrás.

—Puede que solo encuentre *flores*[24].

—Aun así deben ser recogidas, señor. Vuelvo a insistir.

—Permiso concedido sargento, pero solo puede llevarse a otro hombre con usted. Entre y salga cuanto antes sargento, no podemos esperar más allá del amanecer, hayan llegado ustedes o no.

—Entendido, señor.

L se despidió formalmente.

Antes de lo previsto estaban entrando en la zona en conflicto, la noche les protegería mientras la luna no saliera iluminando el territorio que tenían que cruzar, delatándolos con su luz plateada. Solo eran sombras en las sombras, en silencio como si fueran fantasmas.

Al llegar a un cruce vieron una patrulla que estaba vigilándolo, L miró hacia su compañero –él cual no se había sentido muy cooperativo cuando le pidió que tenían que ir a por sus compañeros desaparecidos– este levantó el subfusil y L le golpeó en la mano mientras negaba con la cabeza.

—No, sin armas de fuego —dijo en un susurro imperceptible—. Cuerpo a cuerpo, nada de ruidos.

T la miró como si se hubiera vuelto loca, pero era su oficial superior y no le quedó otra que seguir sus instrucciones, aunque dudaba mucho que salieran vivos de la pelea. Él no era un hombre pequeño, media más de un metro noventa, pero su compañera sí llegaba al metro sesenta era ser optimista y pesaría la mitad de cualquiera de los tres hombres que hacían guardia.

La vio hacerle señas para que esperara, ella dejó el subfusil en el suelo y la ametralladora que llevaba. Después como si fuera un gato, se acercó a la espalda del

[24] Flores: Es la manera que los ejércitos tienen de definir a sus muertos en combate.

hombre más cercano. En dos movimientos sincronizados dejó fuera de combate a los dos primeros guardias y se lanzó a por el tercero, sin darle tiempo a gritar o disparar. El ataque relámpago de L sorprendió tanto a los hombres de la patrulla como a T. No pasó ni tres segundos del comienzo y ella era la única que quedó en pie.

Luego retornó a por sus armas de fuego y continuó el viaje hacia el centro de la zona, donde se suponía estaban desaparecidos sus compañeros.

Un fogonazo y un silbido casi imperceptible le avisó del ataque, sin pensarlo golpeo a T en el hombro con su cuerpo, lanzándolo por un agujero que había en la pared. A pocos metros del agujero donde estaban caídos hizo explosión el misil, pero ya se encontraban fuera de su alcance.

L les salvó la vida por segunda vez.

Cuando el silencio se reinstauró escucharon un murmullo, T se incorporó, era el "hombre" y aunque odiara tener un sargento femenino en su unidad, no quería dar la impresión de cobarde, por lo que se adelantó en contra de lo que L le estaba indicando. Entró en la habitación contigua, allí estaban sus dos "compañeros de unidad" abrazados, algo que le revolvió el estómago. Ahora comprendía la actitud del teniente.

L paso por su lado empujándolo y en un susurro pregunto.

—¿D y S?

—Sí, aquí —dijo S.

Ella se acercó hasta donde estaban ellos, agachada para no ser vista desde la ventana.

—¿Cuan graves son vuestras heridas?

—Fui alcanzado en el hombro, no estoy grave, pero D no puede caminar señora. Él fue alcanzado en varios puntos del cuerpo, tiene dos balas en la pierna izquierda y yo perdí mi subfusil al rescatar a D.

—¿Es muy grave la pérdida de sangre de D?

—La he conseguido retener con un torniquete en la pierna, pero aun así es imposible que camine.

—T vuelva al Punto de extracción e informe al teniente de la situación que hay aquí. Ahora, sí saben dónde estamos.

—Señora es suicida quedarse aquí, no debería…

—T obedezca, vuelva al Punto de extracción ¡Ahora! El área está despejada, no tendría que suponerle un gran problema.

—Puedo hablar, señora —pregunto T.

—Sí —le dijo L a T—. Ahora vuelvo —añadió para S.

Se levantó y se llevó a T a otra habitación interior, parecía una vieja cocina.

—Permiso concedido, hable T —dijo L secamente.

—No deberíamos de arriesgarnos por dos maricones —dijo T sin ningún tipo de formalismos.

—Soldado T ¿Le he preguntado yo su inclinación sexual, cuando le he salvado la vida? —preguntó bastante enfadada L.

—No, señora —dijo T al darse cuenta del enfado de su oficial superior.

—Entonces obedezca mis órdenes y espero no tener que repetírselas. Otra cosa, lo que ha creído ver, lo negaré y será su palabra contra la mía. Yo que usted me cuidaría mucho de lo que vaya contando en los próximos días. Pero usted decide si quiere pasarse el próximo año pelando patatas en la cocina.

—Sí, señora —dijo T mientras iba a salir hacia el agujero por el que habían entrado.

L le sujeto del brazo firmemente.

—Está loco o es tonto. Por ahí no puede salir, hay vigías en lo alto de la casa de enfrente, le verán. Tiene que salir por la ventana de esta habitación, arrástrese mientras rodea la casa, no vaya por el mismo lugar donde están apostados, así evitará que lo maten. Esperaremos aquí a que vengan a rescatarnos. Que envíen un pájaro.

—Sabe que el teniente no querrá arriesgar un pájaro para recoger flores.

—Aquí no hay flores. Vaya y cumpla con su misión, soldado. Y hágalo o me encargaré de usted personalmente. Aunque no lo crea, saldremos con vida de aquí y no olvido.

T saltó por la ventana y L volvió dónde estaban D y S.

—Dudas aclaradas —dijo en el mismo murmullo de antes, aunque se dio cuenta que S se había distanciado de D— S esperaremos media hora aquí, sino saldremos por nuestra cuenta.

—D no puede caminar y no voy a dejarlo aquí —dijo S.

—No vamos a dejar a nadie atrás. ¿D está inconsciente?

—No, señora —dijo D—. S deberías dejarme, ya te lo pedí antes.

L se dio cuenta que S estaba temblando por el miedo que le producían las palabras de D.

—Vuelva a abrazarlo S, el frio de la noche puede hacerlo entrar en estado de conmoción.

—Cuando han entrado le estaba intentando ayudar con sus heridas —dijo S—. No era lo que parecía.

—Vine a rescatar a mis compañeros de unidad y os he encontrado, el resto es

asunto vuestro.

—Pero T...

—Por él no os preocupéis, es su palabra contra la mía y juraré que es mentira.

—Pero no lo es —dijo D.

—No importa D, para T no ha pasado nada —dijo L firmemente—. Ahora deberías descansar, sino llega el transporte, tendremos que ir nosotros.

L se sentó al lado de ellos y aguardaron más de tres horas sin que llegara ningún pájaro a por ellos. Al final L se cansó de esperar y decidió volver por su cuenta. No fue fácil sacarlos, S cargaba con el peso de D sobre su cuerpo, mientras L llevaba las armas e iba despejando el camino hasta la Punto de extracción donde estarían a salvo.

Dos meses después…

Después del rescate se habían convertido en amigos.

Nadie habló de lo que había visto T cuando fueron a rescatarlos. Así que el hecho hizo que la unidad masculina se tomara mejor el tener un sargento femenino. No muchos oficiales estaban dispuestos arriesgar la vida para salvarlos y saber que tenían uno que estaba dispuesto a meterse en el infierno a por ellos, les ayudó a superar sus tabús con respecto a que fuera una mujer.

Aun así L prefería la compañía de D y S en lugar de la del resto de compañeros. Se sentía más cómoda y menos prejuzgada por ellos. Aunque siempre intentaba darles margen para que se sintieran tranquilos y no hostigados por su presencia.

L sabía que eran amantes, no le importaba. Pero había una verdad oculta detrás de la sonrisa de L, ya que con el transcurso del tiempo se había enamorado de los dos.

Era la última cosa que L hubiera deseado que le ocurriera. Además no podía explicar cómo estaba enamorada de ellos, lo lógico sería que se enamorara de uno de ellos, pero no de los dos. No los quería por separado, realmente sentía que quería ser parte de ellos, pero no se hacía ilusiones, sabía las pocas posibilidades que tenía.

Ellos por su parte deseaban casi continuamente su compañía, la buscaban y la querían con ellos. Realmente, si T hubiera hablado no le habrían creído el resto de sus compañeros, ya que la insistencia de D y S en estar con L, desmentía cualquier insinuación que T hubiera querido contar.

Dos meses después recibieron el primer permiso de descanso, tenían libertad por tres días y luego deberían volver a la base. L estaba en su habitación, al ser la única

mujer de la unidad tenía una sola para ella, era una de las pequeñas ventajas de su rango. Tocaron a la puerta cuando estaba haciendo el petate para irse.

—Hola S —dijo L sonriéndole— ¿Preparado ya para nuestras cortas vacaciones?

—Sí, así es —dijo S devolviéndole la sonrisa— D y yo nos preguntábamos, si querrías venir con nosotros. Vamos al Este a las playas, si te apetece venir a nosotros nos gustaría que lo hicieras.

—¿Estáis seguros? —pregunto L con el corazón palpitando de emoción.

—Sí, lo estamos si quieres venir. Nos encantaría contar con tu compañía.

—Acepto. ¿Cuándo pensáis iros?

—Dentro de media hora. D tiene un coche de quinta o sexta mano, pero nos llevará a las playas.

—Perfecto, no tardo nada —dijo L mientras S se marchaba y ella volvía a su petate.

Seis horas después arribaban a las playas del Este. Los recibieron los últimos rayos del sol rojizo que se iba escondiendo tras las montañas, creando hebras de mar carmesí y dándole un color cobrizo a la arena. Estaban solos, allí no había nadie, la playa había sido un hervidero de gente durante el día, pero a esa hora la mayor parte de las personas la habían abandonado dejándosela a ellos.

—Vamos hasta nuestro pequeño lugar, es una cueva que no está lejos, te gustará L —dijo D pasándole un brazo juguetón por encima de su hombro.

—No sé, yo… —dijo de broma L— Pensé que iríamos a un gran hotel.

—¿Por cuenta del ejercito? —dijo S uniéndose en el abrazo a L.

—Es lo menos que podrían hacer, ¿no creéis? —dijo L abrazándolos a su vez.

Los tres rieron felices de encontrarse por fin tal cual querían. No tardaron nada en llegar hasta la cueva marina que estaba en el borde de la playa, allí se sentaron juntos.

—Bonito lugar —dijo L— ¿Cómo lo descubristeis?

—Fui yo cuando llegué al país, pero no era de la cueva de lo que queríamos hablar —dijo D muy serio.

—¿Os vais a casar? —sugirió L riendo.

—No —dijo S, también sumamente serio, mientras miraba a D.

L se dio cuenta de la gravedad de la conversación y su corazón se paralizó.

—L —dijo D acariciándola la mano—Hemos… hemos estado hablando S y yo. Y queríamos… queríamos decirte…

—D tú no eres tímido, no tienes por qué serlo ahora —dijo L, sin apenas poder respirar.

—No es timidez —dijo S, recogiendo la mano libre de L entre las suyas—. D como

yo tenemos miedo… miedo a tu respuesta.

—Si no me lo decís, es un poco difícil que pueda decir que si —dijo L sonriendo.

D se acercó más a L y le paso el brazo por los hombros.

—No es una petición… normal —dijo D.

—¿Y desde cuando nosotros somos normales? —pregunto L, cada vez más intrigada.

—Está bien, S voy a decirlo y que ocurra lo que tenga que ser —dijo D, cogiendo la mano de S junto a la de L entre las suyas— Te queremos con nosotros, queremos que te unas a nuestra relación, pero L que te unas a los dos, no a uno de nosotros.

L los miro sin dar crédito a lo que terminaba de oír, aunque su corazón latía a mil por minuto.

—¿Estáis seguros? —pregunto L, intentando serenar las emociones que pujaban por desbordarla.

—Oh si —dijeron al unísono.

—¿Creéis que encontraremos un país que nos quiera casar a los tres? —pregunto L riendo y abrazando a D, mientras sentía los brazos de S rodeándola.

—Lo encontraremos, amor —dijo S besando su cuello y desabrochándola la camisa.

—Tiene que existir alguno —dijo L apoyando su cuerpo en el pecho fuerte de S.

—Si no lo crearemos —dijo D, riendo y ayudando a S a desnudarla.

L cerró los ojos respirando el salobre aroma del mar, dejándose envolver en el placentero sentimiento de sus cuerpos juntos, en los abrazos de sus compañeros, cuando sintió los labios de D besándola y los labios de S muy cerca de sus bocas, para unirse en el beso. Sus sabores se mezclaron en sus lenguas y sus manos se perdieron en sus cuerpos entrelazados.

No hubo palabras hermosas, ni romances largos, ni flores y coqueteos. No hizo falta. No había tiempo, sus vidas pendían de un hilo demasiado fino y dentro de tres días tendrían que volver al infierno. Cualquiera de ellos podría morir o podrían morir los tres… el amor que se profesaban en secreto no moriría, quedaría grabado en aquella cueva y en aquel mar carmesí.

Ella había ido a rescatar a sus compañeros del infierno y había encontrado el amor.

Fin

Rosalinda

La Brisa del Mar

(Sentimental)

En la Orilla

Era un verano a mediados de julio, mientras Gabrielle paseaba por la orilla de la playa, se alegraba de que al fin tuviera un espacio de soledad para ella misma, no había podido asimilar lo que semanas atrás le había ocurrido, como tampoco podía creer que el accidente le hubiera arrebatado todas sus ilusiones, pero lo más importante era el tener que aceptar que jamás volvería a cantar, aquella noticia destruyó completamente su mundo.

Tres semanas antes del accidente, Gabrielle era una reconocida cantante. Su melodiosa voz la había lanzado a la fama. Gracias a su talento para cantar, ella se había hecho de un nombre, de un prestigio y sobre todo de una fortuna.

Aún podía recordar con claridad aquél día, cuando se había presentado en el teatro para dar un concierto, cuánta gente había acudido en esa gloriosa noche, su vestido blanco largo, su cabello dorado cayendo sobre sus hombros, ella era una simple diosa de la noche. Gabrielle recordó cómo entonó la famosa canción "En tus brazos, amor" y como al terminar se oyeron los aplausos de todos los presentes, incluyendo sus padres. Era una noche que había quedado grabada en su corazón.

Pero su felicidad y su futuro se vieron empañados por la triste realidad de un accidente, el cual le arrebató la fluidez de su voz. Gabrielle no recordaba bien cómo el coche invadió su carril, fue tan rápido, pero sí recordaba el dolor que los diminutos cristales ocasionaron en gran parte de su rostro. Sin embargo el dolor más aterrador, era sentir como un pedazo grande del cristal que se desprendió del

parabrisas, amenazaba con degollarla, su único pensamiento fue "muerte".

La operación a la que los médicos la sometieron había corregido parte de su rostro, sólo quedaba una ligera cicatriz, que se tornaría rosada con el tiempo. Era un milagro, como el médico le había dicho, que no quedara desfigurada. También le habían dicho que era asombroso y casi imposible -dado la forma como ocurrió el aparatoso accidente- que no hubiera muerto, y que tenía suerte de estar viva. En cuanto su voz, el médico le dijo que no perdería el habla, ya que no había sufrido daños de gran magnitud. Por lo tanto Gabrielle no quedaría completamente muda, sin embargo en el cuello las cicatrices eran más pronunciadas que la de su rostro, y la peor parte era que Gabrielle no volvería a cantar.

Sus padres la habían consolado y agradeciendo a Dios de que ella tuviera con vida, la animaron con palabras consoladoras, pero para Gabrielle no había palabras que le hicieran sentir mejor.

¿Y ahora qué podía hacer?

Desde pequeña había soñado con ser una famosa cantante, Su padre la había apoyado en todo momento e incluso pagó sus clases de canto.

En realidad no le importaban la fama ni los lujos, pero si una cosa disfrutaba: era cantar.

Gabrielle levantó su cabeza y arrastro los pies pesadamente mientras avanzaba con pasos lentos. Las traviesas olas mojaban sus delicados pies, y su mirada se perdió en el horizonte, el murmullo del mar era como una suave melodía, y en su mejilla una lágrima se deslizaba.

—Me pregunto qué hace una hermosa dama en esta solitaria playa.

Gabrielle volteó en dirección a la profunda voz masculina. Para su sorpresa a unos metros estaba parado un hombre con una estatura que impresionaba, su cuerpo perfectamente proporcionado y musculoso, sus cabellos negros y alborotados por la suave brisa del mar, lo que más que le impresionó fue su sonrisa.

Gabrielle no dijo nada, temiendo que su horrible voz fuera a provocarle algún tipo de reacción al desconocido.

—¿Le comió la lengua el ratoncito?—preguntó sonriente.

Gabrielle negó con la cabeza.

—¡Ah! Entiendo, no puedes hablar.

El desconocido se dio cuenta que algo le había pasado a la joven por que pudo notar la cicatriz de su cuello.

Gabrielle se sintió un poco incómoda y se cubrió con la mano la cicatriz del cuello.

—No te preocupes. A mí no me molesta para nada tu cicatriz, verás yo también tengo unas cuantas.

El Desconocido

Gabrielle hubiera querido preguntar, pero no se atrevía a hablar.

—Me llamo Alex Wood. —Extendió su enorme mano.

Gabrielle le extendió también su mano indicándole en aquella forma de comunicación el gusto de haberlo conocido.

—Me gustaría saber tu nombre, aun que tengo un breve recuerdo de que en algún lado te he visto.

Gabrielle se paralizó *"soy cantante, probablemente hayas ido a mi último concierto"* había deseado decirle.

Alex la estudió detenidamente. Era hermosa, pero sus ojos azules reflejaban una gran tristeza, era posible, pensó, que hubiera pasado por algún tipo de operación o simplemente su vida se vio impactada por algo que le produjo la tristeza y la soledad.

Alex era hombre de negocios, sus empresas eran prósperas y productivas, pero como todo empresario, su vida se consumía en el trabajo, y aquella ocasión decidió tomarse unas breves vacaciones. Adoraba la playa, de hecho tenía una cabaña rentada en el exclusivo parador.

Aunque en realidad él poseía un pasado que no tenía la menor intención de compartir, salvo con aquella triste joven.

Una de esas mañanas decidió caminar por la playa -como era de costumbre- pero en sus anteriores caminatas no había tenido la oportunidad de encontrarse con una joven tan hermosa y le apenaba que no pudiera conocer su nombre.

¿Caminar? Lo cierto era que deseaba correr.

Alejando sus propios problemas y tristezas, Alex era un hombre con determinación y perseverancia, de alguna manera u otra conseguiría comunicarse con ella, quizás no era muda del todo.

Entonces recordó que en su bolsillo había un papel y un bolígrafo, su madre decía que él siempre estaba preparado para todo. Con cuidado saco el pequeño papel y el bolígrafo y se le extendió a la joven.

Gabrielle entendió y aceptó, sonriendo levemente y agradeció en silencio que no se hubiese sentido incómodo por lo que había presenciado.

Y escribió su nombre "Gabrielle".

—Gabrielle— leyó Alex suavemente.

Su voz resultaba tan profunda, varonil y suave, el efecto que tuvo en ella fue sorprendentemente inquietante, su corazón comenzó a latir de forma acelerada, y para Gabrielle era algo nuevo y desconocido, ella estaba tan envuelta en sus sueños que no se había dado un tiempo para compartirlos con un hombre.

De hecho en su vida solamente estaban su carrera y su familia, el romance no era una de sus prioridades. Ella pensó que quizás su terapia frente al mar pudiera proporcionarle paz, no que alguien le ocasionara este tipo de despertar de emociones profundas y femeninas que había tenido dormidas por mucho tiempo.

¡Ojala pudiera hablar! Pero reconocía que su voz ya no era la misma, ni nada será lo mismo, ni su vida sería como antes y ella tenía que empezar a aceptarlo aunque desde lo profundo se negara a creerlo.

—A mí el sonido del mar me produce mucha paz, por eso me gusta venir aquí y sentir la brisa. Se siente tan refrescante. —Alex cambio el tema con el fin de lograr alguna confianza.

Gabrielle asintió con una sonrisa.

—Te vez mucho más linda cuando sonríes. —Le dijo con sinceridad.

Gabrielle se ruborizó con timidez.

—Me preguntaba si realmente eres muda, porque tengo la impresión de que no es así, ¿Me equivoco?

Gabrielle lo miró.

Había algo en el que le daba una confianza; sonaba irónico, pero le daba la impresión de que él también tenía secretos.

Para su sorpresa Alex comenzó a caminar lentamente, cojeando, para estar más cerca de Gabrielle.

Reacciones

La reacción de ella fue de sorpresa, y se pregunto cómo un hombre tan atractivo estaba marcado por una leve discapacidad. Gabrielle nunca había contemplado un cuerpo que de seguro sabía cómo dar placer, y obviamente era la fantasía de cualquier mujer.

—¿Te sorprende que un tipo como yo tenga una cojera? —preguntó con voz firme y suave.

Confesiones

Gabrielle dudó en contestar, el médico le dijo que podía hablar pausadamente, así que era inútil seguir ocultando su problema, además sentía curiosidad por saber de Alex.

—Un… poco —respondió con su voz ronca y rápidamente se arrepintió de haber hablado.

—No está nada mal —aceptó complacido con su respuesta.

Gabrielle sonrió mas complacida al notar que Alex no se sentía incomodo. La mayoría de las personas que habían conocido de su accidente y de cómo ante las cámaras había pronunciado una palabras a sus fanaticadas, su reacción fue de pura lastima y lo más deprimente era ver como los programas de farándulas hacían como si fuera una noticia impactante. Y lo era para ella.

El hombre que avanzaba con pasos lentos y con una evidente cojera, seguramente había pasado por algo similar. A juzgar por su físico, debía de haber practicado algún tipo de deporte rudo o fue un deportista. Sentía una creciente curiosidad y tenía la tentación de indagar más a fondo a su nuevo vecino. La mera idea le parecía apetitosa, sin embargo para ella podía resultar dolorosa porque tenía que revivir el doloroso accidente.

—Pienso que los dos tenemos muchas cosas en común. —había dicho cuando se hubo acercado y ubicado a su lado.

Gabrielle pudo oler el perfume que procedía de su cuerpo, era una mezcla de colonia suave pero a la vez fuerte.

—Puede ser... —contestó con voz ronca— admito que no me gusta… hablar... ya sabes, con esta voz —susurró con su voz ronca y poco femenina.

—En realidad no está nada mal, aunque cuando te miro siento que te conozco — la estudió con el ceño fruncido.

—Posiblemente me has visto…. cantar —hablaba en susurro ronco y pausado.

—¡Ah... sí! Te vi en un concierto, creo que fue la última noche que entonaste una canción, fui esa noche, debo reconocer que estuviste espectacular —"Y hermosa", añadió para sí mismo.

Al mencionar esa noche su rostro mostro la tristeza mas grande.

—Fue es-especial—reconoció con tristeza.

—Te entiendo —dijo de repente con sus ojos clavados en el mar.

—¿En serio? Supongo que algo te… pasó. —dijo con timidez.

—¿Te refieres a mi cojera?

Gabrielle afirmó con la cabeza.

—Yo era jugador de Futbol, gozaba de fama y me hice de un nombre, adoraba jugar. Me conocían en la cancha como "El Rayo" por mi velocidad —respondió ante cualquier duda.

—¿Tuviste un accidente? —pregunto con curiosidad.

—Si… fue un accidente de moto, tuve roturas en tres parte en la misma pierna, y a consecuencia de eso quedé cojo y con todas mis ilusiones hecha trizas… igual que tú.

—Lo mío fue un accidente de coche, y a consecuencia los cristales perforaron mi

rostro, aunque el médico dijo que no quedé desfigurada, esa suerte no corrió mi cuello... —Hizo una pausa y luego continuó—: No pudieron hacer mucho para disminuir las cicatrices como tampoco me dieron esperanza de que volviera a cantar.

—Lo que cuenta es que estás viva, por la gravedad del accidente, a lo mejor hubieras perdido la vida —respondió con voz serena y volvió su mirada hacia el mar—. No todos tiene esa suerte… como tú y deberías estar agradecida, al igual que yo estoy vivo de milagro, pudieron emputarme la pierna y eso sería lo peor que me hubiera podido pasar, sin embargo lo que quedó fue una notable cojera y créeme, estoy agradecido por ello.

—¿Aunque no puedas volver a jugar? —preguntó Gabrielle sin poder evitarlo.

—Al principio fue difícil aceptar el nuevo giro de mi vida, adoraba mí pasión por el juego… —se detuvo y la miró con sus ojos azules— pero cuando comprendí lo que pudo haber pasado, entonces cambió mi forma de ver las cosas. No sé cómo te sentirías tu, pero algo es seguro, hay cosas que pasan en la vida con un propósito, no sé si será destino o por algún propósito inexplicable... Solo Dios sabrá. — Concluyó con su habitual sonrisa— Y contestando tú pregunta ¡sí!, aunque no vuelva a jugar. Gabrielle estas vivas, te hubieras imaginado si morías que sería de tu familia. —la tocó por primera vez.

Gabrielle sintió su tacto, la mano que descansaba en sus hombros era cálida y fuerte. Su mirada proyectaba una seguridad y una picardía sensual y arrolladora, Gabrielle jamás se sintió de esa manera, su corazón latía con fuerza, temió desmayarse.

Las emociones hicieron irrupción dentro de ella, si era así como se sentía cuando la tocaba, ¿Como sería si él la besara?

—Tienes razón —reconoció Gabrielle —Eso mismo me dijeron mis padres, todavía recuerdo la cara de angustia reflejada en sus rostros, en aquel momento sentí que mi mundo se hacía pedazos, fue horrible aceptar lo que me había pasado, pero una cosa es cierta: estoy viva. — Gabrielle terminó con su voz ronca y apenas audible.

—Ya dejemos de hablar por hoy, habrá más momentos que tú y yo compartiremos ¿Crees en el destino?

Gabrielle no supo bien, pero algo estaba cambiando su vida por completo.

El Destino

Los días fueron pasando, Gabrielle y Alex se tomaban su tiempo para pasear por la playa, incluso él la había invitado a su apartamento.

Gabrielle quedo encantada con la sencilla decoración de su apartamento.

—¿Y a que te dedicas ahora? —pregunto Gabrielle en cierta ocasión.

—Me dedico a ser dueño de un equipo de California y aparte poseo una empresa que he levantado con la fortuna de cuando jugaba —caminó con pasos lentos, con dos tazas de café y se sentó junto a ella.

—A lo mejor me animo a abrir una tienda de ropa —dijo dándole un sorbo al café.

—Sería buena idea —colaboró con una sonrisa —hay algo que me muero hacer.

Gabrielle lo miro sorprendida y con el corazón desbocado.

Sin darle la oportunidad de reaccionar, Alex la rodeó por la cintura y la acercó hacia su musculoso torso y bajó su cabeza para atrapar los labios de Gabrielle.

El beso era suave y fuerte a la vez, Gabrielle se dejó llevar por la hechizo del beso, sintió el calor húmedo de sus labios fuertes, y el empuje de su lengua invadiendo territorio virgen.

Alex se sentía como si al fin hubiera saltado al precipicio, era lo que más deseaba, desde la primera vez que la vio.

Soñaba con besarla y hacerla suya, sus labios femeninos eran tan suaves como dulces y eso lo hacía querer profundizar más su beso. Su alrededor desapareció, solo existía ella, era la mujer que encajaba en su vida, los dos con un mismo pasado, un mismo dolor y una misma suerte.

Gabrielle respondía con timidez al principio, y luego el hambre se apoderó de ella, en su vida jamás había besado a un hombre ¡y nadie la había besado así!

Por primera vez, ella agradeció haber estado allí y que él estuviera allí también.

—No pude evitarlo —dijo con el corazón acelerado y los ojos fijos en ella —No sé, pero desde que te vi sentí algo especial por ti, por alguna razón mi corazón late muy fuerte cuando estoy a tu lado…

—¿Crees en el Destino? —Gabrielle hizo la pregunta que Alex le había hecho la primera vez que la vio en la playa.

—Estoy creyéndolo —dijo con emoción, abrazándola.

—Debo admitir que comencé a sentirme igual y me pregunté cómo sería si me besaras.

—¿Qué te pareció? —preguntó Alex con un tono sensual.

—No sé, necesito otro beso para poder formular mi opinión —contestó con un brillo travieso e sus ojos.

Alex sonrió y nuevamente la besó con urgencia y hambre, la devoraba con maestría y pasión.

Gabrielle esta vez respondió de la misma manera, lo rodeó con sus manos y lo besó como si fuera la vida en ello.

Gabrielle y Alex no tardaron en dar riendas al sentimiento mutuo, su vida pasada,

sus frustraciones y lo que pensaban que era importante dejó de ser prioridad para ellos. Alex la amaba con sus cicatrices y su ronca voz. Gabrielle lo amaba con su cojera y sus cicatrices.

La vida no podría ser mejor para Gabrielle y Alex. Con cada día que pasaban juntos crecía más su amor, compartían besos tiernos y a la vez salvajes.

La boda de ambos tuvo lugar en la misma playa, con los familiares de los novios, era un día feliz para Gabrielle y Alex.

Gabrielle desfiló por la alfombra roja que se colocó sobre la arena.

Alex la esperaba vestido elegante y sonriente, sus ojos estaban puestos sobre la mujer vestida de blanco y ¡Hermosa!

Cuando el reverendo hubo terminado con la ceremonia ambos agarrados de la mano caminaron por la arena, sintiendo la suave brisa y la melodía del mar.

La noche fue mágica y especial. Gabrielle se entrego a su marido, él la poseyó como si fuera un pirata que estuviera conquistando territorio virgen.

Gabrielle era su tesoro, la tierra que cualquier hombre hubiera conquistado, sólo que él era el único conquistador de su cuerpo y corazón.

Gabrielle gimió con dolor al principio, cuando Alex atravesó su inocencia y luego sintió un placer que crecía con cada empuje del cuerpo de su esposo.

—Te amo —Alex pronunció las palabras con el corazón acelerado y su cuerpo temblando por las ráfagas y sacudidas del éxtasis —me encanta tu piel— decía mientras besaba sus cicatrices.

—Te amo Alex —respondió con su voz ronca y llena de emoción, mientras cerraba sus ojos disfrutando como su esposo recorría cada centímetro de su cuerpo.

—Ahora sí creo que cuando te vi por primera vez tú eras mi destino

—Yo también.

En aquella solitaria playa estaban dos personas.

Dos tragedias… Dos frustraciones… Dos deseos…

Pero un solo… Amor.

"El destino está escrito con pluma sobre las páginas de la vida"

Fin

Solange Álvaz

Dulce Tentación

(Homoerótico)

Era un día muy caluroso y Mark Spencer se encontraba junto a la laguna natural que se formaba en sus tierras, un lugar precioso que atesoraba por la paz que le traía cada vez que venía, el lugar era todo verdor y el agua cristalina, y con cuarenta grados de calor el agua llamaba a un baño. Hasta hacía poco había estado encerrado en su despacho revisando la lista de suministros que requerirían sus trabajadores para reparar las vallas de la zona norte de su propiedad. Su rancho era su orgullo, ya que había pasado de generación en generación durante más de quinientos años. Hasta él por supuesto, ya que era gay y no tenía planes de casarse solo por tener un hijo.

Últimamente se había sentido realmente solo, nunca se había atrevido a vivir con otro hombre en su rancho, cuando sentía la necesidad de un cuerpo caliente, se iba por unos días a una ciudad que tuviese todo lo que un hombre gay necesitara. No se le hacía difícil encontrar hombres ya que era bastante atractivo, con un tono de piel bronceada, cabello negro, ojos azules y con una estatura de un metro noventa. Pero acá en su tierra era otra cosa, tenía que guardar las apariencias para no perder el respeto de sus trabajadores.

—Uff… este calor esta agobiante. —se acercó bajo la sombra de un árbol, se quitó la camisa junto con su sombrero y se recostó apoyado en el tronco del árbol. El silencio lo adormeció, durante unos minutos. Por lo que despertó sobresaltado cuando sintió un fuerte chapoteo proveniente del agua, se sentó y despejo su mente antes de ver qué lo había sobresaltado.

En el lago había alguien bañándose, desde donde estaba no podía ver quién era, por lo que se levantó un poco molesto por la interrupción, todos los trabajadores sabían que a ese lugar solo tenía acceso la familia. A la persona en el agua no la conocía, estaba de espaldas a él , por lo que no veía si era hombre o mujer, la piel le llamó la atención ya que la tenía blanquísima, cosa muy extraña por esos lares y cuando se tiró a nadar pudo ver un precioso culo.

Por lo que guardó silencio y observó detenidamente su cuerpo mientras esta persona se bañaba. Sonrió y soltó un suspiro de satisfacción ya que el invasor era un hombre, un hombre divino. Éste estaba flotando sobre su espalda por lo que pudo ver claramente su pene y retuvo la respiración cuando se dio cuenta que estaba depilado, no tenía ni un pelo alrededor de su miembro, lo que trajo a su mente imágenes calientes.

El hombre, mejor dicho "el chico", ya que no representaba más de veinte era lindo, de rasgos delicados, cabello rubio, delgado y mucho más bajo que él. Se empezó a sentir incómodo ya que tenía una erección durísima, que pedía alivio a gritos. Sonrió al ver que el chico se deleitaba con el agua, totalmente ajeno a que había alguien observándolo. Decidió arriesgarse, soltó su cinturón, se agachó para sacarse las botas antes de quitarse el pantalón, a este le siguió el bóxer y los calcetines. Una vez desnudo trato de entrar en el agua lo más en silencio posible. Donde estaba el chico no era tan profundo, por lo que llegó junto a este.

—No sabía que el lago era mágico —le susurro al chico con voz profunda.

Éste al sentir la voz se asustó y empezó a hundirse y tragar agua, por lo que Mark lo tomó junto a su cuerpo, le costó un minuto al chico dejar de toser y mirarlo asustado.

—¿Te sientes bien? —mientras le preguntaba esto, sus manos recorrieron la espalda de éste hasta llegar a su glúteo, el cual agarró firmemente. El chico soltó un respingo, lo que lo hizo quedar más pegado a él, sus penes tocándose.

El joven lo miró con la boca abierta al sentir su erección, no quería que hubiesen dudas en el chico con respecto a su intención por lo que se restregó contra su ingle, lo que hizo que el joven gimiera y se ruborizara. Por un momento Mark creyó que estaba cometiendo un error, pero al sentir como él se ponía duro, sonrió y se inclinó sobre su oído.

—¿Dónde te escondías que no te había visto antes? ¿O eres la ninfa varón de este lago? —al escucharlo el chico sonrió suave y se pegó más a él.

—¿No será al revés? Usted está… —se detuvo de golpe y se sonrojo.

—Hey, dime… no hay de qué avergonzarse. Te siento muy bien contra mi cuerpo, eres precioso. Y tus ojos son los más lindos que he visto nunca, ¿De qué color son?

—Violetas… iba a decir que usted está caliente... —se sonrojó más al sentir que el hombre soltó una carcajada.

—Pues yo diría que tú me tienes caliente.

—Oh… ¿en serio? —coqueteó el chico.

—¿Tienes alguna duda? —Mark restregó su erección contra el pene del joven.

Se inclinó y tomó la boca de él por asalto, éste lo acepto gustoso, por lo que en menos de dos minutos ambos estaban muy excitados, Mark levantó al chico y lo hizo colocar sus piernas por sus caderas, por lo que acarició libremente esos dos globos perfectos, y con su dedo trató de invadir el agujero, éste no se alejó cuando lo penetró, por lo que continuó tocándolo íntimamente. El chico gemía de placer.

—Sigue, me encanta —le pidió al sentir que él retiraba los dedos.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy. Este lugar es mágico, hace que sienta bien lo que está sucediendo. Por favor sigue, nunca me había sentido así antes.

—¿Cómo así? —susurró, lamiendo el cuello del muchacho.

—Nunca me he sentido tan bien con alguien, contigo lo siento bien. ¿Entiendes? —preguntó indeciso.

—Sí, pequeño te entiendo, para mi es igual. ¿Me dejarás hacerte el amor?

—Ehhhh… ni siquiera sé cómo te llamas. —dijo el chico sonrojándose.

Mark sonrió y besó los labios del joven.

—Ya tendremos mucho tiempo para conocernos, no te dejaré ir de mi lado, no ahora que te he encontrado.

—¿Por qué me quieres junto a ti? Apenas me conoces —dijo el muchacho extrañado.

—Dime algo… ¿te gusto?

—Sí, me gustas mucho.

—Eso es todo lo que necesitaba saber.

Tomó firmemente al chico en sus brazos y lo llevó hasta la orilla del agua, lo tendió sobre el pasto, junto a la ropa de ambos. Se tendió cubriendo todo el cuerpo del chico con el suyo teniendo cuidado de no aplastarlo, tomó su rostro y besó sus labios. Lentamente éste se relajó y abrió la boca, por lo que él introdujo su lengua, y tocó sensualmente la del joven. Con sus manos tocó el pecho del muchacho, y al sentirlo gemir de deseo, soltó sus labios y se inclinó para besar su pezón, éste al sentir su boca jadeó y sujetó firmemente su cabeza sobre su tetilla, antes de guiarlo hacia la otra.

—¿Te gusta, bebé? —su voz se escuchó entre jadeos y sonidos de succión.

—Ohhh… sí… me encanta, sigue… —El chico se retorcía de deseo entre sus brazos, por lo que Mark buscó entre sus nalgas hasta encontrar su premio, se llevó los dedos a su boca y los mojo con su saliva, se arrodilló entre las piernas del

muchacho para verlo mientras introducía sus dedos en su agujero, era caliente ver como sus dedos eran absorbidos avariciosamente por el chico—. Me tienes caliente…

—¿Quieres mi pene aquí? —preguntó, moviendo los dedos en el interior del joven, éste retuvo el aliento cuando tocó algo dentro de él.

—¡Sí! por favor, hazlo ya… te deseo…—se movía libremente tratando de buscar más placer.

—Hey, bebé… tranquilo o me correré. Mira que con solo mirarte me tienes caliente.

—Hazlo…

Mark vio que el chico estaba preparado, por lo que tomó su pantalón y buscó su cartera, dentro había un condón. El chico observaba cada uno de sus movimientos.

—¿Me dejas ponértelo? —Mark le tendió el paquetito, lo vio llevárselo a la boca y romperlo con sus dientes, sacó cuidadosamente el preservativo y se acercó a Mark, éste jadeo cuando el chico tomo su erección y la chupó antes de colocar la protección— Tienes un sabor muy rico…

—Hey, bebé… ven aquí ya no aguanto más.

Atrajo al chico a sus brazos y lo besó. Con sus manos recorrió cada centímetro de su cuerpo, cuando sintió que este jadeaba, lo recostó y busco su agujero, tomó su propia erección con la mano y la guió hasta donde el joven deseaba. Se introdujo lentamente, el muchacho decía incoherencias por la excitación. Una vez que estuvo totalmente dentro de él se detuvo para no correrse, ya que el placer que estaba sintiendo al sentirse apretado por los músculos internos del chico era realmente exquisito. Nunca se había sentido tan bien con otro hombre. Una vez que se calmo un poco, empezó a moverse lentamente al principio.

—Hazlo más fuerte, duro…

—Despacio bebé… puedo hacerte daño…

—No lo haces, ya me acostumbré a tu tamaño… vamos hombre sexi, jódeme.

—¿Hombre sexi? —Sonrió y besó al chico antes de envestirlo enérgicamente, lo sintió jadear. Mientras lo penetraba su cabeza se vació de todo pensamiento y se concentró en el placer que estaba sintiendo. Tomó las piernas del joven y las subió sobre sus hombros para llegar más profundamente dentro de éste. —Dios… no aguanto, voy a correrme ya. Tócate bebé, para que acabemos juntos.

El muchacho tomó su propia erección y empezó un movimiento de arriba y abajo con ésta. Luego de unos minutos, de su pene salieron chorros de semen que cubrieron su pecho, al verlo Mark se inclinó y pasó su lengua sobre las manchas de semen y luego besó al chico llevándole su propio sabor.

Éste lo acepto gustoso. Mark se soltó del beso y agarró firmemente las caderas

del joven antes de envestirlo duro. Éste gemía y le rogaba que lo hiciera más fuerte. Sentía que ya no podía aguantar más, por lo que se dejó ir y se corrió como nunca antes lo hizo.

Cuando terminaron ambos jadeaban en busca de aire con que llenar sus pulmones. Se salió suavemente del chico y se tendió junto a éste, atrayéndolo a su pecho.

—Gracias… —Mark lo miró extrañado.

—¿Por qué me das las gracias bebe? —preguntó besando la frente del chico.

—Nunca nadie se había preocupado de que yo sintiese placer.

—Pues has estado con gente muy egoísta entonces.

—Mmmm… sí… nunca esperé encontrar a alguien acá.

—Sabes… ahora que te tuve no dejaré que te alejes de mi lado.

—¿En serio me quieres junto a ti? —preguntó el chico esperanzado.

—¿Por qué no querría? Ya sé que eres caliente, te deseo… y quiero conocerte.

—Yo también quiero conocerte. Solo espero que no haya problemas con el patrón y sus empleados.

—¿A quién te refieres?

—Al señor Mark Spencer, no sé si me correrá si sabe que soy gay.

Se quedó asombrado al ver que el hombre moreno explotó en una sonora carcajada.

—No creo que haya problemas bebé. Es más, creo que te tendrá muy junto a él. —Al ver que le chico lo miraba confuso le dijo suavemente— Yo soy Mark Spencer— por un momento el chico se puso pálido y luego se sonrojó furiosamente.

—Oh dios, Tía Mery va a matarme. —dijo cómicamente el muchacho.

—¿Nany, ella es tu tía? —le preguntó sonriendo.

—Sí, ella es hermana de mi papá. Me invitó a venir acá cuando mi papá me echó de casa.

—¡Tu eres Dan! Yo ya sabía que venias… —sonrió recordando algo— esa mujer es maquiavélica, ella me dijo que me tenía un regalo que sería la horma de mi zapato.

—No entiendo…

—Creo que se refería a ti y no se equivocó. Me conoce muy bien, tal vez más que yo mismo. Ella era mi nana, desde los dos años. Así que bebé, te puedo decir, que ahora que se quién eres no te dejare ir nunca, te atesoraré junto a mí.

—Pero… si no sabes nada de mí…

—Se todo sobre ti, Nany siempre me hablaba de ti…

—No lo puedo creer… sabes, creo que tienes razón, ella planeó todo esto.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sonriendo.

—Ella habló de la laguna, me dijo que me bañara, que por acá nunca anda nadie. Por lo que al ver la belleza de éste lugar, no lo dudé.

—Es una diabla —carcajeó Mark— yo le había dicho que venía para acá y sabe que me baño aquí desnudo.

—¿Tía Mery sabe que eres gay? —indagó curioso.

—Lo sabe, ella siempre me decía que tuviese paciencia que el día que menos esperaba encontraría sin tener que buscar a mi alma gemela. Y tenía razón, solo al verte junto a mi tuve un sentimiento extraño en mi pecho —Abrazó fuertemente al chico y besó tiernamente sobre su pelo ya seco debido al calor que hacía—. ¿Me darás el tiempo para conocerte y amarte?

Dan lo miró con los ojos llenos de lagrimas, y se abrazó más a su cuerpo. Se subió sobre él y pasó los brazos por su cuello.

—Yo estaré feliz de tenerte junto a mí, nunca espere encontrar a un hombre que me quisiera junto a él.

—Pues lo estarás, desde esta misma noche te quiero en mi cama, de donde nunca saldrás. Y al que no le guste, mala suerte para ellos, pueden tomar sus cosas e irse.

—¿En serio no te preocupa lo que digan?

—¿Por qué habría de importarme? Yo soy el dueño de todo esto, tomo las decisiones, por lo que al que no le gusta puede irse.

—Creo que ya estoy enamorándome perdidamente de ti, nunca nadie hizo algo así por mí, gracias Mark.

—No me des las gracias, ambos nos tendremos, y ya me siento muy feliz de tenerte.

—¿Qué tan feliz? —preguntó Dan, con picardía.

—¿Ya quieres más?—sonrió al sentir la erección del chico sobre su estomago— …creo que alguien está pidiendo atención a gritos.

—¿Qué esperabas?, eres demasiado caliente, solo de sentirte junto a mi me pongo duro.

—Me alegro por que tú me produces lo mismo —dijo besando al chico, gimió de placer al sentir que Dan restregaba su erección contra la suya—, creo que éste verano tendremos muchas escapadas a la laguna.

—Oh… no solo a la laguna, vi que tenías un escritorio muy firme, mientras mi tía me mostraba tu casa.

—Y una bañera, un mesón, un sofá gigante, una cama, el suelo junto a la chimenea. Diablos, solo de pensarlo me pongo caliente.

—Pobrecito, ¿quieres que haga algo con esto? —preguntó, envolviendo

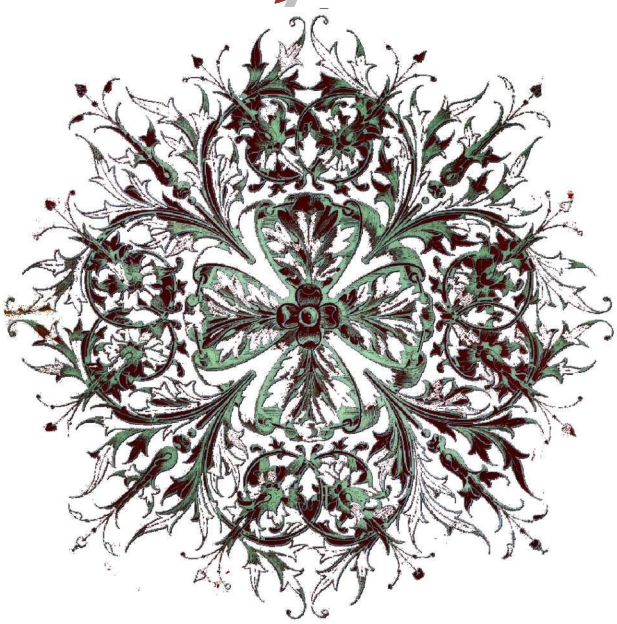
firmemente la erección de Mark en su puño.

—Haz lo que quieras, soy todo tuyo —gimió y lo dejó hacer, disfrutó con los ojos cerrados todo lo que su pequeño hombre le hacía—. Creo que nunca me he sentido tan completo.

Dan sonrió y le guiño un ojo mientras chupaba su miembro palpitante.

Fin

Un Regalo Especial



Castalia Cabott

EME ERRE, MI ROMANCE

(Contemporáneo)

Todo comenzó para la mierda, en un mal momento.

Pésimo momento en realidad.

Me había jurado que jamás reincidiría. Y aquí estoy con un Eme Erre galopante (cuando yo te diga MR tú debes escuchar: "Mi romance")

¿Qué te decía? Ah, sí. No señor, me había prometido que no volvería a enamorarme ni a prestar atención a un hombre en los años que me quedaran de vida.

Eso harías también tú, si tu prometido te deja una semana antes de la boda por irse con tu amiga de la infancia, sí, esa a la que le cuentas todo; esa a la que le prestas hasta la ropa interior, la misma a la que nunca dejas pagar porque, *pobre*, ella no tiene el mismo y fantástico trabajo que vos. Mi mejor amiga: la perra traidora.

Desde entonces me preguntaba a quién hacer responsable de mi duelo. Si a la perra caliente de mi ex amiga o al imbécil de mi ex prometido. Ni siquiera quiero recordar lo que me dijeron cuando los vi follando. Resultó que al final la culpa de todo ha sido mía. Yo fui la mala de la película haciéndolo sentir menos hombre, todo porque soy su jefa.

Eso me dijo el imbécil gusano ese.

¿Y mi queridísima ex amiga? ¿Cuál fue su excusa para aceptar intercambiar fluidos con el gusano? ¡Estaba enamorada! ¡¡Enamorada!! Supongo que eso justifica todo, ¿Y mis sentimientos?

No sé qué me molestó más si verlos o no haberme dado cuenta antes. Por Dios, soy famosa por mi increíble percepción. Gracias a mi capacidad de análisis y lo que llamo intuición he llegado a ser una de las cuatro gerentes generales de CDH Entertainment.

¿Y tenía que pasarme esto? ¿Es que acaso el destino me está cobrando mis dos años de ceguera? Cuídense del Karma. Háganme caso.

Todo empezó cuando Barrie, si Barret Wilson el gerente de la sucursal de Chicago me pidió que lo reemplazara. Me dijo lo de siempre: "Te necesito Charlie, bla, bla, bla, nadie tiene tu olfato, ¿puedes ir a verlo?" En ese momento estaba en la mitad de mi duelo, así que me pareció la mejor idea del mundo salir de Los Ángeles y visitar Burbank. Trabajo y descanso en el campo a la vez. Alejarme del corrillo de las secretarias, y dejar de ver al imbécil de mi ex futuro esposo a punto de usar toda mi organización de bodas para casarse con la odiada-para-siempre.

Y así empezaron mis problemas.

Primero no salí de viaje, huí de casa. Cuando huyes no tienes todo preparado, y menos te imaginas que si viajas a un pueblito de mala muerte a ver a un prospecto de artista no tendrás donde dormir porque caes sin reserva alguna en medio de un congreso religioso. ¡Religioso!

El único hotel de Burbank estaba lleno de sotanas y hábitos por todos lados. Mi primera impresión fue algo así como "¿Acaso el Vaticano se mudó?" No soy muy buena practicante. Bueno, no voy a mentirles, soy pésima practicante. Pero cuando vi tanto revuelo de sotanas negras y monjas y cuando noté la forma en que me miraban sentí algo de miedo.

El infierno tan temido llegó y me golpeó. Cuando tu prometido te deja lo primero que haces, no… lo segundo es cambio de look, (lo primero es querer matar a alguien o llorar) así que fui a la peluquería y me teñí.

De marrón arratonado, pasé a ser rubia platino. En los últimos dos meses había bajado la módica cifra de doce kilos, si no fuera porque soy taza D de descomunal, se podría decir que desaparecería de delgada. Ahí estaba, luciendo nuevo look, flaca, pura pechuga, "soy sexi aunque mi prometido me dejó" y siendo el objeto de atención de todos los santos y vírgenes presentes en el único hotelito del pueblo donde no conseguí cama.

Yo y mis brillantes ideas de unir trabajo con descanso.

Alta, casi el metro ochenta con las botas con tacones que llevo, pantalones de cuero negro ajustados, (si no los usas ajustados no uses cuero) y una camisa de seda blanca de mangas largas. Mi cabello estaba cortado a media espalda y se veía limpio y vaporoso y "tan rubio que parecía plata" dijo una de mis secretarias. No había monja o cura que me mirara que no me prometiera el infierno tan temido tan solo porque parecía una prostituta elegante. Si supieran lo que cuesta este look, ¡lo que

me costó! Dos meses de llorar en los rincones, sin comer y maldiciendo a ya saben quienes… ojalá se pudran… pero no es de ellos de quien quiero hablarles sino de MR.

En vista de que no había alojamiento en Burbank me tuve que quedar en la única cafetería del pueblo todo el día sentada. La policía me rondó varias veces. Creo que pensó que estaba ofreciendo servicios. Los cambios de look parecen que son efectivos. Esa noche actuaba el prodigio local, según Maggie, la empleada del café oficiando de secretaria en provisoria oficina-café, Colbert Haytts sería una estrella, si quisiera. Y aquí estaba en un pequeño pub abarrotado de gente esperando al prodigio mientras todo el pueblo me miraba o porque desentonaba en un congreso religioso o el rubio platino estaba completamente fuera de moda.

Maggie, en una de sus tantas pasadas en el día, (mi pobre culo ya había perdido hacía tiempo su raya), me había dicho que me indicaría cuando Colbert llegara, aunque insistió en que lo reconocería. Al parecer era el soltero codiciado del pueblo. Ajá, como si fuera morder el palito, me importaba un huevo que fuera el soltero más codiciado, yo estaba para ver si en verdad era bueno y contratarlo. Nada más.

Aburrida de ser el centro de atención me había dedicado a trabajar en serio, lo bueno de Internet y una portátil. Cuando sentí la puerta abrirse, el frío endureció mis pezones. Estuve a punto de gritar: ¡La puerta! Los valores del campo como sitio de descanso están sobrevalorados. Levanté la cabeza pero mi grito quedó atascado. Si alguien en ese pueblo debería ser estrella de Hollywood… estaba entrando. Cuando Maggie se acercó rápidamente en plan de coqueteo descarado, lo supe: Señoras: a su derecha, Colbert Haytts.

En ese mismo momento, el monumento me miró. Si no fuera por los pantalones de cuero mis bragas se habrían caído. No es que fuera una belleza. De hecho no lo era, parecía la mezcla exacta entre: Vin Diesel, The Rock y el Capitán América. Todo músculo, moreno, sin cabellera, boca grande, nariz grande, aura grande.

No diré que fue amor a primera vista. Fue lujuria a primera vista. Simplemente me golpeó con sus ajustados vaqueros, su camisa enrollada con dificultad en sus antebrazos gigantescos aún con el frío exterior, y la guitarra en su espalda cual valiente guerrero medieval.

¿Hay algo más romántico que un tipo de metro noventa en su mejor potencia física con una guitarra en su espalda?

No pienses, mueve tu cabeza y di: no. No lo hay.

Lo que pasó de ahí es confuso. Maggie nos presentó; él me miró, me sonrió, y yo sucumbí olvidando de un plumazo al tipo ese con el que quise casarme pensando que a los 31 es mejor apurar a la naturaleza. ¿Se puede ser más estúpida que enlujuriarse (por no decir enamorarse) a primera vista?

No me lo digas. El asunto es que me preguntó, humor pueblerino supongo, si era

parte de algún convento, después de mirarme de arriba abajo. Créeme las miradas de este hombre deberían ser patentadas como armas letales. Sus ojos dorados, ¡¡ayyy, sus ojos dorados!! Me derritieron. Sonreí como una descerebrada. Yo, la mejor ejecutiva de CDH Ent. ¡Patética! Tanto como cuando me encontré vomitando y llorando sentada en el baño porque mi ex… olvídenlo. Esa es historia vieja.

El tipo es soberbio me dije mientras lo miraba cantar esa noche.

¡Maldita sea mi mala suerte! Cuando me había jurado jamás mirar a otro hombre aparecía el Señor Encanto y desbarataba con su sola presencia mi firme decisión. A partir de ahí todo fue más borroso aún. Sólo diré que me ofreció dónde dormir. Y sí, tienen razón, su cama era muy grande y cabíamos los dos. Sólo diré que dormir con este tipo es el sueño mojado de cualquier mujer mayor de edad sin límite de caducidad. Fuerte, potente, hermoso, y al parecer incansable. El mejor remedio para un corazón roto.

A los tres días ya ni me acordaba de mi ex. Pobre, ahora que tengo un segundo para recordar su patética existencia quizás debería darle algunos consejos del tipo "como follar a una mujer y dejarla satisfecha por tres vidas", el maldito los necesitaba.

MR creció como pasto de campo, como cabra recién parida, como maíz recién plantado… (espero que gusten de mis metáforas camperas) y como gran espinilla que reventaría en cualquier momento. Porque… vamos, el tipo cantaba como los dioses, (aunque viéndolo bien en realidad solo con mirarlo sabes qué es un dios y cómo cante es superfluo); el asunto es que este tipo no tenía intención alguna de hacerse famoso, él quería hacer lo que hacía; nada. Al parecer el pasto se vende bien en Burbank.

Como les decía me dijo muy clarito: " No, gracias". Y lo increíble es que lo dijo en serio.

¿Y ahora? Ahora sí que todo está para la mierda. Estoy enamorada de un tipo que cree que tocar la guitarra gratis es un buen trabajo. Si el otro imbécil me dejó porque mi trabajo lo apabullaba, ¿cómo se sentirá éste cuando vea que suelo traer a casa dinero por camionadas? Entre todo lo que pensé después de mi anterior vida, estaba el hecho de nunca jamás elegiría como consorte a un tipo pobre. A la larga los celos y la envidia matan todo. Y de solo pensar que todo lo maravilloso se termina decidí despedirme ahora, no cuando el Señor Encanto ocupara todas mis células corporales. Porque así parecía que iban las cosas.

Col era fuerte, inteligente, culto, ¡por Dios, sabía quién era Rajmáninov! Leyó Ulises (yo "no leí Ulises"), sensible, y con ese sentido de humor que amo: sarcástico, inteligente y oportuno, le importa cero el dinero y la fama y Hollywood. ¿Qué futuro puedes tener con alguien así? Cero. Nada. Ninguno. Soy competitiva por naturaleza y un tipo sin ambiciones que no hace nada solo puede ser pasaje a nuevo desastre. Y

ya había tenido suficientes.

Eso fue lo que me decidió. Si me quedaba un día más con él sufriría más. Sin decirle nada aprovechando que había ido a comprar partituras musicales, me marché.

> *"Querido Col, ha sido maravilloso, pero debo regresar. No creo que tú y yo tengamos futuro. Quiero una pareja a la pueda amar y respetar y alguien sin ambiciones ni futuro solo es un pasaje a la desgracia. Me voy ahora que puedo, prefiero sufrir ahora y no después. No creo que pueda resistirlo. Ya sabes que los rompimientos no se me dan muy bien. Y creo que contigo… jamás me recuperaría. ¡Cuídate y sé feliz! Charlie"*

MR murió hace ya una semana. Y en esta semana bajé cinco kilos. No puedo dejar de llorar cuando estoy en casa y cuando estoy en el trabajo no puede dejar de hacer llorar a todo el mundo. Alguien, no sé quién fue, dijo: *"perra, créate una vida".* Creo que me han empezado a odiar. Es que si no trabajo no dejo de pensar en Col, y en pasto y las gallinas, y el café de Maggie.

He logrado en una semana lo que antes me llevaba dos meses. Y nada parece calmar mi dolor. La mierda, dejar a alguien es más doloroso a que te dejen.

Cuando Astrid me informó que debía presentarme en la casa central de CDH Ent. Recorrí con la vista a todo mi personal. Nadie esquivó mi mirada. ¡Hipócritas! Seguro que alguno me denunció por hacerlo trabajar y me llaman para avisarme que si sigo así alguien que no soy yo morirá y pagar una compensación siempre cuesta o me están por dar un ascenso. Seguro que es esto último.

Arrastrando mi desánimo, me miré en el espejo del ascensor de las oficinas centrales de CDH Ent. en Nueva York. Había pasado otra noche insomne. Ya ni el maquillaje ocultaba mis ojeras. Cerré los ojos pensé en las manos de Col sosteniendo mis grandes pechos mientras me hacía el amor como más le gustaba: por detrás…

Cuando la puerta se abrió, el recuerdo de Col mordiendo mi oreja mientras nos corríamos se esfumó. Me esforcé por no empezar a llorar de nuevo y salí decidida a ver qué querían. Era raro que alguien fuese llamado ante el jefe central.

Me hicieron esperar. Lo malo de no hacer nada es que los recuerdos te agobian. Col en la cama, tocándome a mí, a su guitarra, a su perro… chupando... su lengua era un prodigio… su polla…. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

¿Charlie? ¿Charlie? Al parecer la secretaria mencionó mi nombre más de una vez y me hizo pasar a una nave espacial moderna convertida en el feudo del jefe supremo de CDH Ent. al que muy pocos tenían la suerte de conocer y pensar que ni siquiera me emocionaba metida en la mierda de "romper ahora para no sufrir después, no da resultado" en la cual estaba.

—Bajaste de peso. ¿Es que nadie te alimenta?

Sí, créeme. Era él. MR en persona. ¿Acaso?

—¿Firmaste contrato? —le pregunté extrañada.

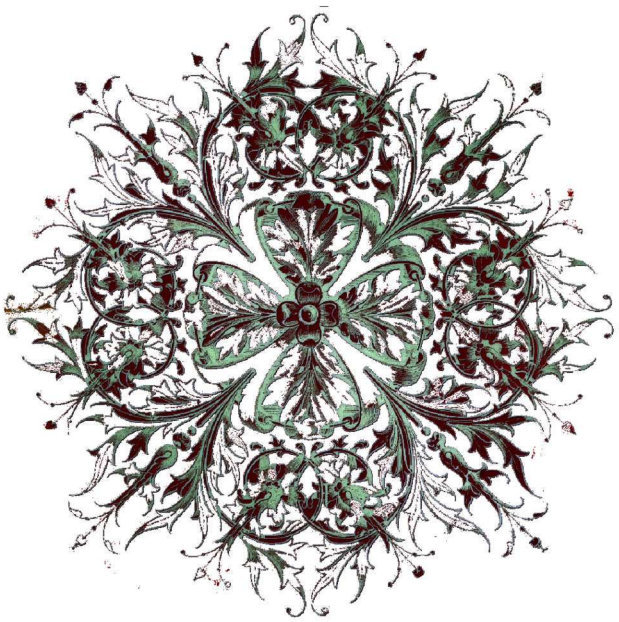
Es que en esos interminables segundo en que lo miré parado ahí frente al gran ventanal, vestido igual a como lo recordaba: jeans por todos lados, alto moreno y endemoniadamente sexi, sólo pude pensar que por seguirme había renunciado a una vida sencilla y feliz. Sólo sonrió y se me acercó. Y me atrajo con rudeza hacia su cuerpo. Comprendí que no había respirado desde hacía una semana. Porque, sé que es cursi, pero debo decírtelo: sus besos eran como oxígeno para mi corazón y cerebro y combustible para la pasión. El maldito me alzó como si no pesara nada y me subió al escritorio. Yo había ido de impecable traje sastre ajustado. No sé cómo de pronto lo tenía llenándome gloriosamente.

—Si vuelves a dejarme, voy a despedirte.

No entendí muy bien pero, en mi clímax mi cerebro registró: **C**olbert **D**. **H**aytts.

"Dedicado a las que leen con placer,
lo que escribimos con más placer,
o sea para ti"

Fin



IBSN
76117-7-11-67
Edición Julio, 2011
Derechos e-book MR
Distribución Gratuita
30-07-2011